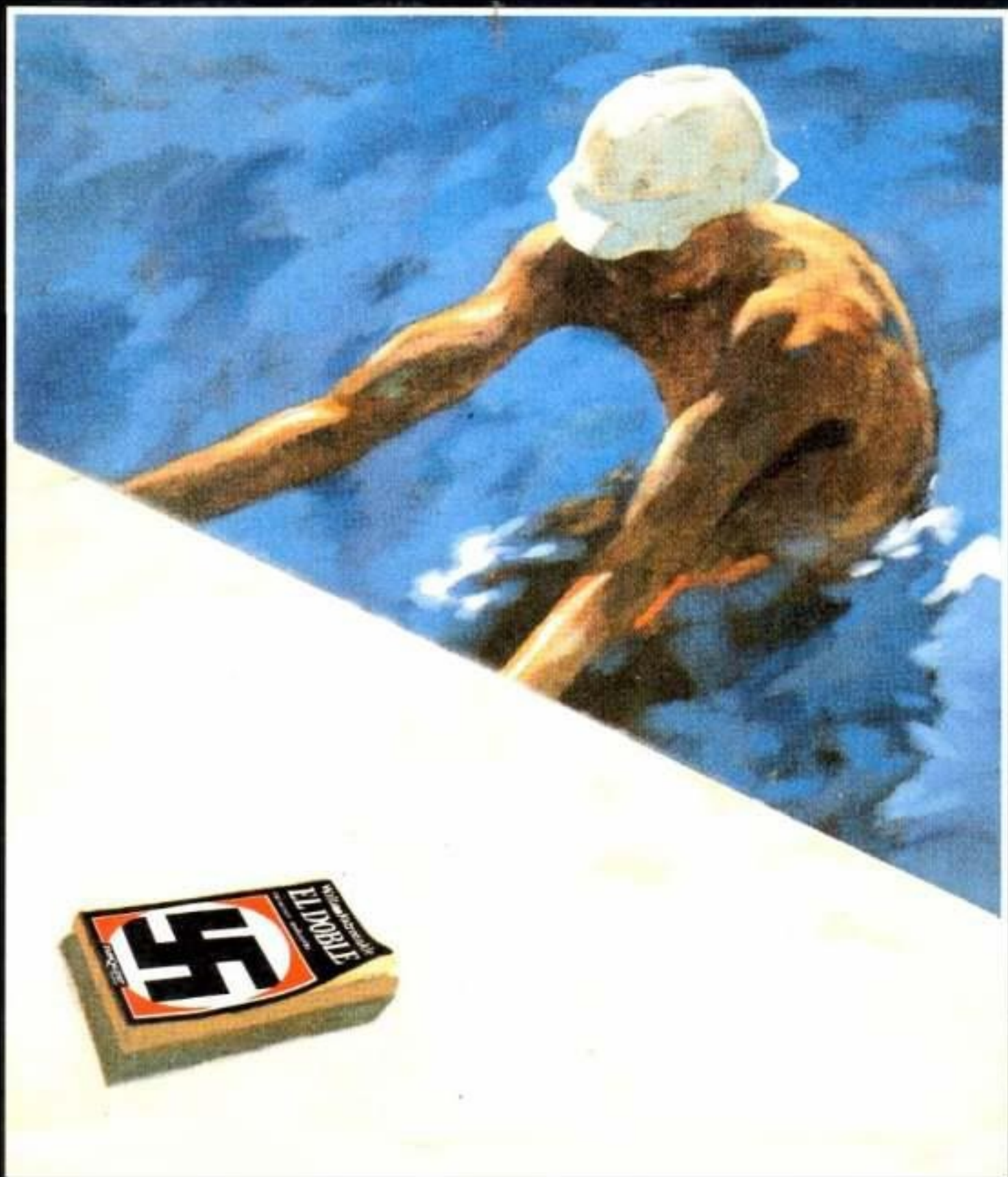


William Kotzwinkle    ∞  
EL EXILIADO



David Caspian, actor de cine en la cúspide de su carrera, no podía sospechar que su vida, a partir de cierto momento y sin motivo aparente, iba a convertirse en un vertiginosa carrera hacia imprevisibles consecuencias. El exiliado es una novela donde se funden ilusión y realidad, comedia y terror en una aventura de la imaginación. Entre la soleada California del rutilante mundo del cine de hoy y los más siniestros bajos fondos de la Alemania nazi David Caspian irá alternando su doble personalidad de famosa estrella de Hollywood con la de un estraperlista del mercado negro alemán perseguido por la Gestapo, envuelto hoy y ayer en toda suerte de misteriosas y rocambolescas aventuras.



William Kotzwinkle

# **El exiliado**

ePub r1.0  
Titivillus 02.04.2018

Título original: *The Exile*  
William Kotzwinkle, 1987  
Traducción: Iris Menéndez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



# Capítulo 1

—Hubo una época y allí estaba yo.

Se elevaban volutas del baño termal, donde dos productores cinematográficos hablaban de la historia mundial.

—Es Pebble Beach, y Cliff, en la cabaña, se deja ligar por esa chica de la zona de la bahía...

—No es eso lo que yo he oído decir.

—Te digo que sí, irrumpimos en la cabaña agitando botellas de champagne y gritando: «¡Sorpresa!»...

El baño termal estaba hundido en un patio de secoyas, comunicado con una gran casa de estilo árabe; la casa estaba bordeada de flores, palmeras, un par de robles añosos y un riachuelo en el declive del cañón. Por allí deambulaban otros invitados y las aguas corrían mansamente, con las formas humanas reflejadas en su apacible superficie; en la otra orilla, un enorme doberman acechaba junto a una alambrada muy alta, para asegurarse de que no fuera interrumpida la tranquila atmósfera reinante. Todo lo que venía del otro lado de la valla era suyo.

El anfitrión, David Caspian, subía por un sendero de guijarros a través del jardín de cactus; como su perro de ataque, Caspian tenía el físico delgado y musculoso, y también mostraba el aire suspicaz del animal, pues junto a él iba su agente. El agente, un individuo con formas de pingüino, lucía un costoso equipo de jogging con el que nunca había corrido ni cinco pasos.

—¿Has leído el guión que te envié?

—Está en la cuba del abono, Myron —Caspian señaló su huerta—. Los malos guiones producen muy buen pajote, aunque el proceso lleva dos años.

—¿No te gustó el personaje?

—Sentimental.

—El sentimentalismo es la onda del futuro, David —Myron Fish seguía los pasos de su cliente, que le apoyó una mano suavemente en la coronilla.

—Myron, apesta.

—Modificaremos el guión. Haremos que conozcas a la niña maltratada después de que la hayan asesorado legalmente.

Caspian siguió andando. Su última película había sido muy dulce; en ella unos niños atrajeron toda la atención del público y sacaron de él la mejor actuación de su carrera, por la que lo nominaron a un Oscar. Ahora Myron Fish buscaba todas las oportunidades posibles para recrear la fórmula.

—Los niños son una especie en peligro de extinción, David. Podrías hacer mucho por ellos.

—Los agentes son una especie en peligro de extinción, Myron.

—No pueden exterminarnos, nos reproducimos demasiado rápido.

Caspian y Fish se encaminaron hacia la casa; el tejado rojo brillaba y las paredes

de adobe amarillo reflejaban el destello del sol. Unas puertas correderas enmarcaban el salón, más bajo de nivel que el resto de la casa, donde otros invitados disfrutaban de una tajada de la vida de Caspian. Éste abrió la puerta para que pasara Fish y ambos se vieron inmersos en las conversaciones entrecruzadas:

—Ha existido de convenio de desarrollo en convenio de desarrollo, pero hasta ahora lo único que ha logrado desarrollar es una úlcera.

—Es un estilo de vida.

—Bien, ahora irá a Disney y tendrá un despacho en Goofy Lane.

Una chimenea de piedra maciza embellecía un lado del salón; al otro extremo habían abierto una pared y en el interior del hueco un barman mezclaba bebidas, con un foco iluminando su fulgurante pelo negro y su chaqueta blanca. Los camareros hacían circular comida y bebidas, manteniendo constante la provisión de combustible mientras los invitados se refrescaban y seguían charlando. Allí había grandes estrellas, pequeñas estrellas, aspirantes a estrellas, parásitos y un surtido de acólitos de los estudios.

—... un nuevo puesto maravilloso en la Universal, en tres años tendré un marcapasos triple.

—... hemos recibido comentarios estupendos.

—Él no quiere comentarios estupendos, quiere cifras.

—Y rosas flotando en su inodoro. Es muy poco realista.

En cada esquina del salón parpadeaban unos ojos eléctricos que se reajustaban automáticamente y observaban todas las cosas.

—David, te están ofreciendo muchos puntos, estás loco si no aceptas. Hablo de auténticos porcentajes, no del neto del productor.

—Por aquí creo que hay setas —Caspian señaló la mesa.

—Bien, no te presionaré más. La esperanza y el material cálido al corazón no te interesan; aunque no logro entender por qué, no te presionaré más. Otro arrancará saludables risas y lágrimas a todo el país. Otro recogerá el Oscar. —Fish se alejó con el plato de cacahuets en la mano; Caspian entró en el recibidor de techo alto, donde conversaban otros invitados.

—... exteriores en una ciudad polaca muy circunspecta, donde un chófer hace retroceder un Rolls Royce contra la sagrada estatua de María Teresa.

—¿... alguna vez te has fijado en sus manos? Tiene las grietas llenas de guacamole.

Caspian abrió la puerta principal y salió. Los encargados del parking habían alineado los automóviles en el camino y ahora permanecían ociosos en la rampa de acceso, con mirada sensual, a la espera de ser descubiertos por un agente, un productor o una señora delirante. Dio la vuelta por el lateral de la casa hasta sus cultivos de hierbas. Su gata descansaba entre las aromáticas, con los ojos rasgados fijos en el cielo, donde un halcón planeaba en círculo, moviendo apenas sus anchas alas mientras flotaba en las corrientes cálidas. Caspian levantó la vista, también con

los ojos rasgados para protegerse del sol. Conocía las costumbres de los halcones: había descubierto una cumbre que estaba en su ruta migratoria, y un día específico de cada año observaba centenares a la vez, montados en los vientos serranos.

El halcón voló en un rizo largo y lento sobre las colinas del cañón y Caspian lo siguió con la mirada hacia picos que conocía íntimamente. Apenas pasaba un día sin que paseara por los cerros; el terreno era desolado y despiadado, la feroz potencia del sol castigaba cada roca, cada planta, culebra, pájaro o animal que tuviera allí su residencia. Era un experimentado naturalista aficionado, pero todo su conocimiento de la vida en las montañas era accidental, pues no iba allí para identificar y clasificar, sino para descifrar lo no identificable, un sentimiento anónimo y siempre cambiante en sí mismo, que creaba la tierra. Gozaba de las horas que pasaba en las montañas y las echaba de menos cuando se veía obligado a abandonarlas por actividades tan equívocas como la fiesta al aire libre que daba hoy. Las montañas lo miraban desde arriba mientras atendía a la multitud hollywoodense, y se sentía molesto, como si traicionara una confianza... aunque las montañas habían visto ir y venir a un sinnúmero de generaciones de imbéciles.

El halcón volvía planeando desde su círculo por encima de las colinas; Caspian observó su retorno sobre los árboles de su propiedad y vio abrirse su pico en un llamamiento... pero el ruido de los asistentes ahogó ese grito áspero y obsesionante. Súbitamente el ave cayó en picado. Caspian lo vio estirar sus larguiruchas patas, con las zarpas extendidas, que parecían apuntarle directamente.

Se inclinó y en su mente destelló un sueño vago que desapareció sin que pudiera aprehenderlo. Las garras del halcón desaparecieron y cogió una corriente ascendente. Lo vio alejarse en espiral por encima de los cerros y la sensación de un depredador conocido en un sueño volvió a acometerlo.

Atravesó el jardín y se acercó al costado de la piscina, donde los sueños de seres rapaces fueron reemplazados por la vista de Julius DeBrusca; el productor estaba sentado en una tumbona, comentando con gran detalle los arcanos de la cinematografía.

—En esta ciudad la culpabilidad es una herramienta maravillosa. La Paramount despidió a Sy Bullit y por un puro sentimiento de culpabilidad harán tres películas que él tenía ocultas para una emergencia semejante. —DeBrusca paseó la mirada por su círculo de oyentes—. Cuando el dedo de Dios señala desde las nubes y dice «tú eres el próximo», más te vale tener uno o dos ases bajo la manga.

Hizo un gesto en dirección a Caspian con un burrito a medio comer. Caspian siguió andando hasta la mesa, donde un guionista que amontonaba comida en su plato interrumpió la tarea al verlo llegar.

—¿Puedo hablar contigo en privado?

Caspian recorrió con la vista la mesa desierta.

—Aquí no hay nadie salvo nosotros dos, Ed.

—Me debes cuatro mil dólares. —Ed Cresswell era un hombre delgado y

espectral, de tez demasiado pálida para California, como si rehuyera la luz del día—. Estoy seguro de que se trata de un error inconsciente, pero que me hayas enviado un cheque con cuatro de los grandes de menos significa, probablemente, que consideras que no valgo lo que me pagas.

Myron Fish reapareció junto a la mesa.

—¿Oigo hablar de negocios?

—Myron —dijo Cresswell—, estás muy elegante con ese chándal.

El rechoncho agente mordisqueó una galleta.

—Glándulas de mono, Cresswell, ¿las has probado?

—¿Dónde están? —Cresswell recorrió con la mirada todo lo que había en la mesa, con el tenedor al acecho.

—Hemos descubierto un error en la contabilidad —dijo Caspian—. Le debo cuatro mil dólares a Ed.

Fish cogió otra galleta.

—A los escritores no hay que pagarles. Espero que no lo hayas hecho —miró el plato abarrotado de Cresswell— ¿Cómo haces para mantenerte delgado?

—Gracias a las preocupaciones constantes. Por los agentes.

—Quizá me decida a abrir un salón de adelgazamiento —respondió Fish.

Cresswell se apartó arrastrando los pies, con su plato y una mirada de permanente derrota en su rostro. Fish se volvió hacia Caspian.

—¿Qué clase de basura neurótica te está escribiendo? ¿Intervienen niños?

—No.

—Entonces no recaudaremos un centavo. La gente quiere verte en espectáculos familiares —la voz de Fish perdió su elemento guasón—. Hay muy poco margen de error en esta ciudad, amigo mío —giró sobre sus talones y atravesó el jardín.

Caspian permaneció ante la mesa, tratando de aplacar la oleada de temor que Fish había puesto en movimiento tan expertamente: Fish, el maestro de la manipulación, que sabía cómo disparar para hundir a su cliente en las aguas de la incertidumbre. Caspian mordió compulsivamente una serie de sandwiches exquisitos y misteriosos para desviar su atención de la imagen que lo acosaba, la recurrente imagen de pesadilla basada en una verdad horripilante... la imagen de los miles de jóvenes actores en ciernes que todos los días llegaban en tropel a L. A. Bajaban los escalones del autobús maravillosamente apuestos, violentamente emprendedores, y perfectamente capaces de interpretar los papeles que él interpretaba.

Mientras él... ahora tenía unas cuantas canas. Ya no podía comer tanto como quería, porque todo recalaba en la amorosa curva de su cintura.

Dejó el plato de sandwiches misteriosos, cogió un cognac con hielo de la bandeja que pasaba un camarero... aunque tampoco podía beber tanto como antes.

Pero permaneció en su cerebro la imagen de los autobuses cargados con rostros nuevos por los que se les caía la baba a los veleidados estudios y medios de comunicación. Lo desconocido es mejor, porque en ello puede proyectarse cualquier



cosa. Nuevos rostros con nuevas expresiones; nuevos actores jóvenes que, naturalmente, encajaban en el nuevo estilo de movimiento, lenguaje, respiración. Tipos jóvenes con cuerpos de hierro, que habían contado con el beneficio de lo ultimísimo en aparatos gimnásticos.

Tranquilízate, tú no necesitas una máquina Nautilus. Tienes diez películas importantes a tus espaldas. Eso tendría que ser suficiente para aguantar la tarde.

*Salvo que tienes cuarenta y cinco años*, dijo la voz de Myron Fish, en una sugestión posthipnótica programada en él tiempo atrás por el agente, que nunca había perdido la oportunidad de mantener a su cliente a la defensiva, pues es deber de los agentes mantener a todo el mundo a la defensiva.

Y los agentes tenían razón, por supuesto. Siempre tenían razón.

Caspian cogió otro sandwich y lo tragó sin darse tiempo a masticarlo.

Porque a los cuarenta y cinco estaba la nimia cuestión del atractivo erótico ante la cámara. Sus energías sexuales habían dejado de ser sinceras. Ya no sabía cómo aparecía en la pantalla a los ojos del principal público de cine de los Estados Unidos, gente diez, veinte y treinta años más joven que él. ¿Lo consideraban un pescado? ¿Extraño? ¿Rancio? ¿Anticuado? ¿Un bufón?

La vitalidad a flor de piel de los actores jóvenes en un plato lo deprimía inconmensurablemente, porque ya no podía representar las escenas de combates físicos como solía hacerlo. En otros tiempos estaba en condiciones de darse de puñetazos con los mejores, pero ahora los dobles debían tener paciencia con él. ¿La cámara lo mostraba? Tres cintas malas acababan con la carrera de un actor. Esa era la fórmula. Tres fracasos y te vas a filmar a lugares dejados de la mano de Dios, donde todavía te cotizas... por ejemplo a la isla Guam. Luego firmas un contrato por diez años para anunciar tabletas antiácidas. Y después contratas a un «negro» para que te escriba una biografía mentirosa.

Y después te mueres.

Volvió la espalda a la mesa, metió la tripa y echó a andar hacia donde un vicepresidente de algún estudio a cargo de promoción y publicidad bebía como una esponja. El ejecutivo empezó a hablar como si él y Caspian estuviesen en medio de una conversación.

—Ningún director mira el cartel anunciador. Sus ojos van directamente al pie para ver su nombre en la ficha técnica. Se fija en si está bien escrito, si es bastante grande. Los actores no son diferentes. Te contaré la presentación más estrafalaria de toda mi carrera —se llevó la copa a los labios, bebió, bajó la voz—. Guy Lockwood estaba en cuidados intensivos en el Cedars of Sinai, disponiéndose a morir. Pero en su contrato figuraba una cláusula de aprobación de imagen en cualquier anuncio que lo incluyera. De modo que tuve que llevar toda la campaña al hospital, donde se había reunido la familia a la espera de que cayera definitivamente el telón. En el momento oportuno, cuando abrió tres segundos los ojos, corrimos con el anuncio y se lo mostramos. Lo aprobó con las que debían ser sus últimas boqueadas —el vicepresidente osciló

delante de Caspian, con los ojos vidriosos, y Caspian reflexionó en el pobre Guy, preocupado *hasta el último aliento*, hasta el último estertor, por su imagen. Para no perder popularidad. Para que ningún mocoso novato intentara meterse por la fuerza en sus dominios. Para tener asegurado el próximo papel. En el cielo de los actores. O en otro sitio.

Caspian se volvió y vio a su mujer al otro lado del césped, haciendo su ronda entre los asistentes, pues algunos invitados de la tarde provenían de su mundo empresarial publicitario. Intercambiaron una mirada y ella se abrió paso hasta él.

—Si puedo meter la pata, la meto.

—¿Qué ocurrió?

—Hice un comentario malévolamente sobre alguien que fabrica bragas de talla extragrande. Y en el grupo había un tipo que fabrica bragas de talla extragrande.

Carol Caspian medía apenas metro y medio; tenía el pelo negro y rizado con mechitas rubias. Llevaba puesto un camisero color crema, con tajos como llamas en el dobladillo que dejaban al descubierto sus piernas bien torneadas; se dejó caer en una silla de jardín y se abrazó las rodillas.

—Diablos, iré a bañarme en mi aparatito.

Caspian señaló la mesa.

—¿Has probado la salsa de aguacate?

—Por eso estoy tan cansada, el guacamole desencadenó en mí varios orgasmos en serie —se llevó una mano al pelo para esponjarse los rizos cortos—. ¿Ese no es el tipo del *Hollywood Reporter*? ¿El que parece un sátiro francés retirado?

—Anda y pórtate bien.

—Preferiría la hipocresía de una nota de amor —giró en su silla y barrió con la mirada el círculo de invitados que ocupaban el patio—. No te gires, pero allí está una joven de la agencia, muy lista, muy chic, la trajo el director de arte y quiere mi puesto.

—¿Sabe hacer su trabajo?

—*No mires por encima del hombro*, por favor, quiero que piense que no hacemos el menor caso de ella, que es lo que estamos haciendo.

—Estoy seguro de que no tienes por qué preocuparte. Nadie podría hacer lo que haces tú.

—No estoy preocupada. Me limito a decirle a todo el mundo que usa calzoncillos Jockey.

Carol siguió hecha un ovillo en la silla y Caspian recorrió el sendero del jardín, pensando ahora en las inseguridades de su mujer, que enlazaban tan perfectamente con las propias y las intensificaban. Formaban una pareja perfecta: eran un par de egoístas nerviosos muertos de miedo en la cumbre. ¿Por qué hablo así para mis adentros? Debido a esta maldita fiesta, que Myron me hizo dar como excusa para hablar, para hablar *él*, por supuesto, con Julius DeBrusca. Una fiesta a la que estoy obligado a invitar a ciertos actores para que no parezca una convención geriátrica.

Tengo la casa rebosante de ellos en este momento, para no hablar de la piscina y el patio, todo lo cual me está volviendo loco. Que también es lo que Myron esperaba. Para que yo aceptara una película que no quería hacer.

Se agachó bajo un emparrado que formaba la entrada a una puerta oculta por las hojas. Abrió la puerta y entró en las sombras de su despacho. Encendió una lámpara con vidrios de colores y una luz de arco iris brilló sobre su escritorio de roble macizo. Abrió un cajón y sacó sus archivos de la sociedad, donde comprobó que en efecto le había pagado de menos a Cresswell. ¿Por qué? Porque, tal como sospechaba Cresswell, algo en su interior se negaba a pagarle. Porque Cresswell estaba escribiendo un guión muy serio, de esos que los estudios no quieren ni ver. Porque en esta ciudad, un buen guión es malo. Porque como dice Myron, no recaudaremos ni un centavo. De modo que invertiré mi propio dinero, fracasará y me dedicaré a vender tabletas antiácidas con diez años de anticipación.

Mientras corregía el error en el registro su sombra se proyectó en la pared, sobre el póster de un cabaret europeo —1930—, una figura femenina en blanco y rojo, con sombrero de copa, apoyada en una columna de mármol, y a su lado una sombra masculina importunando, sugiriendo los peligros del baile. Caspian dejó el registro a un lado y se volvió hacia el póster. De joven había ido a Roma para actuar en spaghetti westerns, luego pasó a Alemania y terminó en una compañía de teatro que montaba reposiciones de Brecht. Ese póster siempre lo devolvía al lugar: los sórdidos clubs de Berlín, la música melancólica, las bailarinas.

Oyó pasar a Julius DeBrusca y Myron Fish por el sendero.

—... cuando volvimos al plato para la escena del banquete, los camioneros se habían comido todos los filetes.

—La próxima vez tendrás que ponerlos de plástico pintado.

Siguieron camino y sus voces eran cada vez más débiles.

—... David está tratando de cambiar su imagen, pero veremos si el público lo acepta.

—Tengo en perspectiva un grandioso espectáculo espacial —dijo DeBrusca—. Ya hablaremos y tendremos nuestras rencillas.

Las pisadas se perdieron en el sendero. Caspian abrió el aparador y sacó su mejor coñac. Hizo girar el líquido ambarino en la copa, inhaló el aroma penetrante. La agradable tibieza recorrió su cuerpo mientras bebía a sorbos, y a la tibieza siguió una bruma dorada. Vacío la copa y se sirvió otra, permaneció un rato tranquilo, disfrutando de la fresca atmósfera sombreada del despacho. Abrió el cajón del escritorio, sacó el talonario y extendió el cheque para Cresswell. Mientras lo apretaba con el secante oyó un chasquido áspero detrás de la oreja y luego una voz que susurraba ahogadamente: «*Has apretado demasiado la tapa, me estoy sofocando*».

Corrió a la ventana, pero el sendero del jardín estaba desierto. Giró sobre sus talones, quedando de cara al despacho mientras se abría la puerta interior y entraba Ed Cresswell desde la sala de billares contigua. Cresswell hizo una pausa en el vano

de la puerta.

—Pareces alguien a quien acaban de pisotearle la tumba —miró de reajo el cheque que estaba sobre el escritorio—. Si cuatro de los grandes significan tanto para ti, olvídalos.

## Capítulo 2

—No lo odiaba tanto como se merecía —la fiesta había terminado y Carol estaba en la cama, a su lado, hablando sobre su anterior marido, un hombre que de vez en cuando la atormentaba en las últimas horas del día—. Era un auténtico gandul, un jeque a la caza de la más vulnerable —acomodó a sus espaldas un cuadrante de raso rosa, mientras Caspian bebía la espuela de aguardiente, un combinado de melón que había encontrado por allí después que se retiraran los últimos invitados.

—Me pregunto cómo se llamará este brebaje.

—Yo era joven y no sabía que si no quieres hacer algo no tienes por qué hacerlo —Carol se deslizó a lo largo del almohadón de raso y levantó la sábana—. Dijo que si olía un peine quemado cogería un colocón. Y funcionó —se dio la vuelta, tomó un Valium y se arropó los hombros con la sábana. Su respiración se hizo más lenta y se crispó en la que pasaba por ser su forma de dormir.

Caspian apagó la lamparita de noche y se tendió a su lado. Se le aparecieron las caras de la fiesta, que flotaban como globos pintados. Algo lo inquietaba. ¿Los actores jóvenes? No, ya se le había pasado el ataque. ¿Qué era, entonces? Tenía algo que ver con... Ed Cresswell... sí, y con el cheque. No, con el cheque no.

Los coyotes habían iniciado su ronda nocturna en el cañón y uno aullaba desde lo alto de la colina. Los perros de la vecindad despertaron y gruñeron nerviosos; David sintió que la tensión de las bestias dominaba toda la atmósfera. Su gata se subió a un árbol del otro lado de la ventana y su doberman iba de un lado a otro por el patio. Carol despertó y paseó la mirada a su alrededor, soñolienta.

—Creí que los productores se habían ido.

—Son los coyotes.

—Van tras los hamsters del camino. No deberían permitir que la gente los criara.

—¿Qué tienes contra los hamsters?

—En una época salía con un tipo que los criaba en la bañera —Carol dio unos leves puñetazos en la almohada y apoyó la cabeza—. Además usaba una chaqueta de poliéster color borgoña. ¿Adónde vas?

—A calmar al perro.

Caspian se levantó y salió al pasillo. Debía de haberse dormido, porque ahora recordó un sueño... algo opaco y perturbador. Bajó por el pasillo hasta el despacho, abrió el cajón del escritorio y sacó su pistola, una Walther alemana. Estaba cargada: los hijos de las estrellas solían ser blanco de los secuestradores. Se la metió en el cinturón, se puso la cazadora y salió del despacho.

El pasillo estaba iluminado por las lámparas de un invernadero interior y su suave brillo jugueteaba en el suelo de baldosas; las orquídeas negras daban la impresión de vigilar a todo el que iba y venía. Salió de la casa sin hacer ruido y cerró la puerta.

Lo recibió la oscuridad con su manto lleno de cosas que sólo la noche podía enseñar. La noche era un personaje, a veces el amante y a veces el malo de la

película. Uno la cortejaba —y él llevaba años haciéndolo— y se convertía en un experto en luz de luna y en el limbo que derramaba sobre el mundo. Merodeando por las montañas, siendo la sombra de sí mismo, un silencioso investigador... había aprendido a interpretar flojamente las emociones, a usar cada aparición en un escenario como si saliera bruscamente de un escondrijo.

El perro corrió hacia él, con los ojos brillantes de lujuria cazadora. Caspian atravesó el jardín, corrió el pestillo de la verja, y él y el perro salieron juntos al camino.

Los nerviosos gañidos de los coyotes cesaron repentinamente y fueron seguidos por un gruñido bajo mientras la manada huía con una mascota del barrio entre los dientes. Los vio cruzar el camino delante de él y volvieron a ladrar cuando empezaron a trepar por la maleza de la ladera. Su perro saltó en pos de los coyotes, arrancando astillas de roca volcánica al corretear cuesta arriba. Caspian lo siguió, pasando junto a hojas de punta afilada y cactus aferrados a la tierra seca y en pendiente. Percibió, en lo alto, la férrea voluntad de la manada.

Respirando laboriosamente llegó al camino de herradura que cortaba la primera meseta. Los coyotes ya estaban más allá y el camino de herradura era suave bajo sus pies; lo recorrían regularmente grupos ecuestres, que cabalgaban como la nobleza legendaria durante el día pero no se aventuraban a salir de noche, debido a la otra presencia legendaria de los cañones, la banda de Manson, cuyo espíritu aún acechaba en esas montañas en kilómetros a la redonda. Cuando la gente vivía en casas con salones de más de veinticinco metros de largo, a otra gente se le ocurrían ideas.

A ambos lados del sendero, las espinas de los cactus estaban bañadas por la luz de la luna y sus miembros parecían los brazos gesticulantes de extraterrestres con las raíces tenazmente sujetas al suelo árido. Sus pisadas eran silenciosas en el terreno blando y nadie, salvo un animal, se enteraría de que andaba por allí; pero los animales siempre lo sabían, excepto la única vez que dio con un coyote desprevenido, y se acercó desde atrás, tanto que podría haberlo cogido por la cola; la bestia giró y algo destelló en sus ojos; el conocimiento de que un hombre había contado con caer por sorpresa sobre él.

Atesoró ese instante, lo usó en varias cintas, recreando las montañas del entorno, su peligro y sus reglas... era un aventurero convincente y sus movimientos ante la cámara estaban impregnados del aire del cazador al acecho.

Ahora las luces del cañón habían desaparecido de la vista pero él siguió su camino, hacia los páramos más desolados de la sierra. El camino de herradura se torcía e iba cuesta abajo hasta el lecho seco de un río. Cruzó por las piedras lisas y subió la orilla opuesta, internándose en el monte bajo. Salió a una planicie árida. A su derecha se movió una sombra y enseguida destellaron un fusil y una bayoneta ante sus ojos.

—*Documentos*—rugió el soldado.

Dio un salto hacia atrás, sacó la Walther y disparó. El proyectil silbó en la

oscuridad desierta y desde lo alto de la espiral volcánica llegó el aullido prolongado de un coyote solitario.

—¿Por qué anduviste metiendo bulla allá afuera? —Cuando él volvió Carol estaba sentada en la cocina, con la bata puesta.

—¿Alicia se despertó? —Caspian bajó la vista por el pasillo hacia la habitación de su hija.

—Duerme como un corderito, probablemente ha vuelto a cogerme el Valium —Carol abrió la nevera—. Tengo tanta hambre que podría comerme la cámara de un neumático.

—Últimamente he tenido sueños extraños.

—Ya sabes lo que le digo a mi personal sobre esas cosas... —Carol sacó de la nevera una bandeja con entremeses y la puso en la encimera.

—¿Qué les dices?

—Lo que cuenta es la liquidación y el volumen en dólares, encanto, no cómo duermes.

—Hay algo en el cañón.

—Eso ya lo sabemos. Pero hazme el favor de no estimularlo.

David se abrió la chaqueta y Carol abrió los ojos desorbitadamente.

—¿Estuviste dando vueltas con un arma encima? ¿Quién eres, Mister Rhythm? Tenemos un perro prehistórico que se ocupa de la seguridad —Carol levantó la pistola con las dos manos y la puso a distancia—. Dejaré esto en la nevera. Acuéstate y sueña que eres un jubilado de Michigan.

La miró mientras abría y cerraba la puerta de la nevera, con su forma menuda erizada de nerviosa energía. Permanecería hasta la mañana con la vista fija en el techo.

—Lo siento —dijo él—, no quería perturbarte.

—No es nada, el que no llora no mama —lo tomó del brazo y lo llevó por el pasillo hacia el dormitorio.

Giró en el *boulevard* y bajó la cuesta empinada que llevaba al parking detrás de Butterfield's. El asistente se hizo cargo del Mercedes, luciendo la habitual indiferencia ante la fina naturaleza de la máquina; Caspian sintió olor a goma quemada cuando su hermoso coche salió embalado hacia un espacio peligrosamente estrecho. Si digo algo haré el imbécil, pensó, evitando así otra de esas confrontaciones en las que uno nunca lleva las de ganar, pues los asistentes de aparcamientos suelen ser doctores en réplicas.

Cruzó hacia el restaurante, recordándose a sí mismo que el edificio en el que estaba a punto de entrar había sido en otros tiempos la casa de John Barrymore, y que la fama y las riquezas se habían desmoronado en Endivias con Ensalada de Queso de Cabra, \$5,95. Se entraba subiendo una escalinata de piedra bordeada de hiedra, que

crecía desde los tiempos de Barrymore y que le había sobrevivido. Caspian subió los peldaños hasta el patio iluminado en arco iris, desde donde lo acompañaron a la mesa de Myron Fish. El diminuto agente estaba rodeado de vegetación tropical, con una copa en la mano y un plato de *sashimi* delante.

—David, tienes cara de estar muerto de sed. Un Irish Cream para Mr. Caspian y otra Mula Rusa para mí —Fish esperó a que el camarero se apartara y luego se inclinó confidencialmente hacia Caspian—. He leído el guión del film de DeBrusca. Es una epopeya espacial refinada. La dirigirá Herman Armas, o sea megapavos, y DeBrusca sabe que eres como un hijo para mí.

—No tengo el menor interés en flotar por el espacio en una película de ciencia ficción.

—David, ¿pondría a mi propio hijo en el espacio exterior si pensara que allí no iba a ser feliz?

—No pienso hacerla —dijo Caspian, sospechando que la haría, porque las últimas tres películas de Armas habían sido nominadas para el Oscar.

—Es lo que estás buscando. No figura ningún niño en el reparto, aunque si he de decirte la verdad, habrá algunos enanos interpretando a tiernos animalitos marcianos.

—A mí me interesa la realidad.

—La cosa que se come a la nave espacial es real, David. Pero lo más real es el dinero.

—Tengo suficiente dinero.

—Nunca se tiene dinero suficiente. Esta mesa es dinero, aquellos árboles en tiestos son dinero, la comida que pagaré es dinero —levantó su Mula Rusa—. Brindo por tu salud, que también es dinero. ¿Sabes cuántos bienes raíces tiene la profesión médica en el municipio de Los Angeles?

Las otras mesas del patio se fueron ocupando poco a poco y las conversaciones se mezclaban bajo las ramas colgantes; Caspian paseó lentamente una mirada panorámica por encima del jardín hasta el muro distante, donde las enredaderas caían a través de la tenue luz de los faroles. El amarillo era ese peculiar matiz californiano del oro que las noches de L. A. prestan a todas las cafeterías, a todos los jardines; prolongó sus sensaciones, que parecían decirle que la noche siempre era una película, fueras donde fueses, iluminada por especialistas en el oficio.

Una starlet hizo su entrada en el patio, con las cejas como dos lunas crecientes, el maquillaje y el pelo como las vampiras de los treinta, moviendo suavemente los pechos debajo del raso rojo y blanco.

—Estás distraído, David —Fish se inclinó desde el otro lado de la mesa—. ¿Estás preocupado por algo? Confía en mí, que para eso estoy aquí. ¿Hay algún follón en tu matrimonio? En tal caso, habla de ello conmigo y ahórrate los honorarios de un psiquiatra. Puedes contar con que un hombre que ha estado casado cinco veces, como yo, te dará un buen consejo.

—¿Cuál es tu consejo?



—Consíguelo el mejor abogado que puedas. No escatimes los gastos iniciales, sólo duelen profundamente más tarde. —Fish apoyó el borde de la copa contra su pecho—. Te lo digo desde el fondo del corazón, David. He pasado por éstas y sé lo que una mujer es capaz de hacerle a un hombre en los tribunales.

Caspian cogió un trozo de pan de la cesta y lo untó lentamente con mantequilla.

—Eres un tío sensible, Myron.

—He vivido, amigo mío. He sufrido —Fish puso su manita regordeta en la cesta—. Sé la terrible angustia mental que significa. Mi primera mujer lleva veinte años acogida al paro. Va de compras, esquía, compra un poco más.

—Mi matrimonio funciona de perlas, Myron.

—¿Estás seguro? Te advierto que es algo que puede meterse a hurtadillas en tu vida cuando estás mirando a otro lado. Ella se compra un Ferrari flamante, ella quiere ir a su propio club... ¿No lo has notado? ¿O me estoy entrometiendo?

—Tú nunca harías algo semejante —Caspian apuró su copa—. Pero puedes pedirme otro espléndido trago como éste.

—Esa es la actitud correcta. Nada de rumiar los problemas personales. Eres un hombre de talento —Fish sacó otra rebanada de pan—. Para sentirte bien, tienes que estar todo el tiempo ocupado con los controles de la nave espacial.

Fish imitó un volante, dio vuelta a la silla y contempló a la starlet, cuya mesa estaba al otro lado del pasillo. Ella le devolvió la mirada discretamente, con la pregunta que toda *starlet* tiene en los ojos, y a la que Fish respondió tácitamente, *por supuesto, querida, soy un agente*.

—... y sabes muy bien qué clase de director es Armas, David, ya conoces su toque personal —Fish se quitaba migajas de pan de los pliegues de su camisa—. Transforma todo en... en...

—La palabra que estás buscando es mierda.

Fisch miró a Caspian, con el reflejo de un millar de contratos en los ojos, pasados, presentes y por venir.

—Todo es mierda, David. Nosotros nos limitamos a cambiar el decorado. ¿No lo dijo Platón?

Caspian fijó la vista en las hojas de detrás del hombro de Fish, donde se había movido algo pequeño y verde.

—Hay más cosas entre el cielo y la tierra, Horacio...

—Si vas a empezar a hablar del guión de Cresswell, esta cena la pagarás tú —Fish hurgó el aire con un dedo gordinflón.

Caspian notó que una pequeña lagartija salía de entre las hojas, justo detrás del codo de Fish. El animalito miró a Caspian, chasqueó la lengua y desapareció en su pasaje secreto de la enredadera.

—En esta industria no hay un solo astro con tu encanto —dijo Fish—. Bien, quizás uno o dos...

—Myron, ¿no podemos comer en paz?

—Sólo si me garantizas que no estás coqueteando con algún productor europeo.

—Doy largas caminatas por las montañas. Alguna vez tendrías que acompañarme.

—¿Hay puestos de refrescos?

—Cada cien metros.

—David, entiendo que... eres un actor serio y te gusta arriesgar. Si la cosa fracasa puedes llamarlo fallo justificable, decir que intentaste una misión extraordinaria. Pero los financieros no prestan atención, ni durante un efímero segundo sensible, a los discursos de los perdedores. Puedes arrastrarte en sus despachos citando todas las críticas entusiastas que te han hecho, pero tienen un interruptor detrás de cada oreja y cuando una película es un fiasco, apagan y dejan fuera las palabras. Reconocen que mueves los labios, pero tienen la mente en otro sitio. ¿Quieres saber dónde? En gigantescas epopeyas humanas espaciales, repletas de efectos especiales. Están pensando en el dineral que pueden ganar con otros planetas. Tú les lees una crítica halagadora que te hicieron en la TV estatal, pero ellos ven largas colas de niños norteamericanos aferrando sus entradas para la siguiente proyección de *Aleteo en el espacio interplanetario*. Ven juguetes de plástico en forma de seres carnavalescos del oriente de Venus. No ven tu película aclamada de la que disfrutaron treinta y cinco personas, una noche de lluvia, en la escuela de cine de UCLA.

—Algo hay que reconocer, Myron, y es que estás siempre en la brecha.

—Intento salvarte del arte, David, es así de sencillo.

—Te lo agradezco, Myron.

—¿Quieres una vida de constante confort a medida que avanza la tecnología? ¿Quieres todo lo que se puede comprar con dinero?

—Ya sabes que sólo sueño con eso.

—Entonces escucha a tu tío Myron. Estás en una brillante encrucijada de tu carrera. Los actores sólo se encuentran en este punto una vez cada cinco mil años — Fish hizo una pausa mientras el camarero dejaba una fuente con perejil muy frito. Cogió una de las crujientes ramitas y la agitó ante Caspian—. Estás en un tris de convertirte en un Ídolo Importante. ¿No te das cuenta todavía? La película con DeBrusca será el broche de oro.

—No te canses, Fish.

—Un Fish<sup>[1]</sup> nunca se cansa, amigo mío. Si haces *Vagabundo del espacio*, tendrás palacios, yates y calidad. DeBrusca está reclutando unos talentos monstruosos.

Caspian asintió. Antes ya había surcado los raíles de las promesas de Myron. Algunas se cumplían y otras quedaban barridas bajo la alfombra, y la vida continuaba. Y le resultó curioso, después de tantos años, tragarse la frase de Myron sobre la encrucijada de una carrera. Su mente siempre se iluminaba al oírla, su propia máquina de fantasías se disparaba: en *este* film todo lo que era como actor saldría a la superficie y los sueños se harían realidad. Claro que mañana Myron le diría lo mismo a otro de sus clientes.

La starlet de la otra mesa acomodaba un cigarrillo en una boquilla delgada y mientras lo hacía cruzó las piernas en dirección a Fish. Caspian la miró. «... *toda identidad borrada*», le susurró al oído una voz femenina.

Sobresaltado, Caspian la miró fijamente, pero ella ya se había vuelto hacia su acompañante y el susurro fue barrido por el viento estival a través de las hojas.

## Capítulo 3

Carol Caspian entró en la calzada de acceso con su BMW, lo aparcó torcido y se apeó, con un nuevo par de zapatos con tacones de aguja en la mano. Caspian levantó la vista de su jardín de cactus.

—¿Otro intento fallido de una imagen encumbrada?

Ella hacía una mueca a cada paso que daba y se sentó en un banco del jardín, frotándose los dedos de los pies.

—Mañana tendré que ponerme pantuflas —la correa de la cartera se le deslizó del hombro—. Y no conseguimos la cuenta. Pura charlatanería, ninguna venta. Y todo por mi culpa.

—Sé cuáles serán las diez frases siguientes.

—Una incompetencia violenta, es todo lo que he demostrado esta semana. Me siento como una maleta de ciento treinta y cinco kilos. Tengo la personalidad de una tortilla de patatas.

—Faltan siete.

—Cuando hicimos la presentación pude verlo en sus ojos. Los tenía fijos en el potencial de fracaso; se veían a sí mismos acosados por alguna patraña fiscal.

Caspian le rodeó los hombros con un brazo.

—Estás en casa, es un día hermoso, relájate.

—Detesto la publicidad.

—Hay pesto, lo prepararé antes. Con albahaca fresca del huerto. ¿Entramos?

—¿Firmaste con DeBrusca?

Se encaminaron a la puerta principal.

—Permaneceré ingrátido en el espacio los próximos tres meses.

—No si nos comemos todo el pesto —Carol movió el pesado picaporte de hierro y abrió la puerta de par en par. Entraron juntos en el largo recibidor y ella colgó su cartera de una percha victoriana—. Si me despiden, lo único que saldrá perjudicado es el orgullo de mi sexo. La reunión estuvo plagada de estúpidos rostros masculinos.

—¿Al fin y al cabo no querían un anuncio humorístico?

—Empezaron a adquirir aspecto de periquitos que respiran bajo el agua.

—¿Ni siquiera una sonrisa?

—Son tipos que la dejan todas las mañanas en la caja de *corn flakes* —Carol anduvo el pasillo y entró en la habitación de su hija. Caspian las oyó hablar; el tono de Carol cambió, se animó, pero cuando volvió observó que se había puesto las zapatillas afelpadas, señal de amarga depresión, porque sólo las usaba cuando su espíritu estaba para el arrastre. Bajó los peldaños hasta el salón y se encastilló en su pequeño sofá, con los pies levantados; en el diván había sitio de sobra para su figura menuda—. Estoy harta de complacer al norteamericano medio.

Caspian asintió, tal como se esperaba de él; comerían hasta quedar atontados, verían una película en el vídeo y a medianoche la crisis habría sido superada. Una

solución barata para la angustia de la mujer trabajadora. En otros tiempos él pensaba que era una solución excesivamente prosaica, pero la experiencia le había enseñado otra cosa.

Subió los pocos escalones que llevaban del salón a la cocina. El invernadero interior resplandecía, la maraña de enredaderas trepaban por una pared de piedra, como en una cueva de la jungla. Una mosca zumbaba en los pétalos de una violeta africana y el delicado sonido de su arrobamiento llenaba el pequeño recinto acristalado. Entró; el aire tibio y húmedo despedía los aromas y los sueños oscuros de las plantas; había magia en la vegetación, un secreto que podías inhalar con tu propia respiración.

—Eh, ¿qué pasa? —gritó Carol desde el salón—. Si no como pronto ese pesto, no podré dar un paso.

David salió del invernadero, hacia el pasillo. Carol bajó la voz, hablando consigo misma:

—¿Tendría que dedicarme a la danza del vientre? Tal vez me relajaría.

Caspian dio la vuelta a la mesa de la cocina. La criada la había dejado impecable, como siempre; de vez en cuando cogía una alhaja de Carol, la empeñaba para comprar cocaína, vendía la coca y restituía la alhaja a su lugar. El jardinero le había contado cómo funcionaba la picardía y Caspian notó que cada vez que desaparecía algo transitoriamente, la criada se mostraba más concienzuda que nunca: planchándole los pantalones, ordenándole su guardarropa, lustrándole los zapatos. Todo formaba parte del próspero capitalismo.

Se acercó al anaquel de los vinos y bajó una botella de Borgoña. Mientras buscaba el sacacorchos lo acometió una oleada de melancolía y sintió que su sencillez anochecer estaba fuera de lugar; la atmósfera de la casa parecía tan densa como antes de una tormenta y oyó el murmullo bajo de unos truenos. Pero el día era seco y sin nubes; la tormenta sólo aparecía allí, en su interior, apretándole los tímpanos. Dentro del trueno oyó el crujido áspero de un fusil. Y luego una voz en el oído. «*Le dimos al cabrón. Mira cómo cae*».

Una carcajada demente y aguda resonó en el dormitorio de su hija. Caspian corrió pasillo abajo y se detuvo ante la puerta. Alicia Caspian levantó la vista para mirarlo, asombrada. En el suelo, delante de ella, había un payaso de juguete que movía los brazos y las piernas gracias a una batería cuya voz era una fantasmal risa informatizada.

—¿Qué ocurre, papi? —preguntó la chiquilla, mientras el payaso se aproximaba a él con los brazos extendidos.

—Nada, cariño. Pensé... me pareció oír que me llamabas.

—Era el Payaso Electrónico —dijo Alicia—. Le cambié las pilas y se puso nervioso.

Apretó un botón del mando a distancia y el payaso giró sobre sus talones. Caspian lo vio andar por la habitación de su hija y el monstruo electrónico volvió a reír.

Caspian salió retrocediendo y volvió a la cocina, con la botella de vino abierta todavía en la mano.

—David, me muero de hambre. —Carol había dejado el sofá y subía el par de peldaños hacia la cocina, con el entrecejo fruncido— ¿Por qué emites las ondas alfa de una zanahoria?

—Estaba perdido en mis pensamientos.

—Yo soy la que hoy ha dejado escapar un negocio. Tú no puedes dar rienda suelta a tu crisis nerviosa hasta que yo haya superado la mía —abrió la puerta de la nevera—. Tomemos ese pesto de una vez.

Carol sacó el cuenco y hundió un tenedor para probar el pesto directamente. Observándola, Caspian pensó en las múltiples ventajas de tener una mujer que no te ofrecía cada cinco minutos un penique por tus pensamientos. Claro que a veces daría igual estar casado con un contestador automático, que con la voz más deliciosa y graciosa del mundo respondía: «Ahora estoy ocupada. Deje su mensaje y me pondré en contacto con usted».

Víctor Quatrelle conducía con la panza apoyada en el volante, una panza famosa en las pantallas de cine y televisión pues era, según sus propias palabras, «el mejor actor gordo del mundo del espectáculo». Caspian iba a su lado, en el asiento delantero del Oldsmobile, y Quatrelle le contaba lo que sabía acerca de trabajar con Julius DeBrusca.

—Hice con él *Intriga amorosa*, la primera película de Janet Lingstrom. Le consiguió una suite increíble en Cannes cuando hicieron la promoción —la cara de Quatrelle se contorsionó hasta parecerse al semblante gnomoide de DeBrusca y su voz imitó la aspereza de la del productor—... tendrás una suite como ésta, Janet, vayas donde vayas. Como ésta, si no más grande, y con todo en blanco. Y tú tendrás perros blancos, Víctor, dos de esos afganos flacuchos. Además de los perfumes y las flores, Janet, y un Rolls Royce —Quatrelle puso el intermitente para desviarse de la autopista en Lincoln Boulevard y acabó con la imitación de DeBrusca—. Cuando dejamos a Janet salivando en su suite e íbamos a coger el ascensor, Julius me miró y dijo: «¿Quieres que te diga una cosa? Yo tengo las tetas más grandes que ella».

El Oldsmobile avanzaba lentamente por la carretera y Caspian vio flotar Venice a un lado del camino, fea, achicharrándose al sol. Hacía años que eran amigos y Caspian valoraba a Quatrelle como uno de esos actores con técnica suficiente para zambullirse en un material mediocre y darle vida. Era fundamental para él, y también para Caspian, reunirse en una simple película de aventuras y darle al público algo en que pensar. Por supuesto era un riesgo, como en una lamentable ocasión en que dieron la impresión de estar actuando en una película distinta a la del resto del reparto, y los críticos no dejaron de notarlo.

Quatrelle giró en uno de los carriles laterales que cruzaban los canales; el coche

subió un pequeño puente para cruzar un canal de aguas de la marea, en el que unos botes de remo flotaban ociosamente en sus amarres.

—Por aquí debe de estar madurando un poquitín de tifus —dijo Quatrelle y volvió a torcer por una calle trasera de Marina del Rey. La callejuela era estrecha y de una sola dirección; Victor volvió a poner el intermitente y giró hacia el garaje abierto de abajo de su edificio, donde aparcó entre un Rolls plateado y un Cadillac Seville.

La entrada al edificio de pisos estaba protegida por un par de cerraduras formidables. Subieron en el ascensor hasta la primera planta y salieron a un balcón construido encima de un patio interior en el que crecía una palmera solitaria cuyas ramas se elevaban y caían sobre la barandilla del balcón.

—Me cuesta cien de los grandes por año pero de vez en cuando tengo un coco.

Abrió la puerta del apartamento y entraron.

Su piso daba al mar y había un telescopio enfocado en dirección a la playa. Quatrelle se aproximó e hizo una rápida observación de las arenas.

—Siempre aparece algo interesante... sí, allí mismo, lo único que lleva puesto son dos alubias y un cordón de zapatos —llevó el telescopio a la terraza y Caspian se reunió con él en la barandilla. La playa hacía una curva larga y lenta hacia Santa Mónica. Hacia el otro lado estaba el aeropuerto de Los Angeles, con su corriente constante de jets que despegaban y ascendían por encima de las aguas. Caspian se sentó en una silla de lona y acercó la mano a una telaraña. Debajo de la silla había una lata de cerveza vacía, junto a un cenicero atiborrado de colillas.

—¿No tienes instalada en casa a ninguna dama encantadora?

—Me apareció un hongo inquietante en la punta del pito —dijo Quatrelle desde atrás de su punto de mira—. El especialista en pichas de Beverly Hills me quitó el prepucio como medida preventiva y durante un mes no tendré una erección que valga la pena.

—Eso no es propio de ti, Victor.

—Es casi un cambio de sexo, ¿no? —tapó el telescopio y se volvió hacia Caspian—. ¿Hay un papel para mí en *Vagabundo del espacio*? —retorcó la cara en una mueca maliciosa—. ¿Un perverso plutoniano que rezuma sus jugos en las jovencitas?

—¿Cómo te llevas con Herman Armas?

—Actué en la primera cinta que dirigió. El primer día de rodaje estaba tan aterrado que olvidó cómo se inicia una película. No logró pensar en la palabra *acción*. Finalmente tartamudeó *empezar*. Pero quedó agotado. Sin embargo, ahora cree que es Bergman y tendrás tanto contacto personal con él como con un surtidor.

Quatrelle llevó a Caspian adentro, hasta la pequeña barra que salía de la cocina, donde preparó un trago al que dio el nombre de Mochuelo Hervido.

—Te mostraré algo en lo que he estado trabajando —sacó una pequeña caja de madera que había construido, en forma de escenario de viejo vaudeville—. Le pondré un manantial y algunos títeres —abrió un sobre y sacó dos fotos viejas,

minuciosamente recortadas y reforzadas con cartón en el dorso; eran las fotos de un cómico con pantalones que hacían bolsas y una jovencita, ambos ataviados como en una época pretérita.

Caspian levantó la figura masculina.

—¿Tu viejo?

—Mis abuelos. En uno de sus números, el judío y la sirvienta —Quatrelle rió entre dientes—. Una precoz comedia antisemita.

Las articulaciones de rodillas y codos de las dos figuras tenían bisagras y cuerdas. Quatrelle colgó al judío y a la sirvienta en el teatrillo y dio vueltas a una manivela que los hizo bailar, balanceando los brazos y las piernas.

—Le pondré dentro una cajita de música y tal vez instale un telón en la parte de adelante —Quatrelle tarareó una antigua tonada de *music-hall*, apretando los labios para producir el sonido de una minúscula trompeta. Arrugó la frente e intercaló el redoble de un tamborcillo con la trompeta.

Caspian vio que Quatrelle hacía chillar a la sirvienta mientras el judío bailaba tras ella por el escenario en miniatura.

—Qué tiempos maravillosamente ingenuos aquellos —dijo Quatrelle mirando por encima del escenario—, en los que se podía hacer algo tan insípido.

Caspian alargó la mano para coger su copa, pero mientras la acercaba a los labios se le aflojó repentinamente la muñeca y la bebida aterrizó en el suelo.

—Va por la copa ochenta y seis, ya ha tomado más que suficiente.

—Lo siento —dijo Caspian, al tiempo que dejaba la copa vacía en la barra—. Por un momento tuve la impresión —observó al judío bailarín y a la sirvienta—, tuve la impresión... de que alguien tironeaba de mis cuerdas —cogió una servilleta de papel de la barra y secó la bebida derramada; la misma sensación persistía en su brazo, como si no hubiera sido del todo suyo al volcarlo.

—Está bien, abuela —Quatrelle sacó a la sirvienta del teatrillo—, por hoy es suficiente —después sacó al abuelo y los metió a ambos bajo la barra—. A los setenta años, el abuelo se disfrazó con un traje largo y una peluca. Condujo un descapotable por Hollywood Boulevard. Al llegar a un semáforo en rojo levantó la vista, miró al camionero que había frenado a su lado y con su mejor voz de ancianita le dijo: «¿Quieres una buena mamada, hijo?». —Quatrelle guardó el escenario de vaudeville bajo la barra—. Por tanto, ¿qué esperan de mí?



## Capítulo 4

Condujo un coche alquilado a través de las memorias. Más arriba estaban los conocidos conductos de humo de Pittsburgh, ahora muertos; sus fuegos ya no lamían el firmamento y los edificios de la antigua industria siderúrgica eran esqueletos abandonados. De niño, el horizonte había sido un infierno mágico en el que grandes torres vomitaban llamas de arboles dorados.

Había crecido a la sombra de esas gigantescas torres negras y hasta de noche, en la cama, tenía conciencia de su existencia; escuchaba la llegada del turno nocturno, las voces de los trabajadores y el sonido de sus máquinas. Eso era lo mejor, dejarse flotar hacia el sueño con las voces de los hombres de las acerías como un talismán protector.

Ahora todo era silencio; incluso los gigantes dormían.

—Es una alegría que me visites porque ahora me creerán cuando les diga que eres mi sobrino —dijo su tía, señalando la puerta con la cabeza—. Aquí muchos pacientes imaginan que están emparentados con algún famoso. Pero en mi caso es verdad. Los pondremos en su sitio, ¿no te parece?

—Sí, tía Ruth, eso haremos.

Ella se inclinó hacia delante en la silla.

—Me cuidan unos médicos excelentes, David, gente muy escrupulosa.

Tenía el cutis del color de la cera y ojeras oscuras, aunque los ojos propiamente dichos eran penetrantes y claros. Había sido la personalidad artística de la familia. Todos los libros que David leyó de niño eran regalo de tía Ruth. Para la primera comunión le había dado un dólar de plata; aún la veía agachada a su lado en la acera, delante de la iglesia. Ahora era mucho mayor y estaba en una silla junto a una ventana con barrotes; en la habitación el olor era desagradable; no se parecía en nada al olor que recordaba de la niñez, cuando ella lo abrazaba. Entonces había aroma a lilas, por los arbustos del otro lado de la cocina. Lilas y olor a aceite de oliva friéndose con ajo en una cacerola a fuego lento.

—... los mejores doctores y los ultimísimos medicamentos. Eso me han asegurado.

Siempre se había alegrado de verlo en su vieja casa gris, pues era el sobrino predilecto. Y entre todos se destacaba este recuerdo: un día jugaba en la cocina de su casa, haciendo carreras con sus coches de juguete sobre el linóleo. Ella lo había mirado y David sintió que era una desconocida, que no era la tía Ruth, que su rostro delgado se estaba volviendo anguloso, que su mirada era, de pronto, extraña y fría. Más allá, al otro lado de la ventana, la ropa lavada ondeaba en la cuerda, las hojas se movían en los árboles y en su mente se introdujo una grave duda acerca del mundo.

—En realidad, me siento muy bien. Aquí los jardines son bellos y puedo pasear

por ellos todos los días. ¿Quieres que te los muestre? —preguntó con su voz serena y meditada.

—Me encantaría, tía Ruth —David le dio el brazo, bajaron el pasillo y entraron en la sala de visitas, donde otras mujeres del mismo piso veían TV, tejían, jugaban a las cartas. Y volvió a percibir ese olor peculiar, ahora mucho más intenso, que lo envolvió a medida que se internaban en la sala y sintió que estaba a punto de asfixiarse; todo su cuerpo parecía rechazar el olor, como si fuese una atmósfera en la que resultaba imposible respirar: el olor de la locura.

Tía Ruth lo presentó al grupo reunido ante el televisor y sus compañeras enumeraron todas las películas en que lo habían visto actuar, incluidas algunas de las que él mismo nunca había oído hablar. Tía Ruth exhibía orgullosa a su apuesto sobrino, el famoso astro cinematográfico, que hablaba con sus amigas y firmaba sus ejemplares de *TV Guide*.

Bromeó con ellas y se encontró respondiendo cómodamente a sus pullas proféticas y sus preguntas inconexas. El nivel de comunicación en un manicomio, reflexionó David, no era muy distinto al de una típica conferencia de prensa, excepto que aquí las preguntas parecían más inteligentes. Pero fuera del corro bullicioso había otras mujeres, demasiado perdidas para conocerlo o conocerse a sí mismas, mujeres que sollozaban suavemente o contemplaban la nada con mirada vacía.

Tía Ruth se lo llevó, pero entonces fueron las enfermeras quienes quisieron saludarlo, y él notó que también sus ojos eran extraños, con extrañas preguntas en su mirada, algo locas por la costumbre, aunque tampoco se sintió incómodo con ellas. Una atmósfera que era un hervidero de visiones, paranoia y oscuras compulsiones, de alguna manera semejantes a todos los platos que había pisado.

Por fin tía Ruth lo guió por el largo pasillo que llevaba al jardín. El día era brillante y ella le habló de la familia, de los viejos tiempos, con la memoria perfectamente clara.

—Eras un niño de gran talento. Y un soñador, David. Jugabas muy seriamente. Entregabas tu corazón a lo que hacías. Y eso es esencial, por supuesto. Hay que entregar el corazón a lo que se hace.

David la miró y se preguntó qué estaba haciendo su tía Ruth en una institución para enfermos mentales. Ella estaba sana; se la llevaría de allí, le buscaría un apartamento con una vista sosegada y con todo lo que necesitaba al alcance de la mano. Esa mujer tenía la mente despejada y sabría arreglárselas. Le restituiría los últimos años de su vida.

Lo paseó por el jardín, donde los rosales daban pimpollos reventones en gran profusión.

—Un soñador y un investigador, David. Enseguida lo comprendí. No podías ser otro que el que eres. Recuerdo las cosas que te fascinaban... te compré floretes de esgrima porque querías ser mosquetero, ¿te acuerdas? Yo recibo mis mensajes junto a la tapia del jardín, de la CIA —su voz no se había alterado, el mismo fluir melodioso

la acompasaba—. Me dan órdenes por el micrófono oculto. Ahora soy agente de la CIA —interrumpió sus pasos y lo miró—. ¿Quién podía pensar, David, que me seleccionarían? Claro que... —lo cogió del brazo—, tú también fuiste seleccionado para algo muy especial.

Caspian estaba sentado en el salón de la casa de Ed Cresswell, rodeado por la parafernalia de acontecimientos memorables de la infancia del guionista: a la altura del codo el globo redondo de una máquina automática de chicles; a sus espaldas una vasta biblioteca de Better Little Books, con sus protagonistas Captain Midnight, Spike Kelly, Terry Lee. La mesita del café pertenecía a los viejos personajes de Disney en hojalata: el perro Pluto, Mickey y Donald, además de un avión Mar Toy que rodaba hasta el punto exacto que le impedía caer por el borde de la mesa. De un lado a otro de la casa, en todos los armarios y huecos, había bancos mecánicos, juegos de máquinas tragaperras y flotas de antiguos automóviles de juguete. Caspian había ido a casa de Cresswell para trabajar en el guión y se habían pasado la tarde jugando con los trenes Lionel, que llenaban el comedor e incluían todos los accesorios que alguna vez había fabricado Lionel: máquinas cargadoras de troncos, vagones lecheros que desparramaban cántaros por el suelo, guardavías que hacían señales con sus faroles en la oscuridad.

Ahora Cresswell estaba sentado frente a Caspian, con su gorra gris de ferroviario, después de haber guardado el último tren nocturno en el depósito de locomotoras.

—¿Cómo te fue en Pittsburgh?

—Estuve viendo a una tía mía que está loca.

—¿Declarada?

—Recibe mensajes de la CIA.

—Mi tío recibe mensajes en su aparato para sordos. Algunos componen diálogos buenísimos; siempre que puedo los utilizo.

Caspian bebió Coca-Cola de una botella que le había escupido una gran máquina roja; en la otra mano tenía cacahuetes Planter's rancios, provenientes de otra vieja máquina expendedora que se alzaba como un icono en el salón, iluminada desde lo alto por un diminuto foco.

—Mi familia tiene más que su parte proporcional de lunáticos —dijo Caspian mientras dejaba la botella en la mesita de café—. Parece transmitirse por las mujeres, pero sospecho que da algunos saltos en el árbol genealógico.

—¿Te sientes psicopático? —Cresswell levantó su botella de Coca-Cola—. Tal vez te lo provoque esta gaseosa, el azúcar que contiene debe de tener treinta años de antigüedad.

—Ocurrió cuando yo era un crío —dijo Caspian—. ¿Puedo hablarte de ello?

—Espera a que abra el cuaderno.

—Me habían operado de apendicitis y se presentaron complicaciones. Me dieron

penicilina, a la que era alérgico, aunque en ese momento nadie lo sabía. De modo que me inyectaban todos los días y todos los días tenía la sensación de que estaba agonizando. Por último se espabilaron, pero entonces ya había adquirido una psicosis leve. Cuando volví a casa sentía que estaba inventando el mundo a mi paso... inventando el coche, inventando nuestra casa, inventando el aire. Finalmente llegué a la conclusión de que me estaba inventando a mí mismo, por supuesto.

—Adelante —lo estimuló Cresswell, sin dejar de garabatear en su cuaderno.

—Bien, quedé con la certeza absoluta de que no tenía ser —prosiguió Caspian—. No podía decírselo a nadie, era demasiado ridículo para comunicarlo. De modo que viví en una constante pesadilla compuesta de nada. Todas las noches tenía que quedarme despierto hasta altas horas, aferrado a las sábanas y temblando, tratando de serenarme. Así pasé muchos años.

—¿Y?

—Sabía que el mundo era un lugar inventado. Sabía que en cualquier momento se produciría una conclusión en la que todo se derrumbaría, de modo que me negaba a participar. Era como esos chicos de la película de Cocteau, que vivían sin reglas en un mundo de su imaginación, en una sala llena de objetos sagrados e irreales. ¿Sabes cuáles eran mis objetos infantiles?

—¿Máquinas expendedoras de chicles?

—Souvenirs nazis. Mi padre los trajo de la guerra. Un casco, una Cruz de Hierro, un anillo con una calavera. Ese anillo siempre me decía: ya conoces la verdad, el mundo es una calavera que flota en la nada.

—Una niñez extraña —dijo Cresswell, que había dejado la pluma y miraba fijamente a Caspian.

—Me puse a prueba para una representación en la escuela secundaria. Cuando me encontré en el escenario, inventándome a mí mismo y siendo aplaudido por ello, la pesadilla me abandonó. He estado haciendo lo mismo desde entonces.

—Y los souvenirs nazis... —Cresswell golpeó el guión que estaba sobre la mesa—. ¿Por eso estamos escribiendo este libro de aventuras berlinesas? ¿Esta pieza teatral alemana que nadie comprará si me permites citar a tu agente?

—Me gustan sus películas. Saben usar la cámara.

—Siempre he dicho que Eva Braun sería capaz de producir infinitas carcajadas —Cresswell se acercó a otra de sus máquinas y metió dos monedas en la ranura. Salieron un par de botellitas de cera llenas de un líquido rojo—. ¿Recuerdas esto? Te bebes el zumo y luego mascas la cera.

—Lo estoy recordando.

Cresswell puso una de las botellas al trasluz.

—En el interior de esta botella está contenida la quintaesencia de nuestra retorcida juventud —se volvió hacia Caspian—. ¿Alguna vez tienes recaídas? ¿En el vacío?

—Trabajaba como extra en Praga y estaba en un hotel para estudiantes. El Hotel

Solidarita, en los aledaños de la ciudad, junto a un crematorio público. En general el viento sopla hacia el este, en dirección a Rusia, pero un día sopló en sentido contrario y el olor a humo me afectó. El mundo se convirtió en un lugar inventado.

—Yo nunca viajo —dijo Cresswell—. Me quedo en Los Angeles, con mis máquinas de chicles hinchables.

—Y últimamente he tenido algunos interludios estrafalarios.

—Bebe esto —Cresswell le dio la botellita de cera.

Bebieron; Caspian escupió al instante, salpicando la alfombra de líquido rojo, mientras Cresswell hacía una mueca, tragaba el brebaje y lo miraba con la frente surcada de arrugas.

—El elemento químico se ha asentado, ¿no?

—En puro tinte rojo número cinco.

Cresswell se sacó la botellita de la boca.

—Tal vez esto no deba mascarse, por más que lo he ansiado durante mucho tiempo —arrojó la botellita en el cenicero—. El pasado no puede recobrase.

—No del todo.

—Pagué una fortuna por esas piezas de caca.

—Forma parte de tu búsqueda del conocimiento, Ed.

—He tragado más dulces rancios de los que puedes imaginar —Cresswell señaló el antiguo escaparate de cristal que enmarcaba un rincón de la sala. Allí había filas y filas de caramelos de cuarenta años atrás, en sus envoltorios desteñidos.

—Uno está condenado a encontrar lo que busca, tarde o temprano. El bocado perfecto.

—Sí —dijo Cresswell y apareció en sus ojos una mirada distante—. En algún lugar hay una Mary Jane, dura como la piedra, con mi geniecillo en su interior —meneó la cabeza—. ¡Qué obsesión repugnante!

—Al menos no es un recuerdo nazi.

Cresswell ladeó la cabeza y se metió un dedo, pensativo, en la nariz.

—Espera un segundo, un segundo. Acabo de... —atravesó la sala, hacia una mesa donde había un montón de álbumes de recortes. Empezó a hojearlos—. Recientes adquisiciones en una subasta. Pertencieron a un viejo que se pasaba el tiempo recortando anuncios de medias de mujer —Cresswell levantó una página llena de anuncios esmeradamente cortados y pegados con engrudo.

—Una fijación por las piernas femeninas, decididamente —comentó Caspian.

—Sí, pero de vez en cuando pegaba otras cosas y en una de estas páginas... —Cresswell siguió pasando las hojas; repentinamente sacó un pequeño sobre transparente y se lo dio a Caspian.

Caspian abrió el sobre y sacó un sello postal rojizo del Tercer Reich, en el que aparecía un Hitler idealizado, con gabán militar; en la lejanía, en unos edificios ondeaban diminutas esvásticas.

—Quédatelo —dijo Cresswell.

—No, gracias. —Caspian guardó el sello en el sobre y se lo devolvió.

Cresswell metió el sobre en el álbum.

—Me pregunto si el viejo no sería un espía nazi. Todas estas piernas son bastante fornidas. Unas buenas *Fräulein*.

—*Schönheitstanzerinnen*.

—¿Qué has dicho?

—Bellas bailarinas —Caspian observó las páginas de piernas cruzadas y en movimiento—. Un conjunto de coristas común y corriente.

—Cada uno tiene sus obsesiones —dijo Cresswell—. Así terminaré yo, supongo.

—¿Recortando piernas de mujeres?

—Viejos anuncios de caramelos.

Caspian pasó las hojas del álbum hasta donde estaba la página con el sello de Hitler y aunque no quería hacerlo se encontró sacándolo del sobre, dejando una vez más al descubierto la cara idealizada del *Führer*, con su doble papada cubierta por el cuello alto del abrigo.

—La Alemania nazi fue un mundo inventado —pasó la yema del dedo por el borde del sello—. Un cielo inventado, edificios inventados, un *Führer* inventado. Y todo el mundo se lo tragó —se volvió hacia Cresswell—. Y es posible que todavía lo estemos inventando. Inventado tú, inventado yo, inventados los Estados Unidos. Tal vez el pequeño David Caspian tenía razón.

—Como todos los norteamericanos —dijo Cresswell al tiempo que cerraba el álbum y lo dejaba de lado—, has recibido demasiada penicilina.

Cavaba en el jardín, cerca de la terraza; dos jóvenes árboles frutales esperaban para ser plantados, con las raíces envueltas en arpillera. Carol trabajaba cerca, a cuatro patas junto a un arriate. Ed Cresswell estaba sentado en una silla de jardín, con un ordenador portátil en las rodillas. Sus dedos toquetearon un rato el teclado y después se quedó contemplando melancólicamente el cielo, con los brazos flojos a un costado del cuerpo y los nudillos en el suelo. Carol le dijo en voz baja a Caspian:

—Destila un gran autocontrol, ¿verdad?

Cresswell bajó la vista para mirar el guión, refunfuñó y se rodeó la cara con sus manos largas y huesudas. Poco después volvió a teclear.

—Es como el último pájaro carpintero solitario —Carol se ajustó sus rodilleras de jardín y se arrastró con una herramienta de escarbar en la mano—. He plantado flores por aquí, pero no recuerdo exactamente dónde. Hay que tener mucho cuidado —su trozo de jardín resplandecía en un caos de maleza, flores silvestres y hierbas—. Creo que esto es esa cosa de brujería que planté. Alrededor de la puerta, para que no entren golems.

—Probemos un poco —Caspian se agachó y arrancó unas ramitas.

—No sabía que eras adicto a la hechicería —Carol siguió arrastrándose.

Apareció Alicia a través de una hilera de rododendros rosas, vio a sus padres y se paró en seco. Evidentemente no esperaba encontrarlos tan cerca. Miró por encima del hombro a través de los rododendros, volvió la vista hacia ellos y dio un vacilante paso al frente.

—Tengo un *grave* problema —fijó en sus padres su mirada de ojos desorbitados, que desconcertaba a los adultos que no la conocían haciéndoles creer que acababa de descubrir sus más oscuras indiscreciones financieras o sexuales. Jugueteeó nerviosa con una de sus trenzas, golpeteando repetidas veces la punta castaña y ondulada, algo que hacía para tranquilizarse cada vez que se encontraba en una situación difícil.

—¿Qué ocurre?

—Perfumé a la gata.

Como si esa fuera la acotación convenida, el minino salió de entre los rododendros con el rabo regiamente levantado.

Carol lo olfateó cuando pasó a su lado.

—Diva. Ciento setenta y cinco dólares la onza.

Alicia y la gata bajaron por el sendero, el animal con su rabo perfumado orgullosamente alzado en el aire. Caspian llamó a su hija.

—Vuelve aquí, cariño.

—No debes regañarla —dijo Carol.

—¿Por qué iba a regañarla? Pienso ofrecerle algo más gratificante que perfumar a un animal.

Alicia había girado sobre sus talones y se acercaba vacilante, con la gata ronroneando contra su piernas. Caspian le hizo señas con la mano para que llegara hasta él.

—Alicia, he estado pensando en un pasatiempo que seguramente te encantará.

Su hija lo miró, a la expectativa. Él le devolvió la mirada.

—Te traeré un criadero de hormigas.

—¿Un criadero de hormigas? —intervino Carol—. ¿Estás loco? ¿Por qué no le traes un rancho de tarántulas? ¿O una fábrica de pulgas? —puso los brazos en jarras—. Lo único que nos falta es un criadero de hormigas. Se romperá y las hormigas caminarán por todo mi cuerpo.

—No se romperá. Es fascinante. Alice puede observar la obra de una civilización pequeña pero completa.

Alicia puso los brazos en jarras, en una imitación perfecta de la postura de su madre.

—Quiero un criadero de hormigas un rancho de tarántulas.

—Nunca los tendrás —dijo Carol y volvió a mirar a su marido—. Un criadero de hormigas. Vaya idea delirante. ¿Qué te parece un hotel de escarabajos japoneses? Para que puedan comerse las hojas de todos los árboles del barrio.

Alicia se aferró a la mano de su padre.

—¿Puedo, papi? ¿Puedo tener un hotel de escarabajos? Yo me ocuparía de

cuidarlo, te lo prometo. Podríamos tener escarabajos de todos los colores y hacer carreras sobre la mesa.

—¿Ves lo que has conseguido? —Carol miró a Caspian—. Carreras de escarabajos en la mesa. Tendremos la comida llena de escarabajos y cuando estén cansados se meterán en la cama con nosotros.

—No sugiero que traigamos escarabajos. Me limité a sugerir...

—... un criadero de hormigas —rogó Alicia, batiendo palmas y bailando alrededor de su padre—. Por favor, por favor, lo que más me gustaría es un criadero de hormigas.

—Tu madre no quiere que lo tengas.

—Mami...

—Decididamente, no. Tuviste una tortuga y se murió detrás de la nevera.

—Daré de comer a las hormigas todos los días —dijo Alice, marchando en pequeños círculos, como si quisiera dar solidez a su posición—. Y... les daré agua, les leeré en voz alta y les hablaré de las cosas de la vida.

—Hay un hormiguero en el fondo del patio —dijo Carol—. Puedes hablarles allí de las cosas de la vida.

—Pero no sería lo mismo que en mi *habitación* —dijo Alicia, dejando sobresalir el vientre.

—¿Te das cuenta de la que has armado? —preguntó Carol a Caspian—. ¿Dónde aprendiste a educar niños, en un campamento para orientación de insectos? —cogió la mano de su hija entre las suyas y le habló tiernamente—. Alicia, puedes ir a la habitación de mami y sacar un dólar de su bolso.

—Que sean dos —dijo Alicia.

—De acuerdo, dos dólares. Pero nunca vuelvas a mencionar un criadero de hormigas, cariño, porque a mamá se le ponen los pelos de punta. ¿Comprendes?

—Sí —dijo Alicia y dedicó a su padre una mirada conspiratoria antes de alejarse, lo que sugería que el tema de los criaderos de hormigas volvería a plantearse en un momento más oportuno.

—Por favor, entiéndelo —dijo Cresswell desde el otro lado del jardín—, comprendo que *Vagabundo del espacio* es un medio mejor para ti. Aunque he creado un auténtico papel para ti, me doy cuenta de que prefieres pilotar una nave espacial a Marte.

—Una vez soñé que iba a Marte —dijo Carol— en un contenedor de basura.

—No es necesario que te disculpes —continuó Cresswell—. ¿Sabes dónde sientan a los escritores en la cena de entrega de premios de la Academia? Todos juntos en una mesa, la más alejada del estrado. Al lado de la cocina.

—Entonces comeréis caliente —dijo Caspian.

Cresswell señaló la pantalla del ordenador.

—¿Quieres una escena sexual con la baronesa alemana?

—No —dijo Carol—, no quiere. Nosotros opinamos que el sexo en el cine es



demasiado obvio —siguió arrastrándose sobre sus rodilleras.

—Haz algo sabroso —terció Caspian.

—El sexo siempre es sabroso —Cresswell apretó la tecla del ordenador que ponía INSERT.

—Si le escribes una escena sexual, jamás volveré a darte de comer —dijo Carol. Cresswell canceló la tecla de INSERT.

Caspian levantó el pequeño peral y lo llevó al extremo del jardín, donde lo hundió en la tierra.

—Crece —le dijo mientras lo rodeaba de abono—, y algún día serás miembro de un consorcio de zumo de peras.

Siguió hablando con el árbol, diciéndole que era encantador en un sentido general y pasando luego a los pormenores de la savia, los capullos, la copa, la corola, la metamorfosis de las hojas, cosas que él se había obligado a aprender, en la acariciada convicción de que una planta tiene un conocimiento de sí misma tan refinado como cualquier botánico, y que sabe apreciar que se dirijan a ella con finura. Con ese mismo espíritu había instalado altavoces en el jardín, impermeables y herméticos, para que dieran serenatas a sus plantas. Aparentemente les gustaba Sachdev, el maestro hindú de la flauta de bambú.

En el valle arbolado, más allá de su propiedad, los cuervos graznaban febrilmente; habían estado nerviosos toda la semana, debido a la presencia de un búho que se había instalado en su territorio. Caspian veía su enorme cabeza y las alas encorvadas en lo alto de un roble, y los cuervos dando vueltas por encima, con sus voces cargadas de un deje regañón de territorialidad. Miró hacia la finca contigua y vio que el vecino estaba afuera. Éste le devolvió el saludo con un ademán y se reunió con él en la cerca.

—¿Oíste anoche a la policía? Acorralaron a unos gamberros por allí —el vecino señaló las montañas con el extremo de un rastrillo de bambú—. Estaban sacrificando una cabra —encendió la pipa y dio unas cuantas chupadas, en actitud reflexiva—. Vivimos tiempos extraños.

Caspian logró responder algo y siguieron charlando, pero su mirada volvía al búho. El vecino hablaba, pero él derivaba en sus pensamientos, recordando aquellos trances anestésicos de su infancia, cuando el mundo perdía el significado que le habían dado familiares y maestros, cuando el sol parecía un ojo hostil en el vacío y él era el único que lo sabía.

El vecino volvió a rastrillar y Caspian se encaminó al riachuelo y lo cruzó. El búho oyó sus pisadas y huyó, aleteando audiblemente en el callado aire del cañón. Lo vio alejarse, con los cuervos tras él, mientras sus agudos chillidos se perdían más allá de las montañas hacia donde los guiaba el búho.

Anduvo hasta el camino de herradura, donde siguió la huella de cascos en el polvo finamente trillado, hacia las colinas, en las que la atmósfera sufría una evidente modificación; Caspian percibía las fuerzas hostiles al hombre: coyotes, serpientes de

casabel, y el aire propiamente dicho, lo bastante caliente para agotarte. Ese era el sitio para sacrificar una cabra, si ésa era tu intención. Las elevadas montañas volcánicas parecían atentas a los secretos de la tierra. Sintió la mente de las rocas melladas, sintió su indiferencia a las pisadas de asesinos ritualistas, de coyotes y estrellas del cine; les interesaban otras cuestiones de significado más profundo: fuegos ocultos, ríos de lava, la esencia de la inquietud.

Siguió el camino de herradura, cuya lenta curva lo llevó al centro del cañón, donde la chaparra y unos pocos robles raquíuticos engalanaban un claro.

Olas de calor tremolaban desde la arcilla achicharrada, distorsionando el aire. Oyó el chasquido de un disparo de fusil y volvió la cabeza. Una figura de negro caminaba a su lado, con lustrosas botas militares y la mano señalando con un cigarrillo.

—*Los placeres de este establecimiento son singulares. Mi amante sólo tiene doce años. ¿Me consideras?*

Las olas de calor se estremecieron violentamente, sonó otra vez el chasquido del fusil, y la figura se desvaneció. Caspian fijó la vista en la tierra, el cuerpo empapado en sudor, las sienes palpitantes. Unos pocos pasos cautelosos hacia atrás lo sacaron del claro, llevándolo al sombreado camino de herradura. Recordó: una tumba humeante con la que había soñado de niño, a través de cuya puerta uno no debía, bajo ninguna circunstancia, pasar.

Siguió por el camino de herradura hasta tener a la vista la urbanización del cañón. En la niñez había sido así, cuando corrió a casa, henchido de nada.

Cruzó el arroyuelo del cañón y trepó la colina hasta la entrada del fondo de su casa. El patio estaba desierto y el aire tan silencioso que oía susurrar a los insectos en las hojas. La casa se alzaba ante él, callada, maciza, un sólido trozo de la realidad. Se abrió la puerta de la terraza y salió Carol.

—Ed te está esperando en el estudio. Ahora que ha almorzado se siente mucho más seguro.

Caspian entró en el salón fresco y sombreado. Cresswell dejó el guión y encendió un cigarrillo.

—No —dijo Caspian, adelantándose—. No lo...

—¿Quién eres tú, el ministro de Sanidad?

—Me refiero a ti... de pronto me pareciste otro —Caspian se interrumpió, porque con el cigarrillo en la mano, Ed Cresswell era la persona que había caminado a su lado en el cañón.

Carol leía en la silla del tocador, junto a la cama; la lámpara arrojaba suaves luces sobre las páginas del libro y sobre su camisón color lavanda. Tenía las piernas cruzadas y balanceaba impaciente una rodilla mientras leía.

—Voy por la página cuatro y ya hay tres mujeres, dos hombres y un perro.

Caspian estaba en la cama, con el guión de *Vagabundo del espacio* sobre las rodillas, moviendo los labios como si ensayara una línea aquí, otra allá. Carol comenzó a pasar rápidamente con el pulgar los capítulos de su libro.

—Ya no encuentro la menor relación. Doblo en edad a la persona que expresó estos pensamientos sensuales.

Caspian siguió leyendo. El guión era monosilábico, pero no la basura que esperaba.

—Esto no está mal.

Carol asintió, sin prestarle atención. Saltó hasta la última página de la novela y leyó el desenlace.

—El culpable es el San Bernardo —cerró el libro— ¿Qué decías, querido?

—Es un buen guión —lo arrojó sobre la mesilla de noche—. Pero el estudio lo transformará en una rosquilla.

—No seas tan pesimista —Carol se metió en la cama, a su lado—. Tu problema es que estás en una industria en la que el producto eres tú —se bajó el tirante del camisón—. Y ahora te enseñaré algo que aprendí cuando estuve prisionera en un club japonés de fotografía.

Desde las colinas llegó el primer ladrido nervioso, cuando la manada inició el descenso. La luna ribeteaba la pared del cañón y David permaneció ante la ventana, con la vista en el jardín, donde las plantas matizadas de plata respondían con su brillo a la luz de la luna. Los coyotes se acercaban y su gáñido nervioso era cada vez más audible. Los perros del barrio comenzaron a gemir y en algún punto del tumulto creciente oyó que la manada atacaba.

Vio a su gata atravesar de puntillas las plantas plateadas, con las orejas aguzadas, la cola retorcida al desaparecer bajo las espinas de un cactus. Corrió las cortinas y levantó la vista hasta el canto del cañón, con sus bordes nítidamente grabados en el cielo iluminado por la luna. Sentía que la manada subía a la cumbre, donde todos sus miembros cenarían, pasarían al siguiente cañón y luego al otro, hasta el filo del amanecer.

Cerró las cortinas y se volvió para encaminarse a la cama.

Aquél no era su dormitorio.

Las paredes que miraba estaban resquebrajadas, el enlucido pelado. Una sola bombilla colgaba del techo y a su alrededor se enroscaba el humo que despedía el cigarrillo de una mujer. Su voz era un eco, su cuerpo estaba hecho de sustancia lunar, lo mismo que la habitación, una sustancia en la que él se estaba estabilizando en contra de su voluntad.

—Mi maleta está en el rincón —la mujer señaló una maleta estropeada y balanceó las piernas por el borde de la cama deshecha, mientras su camisón plateado susurraba al descuido rozando las sábanas.

—Por el amor de Dios, basta de holgazanear. ¿Quieres que te pongan una soga al cuello?

Su propia voz le resultaba extraña, sensaciones inexplicables. Sin embargo, otra parte de su ser sabía qué era ese edificio y por qué debía largarse de inmediato.

Salió al pasillo oscuro. La barandilla de la escalera estaba rota, los peldaños retorcidos y lóbregos.

La calle, es tarde, ella no debe perder un minuto.

Sus conflictivos pensamientos se manifestaban en sus movimientos elásticos al cruzar el vestíbulo. Llegó a una ventana que daba a la calle. Un Mercedes negro frenaba en el bordillo. Se apearon dos hombres con abrigos negros, con el aliento ondulado en el aire nocturno. Él volvió de prisa a la habitación, abrió la puerta de par en par e irrumpió.

—¡Están aquí!

—¿Quién está aquí?

Carol se sentó en la cama, sujetándose la sábana al pecho. Él dio media vuelta, buscando las paredes resquebrajadas, la bombilla colgada.

—Será mejor que vaya a hacer pis —dijo Carol; con un suspiro adormilado, bajó de la cama y pasó a su lado arrastrando los pies.

## Capítulo 5

Condujo por Westwood y luego por Wilshire. El *boulevard* se extendía hasta donde los comercios de alquiler de coches sólo tenían Rolls Royces y se encontró en el corazón de Beverly Hills, girando a la izquierda hacia El Camino. Cruzó los altos portales de bronce hacia el patio adoquinado de Beberly Wilshire, rodeado de perales y farolas de gas. Manos asiáticas con guantes blancos recibieron su automóvil para llevarlo al aparcamiento de abajo, mientras el portero lo hacía pasar al hotel.

El pasillo de espesas alfombras estaba bordeado de tiendas en cuyos escaparates no había tarjetas con los precios; de un lado trajes ingleses, del otro jarrones Ming. Una pareja de sudamericanos pasó en sentido contrario y David percibió sus cabezas de ganado, sus caballerías, los accesorios de sus baños en oro macizo. Pasó bajo una araña de luces Luis XVI y entró en La Bella Fontana. El maître lo guió a través de las columnas acanaladas que sustentaban la gruta pompeyana, hasta la mesa de Myron Fish, que compartía Fay Roper —primera esposa de Myron y en la actualidad ejecutiva de un estudio— y Victor Quatrelle. Veinticinco años atrás, cuando ella era una actriz joven y hermosa, sus riñas conyugales con Myron habían sido legendarias; una vez metió el Jaguar de él en la piscina. Ahora se había moderado, se teñía el pelo de rubio ceniza, en un matiz tan cercano al plateado que no daba la impresión de que trataba de parecer más joven. Sus manos seguían siendo atractivas y sabía usarlas, adornadas con graciosas joyas evidentemente de bisutería, aunque no baratas. Sobre la blusa llevaba una inmensa palmera de plástico. Examinó atentamente a Caspian.

—Tienes los ojos inyectados en sangre, ¿descansas lo suficiente?

—Estoy bien.

—Myron, ¿descansa lo suficiente?

—He dado orden de que todas las noches lo aporreen con un mazo a las nueve en punto —Fish estaba mirando el menú y se dirigió a Quatrelle—. Será mejor que tú tomes una ensalada de fruta.

Quatrelle palmeó su enorme tripa.

—Nací para criar grasa —pidió faisán.

—¿Y tú, David?

—Pronto tendré que ponerme un traje espacial muy ceñido —se volvió hacia el camarero—. Ensalada de frutas.

La fuente de tres pisos del centro del restaurante burbujeaba, con un querubín montado en su cresta; llegó la comida y Fish hizo las veces de anfitrión, bromeando sin cesar con su ex mujer.

—Hacer negocios juntos ha dado a nuestro matrimonio algo que nunca tuvo... una especie de intercambio distributivo, con todo claramente hablado.

—El estudio sabe que soy la única capaz de negociar con Myron. Me anticipo a sus movimientos.

—Un pequeño foco azul ilumina siempre mis ojos —dijo Fish—. Soy de fiar.

—Por supuesto, querido. Eres fiel como un perro labrador.

Los rayos del sol se filtraban a través de encajes belgas; el maître, que parecía un conde italiano en su salón, se acercó a supervisar los detalles minúsculos de la comida. El querubín observaba todo desde su rocío burbujeante; Caspian comía tranquilamente, contento de absorber los modales de sus vecinos, de sentirlos, analizarlos, clasificarlos y archivarlos. La forma en que un hombre movía las manos al hablar indicaba el papel que se había adjudicado a sí mismo en la comedia de la vida; la forma en que colgaban sus pantalones ponía de relieve su derrota, su depresión, su desesperación. Caspian había inventado un hotel en su mente, con muchas habitaciones en las que moraban los personajes que había creado: viejos y jóvenes, hombres de todo tipo a los que siempre añadía pequeños pormenores de vestimenta y porte. Vivían en el hotel, cenaban, hacían planes, aguardaban, soñaban. En tal hotel había almacenado décadas de observación, y todos estaban allí, detrás de puertas minuciosamente señaladas, a la espera de ser usados.

—He vuelto a sacar en libertad bajo fianza a Alan Modesto, que estaba en chirona por borracho —dijo Quatrelle—. Lo encontraron a medianoche en la playa, abrazado a un esturión.

—Es un buen actor —dijo Fay—, aunque últimamente parece hablar a través de un trozo de queso suizo, ¿no es cierto?

—Es un golpe ser estrella un día y que al siguiente le encuentren a uno oculto en el Mercedes de otro —dijo Quatrelle—. Pero en la flor de su vida era el mejor improvisador del mundo.

Fish cogió las muñecas de Quatrelle y Caspian y las apretó suavemente.

—Vosotros dos habéis soportado bien el éxito. Me gusta pensar que yo os he proporcionado un papel modélico.

Fay cambió la conversación hacia una película que estaba elaborando con Fish. Caspian apenas escuchaba, con la vista fija en ella. Lo acometió la absurda idea de que la conocía mejor de lo que ella se conocía a sí misma, como si de pronto hubiera asomado a la superficie una percepción ensoñadora oculta en un rincón de su mente: la Fay de otros tiempos, la Fay de otra época. Más aún, era intensamente erótica y a través de su percepción lo recorría un hormigueo, como le ocurría a veces cuando soñaba con una mujer a la que apenas conocía y el sueño los llevaba a la intimidad más profunda. ¿Había soñado con Fay? Eso parecía, pero no lo recordaba, sólo lograba discernir el resplandor que la rodeaba.

A los postres, Fay se citó con Fish para cenar otro día de esa semana.

—A las seis —dijo ella—. Y cuando digo las seis quiero decir las seis.

—Cuando tú dices las seis puedes querer decir cualquier cosa.

Caspian no lograba aprehender de qué se trataba... pero Fay daba la impresión de ser un viejo amor alrededor del cual permanecía una ternura algo desvanecida. Ella percibió su mirada.

—Eres muy dulce, David.

Él sintió que se ruborizaba y en ese momento Fish se inclinó hacia delante.

—¿Qué es muy dulce? ¿Me he perdido algo?

Fay pidió la cuenta, se caló unas pequeñas gafas de leer en la punta de la nariz y comprobó escrupulosamente la suma. Después se la pasó a Fish. Cuando se levantaron de la mesa tomó del brazo a Caspian y dijo en voz baja:

—Con los viejos amigos nunca se sabe, ¿verdad?

—Lo siento, no quise...

—No te disculpes, querido, déjame gozar de este momento.

Enfilaron por el largo pasillo y bajaron hasta el patio de adoquines; Caspian seguía confundido con Fay... desde que la conocía jamás había pensado en ella como objeto erótico, pero hoy tenía la impresión de que acababa de salir de su cama. Se preguntó si no sería otro de los efectos grotescos de la libido de la madurez... inesperadas oleadas de sexualidad proyectadas en cualquier mujer inocentemente sentada delante de uno. En tal caso, sólo podía abrigar la esperanza de que le resultara útil delante de la cámara.

Trajeron el coche de Fay y unas manos con guantes blancos le abrieron la portezuela. No les dio propina.

—Adiós, queridos míos... —se alejó conduciendo suavemente, mientras Myron Fish le hacía el último saludo con la mano.

—Yo solía decir salta y ella preguntaba cuándo y a qué altura —miró a Caspian y a Quatrelle—. ¿En qué momento hice las cosas mal? Bien, allí está mi coche... —se acercó al amado y viejo Jaguar que tiempos atrás Fay había metido en la piscina. Subió y las manos enguantadas cerraron la portezuela—. Recordad el lema —metió la velocidad—. Tú, que entras aquí, deja fuera la experiencia —se alejó, dejando a los otros dos en la calzada de adoquines, por cuya rampa asomaba el morro del coche de Quatrelle.

—Pasaré por Edwardo's —dijo Quatrelle—. ¿Por qué no me acompañas?

Caspian subió y Quatrelle condujo su gran máquina por Rodeo Drive, hasta una boutique masculina, donde aparcó a un metro del bordillo. Maniqués metálicos de alta tecnología embellecían el escaparate de la tienda, contra un fondo de metálicos abalorios tornasolados iluminados por una luna oculta. El vano de la puerta emitía música electrónica, en la que resonaban los suaves ecos y apagadas estelas del espacio interplanetario.

—Sólo una tienda común y corriente, ¿no te parece? —dijo Quatrelle mientras cruzaba la entrada.

Edwardo esperaba dentro, con los brazos extendidos.

—Amigos... —Caspian lo había conocido cuando era profesor de bailes de salón y vendía lecciones de rumba—. Ya tengo el regalo que encargaste —dijo Edwardo a Quatrelle y los condujo a través de la tienda; en el fondo subieron por una escalera metálica de caracol, que daba a su despacho. Hizo girar la llave en una puerta tan pesada como la de la cámara acorazada de un banco.

—Impresionante y sin embargo sencilla —Quatrelle hizo un gesto mientras la puerta de hierro macizo se cerraba a sus espaldas.

Las paredes del despacho estaban adornadas en cromo y brillaba suavemente una luz indirecta desde un borde de acrílico blanco que corría por el zócalo de la oficina. Los sofás y cojines azules estaban bañados en su destello. Eduardo se sentó ante un escritorio y abrió la cerradura de un cajón, del que sacó una caja lacada en negro.

—Dicen que haréis juntos una película.

—Sí, un viajecillo a Marte.

Quatrelle acomodó su tripa al sentarse, instalándola más cómodamente alrededor del cinturón. Eduardo abrió la caja y sacó una bolsita de celofán cuyo contenido, blanco como la nieve, marcaba un espectacular contraste con el negro pulido de la caja.

—Un acelerador para tu cohete espacial —entregó la bolsa a Quatrelle, quien a su vez le dio un fajo de billetes. Sin contarlos, Eduardo los guardó, junto con la caja negra, en el cajón.

Quatrelle sonrió.

—Tienes el aire de un hombre que se encuentra a sus anchas en su caja fuerte.

—El hombre que vive en una cámara bancaria no tiene motivos de alarma —Eduardo se incorporó y miró a Caspian—. ¿Y tú, David? ¿No quieres algo para tan largo viaje?

—Ya tengo algo —dijo Caspian.

Eduardo lo rodeó con un brazo y pasó una mano profesional por la pechera de su chaqueta, donde tocó la Walther.

—¿Vas armado? Eso es impropio de ti, pero de todos modos te conseguiré algo menos llamativo. Una miniatura de bolsillo que se guarda en lo que parece ser un billetero. Alguien te pide que le entregues el dinero, tú alargas el billetero y lo liquidas.

—Si la asociación de pistoleros ha terminado con su reunión... —Quatrelle hundió una minúscula cucharilla para coca en la bolsa de celofán y la pasó a su alrededor. Caspian aspiró el polvo claro y limpio, sintió instantáneamente la familiar oleada de confianza en sí mismo y vio, como siempre, que todo era acción, luz y cambio de escena.

Salieron del despacho; Eduardo los llevó por el balcón, junto a una hilera de columnas de cromo. Sus figuras se reflejaban en ellas, curvas y alargadas. Caspian sintió que su mente cruzaba otro abismo, más allá de donde desean ir los consumidores de coca. El rostro de Eduardo ondulaba en la columna y Caspian sintió que las paredes se modificaban en su interior. Es muy poco lo que se necesita para que los mundos se intercambien.

*Me han seleccionado para algo muy especial*, dijo tía Ruth.

Tanteó la barandilla del balcón; un primer actor no se queda colgado en una boutique de Rodeo Drive.



Siguió a Eduardo y a Quatrelle por la brillante escalera de caracol hasta la planta principal y luego al fondo de la tienda.

—Una presentación privada de nuevas mercancías —dijo Eduardo—. Por aquí, caballeros.

Caspian hizo a un lado los pliegues de una cortina roja afelpada, que por un instante cayó como una tapa sobre sus hombros. Oyó el frufú de la tela al caer a sus espaldas y avanzó en la oscuridad.

—¿Dónde están las luces, Eduardo?

—¿Luces?

Se encendió una débil bombilla en una habitación llena de grandes cajas rotas, un maniquí decapitado, un montón de cajas de zapatos cubiertas de polvo. El aire era húmedo y olía a moho. Se volvió. El hombre que estaba en el pliegue abierto del cortinado lo dejó caer y se encaminó hacia él.

—Mi tienda es una ruina.

Estaba despeinado, sus modales eran vacilantes y temerosos. Empujó a un costado al maniquí roto y abrió una vieja caja fuerte abollada.

—¿Puedes conseguirme medias de mujer? Estoy en condiciones de vender tantas como me traigas.

Caspian intentó hablar, intentó reconocer, ponerse a la altura de la extraña corriente de acontecimientos en que se había deslizado. Oyó un leve chasquido en su cuello y notó que el hombre hablaba alemán.

—... y ropa interior, por supuesto. También puedo venderla.

Resonó el chasquido en algún rincón secreto de su cuerpo y empezó a recuperar el sentido. Era alemán, por supuesto. Hacía negocios con ese hombre; *Herr* Heiss era comerciante y en cuanto a él, él era... Félix.

—Aquí tienes el dinero, Félix. Te estoy agradecido —Heiss le entregó un sobre lleno de billetes.

¿Dónde estuve?, pensó Félix. Qué sueño extraño, y con los ojos abiertos.

—Por un instante, Heiss, ahora mismo, estaba a miles de kilómetros de aquí, contigo. Eras dueño de una tienda, pero todo brillaba y era flamante.

Heiss frunció el ceño amargamente.

—A miles de kilómetros, sí, así tiene que ser para que todo brille y sea flamante, porque Berlín apesta a bombas de azufre y polvo de yeso —lo siguió a través de las cajas apiladas—. ¿Qué me dices de las medias? ¿Puedes conseguir las?

—Francesas —dijo Félix—. Galardonadas *Pour le Mérite*, gracias a su audaz exhibición —se metió el sobre en el bolsillo de la chaqueta—. Pero están subiendo los precios. Las cosas se vuelven cada vez más difíciles.

—Comprendo —dijo Heiss—. Cuando lleguen tus envíos, aquí estaré —abrió la puerta del fondo y Félix salió al callejón de atrás del almacén. Antes de llegar a la calle se acomodó el sombrero de fieltro gris, se apoyó en el bastón y echó a andar con una bien ensayada cojera. En el bolsillo llevaba una exención falsificada, el

documento de identidad correspondiente, certificado de la policía y licencia de conductor, todo lo necesario para disipar las sospechas que pudiera despertar un hombre que no iba de uniforme; era un trabajo de calidad, pero si lo miraban demasiado, si un experto observaba las filigranas, pigmentos, sellos y firmas, entonces, reflexionó Félix, me colgarían por los pulgares de un gancho en el cuartel general de la Gestapo.

Y qué sueño extraño tuve en la tienda de Heiss, cuando me vi a mí mismo en una tienda remota.

La calle brillaba por la lluvia caída anteriormente, y la tarde era fresca. Su sombra ondulaba en el pavimento húmedo, la sombra que te hace reflexionar, la sombra de un estraperlista. A uno podía irle peor en tiempos de guerra, mucho peor; ahora mismo podía estar bajo la bota de un sargento de escuadra, en un pelotón de un malhadado regimiento de infantería dejado de la mano de Dios congelándose en algún rincón de Rusia mientras el *Führer* comía pasteles en Berlín. Preferiría correr el riesgo de burlarse de la Gestapo. Cruzó Baselerstrasse hacia un estanco. Un tranvía que llevaba una esvástica en el costado se acercaba por Curtiusstrasse. En las puertas y ventanas que rodeaban la pequeña plaza arbolada también ondeaban los estandartes sangrientos. Entró en el estanco y compró un periódico. También allí exhibían la bandera, colgada del toldo. Tuvo que bajar la cabeza para pasar al salir, y ése fue todo el reconocimiento que le hizo.

Siguió andando hasta más allá de la estación Lichterfelde. En las ventanas había banderitas y lemas patrióticos adheridos a los cristales. En breve pegarían banderitas en la frente de todo el mundo. Siguió la ruta de las vías del tranvía y dobló en la esquina, donde lo esperaba el Comadreja encorvado detrás del volante de un coche.

El Comadreja puso la velocidad y condujo hacia él. Félix subió de un salto; en el parabrisas había otra falsificación, un documento que convertía al Comadreja en agente de la Gestapo en misión especial, firmado por el mismísimo Heydrich... el tipo de documento que, si lo agitabas enfurecido, podía lograr que el Kripo se retirara a toda velocidad, basándose en el sano principio de no arrestar a nadie que dé la impresión de que puede arrestarte a ti.

—¿Le gustó la mercancía a Heiss?

—Quedó encantado —Félix encendió un cigarro del mercado negro.

En el asiento trasero había cajas con un sello falso de Administración Civil y Provisiones, en cuyo interior había ropa interior francesa, coñac y otros artículos de lujo.

—Mueller quiere verte —dijo el Comadreja.

—¿Dónde?

—En el café. Estará allí dentro de una hora —las facciones del Comadreja eran afiladas, sus movimientos bruscos y rápidos y, en ocasiones, mortales. Le había enseñado a Félix a sobrevivir al margen del régimen.

Su ruta lo llevó al barrio de los teatros, en el que las primeras actrices eran sus

clientes regulares.

—Sería curioso —dijo Félix mientras el Comadreja frenaba en el bordillo delante del Metropol Theatre— morir por la *lingerie* francesa, ¿no?

—La gente muere a cada rato. —El Comadreja fijó la vista a través del parabrisas. Sus ojos eran pequeños y fríos. Sus manos, inmóviles en el volante, estaban cubiertas por guantes de cuero negro. Todos los que pasaban miraban para otro lado cuando caía sobre ellos su mirada.

Félix descargó una caja de la parte de atrás, se colgó el bastón del brazo y acarreo la caja hasta la entrada de artistas, donde salió a su encuentro un anciano vigilante al que se la entregó.

—El espectáculo debe continuar.

—Se quejan de los salarios —dijo el vigilante al tiempo que le guiñaba un ojo—, pero no pueden prescindir de sus elegantes bragas —entregó a Félix un sobre abultado que contenía dinero—. *Fräulein Schaffers* pregunta por usted.

Félix bajó por el pasillo a través de las conocidas sombras del teatro. Antes de la guerra, cuando estaba desocupado, había hecho allí pequeños papeles de una o dos líneas; había hecho una carrera similar en el cine, en los estudios de la UFA en Neubabelsberg, el rostro de Félix Falkenhayn anónimamente perdido en una escena multitudinaria de *amores del faraón*. Ahora las penumbras de los bastidores lo recibían como a un viejo conocido; aún recordaba sus pequeños papeles.

Llamó a la puerta de un camerino y entró. Lo saludó un rostro de mujer reflejado en su espejo iluminado.

—¿Por qué te apoyas en ese bastón? ¿Te has dislocado un tobillo?

—Es mi disfraz de esta semana. Soy un pobre tuberculoso exento del servicio, con problemas en la articulación de la rodilla.

—¿Y el de la semana pasada?

—La semana pasada fui un trabajador extranjero que padecía una enfermedad muy contagiosa. La policía te devuelve instantáneamente los documentos en cuanto lee eso.

—Eres un sinvergüenza —*Fräulein Schaffers* sonrió al espejo mientras se ponía colorete en las mejillas.

—Soy pacifista, querida Gerta —le dio un beso en la nuca—. No creo en la guerra moderna.

—¿Cuándo volverás a nuestra revista, querido Félix? —*Fräulein Schaffers* se tocó el pelo rubio ceniza; necesitaba un tinte, las raíces canosas empezaban a verse, la tintura escaseaba, lo mismo que la ropa interior de calidad. Pero a través de las candilejas no tenía edad y su figura era muy armoniosa.

Félix sacó del bolsillo interior del abrigo un par de medias azules transparentes:

—Atención de la casa.

Había sido empleado a jornada parcial en su compañía de repertorio y había sido amante a jornada parcial en su vida. Pero observándola ahora, mientras ella pasaba la

mano por la media transparente y la sostenía al trasluz, admirada, tuvo la extraña sensación de que conocía a otra *Fräulein* Schaffers, de otro tiempo y lugar... y que habían sido amigos y hecho negocios a la sombra de palmeras tropicales.

—Estoy soñando mientras te miro.

Ella se abrió la bata y deslizó la media por su tersa pierna bien formada. La sujetó a la liga de encajes y lo miró.

—Tendrías que volver con nosotros, hay pocos galanes.

—Ahora soy un hombre de negocios.

—Tenías otra calidad en escena. Jamás te adjudicaría el papel de un hombre de negocios.

—Sin mi negocio, tú tendrías que andar en calzoncillos del ejército.

—Pero te echo de menos, querido —volvió a pasarse la mano por los cabellos; sus dedos lucían joyas de fantasía. Él le miró las manos, que al igual que las raíces grises revelaban el secreto de su edad, aunque también bajo las candilejas se transformaban, de modo que seguía siendo la novia de los soldados de guerra en guerra, y aunque Berlín se viera reducida a escombros, seguiría cantando en sus cenizas—. Yo tendría que haber sido una mujer de negocios —se aplicó lápiz de ojos y luego marcó un pequeño punto rojo en el rabillo interior de cada uno, para que cobraran vida bajo los focos de carbón del escenario—. ¿No crees que lo habría hecho bien? ¿Al menos tan bien como tú? —se apoyó en el respaldo del asiento para estudiar el efecto del maquillaje y volvió a inclinarse hacia delante—. Estoy harta de levantar las piernas. Me gustaría ayudar a un industrial fascista a incrementar su fortuna. ¿Conoces a alguno?

—Quédate con tus capitanes de caballería.

—A éstos les gusta hacer el amor con las botas puestas. Yo quiero un hombrecillo amable con camisa de dormir.

Él la observó y volvió a experimentar la extraña sensación de que había conocido a Gerta Schaffers en un tiempo y lugar remotos, donde ella era... una mujer de negocios. Había cenado con ella en un ambiente tropical, mientras un querubín danzaba en una fuente.

—Este teatro hace travesuras en la mente de uno. Deben subsistir tantas escenas por aquí...

—Los viejos recuerdos... —la mano de ella se cerró sobre la suya.

—Debo irme.

—Sí, vete a vender tus sedas de puerta en puerta —Gerta apartó la mano y volvió a mirarse al espejo.

Él lamentó su propia brusquedad.

—A ciertos individuos no se los puede dejar esperando, discúlpame.

—No te hagas matar —dijo ella mientras se ponía las pestañas postizas.

Él le apoyó las manos en los hombros. En una época en que todos eran espías en el barrio, Gerta había sido leal.

—Me siento a salvo en tu teatro —se agachó y le apoyó los labios en la oreja—. Pero tengo que irme.

—Eres un bruto encantador —acomodó las otras pestañas, parpadeó y lo dejó ir de buena gana, siguiéndolo con la mirada en el espejo mientras retrocedía hacia la puerta. Él la abrió, la cerró suavemente y volvió a recorrer el pasillo de los camerinos. En las bambalinas del teatro hizo una pausa para inhalar su magia y dio un paso hacia el gran escenario con el decorado a oscuras. Quizás había tenido talento como actor, aunque no lo bastante para que lo eximieran en tiempos de guerra.

Abandonó el teatro, montó en el coche, se sentó junto al Comadreja y arrojó el dinero en el salpicadero. Era una cifra insignificante para arriesgar una vida, pero tanto a él como al Comadreja les gustaban las actrices, con las que podían contar en caso de necesidad.

—Vi a Gerta.

—¿Cómo está la veterana?

—Una vez me dijo que yo no ponía pasión cuando actuaba —miró al Comadreja—. Dijo que en lugar de corazón tenía cristal tallado.

—Nunca te vi actuar —dijo el Comadreja mientras viraba hacia la calle.

Félix bajó la curva de su sombrero, miró por debajo del ala y dijo, en correcto inglés:

—*El fantasma de César se me apareció dos veces por la noche.*

El Comadreja conducía atentamente en medio del tráfico, pues no querían llamar la atención sobre ellos; si las cosas se ponían difíciles había pistolas en la guantera y una P-38 debajo del asiento.

—Sí que pongo pasión, maldita sea —dijo Félix—. ¿De qué habla esa mujer?

—El aprendizaje de un buen servidor es largo —dijo el Comadreja—. Seguramente nunca aprendiste su posición favorita.

—La posición favorita de Gerta es ser la siguiente de la fila en la ventanilla de la caja de un banco.

El Comadreja desvió los ojos al espejo lateral, al retrovisor y otra vez a la calle, en una ronda regular y constante.

—Gondolph nos está haciendo otro documento. Es una copia de algo que se llama Asistencia para la Defensa de Berlín. El portador tiene garantizada la cooperación del partido, de la policía y de la Gestapo.

—En mi infancia —dijo Félix, mirando por la ventanilla—, me fascinaban las libélulas. Sus alas son la cosa más delicada del mundo. Ese bichito veloz y esbelto —Félix hizo un ademán—, que revolotea bajo la luz del sol los días de verano.

—A mí me educaron como protestante —dijo el Comadreja.

—Ningún ejército ni ningún imperio tuvo nunca la perfección de una libélula. Una gran verdad, mi querido Comadreja.

—La Gestapo de Prinz Albrechtstrasse tiene un nuevo artilugio. Envía corriente eléctrica desde el pene hasta el ano. Una verdad más grande aún.

Félix se echó el sombrero hacia atrás, dejando a la vista su frente alta y delgada.

—Un bichito que aletea sobre una charca con el zumbido más débil...

—El palo de una escoba insertado en tu culo por el jefe de la Gestapo de Milán — el Comadreja giró por Motzstrasse. El barrio era sórdido: *cabarets*, bares danzantes, cafés. Siguieron adelante hasta que el Comadreja frenó junto al bordillo—. Acuérdate de decirle a Mueller que nos debe dos mil marcos.

Félix se apeó con el bastón en la mano y la pistola en el bolsillo; fue cojeando hasta la puerta de un cabaret. Entró y paseó la mirada a su alrededor. También allí colgaba el estandarte sangriento, con la esvástica sobre el piano.

Todas las mesas se veían desocupadas salvo una, en la que estaba sentado un oficial del ejército, corpulento y jovial, con su barriga redonda apoyada en el borde. Las medallas de su pecho lo señalaban como un viejo combatiente, con un número bajo de miembro del partido; se habían conocido en Viena, años atrás, en una reunión de un grupo místico, la Logia Luminosa, que había resultado excesivamente religiosa para Félix: él creía que se trataba de una sociedad de magos de las tablas. Pero se había mantenido en contacto con Mueller y desde entonces éste había escalado en la política y en la guerra, y hecho una fortuna con la piratería de películas privadas. Ahora estaba haciendo su segunda fortuna en el mercado negro, con la ayuda de Félix y el Comadreja.

—¿Siempre desalojan el local cuando estás tú? —Félix se sentó a su lado.

Mueller amplió su sonrisa.

—En compensación me abstengo de desalojarlo en medio de la noche —rió entre dientes—. Pero tendrías que venir por la noche. El espectáculo es divertidísimo, muchacho.

Félix vio que el propietario bajaba la cortina de la puerta y ponía hacia afuera el cartel donde se leía CERRADO. Lo hizo en un silencio tan deliberado y atemorizado que todo parecía metafísico.

—Bien —dijo el coronel Mueller, toqueteando suavemente la muñeca de Félix—, te haré una nueva propuesta.

—¿Seda parisina? ¿Con bordes de raso?

—Gruesa lana alemana. De un verde pálido que vira al gris —levantó su gorro y lo hizo girar lentamente sobre su dedo—. Debes dejar Administración Civil y Provisiones, eres demasiado visible. Tengo un puesto mucho mejor para ti entre mi personal. Ahora hay otros objetos a mi disposición, mucho más valiosos que la ropa interior de seda, aunque por supuesto... —sonrió—, sabemos que esas cosas no tienen precio.

—Lo siento, el ejército no es mi meta —Félix echó la silla hacia atrás e hizo amago de incorporarse—. Y nos debes dos mil marcos.

—Bah, siéntate —Mueller meneó la cabeza y esbozó una sonrisa de exasperación—. El mundo se está derrumbando, ¿no lo has olvidado? Pronto no habrá más Alemania y la gente sensata hace planes en consecuencia, realizando pequeños

negocios. Yo hago un poco más que la mayoría y te necesito de uniforme, para que puedas moverte libremente —levantó su copa de vino—. ¿Quieres salir de todo esto hecho un hombre rico? —señaló con la cabeza el estandarte rojo que cubría el piano—. ¿O prefieres hacerlo como vendedor de ropa interior? —hizo una seña al propietario, que llevó deprisa otra copa y la dejó sobre la mesa con el mismo aire de gravedad con que había cerrado el cabaret, como si fuera un espectro impedido de oír o entender las palabras que se decían en esa mesa.

Félix estudió a su anfitrión, que con su uniforme gris de campaña le recordaba a una tarántula hinchada de sangre. Una araña que se alimentaba de... ¿libélulas? Pero se necesita una telaraña muy fuerte para coger a esa veloz voladora, e incluso una vez atrapada es capaz de agitar las alas y liberarse.

—¿Podrías ponerme galones de oficial?

—Ascenderás de rango meteóricamente.

—¿Y el Comadreja?

—No sería presentable en los círculos en los que pienso introducirte a ti. Nuestro Comadreja, aunque es delicioso, tiene que seguir donde está —Mueller terminó su bebida y se levantó—. No tendrás que ir por el mundo posando como un ciego con su bastón.

El propietario del cabaret se apresuró delante de él hasta la puerta, la abrió, la cerró, arrojó un ladrillo, lo que su invitado deseara. Félix acompañó al coronel a la calle, donde ya lo esperaba su limusina. El sol atravesaba las nubes de la tarde; un remolino amarillo claro pasó por la figura del coronel, como si un proyectil de gas hubiese estallado cerca. Félix miró a su alrededor: la calle era de color amarillo claro y todo movimiento se había interrumpido.

Volvió la vista hacia el coronel y vio su cara y su cuerpo congelados en el gesto y la sonrisa, como si el tiempo hubiese cesado en ese instante; interpretó con claridad la mirada del coronel, vio hasta el último matiz de su codicia y astucia, junto con su indigestión, lujuria, fatalismo, rincones privados de ignorancia y temor; todo ello aparecía en el rostro cristalizado que miraba inanimado desde detrás del delgado velo amarillo.

Félix se volvió y ahora era la única figura que se movía en un paisaje petrificado. Sus movimientos agitaron el velo amarillo, provocando en la calle una ondulación y un leve susurro que era, comprendió, el sonido amplificado del roce de la manga de su abrigo. El resto del mundo era silencio.

Su cuerpo sufrió una sacudida; había conocido ese instante tiempo atrás, mientras observaba en el borde de la charca a la libélula que revoloteaba en silencio, y se había convertido en el insecto que todo lo veía. Ahora, en Motzstrasse, el mundo se había detenido una vez más y volvía a ser la libélula.

Una segunda sacudida recorrió el cuerpo de Félix; el mundo retomaba la marcha, la calle renacía.

—... sospecho que contrataron al director en una cuadrilla de la construcción.

*Con lo inseguros que son. Se lo llevaron en una ambulancia en la última fase del mal de San Vito. Vayamos por aquí, David, quiero visitar otra tienda...*

Caspian contemplaba a Víctor Quatrelle, que un segundo antes estaba en una calle de Berlín, en una dimensión perdida, y era coronel del ejército alemán.

—¿Dónde cuernos estamos?

—En Emerald City —replicó Quatrelle—. Donde saben rellenar los ositos de felpa. ¿Qué pasa? ¿Demasiada nieve? El corte de Edwardo es muy puro.

—¿De qué estábamos hablando?

—¿Cómo puedo saberlo? Llama a la secretaria de rodaje y pídele que se fije en el guión —Quatrelle siguió avanzando a zancadas, como una ballena, Rodeo Drive abajo, con Caspian a su lado, mirando de soslayo su propio reflejo en un escaparate para cerciorarse de quién era.



## Capítulo 6

La consulta del doctor Gaillard estaba en su casa, en la parte alta de Gloaming Way. La ventana daba al valle verde y ondulado, donde cada tanto asomaban las puntas de otros tejados en medio de la exuberante vegetación. Las paredes contenían grandes paneles chinos pintados al pincel, y sobre la repisa de la chimenea había estatuillas de dioses egipcios. Él y Caspian ocupaban sendos sillones enfrentados, separados por una mesa redonda y baja. Con los ojos cerrados y la cabeza gacha, en actitud concentrada, escuchaba el relato de Caspian.

—Es agradable —dijo Caspian—. Un especulador. Pero está ligeramente descentrado. No encaja. Ya sabe, esa cuestión de la libélula...

—Sí, la libélula —dijo Gaillard en voz baja, apoyando las yemas de los dedos en el puente de su nariz—. Grandes ojos compuestos. Necesarios para un insecto depredador que captura a sus víctimas con las alas.

—¿Significado?

—Ninguno. Sólo era una nota al pie —Gaillard separó las yemas de los dedos, sonrió—. Adelante.

—Es berlinés y vividor. La guerra lo frustró pero la está aprovechando.

—¿Y cómo son sus sentimientos?

—¿Con respecto a las mujeres?

—Con respecto a cualquier cosa.

—Es un tipo que vive en la Alemania nazi. Eso ya es por sí mismo un sentimiento especial.

—Sí, lo es. ¿Y qué tiene de pertinente para usted?

—¿Pertinente? Lo que tiene de pertinente es que *soy yo que está allá* —Caspian se inclinó hacia delante y pasó el dedo por el borde circular de la mesa—. Lo que tiene de pertinente es que pierdo el tiempo real. Atravieso el espejo. Alicia en la madriguera, con los conejos. Eso tiene de pertinente, de singularmente pertinente.

Gaillard cerró los ojos y guardó silencio. Era un hombre alto y delgado, de perfil aguileño, con la nariz fuerte y muy arqueada. Un sabio chino borracho se tambaleaba bajo la luna en el panel de atrás. A su izquierda había una biblioteca, con libros de lomos viejos y gastados. Volvió a abrir los ojos.

—Hábleme más de Félix. ¿Lo admira?

—No especialmente. Pero parece que tiene algo en la cabeza.

—Adelante.

—Félix también tiene su problema. Porque su mundo se detuvo, en una calle de Berlín. Repentinamente se encontró en el museo de figuras de cera.

—Félix tuvo un... desliz similar.

—Durante el cual yo me liberé. Pero hasta ese desliz yo andaba por allí en su cuerpo. Me había olvidado por completo de mí mismo. Su identidad ocupaba el primer plano y yo era apenas una idea fastidiosa en lo más recóndito de su

pensamiento.

—¿Y de qué se enteró siendo Félix?

—Que hay alguien más que ha pasado a través del velo. Ese Félix Falkenhayn, un berlinés que vivió durante la guerra, atravesó la barrera del tiempo. Y su forma se comunica con la mía.

—¿Y por qué son ustedes las dos únicas personas del mundo que lo saben?

—Siempre hay alguien que ve las cosas antes que los demás. Galileo. Newton. Lenny Bruce. Quien no llora... —Caspian volvió a pasar el dedo por el borde circular de la mesa—. Usted sugiere que estoy atrapado en un sistema alucinatorio. Bien, lo acepto. Sáqueme de allí.

—La manera de salir podría consistir en atravesarlo.

—Por eso usted quiere saber qué significa Félix para mí. Pero en realidad no significa nada. Es como un millón de tipos que dan vueltas por Los Angeles persiguiendo un sueño —Caspian se interrumpió y guardó silencio un momento antes de proseguir— ¿Usted cree que Félix es real?

—No tiene la menor importancia. La cuestión es... ¿Qué es lo que él guarda y usted necesita saber?

—Para eso tengo dos respuestas. La primera es que Félix y yo, separados por décadas, descubrimos una de las ecuaciones fundamentales acerca del tiempo. La segunda es que Félix y yo somos las dos mitades de una personalidad escindida y ninguno de los dos le tiene nada reservado al otro, excepto el terror. Todo intercambio con él es una autodestrucción.

—Ambos puntos de vista son extremos. Busquemos un término medio.

—¿Por ejemplo?

—Que algo psicológico se ha expresado en usted. Hábleme más de Félix.

—Es capaz de matar, algo intrínseco de la guerra.

—¿La considera una cualidad atractiva?

—Útil, tal vez.

—Adelante.

—Lo que más me sorprende es la similitud de su infancia con la mía. Él sufrió una pérdida de la realidad. Mientras contemplaba sus libélulas. El mundo se le escapó.

—Hábleme más de su propia infancia. Usted tuvo un trauma con la penicilina. ¿Qué más?

—Siempre fui actor. Me hacía el enfermo y cada curso lograba quedarme en casa sesenta días. Jugaba en la cama con mis soldaditos y las batallas me llevaban tan lejos que tenía la impresión de estar sobre las nubes. Me asombraba cuando oía que mi padre volvía a casa, había pasado todo el día sin que me diera cuenta.

—Adelante.

—Y me inventé un amigo. Solía hablar con él... en el espejo.

—¿Quién era?

—Tenía mi imagen, pero era diferente. Yo le hablaba de las cosas de mi vida y él me contaba cosas del país del espejo, donde todo estaba del revés. Tonterías de críos. Yo le decía que bateaba con la mano derecha y él me contaba que bateaba con la izquierda. Luego los dos adoptábamos la postura de batear y yo veía que era cierto, que mi amigo era zurdo. Me proporcionaba una satisfacción extraña conocer el país de los espejos. Si mis padres andaban por allí y yo echaba un vistazo al espejo del comedor, mi amigo me devolvía la mirada e intercambiábamos sonrisas secretas.

—Y ahora su amigo ha vuelto.

—Salvo que no es mi amigo —Caspian se inclinó hacia delante y entornó los párpados para mirar a Gaillard—. Su estilo es muy profesional, doctor, y eso me tranquiliza, pero no puede haber tenido muchos pacientes que cayeran en la cuarta dimensión, ¿verdad?

El reloj del recibidor dio la hora. El doctor Gaillard se levantó lentamente de su asiento.

—Le sorprendería saber en cuántos lugares cae la gente.

Ramona Guazu, la criada de Caspian, se encaminaba hacia el coche de su novio, que la esperaba al pie del camino de entrada; había terminado el trabajo de la semana y, como siempre, Niño Carillo había ido a buscarla. Era un hombre bajo y de estructura ligeramente musculosa, con gafas oscuras.

—Un delincuente —dijo tranquilamente Carol Caspian, que estaba sentada con su marido en el jardín—. Se ofreció a conseguirme Valium con descuento.

—Siempre lo tratas bien —dijo Caspian.

—Me preocupo por Ramona.

—Estoy seguro de que Niño es muy protector con ella.

—Probablemente es Niño quien empeña mis pendientes de diamantes.

—Siempre los recuperas.

—Pero siempre me pregunto qué lóbulos habrán adornado.

—No han estado en los lóbulos de nadie sino en la casa de empeños.

—Míralo —dijo Carol mientras Niño se apeaba del coche y daba la vuelta para abrirle la puerta a Ramona—. Se mueve de una manera siniestra. Como una bestia feroz.

—Se muestra atento, eso es todo.

—Me parece que realmente simpatizas con ese pequeño monstruo.

—Algún día puede ser conveniente conocer a alguien como Niño.

—Sí, si necesitamos asesinar a alguien —Carol inclinó la cabeza reflexivamente—. Lo que siempre es una posibilidad —levantó el brazo para saludar cordialmente a Niño. Él también lo hizo, quitándose las gafas. Entrecerró sus ojos como cuentas al mirarlos.

—Lo conozco —dijo Caspian.

—Claro que lo conoces. Es Niño.

—No, lo conozco de otro lado.

—¿Del número del asno que montan en el Club Tijuana?

Caspian observó al gánster mientras se levantaba lentamente las gafas. En su oído sonó una leve detonación y la cámara de su alma captó un primer plano del semblante de Niño Carillo.

La sonrisa estaba congelada, los pequeños ojos oscuros y redondos brillaban como canicas. Félix contempló al Comadreja, extrañado por el peculiar *déjà vu* que acababa de experimentar: el Comadreja ladeaba así la cabeza, sonreía así, había palmeras a sus espaldas, él y el Comadreja juntos en esa tierra tropical.

—Últimamente he tenido sueños extraños —dijo Félix mientras subían al coche.

—Yo nunca sueño —dijo el Comadreja mientras ponía la velocidad.

—¿Nunca? —preguntó Félix—. Qué pena. Hay muchas puertas en los sueños.

—Una vez soñé —dijo el Comadreja—. De joven —avanzó por Hermann Göringstrasse, pasando por los cuarteles de la SS en la esquina.

—¿Un solo sueño? ¿Eso es todo? ¿En toda tu vida?

—Uno es suficiente —contestó el Comadreja. Llevaba guantes negros. El abrigo era negro, como el de Félix, y también los pantalones, a juego con las chaquetas; ambos usaban una corbata simple y sombría contra la camisa blanca lisa. El Comadreja conducía atenta y lentamente por Hermann Göringstrasse, en un tráfico que podía parecer normal salvo los ocasionales motoristas del servicio de partes o los vehículos blindados para transporte de personal.

—Mueller me ha ofrecido un despacho. Mañana podría ser oficial.

—También puedes tener una regla de madera que lleve impresas las palabras Sangre y Honor.

—Tal como lo dijo sonaba atrayente. Pero no aceptaré, por supuesto.

—Por supuesto —dijo el Comadreja.

Giraron por calles más pequeñas, en dirección este. El Comadreja le contó su único sueño.

—Es el de un malhechor antisocial —afirmó Félix.

—Lo guardo siempre junto a mi corazón —comentó fría y suavemente el Comadreja, mientras hacía girar el volante entre sus manos enguantadas.

Entraron en Lichtenberg, un barrio obrero, en una calle bordeada a ambos lados por pequeñas tiendas.

—Allí está —frenó detrás de un coche fúnebre. Bajaron y se acercaron—. Aquí está prohibido aparcar —el Comadreja sonrió—. Pero no veo la multa en el parabrisas —movió la cabeza hacia el ataúd—. Dejan en paz a los muertos.

Subieron al coche fúnebre. El Comadreja lo puso en marcha y salió a la calle. La tapa del ataúd se levantó y el cadáver se sentó.

—Es cómodo pero el tiempo pasa con gran lentitud.

—Tendríamos que haberte dejado una revista —dijo Félix.

El cadáver se frotó la nuca. Era un hombre robusto, con gabán de invierno y botas de excursionista.

—Si no estiro un poco las piernas y los brazos no resistiré. ¿Podéis parar en algún sitio?

El Comadreja miró por el retrovisor, giró en una calle lateral en la que no había tiendas. Frenó junto al bordillo.

—Date prisa.

—Os lo agradezco —el cadáver salió del ataúd y Félix se apresuró a abrir la puerta trasera. El cadáver bajó de un salto y trotó enérgicamente en su sitio, sobre la acera—. Tengo todo agarrotado.

Félix miró calle arriba y calle abajo, hasta ver a un chico que los miraba fijamente desde la entrada a un callejón; el chico estaba boquiabierto y con los ojos saltones de terror viendo brincar al cadáver detrás del coche fúnebre abierto. Félix se aproximó y señaló al cadáver que se desperezaba y brincaba.

—No le pusieron suficiente líquido embalsamados. ¿Entiendes?

Al chico se le desorbitaron más los ojos. Le temblaban las rodillas. Félix se inclinó.

—¿Quieres ayudarnos a sujetarlo?

El chico huyó despavorido y Félix hizo señas al cadáver para que se metiera en el coche. Saltó tras él y cerró la puerta desde el interior, mientras el Comadreja arrancaba.

—Con esto tendrás que resistir hasta el final. Ahora bien... —Félix palpó el revestimiento blanco del ataúd—. Está lleno de comida. Basta con que metas la mano entre los pliegues. También hay agua. Estarás cuarenta y ocho horas en el cajón —se arrodilló junto al ataúd y el cadáver lo imitó, asintiendo con la cabeza a cada una de sus palabras. Félix se abrió el abrigo y sacó un fajo de papeles que entregó al cadáver—. Tú y tu ataúd seréis descargados del tren en Uberlingen, y llevados a un sitio donde podrás cruzar la frontera a pie —le dio una Lunger y municiones—. ¿Está claro?

—Sí.

—Métete en el cajón, entonces, que tengo que atornillarte.

El cadáver observó taciturno a Félix y volvió a los pliegues de raso del ataúd.

—Antes de cerrar eso... —dijo el Comadreja.

El cadáver volvió a incorporarse.

—Sí, claro, aquí tienes —metió la mano en un rincón de la caja y sacó una pequeña bolsa—. Napoleones de oro. Está todo aquí. Muchas gracias.

Se tumbó de espaldas y Félix procedió a atornillar la tapa del ataúd. Al terminar puso la mano sobre un trozo de filigrana de latón ajustada cerca de la cabecera del cajón. Tironeó y se abrió un pequeño cuadrado de la tapa, que giró sobre diminutos goznes invisibles.

—Cuando te quedes sin aire abre esto —dijo a través del oscuro agujero desde el

que lo contemplaba un par de ojos.

—*Me estoy poniendo nervioso.*

—La Gestapo ha ideado nuevos usos para el sencillo soldador —dijo Félix—. Primero te lo introducen en la nariz.

Dos dedos asomaron por la pequeña abertura y cerraron la diminuta Filigrana.

Félix se arrastró hasta el asiento delantero y se sentó junto al Comadreja.

—¿Quién es este tipo?

—Un químico, I. G. Farben. Abrió la boca para protestar.

Félix se volvió y golpeó la tapa del ataúd.

—Tendrías que haber aprendido a hacer malabarismos. Y a hablar sin decir nada.

Desde el interior del cajón llegó un comentario ahogado. El Comadreja siguió adelante, recorriendo los barrios de las afueras para entrar en el corazón de Berlín y llegar a la estación.

—¿Sabes que tendrías que haber sido empresario de pompas fúnebres? —dijo Félix, observando de hito en hito la pequeña y mortalmente serena figura de el Comadreja, de negro de la cabeza a los pies.

—En cambio, trabajo como intermediario —dijo el Comadreja, pasándose un dedo enguantado por la garganta. Llevó el coche fúnebre a un costado de la estación, donde estaba la zona de recepción de mercancías. El equipo del Reichsbahn descargó el ataúd con práctica eficacia; lo pusieron sobre una carretilla que hicieron rodar hasta el andén, flanqueados por Félix y el Comadreja.

—Hoy hay muchos soldados en la estación —comentó Félix.

—Vendrá Heydrich —respondió uno de los trabajadores—. Cogerá el mismo tren que su fiambre —el hombre señaló el ataúd y Félix miró al Comadreja. El andén hormigueaba de agentes de la policía de seguridad, de las SS y de la Gestapo.

—Nos van a detener —susurró Félix al Comadreja.

—Bastará con que recuerdes que eres un bávaro retorcido —el Comadreja rió de su propio chiste, arrugando los rabillos de los ojos y Félix sintió que todas sus posibilidades se sustentaban en el imperturbable estilo de ese pequeñajo. Que le viene, reflexionó Félix, de haber tenido un solo sueño en toda su vida.

Acompañaron el ataúd hasta la sección de carga del tren. El Comadreja presentó al revisor el billete, certificado de defunción, permiso de viaje y, por añadidura, una carta con la firma falsificada de Himmler. El revisor inclinó la cabeza afirmativamente e hizo señas al equipo de que podían cargar el ataúd. Félix y el Comadreja se volvieron y enfrentaron unos abrigos de cuero negro: un inspector de la Gestapo y dos asistentes.

—Documentos, caballeros.

Félix y el Comadreja entregaron sus carnets de identidad, certificado policial, registro de trabajo y permiso de conducir. El inspector examinó atentamente los papeles mientras Félix notaba que la corriente humana hacía un amplio desvío a su alrededor. Más allá, los soldados y oficiales de las SS montaban su propio jaleo ante

la inminente llegada de Heydrich.

El Comadreja había pasado a la ofensiva.

—*Herr Kriminalrat*, acabamos de tener el honor de trasladar a un héroe hasta su último viaje. Nuestra empresa es antigua y honrosa. Me complazco en ofrecerle cualquier servicio profesional que necesite.

—¿A mí? —dijo el inspector—. Yo no tengo ningún muerto que enterrar.

—Nunca se sabe —dijo el Comadreja con fría voz funeraria—. Sus Ángeles están en todas partes.

El inspector estudió al Comadreja, que a su vez lo observó con ojos de ostra muerta, ojos que parecían tomarle las medidas para confeccionar su ataúd.

—Nuestra empresa ha colaborado en muchos funerales del Estado. Permítame que le muestre una recomendación que nos envió el lugarteniente del *Führer*, *Herr Hess*, referente al servicio que le prestamos en ocasión del óbito de su padre.

Que Dios nos ayude, pensó Félix, mientras el Comadreja hundía la mano en el bolsillo de la chaqueta para buscar un papel que, Félix sabía, no existía... pero el inspector ya había devuelto los papeles originales al Comadreja.

—No es necesario. —Se dirigió a Félix—: ¿Por qué no lleva uniforme?

Félix se agachó y dio un golpe a los broches con municiones atados a su espinilla.

—Un miembro artificial, *Herr Kriminalrat* —se enderezó lentamente, con los ojos en los peldaños del andén, bajo los cuales tendría cobertura momentánea si tenía que accionar la granada de baqueta que colgaba del interior de su abrigo—. Y un pulmón jodido, señor. Tuberculosis, sospecho —Félix sopló una tos húmeda hacia el inspector, que achicó los ojos suspicazmente, aunque retrocedió.

El espacio entre ellos se amplió. El Comadreja se quitó su sombrero de hongo negro e hizo el saludo solemne de director de funeraria. El inspector de la Gestapo giró bruscamente sobre sus talones, con sus dos asistentes, a la búsqueda de presas menos complicadas. El Comadreja volvió a calarse el sombrero y siguió con la mirada a los agentes de la Gestapo.

—Ese era Olsommer. También hace sus buenos negocios en el mercado negro. En una noche oscura le vendí toda la carga de mantequilla que llevaba un camión, a quinientos marcos la libra —el Comadreja siguió andando hacia el coche fúnebre cuando el séquito de automóviles que acompañaba al Reichsprotector Heydrich apareció en la fachada de la estación.

—Aceptaré la oferta de Mueller —dijo Félix.

—Como quieras.

—Más dinero y menos riesgos.

—Comerás pasteles de nata todas las noches —dijo en voz baja el Comadreja cuando llegaron al coche fúnebre.

Félix miró a su colega a través del capó. En el andén ferroviario vociferaban órdenes con el fin de despejar el camino para Heydrich. El Comadreja volvió la cabeza y el ángulo, la luz, el color del cielo, todo se combinó para producir en Félix

el *déjà vu* referente a la tierra tropical.

—... lo que usted quiera, señor Caspian, ¿comprende? —la fría sonrisilla de Niño Carillo permanecía inmutable—. Todo el ácido que pueda tomar un hombre, ¿vale? —abrió la puerta de su coche en el que ya estaba sentada Ramona. Carillo se deslizó detrás del volante, moviendo con gracia y precisión su figura enjuta y fuerte. Retrocedió para dar la vuelta y se alejó, dejando a Caspian mudo en la calzada de acceso. Carol se acercó y le habló con tono suspicaz.

—¿De qué le estabas hablando? Supongo que no pensarás comprarle sustancias reguladas a ese individuo.

Caspian se volvió hacia ella, recobrando muy lentamente la realidad.

—Yo... estaba en Berlín.

—Pues estarás en la cárcel si trabas relación con Niño. David, espero que no hayas flipado con él, tienes un aspecto terrible.

—Yo estaba en el banco contigo, ¿verdad? ¿Cómo es que aparecí en la calzada con Niño?

—Dios mío, veo que te ha dado algo. Tienes muy mal color.

David respiró hondo y lentamente inclinó la cabeza hacia atrás.

—Carol, últimamente me han estado ocurriendo cosas muy extrañas.

—¿No estás dopado?

—Estoy... atrapado en el tiempo.

—Estás en Cold Canyon Road. Aquí la gente nunca se queda atrapada en el tiempo. Lo prohíben los reglamentos.

Los asistentes a la fiesta se habían reunido en casa de Julius DeBrusca, dentro de la colonia vallada de Malibu. Caspian estaba cerca del baño termal, en el imponente estudio de Julius, sabiendo que nadie debía sumergirse porque éste era muy quisquilloso en cuanto a quiénes compartían sus aguas.

—... ha estado pleiteándome durante años —decía DeBrusca a Myron Fish desde su blanco sofá afelpado, junto al borboteante baño vacío—. La última apelación fue revocada. Ganen ellos o gane yo, mi abogado elige *yate*.

Sentada en el banco, junto al agua, estaba Roma French, a quien DeBrusca acababa de contratar para interpretar el primer papel femenino en *Vagabundo del espacio*. A su lado se encontraba su último amante, un ganador de dieciocho partidos con los Dodgers. Su mano de lanzamiento colgaba en el Jacuzzi. Carol Caspian, de pie al lado de su marido, miró ceñuda la mano que estaba en el agua y dijo:

—¿No conoce las reglas de Julius?

Roma llevaba un vestido de batik anaranjado que dejaba un hombro al descubierto y luego se envolvía, ceñido, alrededor de sus pechos. Caspian la había visto en una sola película, en la que le habían arrancado la blusa; había olvidado por completo el argumento de la cinta, pero jamás olvidó a Roma.



—Sólo es veinte años más joven que tú —murmuró Carol—. ¿Has visto lo que le ocurrió al último hombre mayor con el que se enrolló? —Carol señaló una de las estatuas romanas de DeBrusca, un torso sin extremidades ni cabeza—. Eso es todo lo que quedó de él.

El vicepresidente del estudio a cargo de promoción y publicidad que en la fiesta de Caspian había bebido como una cuba, bebía como una cuba en esta fiesta y se acercó a ellos con una copa en cada mano.

—Ojalá estuviera en casa fabricando muebles.

—¿Podrías hacernos una bonita silla de transición, estilo Reina Ana Chippendale? —le preguntó Carol.

—Trabajé con Armas en *El hombre del planeta X*. Le dije que había sabido explotar un film de ciencia ficción. Me preguntó si estaba bromeando. ¿No lo entendía? *El hombre del planeta X es Jules et Jim* —el ejecutivo osciló, bebió de una copa y luego de la otra—. ¿No es obvio? ¿*Jules et Jim*? —suspiró y paseó la mirada por la habitación, posando sus ojos hinchados en un hombre canoso que estaba de pie junto a la chimenea de DeBrusca—. En otros tiempos ése era el agente más activo de esta ciudad. Ahora administra un restaurante. Yo nunca voy porque tendría miedo de estarme comiendo a uno de sus viejos clientes.

El ejecutivo parpadeó lentamente, eructó sin el menor recato y se alejó arrastrando los pies para decirle unas palabras a Roma. Ella lo esquivó con la gracia de un matador y el ejecutivo se encontró deambulando en el vacío en tanto Roma se acercaba a Caspian.

—Estoy muy contenta de que vayamos a trabajar juntos.

—El placer es mío —dijo Caspian—. He visto todo lo que has hecho.

—Te encantará actuar con David —intervino Carol—. Conoce cuatro formas de besar la mano. En la muñeca, manga arriba, en el reverso...

Roma le dedicó una mirada curiosa y siguió su camino. Carol observó el ondulante contorno de sus caderas perfectamente esculpidas.

—Es un poco ancha a babor.

—Sí —se apresuró a coincidir Caspian—, pronto necesitará dos sillas para sentarse.

—Gracias, querido —Carol le alisó el cuello de la camisa—. Pasarás dos meses en exteriores con ella.

—El adulterio no es uno de los temas de la película.

—Pero sí uno de los temas de Roma —Carol se volvió hacia el Dodger solitario, que ahora tenía el codo de lanzamiento sumergido en el agua agitada—. Le pediré que me cuente algunos secretos de los vestuarios —Carol se encaminó hacia él. Caspian la vio sentarse junto al jugador y sospechó que el joven pasaría unos cuantos minutos confusos. Empezó su propia caminata por la mansión, dando vueltas entre los demás invitados y salió del inmenso estudio para pasar el vasto salón, donde se habían reunido otros invitados, incluida una serie de starlets destinadas a desempeñar

pequeños papeles en *Vagabundo del espacio*. Roma tendría un camerino-camioneta de cien mil dólares y ellas contarían con algo parecido a una pobre tienda de campaña. Una se apartó del grupo y se paró delante de él.

—Hola, soy Selena Silvi y espero que no te moleste que me presente.

—¿Cómo podría molestarme?

—He visto todas tus películas. Eres un actor de primera. Yo sólo hago un papel insignificante en ésta, pero no me importa.

—Sigue llamando a la puerta.

—En realidad estoy en otras cosas.

—¿Como por ejemplo?

—Tarot, astrología, péndulos. Creo que me han ayudado a salir adelante.

—Unas buenas fotos te ayudarán más.

—Sé que tienes razón. Pero si he de lograrlo lo lograré, y si no...

—... entonces necesitas un agente mejor. Encantado de conocerte, Selena. Ahora tengo que volver con mi mujer, que está aquí al lado con un jugador de *baseball* que la tiene empinada. Que tengas suerte en tu papel.

—Eh, no te escabullas, quiero mirarte a los ojos. Recibo mensajes de los ojos de la gente.

Sus propios ojos se volvieron casi inexpresivos, pero en la trastienda David notó la llama de la psicosis. Ella lo observó con una mirada tan inconexa como la de una serpiente. De pronto sus ojos recuperaron la normalidad.

—Oye, vaya colocón. Nunca lo habría imaginado. Creía que eras un estúpido más entre los astros.

—¿Qué es lo que viste?

—Algo *maligno*. ¿Tienes idea de la clase de sapos que te rondan?

—Es posible.

—Estoy impresionada. ¿Qué eres? ¿Un descarte de la guerra?

—No, sólo un estúpido astro —salió del salón y entró en otra ala de la casa. Selena Silvi lo había dejado angustiado; sentía que algo le roía el pecho.

Tranquilízate, estás muy bien, has tomado unos cuantos tragos, estás algo colgado, eso es todo. Mira los hermosos cuadros de Julius.

El largo pasillo contenía buena parte de la colección de arte de DeBrusca: Picasso, Chagall, Degas. Pensó en Julius yendo de uno a otro, con un vaso de bicarbonato en la mano.

Al final del pasillo había un espejo rosa que reflejaba el salón distante en sus profundidades cobrizas, donde ahora se había instalado Roma French rodeada por su cortejo: jugador, peluquero, gerente comercial, y un abogado dispuesto a demandar al pez de la pecera en caso necesario.

La imagen de Roma era de cobre bruñido y repentinamente él tuvo conciencia de que ella tenía otra identidad en la profundidad del espejo, que tremolaba ante sus ojos, de color rosa y ondulante. Como los espejos de su infancia, éste contenía un

secreto. Se estaba deslizando, sentía que la grieta se abría en su interior. Lo acometió el terror cuando se encontró observando una libélula que revoloteaba sobre un lago cobrizo; su vuelo lo llamaba y se sintió forzado a seguirla.

—Tu amiga María te espera —dijo el recepcionista del cabaret y señaló la última de una larga hilera de mesas, donde estaba María en las sombras, con las piernas cruzadas y una bebida ante ella.

*Roma*, susurró una voz en la mente de Félix, que se asombró por la extraña disociación que acababa de experimentar desapareciendo en una ciudad tropical. Caminé por allí y hablé con algunas personas. Estábamos en una fiesta y María era otra mujer, desconocida, de esa tierra tropical. Uno piensa en cosas, cosas maravillosas, pero luego desaparecen, como la libélula.

María aún no lo había visto y decidió hacerla esperar un poco más, para que se encolerizara como en los viejos tiempos. Se dirigió a la barra a través de la huella de un proyector; en el escenario, una joven interpretaba un *tableau vivant*, desnuda, con un arpa griega. El humo se acumulaba en el haz del foco, de modo que la muchacha parecía flotar en la bruma, mientras en el extremo opuesto del escenario un trío de percusión aporreaba sordamente su tema, indiferente a su arte del desnudo.

Casi toda la barra estaba ocupada por mujeres, algunas de voz extrañamente profunda.

—Félix, necesito medias nuevas, mira... —la mujer de voz profunda se levantó el vestido, dejando al descubierto unas medias de nylon rotas en una pantorrilla digna de un sargento instructor—. ¿Tienes algo para mí?

—Tú, amiga mía, eres el hombre más valiente de Berlín —Félix se tocó el ala del sombrero ante ella.

—¿Por mi atavío? ¿Porque me gusta bailar? —la voz profunda rió—. ¿Sabes cómo llamamos al lugarteniente Hess? Es nuestra mismísima *Fräulein* Anna. Es una de nosotras, querido mío.

—Aun así, te estás buscando un billete de ida a un campo de salud —dijo Félix—. Tendrías que irte a París.

—¿Y dejar mi bella Berlín? ¿Mis rincones favoritos? ¿Lehrterstrasse, junto al campo de fútbol? ¡Los momentos que he pasado allí! Para no hablar del Albergue de las Juventudes Hitlerianas en Prenzlauer.

—Alguien te delatará y echaremos en falta tu presencia en la barra —Félix sacó un paquete del bolsillo y se lo dio al marica, que le entregó unos billetes.

—Eres un amigo, Félix. Si alguna vez necesitas un favor de los de esta acera... —se metió el paquete bajo el brazo y se encaminó lentamente al lavabo de señoras para cambiarse las medias.

Félix se volvió hacia el escenario. Ahora la artista desnuda hacía la pantomima de vadear un arroyuelo con su arpa. La ilusión se incrementó cuando el batería volcó su jarra de cerveza e inundó la parte del escenario que ocupaba la mujer.

Félix dejó su sombrero de fieltro sobre la barra; por un momento el ala quedó

iluminada por el foco que seguía los movimientos de la chica desnuda. Volvió la mirada hacia la puerta del cabaret. Por ella entraban los clientes asiduos de la guerra, el amor, el crimen y las funciones teatrales extrañas. Vio llegar la limusina del coronel Mueller y divisó su silueta en la calle cuando se apeó. El coronel hizo señas al chófer para que siguiera y luego también él desapareció en las sombras de la calle.

Félix terminó su bebida y cruzó el cabaret hacia la mesa de María. Parecía muy cómoda en el cabaret de almas cuyas identidades, por lo que fuese, eran escurridizas. Se había quitado la boina y dejado caer su largo y ondulado pelo castaño. El haz rosa cobrizo pasó por ella, subrayando fugazmente su perfil perfecto. Se había tomado la noche libre como corista de la Scala, para que él la orientara en algo muy bueno, aunque le bastó verla para saber que se había vuelto suspicaz.

—Bien —dijo al verlo acercarse—, ¿en qué negocios sucios has andado? —llevaba un traje sastre azul brillante, con una blusa de seda roja debajo, cuyo espejo marcó la forma de su busto cuando se abrió la chaqueta. Se echó hacia atrás y apoyó un codo en el respaldo bajo de la silla, con los pechos bosquejados por un instante cuando volvió a pasar el foco móvil, brillante a través de la seda.

—Tú atraes la luz —dijo él, hundiendo la mano a través del haz ahumado.

María giró de costado y descruzó las piernas; Félix notó que sus medias contenían el elusivo encanto de una carrerilla que desaparecía bajo su falda. También sus zapatos estaban gastados, los tacones bajos se habían redondeado y el cuero se veía gastado a la altura de los dedos. Como si percibiera su escrutinio, se llevó la mano al pelo y lo esponjó, pues al menos sus cabellos estaban en perfecto estado.

—Hace rato que te estoy esperando.

—Puedo sacarte del conjunto de coristas.

—¿Para pasar a qué? —se pasó distraídamente una uña por la carrerilla de la media, en una inconsciente evaluación de su fortuna.

—Tengo un amigo interesado en que trabajes para él.

—¿Qué clase de cerdo es? —María abrió su bolso y sacó un cigarrillo del paquete.

—Puede hacer más por ti que cualquiera que seas capaz de encontrar a estas alturas.

—¿Qué tendré que hacer para satisfacerlo?

Félix encendió una cerilla con la uña del pulgar y le dio fuego.

—No soy un alcahuete. Es un asunto gubernamental.

Llamó al camarero y pidió Berliner Weisse para los dos.

—Cerveza con una pizca de jarabe de frambuesas, María... lo bebíamos en nuestro picnic dominguero en los bosques de Grunewald.

—¿Éramos nosotros? —María levantó una ceja; era una mujer dura, como la línea arqueada pintada con lápiz sobre el ojo.

En otros tiempos, recordó Félix, éramos muy distintos; en otros tiempos confiábamos en el mundo; en otros tiempos confiábamos el uno en el otro. Ahora

somos insectos indiferentes de caparazón frío.

El camarero dejó sobre la mesa dos vasos panzudos en forma de cuenco, con las bebidas rematadas en espuma roja apuñalada por un par de pajitas. Félix sorbió la suya y asintió apreciativamente; el camarero no se había apartado y ahora se inclinó para hablarle en voz baja.

—El coronel lo espera entre bastidores. Allí hay una habitación. Media hora.

Félix asintió y siguió bebiendo cerveza; retornó a él el sabor de aquellos domingos con María en el bosque arenoso y los parques. Deambulaban juntos entre la multitud, bajo la luz del sol.

—Mira —dijo, señalando el escenario del cabaret—, aquí llega el final de buen gusto —la ninfa desnuda concluía su acto cerrando el telón alrededor de su cuerpo y dejando únicamente a la vista su redondo *derrière*. En seguida desapareció, ante unos aplausos dispersos.

—¿Vienes todas las noches aquí para eso? —María le dedicó una sonrisa forzada. Él también torció el gesto y apoyó una mano delicadamente sobre la suya.

—¿No nos prometimos uno de aquellos domingos?

—Es posible. Pero esas dos personas ya no están —María hizo girar un brazalete alrededor de su muñeca—. Desaparecieron para siempre en su domingo. El lugar adonde van todos los tiempos felices.

—Tú eres exactamente lo que necesita mi amigo.

—¿Por qué?

—Porque sabes que estás sola. Que sólo existe María. Un secreto enigmático y conmovedor.

—Hablas como un vendedor de ropa interior.

—Fino encaje francés —encendió un cigarrillo—, que deja todo al descubierto.

El telón se separó y apareció la siguiente artista, una criatura rechoncha con una peluca de pelos largos y sueltos, y los pechos monstruosamente rellenos. Preguntó al batería borracho si necesitaba muletas para mantenerse erguido, a lo que él respondió con un redoble. La intérprete avanzó; sus piernas desnudas evidenciaban el mismo desarrollo muscular que las de las semimujeres de la barra. El tambor resbaló de su taburete y se desplomó; el espectáculo se vio momentáneamente interrumpido, mientras sus colegas lo revivían echándole en la cara una jarra de agua.

Félix sonrió y se volvió hacia María.

—¿Alguna vez viste una libélula? Es un insecto bellissimo. Una librea azul brillante... —pasó un dedo por el cuello azul brillante del traje de María y lo bajó hasta la blusa de seda roja— sobre un fondo de rojo encendido. Pero pocas horas después de la muerte, toda su hermosura desaparece y se torna en un pardo apagado.

—En tal caso, llegaré a parecerme a las tropas de asalto, ¿verdad? —dijo ella categóricamente y Félix notó que María ya había hecho ciertas adaptaciones propias concernientes al juego de la guerra.

—Mi amigo es coronel del ejército. Los uniformes saltan cuando les grita. Usa la

cabeza y en breve gozarás de muchos privilegios.

—No me gustan los militares.

—De momento el mundo les pertenece.

—El mundo pertenece al caos —enrolló un mechón de pelo sobre su oreja perfectamente lobulada—. A propósito, ¿cómo has logrado eludir el uniforme?

—No ha sido fácil.

—¿No hay ningún patriotismo en ti, Félix?

—Ni un ápice. Estos ejércitos sólo son ruidos rechinantes oídos en la oscuridad.

María se llevó la jarra a los labios.

—¿Ese coronel maneja tu negocio de ropa interior?

—No lo menosprecies, el propio Göring compra camiones enteros de medias de nylon. Todo el que puede hace negocios. Los vehículos oficiales descargan un número extraordinario de gansos y patos ante las puertas de los coroneles —salía humo de sus anchas fosas nasales—. Hay objetos de arte, piezas importantes flotando en la atmósfera. Y grandes contratos industriales.

Félix estudió su rostro en busca de alguna reacción, alguna señal de debilidad. Pero ella estaba serena e indiferente. Dejó el vaso vacío sobre la mesa.

—¿El coronel conoce a alguien en el mundo del cine?

—No ambiciones actuar en ninguna película que hagan ahora. Nadie querrá volver a ver tu cara cuando se acabe la guerra.

Volvió a abrirse la puerta del cabaret y entraron unos *landsers*, haciendo estrépito con sus botas claveteadas. Habían estado en el frente y su estilo era impetuoso. Hombres que ya saben que están muertos, pensó Félix; lo mejor de la soldadesca. Los vio trastabillar hasta una mesa y percibió su poder lobuno. Volvió la mirada a María, que lo seguía estudiando cautamente. Félix sonrió.

—Serás valiosa para la empresa, María. Hay doscientos mil pares de zapatos para vender.

—Soy una actriz, no un calzador.

Es una mujer exasperante, reflexionó Félix.

En escena, la jovial *chántense* exhibía los michelines de su cuerpo, desnudo con excepción de un descomunal sostén y unas bragas chillonas. Tímidamente comenzó a quitarse las prendas, pero en el momento culminante se apagó la luz. Crecieron los silbidos, excepto desde la barra, donde varias señoras de mentón sombreado la aplaudían.

—Eres una actriz sublime, María. Sólo un destino cruel ha hecho que te dejen de lado y condenada a levantar las piernas en la Scala. Pero tu ángel guardián Félix ha venido a rescatarte.

—¿Conoces a alguien en el Ministerio de Propaganda? —preguntó María—. Allí hay mucho trabajo para una actriz.

—Puedes empuñar una antorcha dorada —Félix apagó la colilla en el cenicero.

—Los sueños tardan en morir.

—Yo también merodeé por los estudios UFA —dijo Félix, quitándose el sombrero y doblando suavemente la copa—. Quería ser un ciudadano de ese mundo de ensueño. Una tarde interpreté a un caballero teutónico con traje de hojalata y estuve en un tris de asfixiarme.

El camarero le hizo señas para que se acercara a una puerta del fondo del club. Félix se levantó y condujo a María a través de la luz ahumada; por un instante sintió que habían llegado al reino de Plutón. Las voces fuertes de los *landsers* sonaban cercanas y en ellas habitaba la muerte; tintinearón las copas, la banda desafinaba.

El camarero señaló el pasillo que llevaba a un camerino. Allí se encaminaron y Félix llamó suavemente a la puerta.

El coronel abrió sonriente y les dio la bienvenida a un cuarto lleno de viejos disfraces estropeados: capas de mago, pelucas de magistrado, chisteras polvorientas.

—Nada grandioso, amigos míos, aunque tiene su encanto. Aquí se reúnen todas las ilusiones que adoramos. María, eres exquisita, más hermosa aún de lo que pude apreciar con mis prismáticos en la Scala.

—¿Qué interés tiene en mí, coronel? —miró la hora—. Debo volver al teatro...

—Bien, entonces, antes de que te escapes, te ruego aceptes este pequeño detalle mío... y de mi empresa —Mueller se agachó junto a un tocador, para sacar una pequeña caja negra. Con una ligera inclinación de la cabeza, se la entregó a María. Ella abrió el estuche y sus ojos se endulzaron al ver el contenido: perlas, un broche de diamantes, un collar de zafiros. Paseó la mirada de las joyas al coronel y volvió a fijarlas en la caja revestida de felpa.

—¿Tiene algún empleo para mí? —dijo María, cambiando de tono y de actitud.

El coronel recogió su fusta de montar y la hizo restallar contra una bota.

—Algunos zapatos, mil toneladas de té, otras cosas —sacó una tarjeta del bolsillo y se la dio—. En las colinas orientales de la ciudad, en esta dirección, mañana por la noche.

María guardó la tarjeta y el joyero en su bolso.

—Ahora debo volver al teatro.

—Te llevará mi chófer —el coronel la acompañó a la puerta, le cogió la mano y se la besó suavemente.

María intercambió una mirada con Félix y desapareció por el pasillo de los camerinos.

—Bien —dijo Mueller—, creo que servirá.

—Desempeñará bien su papel.

—Se comporta como si su padre hubiese sido un barón, y no un confeccionista de bragas.

—Veo que has hecho tus averiguaciones.

—Es lo que hoy se estila. Tú mismo, querido muchacho... —Mueller sacó del bolsillo interior de la chaqueta un documento doblado y se lo entregó a Félix—, ahora tienes sangre aria con garantías de no contaminación que se remontan a 1750.

—Y no tengo la menor intención de derramarla por la patria.

—¿Te he pedido algún sacrificio? —Mueller cogió sus guantes de la mesa y se los puso delicadamente, dedo por dedo—. Pero presta atención... porque ahora estamos metidos en algo que puede llevarnos al paredón.

—No encontrarás a nadie más atento que yo.

—Siempre hay alguien. Confiemos en que su camino nunca se cruce con el nuestro.

El coronel golpeó con la cabeza una bombilla que colgaba baja y el espejo del camerino centelleó con la luz reflejada y oscilante. Félix oyó el sonido de las alas de una libélula y en una sacudida vio que las profundidades del espejo se tornaban cobrizas. Y de pie en ese mundo de cobre, devolviéndole la mirada como a través de una distancia fantasmal, estaba María.

Alargó la mano para coger la bombilla y detener su balanceo, pero la mano la atravesó. En el espejo, María estaba rodeada por un cortejo de hombres y mujeres, y había cambiado, su estampa era regia, por fin era primera actriz, tenía ropas y riquezas y se llamaba...

... *Roma*...

Caspian vacilaba en el pasillo, bajo el lienzo cubista de una guitarra desmontada por el ojo del pintor. Roma French lo contemplaba desde el extremo del pasillo. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse con los de Roma sintió que sus almas eran como una vieja fotografía tomada en un sueño, una tarde de domingo en Alemania... bebiendo cerveza en el parque... con una pizca de jarabe de frambuesas.



## Capítulo 7

—¿Pero por qué voy a la Alemania nazi? —Caspian estaba sentado frente a Gaillard, con el sol matinal entre ambos, sobre la mesa circular—. ¿Entiende lo que se siente? ¿Entiende lo que es estar andando por la propia vida y de pronto enterarse de que uno es un nazi?

—Es el problema de la sombra —Gaillard terminó el té que quedaba en su taza y apoyó ésta en su platillo con un delicado tintineo—. Aquí está David Caspian, un hombre como los demás; no es ningún santo, pero tiene sus principios. Y de repente se convierte en algo siniestro. De hecho, se convierte en lo peor que puede convertirse un hombre: un nazi —Gaillard lo miró con expresión afable y tranquilizadora—. Si lo miramos desde el punto de vista psicológico, podríamos llegar a la conclusión de que el inconsciente está tratando de dotarlo de un sentimiento de maldad... una maldad que usted no imaginaba que llevara consigo.

—¿Y soy el único que la lleva consigo?

—Todo el mundo la lleva, pero la proyectamos en nuestro jefe, en nuestro vecino, en los rusos o, en el caso de los alemanes... en los judíos. Ellos son los malos y nosotros los inocentes. Es el problema de toda la cultura humana. Nos negamos a aceptar nuestra capacidad de maldad y se la adjudicamos a otro. Pero para ser íntegros necesitamos ambas mitades de nuestra naturaleza.

—¿Ha visto esto con anterioridad?

—Soñar con nazis, con ser un nazi, con ser torturado por los nazis, son casos corrientes.

—Salvo que yo no estoy dormido. Estoy plenamente despierto y de repente... soy lo peor que puede ser un hombre.

En medio de mi dulce, próspera y moral vida norteamericana, súbitamente me enfrento al hecho de participar en el régimen más sanguinario que ha conocido el mundo —Caspian hizo una pausa, cerró los ojos—. Ni siquiera es posible conseguir que un actor *interprete* a un nazi. Dick Bogarde lo intentó una vez y estuvo a punto de arruinar su carrera —abrió los ojos—. Y yo me veo obligado a *serlo*. ¿Usted dice que se trata de una especie de iluminación moral?

—Jung lo denominó integración de la sombra o integración del fantasma. En general se comienza comprendiendo pequeños odios, mezquindades, envidias. Pero de alguna manera usted ha saltado directamente a la gran sombra de la raza. No es una progresión ideal para la terapia porque le impone demasiadas cosas simultáneamente.

—¿Y por eso me pierdo totalmente?

—¿Cuánto tiempo se perdió la última vez? Me refiero a la fiesta en casa de DeBrusca.

—Más o menos una hora. Y durante esa hora aparentemente mi mujer me habló y yo le respondí.

—¿Como Félix?

—Yo estaba en su lugar y él en el mío.

—Cuando estaba en su lugar, en el nightclub, ¿sabía usted que era David Caspian?

—Era Félix de la cabeza a los pies. Tenía la leve sensación de que había alguien en el fondo de mi mente, una vaga entidad flotante. Pero eso le pasa a todo el mundo, ¿verdad? ¿Verdad?

—¿Le gustaba ser Félix?

—Oiga, no es como si estuviera de vacaciones. Yo no sabía que estaba siendo Félix. ¿Le gusta ser usted mismo? Lo es, sencillamente. Yo era Félix y me ocupaba de ello.

—¿Y qué es exactamente el *ello* de ser Félix?

—Una existencia de partida de ajedrez. Cada movimiento requiere un gran cuidado.

—¿A diferencia de la existencia de David Caspian?

—Yo tengo un agente que se ocupa de esas cosas.

Gaillard sonrió.

—Durante su hora perdida, ¿su mujer le habló? ¿No notó nada raro?

—Dijo que se reunió conmigo en el pasillo donde estaba el espejo y que me encontró muy abstraído. Aparentemente le dije que estaba pensando en mi personaje de *Vagabundo del espacio*.

—¿Usted se lo dijo?

—Félix se lo dijo.

—Roma French, hábleme de ella.

—Roma es una buena actriz. Anoche la vi en una reposición y poseía una extraña cualidad, algo ligeramente descentrado. Yo pensaba que sólo era un buen par de tetas, pero estaba equivocado.

—¿Alguna atracción?

—Hasta que vi la reposición, sólo la respuesta masculina primaria a ese tipo de belleza.

—¿Y ahora?

—Ahora no lo sé.

—En la otra cara de la moneda, ¿ella es la alemana María?

—Sí.

—Un viejo amor de Félix.

—Aún quedan algunas cenizas de ese fuego. Félix se siente atraído por ella, oye música de carrusel, ve un parque al que solían ir. Pasea con ella por allí, en sus recuerdos. Tal vez María sea su punto débil, el tipo de mujer por la que podría terminar haciéndose matar.

—Usted habla alemán, ¿no es cierto?

—Actué aproximadamente un año en Alemania.

—Y en la infancia coleccionaba insignias nazis.

—Yo no las coleccionaba. Llegaban a mis manos. Eso es lo misterioso, como si esos símbolos me buscaran, como si yo formara parte de un arquetipo —Caspian hizo una breve pausa, con la vista fija en el valle—. Como si me estuvieran inventando.

—¿Quién?

—Algo incorpóreo, algo estacionado en la puerta de batiente que separa las realidades.

—¿Y por qué David Caspian?

—Un sujeto fácil.

—¿Por qué?

—Una debilidad en algún punto, un desgarrón en la estructura.

—Todos estamos sujetos a influencias inconscientes —dijo Gaillard—. Los artistas se abren deliberadamente a esa influencia y con no poca frecuencia obtienen más de lo que esperaban.

—¿Tiene otros actores que vivan la mitad de su vida en la Alemania nazi?

—En este despacho se oyen muchas cosas.

—¿Entonces qué hago?

—Ya lo está haciendo. Si el universo pudiera darle una lección a David Caspian, ¿cuál sería? Félix tiene algo que ver con esa lección.

—Usted insiste en que es una figura de ensueño, alguna represión o algo así.

—Por lo que sé, podría ser el diablo en persona —Gaillard hizo una pausa, mirando distraído hacia los estantes con libros de la pared opuesta—. ¿Alguna vez oyó hablar de una búsqueda fácil? Jung se sentía aplastado por una montaña de piedras.

—¿Pero logró atravesar el velo?

—En realidad, sí.

—¿Y qué encontró?

—Cayó miles y miles de metros. Encontró a Salomé y a Elías. Eran entidades independientes y mantuvo con ellos largas conversaciones.

—¿Y qué hizo con eso?

—La base de la psicología profunda —Gaillard se inclinó hacia delante—. ¿Qué está haciendo usted con eso?

Caspian guardó silencio y desvió la vista hacia las copas de los árboles del cañón. El sol extinguía los últimos vestigios de bruma matinal y el trino húmedo de los pájaros crecía.

—Estamos viviendo en un universo esquizofrénico, ésa es la lección que extraigo. Debe de haberlo creado un maníaco —su respiración se volvió rápida, su pecho empezó a palpar. Tenía fuego en el diafragma y de pronto sollozó, con un grito seco y ahogado.

—Bien —dijo Gaillard suavemente—, suéltelo.

La piscina de Myron Fish tenía forma de S. Los trampolines de cada extremo le daban el aspecto del signo del dólar y con frecuencia Fish sentía allí las más grandes inspiraciones, flotando en una colchoneta de vinilo. Y allí flotaba ahora, con las gafas ahumadas hacia el cielo, y arrastrando una mano por el agua templada.

—Estaréis rodando en Death Valley y DeBrusca tiene una producción muy apretada. Si en una toma sólo se ve media puerta, sólo media puerta será pintada.

Caspian flotaba boca abajo en otra colchoneta, contemplando a través del agua el fondo embaldosado de la piscina.

—¿Quieres decir que me alojaré en la Death Valley Holiday In?

Fish se apoyó en un codo y miró hacia el patio que rodeaba la piscina, donde estaba tendida su última starlet.

—Esa chica tiene más talento en su meñique que... —Fish observó a la fenomenal hembra, cuyos senos brotaban como hongos en un bañador de arlequín, que dividía su torso en una mitad clara y otra oscura—. Me siento privilegiado de poder orientarla en su carrera.

—Son muchas las jovencitas que te lo deben —comentó Caspian.

—Yo les debo mucho más, sobre todo en pensiones alimenticias.

Fish se apartó lentamente remando con un brazo, la pequeña tripa al cielo y con un martini encima, ociosamente anclado entre dos dedos flácidos y regordetes, mientras la otra mano atravesaba perezosamente el agua. Alicia, la hija de Caspian, salió a su encuentro desde el borde de la piscina.

—¿Podemos celebrar una reunión, tío Fishface<sup>[2]</sup>?

—Alicia —dijo Carol con tono regañón.

—Querido tío Fishface —dijo Alicia.

—Eso está mejor.

—Querido tío Fishface, ¿cómo se llama tu nueva novia?

—Valerie —dijo Fish mientras estiraba la mano hasta el borde de la piscina y cogía un ejemplar de *Los Angeles Tintes*, con el que se cubrió la cara después de abrirlo.

—Es cantidad de guapa.

—Sí.

—¿Y cuando yo sea guapa, serás mi agente?

—Si es necesario, lo seré —dijo Fish con la voz ahogada por el periódico.

Alicia se situó detrás de la colchoneta y la empujó suavemente por la piscina.

—He pensado que deberíamos hablar sobre mi carrera.

—Entonces pasa por mi despacho —gruñó Fish con voz adormilada.

Caspian se dejó caer de la colchoneta y nadó un largo, hendiendo limpiamente el agua con su brazada. Llegó a la escalerilla, trepó y se encaminó al trampolín. Cerca estaba sentado Ed Cresswell, con un plato de mojo de frijoles en una mano y pan en la otra, en tanto un cigarrillo ardía en un cenicero. Levantó el mojo a modo de saludo.

—He tomado una decisión importante.

—No abandonarás nuestro proyecto, ¿verdad? —preguntó Caspian. Pese a su extraña personalidad, no había para él mejor guionista que ese hombre flaco, huesudo y melancólico sentado ante él, con un plato de mojo de frijoles en la mano.

Cresswell dejó el plato, cogió el cigarrillo y con un golpeteo tiró la ceniza en la piscina de Myron.

—Empezaré a tomar lecciones de claqué.

—¿Me permites preguntarte por qué?

—Tengo la sensación de ser del tipo Fred Astaire.

Caspian miró a su amigo encorvado, falto de gracia y paranoide.

—Está bien, Ed. Tú y Fred sois un par de grillos.

Cresswell volvió a apoyar el cigarrillo en el cenicero.

—Estaba pensando que podrías tomar lecciones conmigo.

—Ya tomo más lecciones de las que me permite el tiempo.

—Un actor debería dominar el claqué.

—He tomado lecciones de esgrima, lecciones de canto, lecciones de karate, lecciones de equitación, de mímica y de juegos malabares. He estudiado declamación, concentración, adivinación y masturbación. Ya he tomado suficientes lecciones.

—Te vendría bien un poco de ejercicio —Cresswell señaló la cintura desnuda de Caspian—. Estás desarrollando un embarazo no deseado.

—Decirle eso a un amigo es una grosería —Caspian metió la barriga—. Sólo he aumentado un par de centímetros.

—Piensa en lo impresionada que dejarías a Carol cuando te viera bajar las escaleras zapateando.

—No tenemos ninguna escalera.

—Ya encontraremos una y la sorprenderemos. Levantará la vista de la bolsa de la compra y nos verá haciendo claqué, abriéndonos camino directamente hasta su corazón.

—Veo que se trata de una fantasía muy bien desarrollada.

—Siento que hasta ahora he sido demasiado introvertido. Quiero salir a la luz. Quiero zapatos de claqué —Cresswell, sentado, emitió unos leves sonidos chasqueantes con sus sandalias de tiras de goma.

Caspian siguió hasta el trampolín y subió la escalerilla. Había hecho cursos intensivos con un virtuoso del violín, un erudito swahili, y un neurocirujano, para representar expertamente escenas que sólo duraban un minuto, aunque habían sido unos minutos auténticos. Sin duda ya le llegaría el momento al claqué y al urdu.

Trepó al trampolín y dirigió la mirada a la reja de hierro forjado que dividía la propiedad de Myron Fish de la de su vecino más próximo... un árabe que estaba convirtiendo toda la falda de una montaña en un bloque de hormigón, por motivos ignotos.

Llegó al extremo del trampolín y se zambulló en el brillante espejo, atravesando las aguas hasta el fondo y rozando con los dedos las baldosas azules. Se deslizó por encima del suelo, dio la vuelta y nadó hacia arriba, en dirección a la ondulante superficie iluminada por el sol.

Después de atravesarla, las gotitas de agua se congelaron torcidas delante de él, detenido su descenso. Reflejaban luz y se sintió rodeado por una lluvia de diminutas lunas transparentes. Ya no era de día; el sol era un foco sobre una piscina y la piscina era interior, en una sala cavernosa llena de gente. Se celebraba una fiesta y era de noche en Berlín.

Qué lejos estuve, pensó Félix. La tierra cálida, tan seductora, los rostros casi familiares.

Félix se volvió, observando las altas ventanas oscuras de la mansión, a través de las cuales brillaban delicadamente las estrellas, astilladas en delgadas redes de luz.

Los bordes mellados de helechos gigantescos se proyectaban contra las ventanas y colgaban con una indolencia tropical que hacía mofa de la situación bélica, aunque un espíritu melancólico se cernía sobre la fiesta, como si aquella fuera la última reunión brillante antes de la eternidad.

Nadó hasta el borde de la piscina y salió, poniéndose un albornoz que sostenía un sirviente anciano que luego lo acompañó hasta un vestuario tabicado. Se quitó el albornoz y se secó con una toalla. En el antebrazo tenía el tatuaje de un halcón con las alas extendidas, recuerdo de días de la juventud. Ahora se lo frotó y se dijo a sí mismo, como siempre, que un día de éstos se lo haría quitar, porque las señas de identificación son muy útiles para los organismos oficiales. Su uniforme colgaba de una percha; se puso la camisa entallada y los pantalones, luego la chaqueta, la corbata, las altas botas negras. Taconeo con un resonante restallido: Miembro del Abteilung II, Contactos Interestatales para el Desarrollo Económico, bajo el mando del coronel Joseph Erhard Mueller, delegado especial a cargo del sureste europeo. El teniente Falkenhayn salió de detrás del tabique.

Soldados de tropa ofrecían bandejas con champagne y brandy a las esposas de los oficiales; los ancianos mayordomos hacían similares ofertas a los invitados civiles, unos pocos hombres de negocios con traje de etiqueta. Estaban inmersos en conversaciones con el estado mayor del coronel —jóvenes abogados, economistas, inversores de uniforme— y su principal interés era el desarrollo económico por el que se había configurado su grupo. No hablaban de los Panzers sino de la industria de corte de la turba en Dorohueza. Félix se paseó lentamente por la periferia de su conversación, oyendo sus voces estridentes, confiadas, mientras se burlaban de otro oficial que no estaba presente.

—Hizo un buen follón con esa empresa de agua mineral.

—Y con la fábrica de ladrillos polaca; la mayoría de los cuales estaban en su imaginación, hola Falkenhayn, ¿qué tal?

Respondió serena y correctamente. Conocía su papel y por una vez sus

documentos estaban casi en regla. Siguió andando por los bordes de la gran sala. La mansión pertenecía a su general de brigada, con quien el coronel Mueller estaba sentado en un sofá, ante una mesa de té.

—La facturación del año pasado fue de cinco millones de marcos. Encubriremos allí intereses del ejército y dejaremos que *Herr Ziegler* siga figurando como titular — el general señaló a un hombre de negocios maduro, a quien atendía María, mientras incorporaban su fábrica de cueros al cartel del ejército. Félix vio formarse los pensamientos del hombre: he aquí una mujer de considerable encanto, y una bomba podría caer en mi factoría, en cualquier momento, al margen de quien la dirija.

El general de brigada untaba puré de ciruelas en una galleta. Félix observó la pared por encima de su cabeza, donde colgaban viejos retratos de familia: mariscales de campo y prelados en poses nobles, junto a cuyos marcos dorados ardían candelabros como si rindieran ceremonia a sus almas.

Siguió deambulando y llegó cerca de dos agentes de la Gestapo en traje de paisano. Sus miradas austeras lo pusieron incómodo y cruzó rápidamente el salón para mezclarse con un grupo de colegas oficiales del ejército; éstos hablaban de otro caballero que estaba de pie junto al piano de cola blanco del general.

—Dicen que es pariente del Duce.

—Fue portero en Nápoles.

El oficial chasqueó la muñeca en dirección a María.

—Ella acaba de salir de un conjunto de coristas.

—Ella es la condesa Von Blaustein —intervino Félix—. Me la presentó el coronel.

—Es capaz de bailar treinta y seis horas seguidas con benedrina y un número pegado a la espalda.

Félix hizo señas a María para que se reuniera con él junto a la mesa de los ponches. Después de excusarse con su magnate del zapato, María se acercó a él y dejó colgando su vestido largo sobre la punta de la bota de Félix.

—Estoy teniendo bastante éxito —dijo mientras cogían una copa.

—Una interpretación perfecta. Pero habla más bajo, que tú voz llega a la última fila —señaló a sus colegas.

—*Herr Ziegler* está encantado. —Sonrió a su magnate, que esperaba al otro lado de la sala.

Félix sirvió ponche en otra copa.

—Aquel militar. ¿Lo conoces de algún lado?

—No, ¿por qué me lo preguntas?

—Aparentemente recuerda haberte visto, condesa, en una maratón de baile.

María entrechocó suavemente su copa con la de él.

—Fuiste una buena pareja. ¿Acaso no ocupamos el segundo lugar?

—Aguantamos toda la noche —apartó su copa—. ¿Podríamos resistir hoy?

María se ajustó el corpiño del vestido, acomodándolo alrededor de su pecho

desnudo.

—Tengo que despedirme de mi zapatero. ¿Es verdad que le incautarán la empresa?

—Hasta el último clavo de la última bota.

—Y sin embargo está tan contento.

—Te tiene a ti.

—No me tendrá mucho tiempo —María dejó su copa mientras el magnate se levantaba; lo acompañó a la puerta, mientras Félix la seguía con la mirada.

—¿Cómo lo estás pasando? —Mueller estaba detrás de él, sirviéndose un sandwich de pepino.

—La Gestapo me vigila —dijo Félix, pues su mirada volvió a cruzarse con las de los dos hombres de paisano.

—Quieren asustarme, quieren asustar a todo el mundo.

—Tengo una ficha en sus archivos —dijo Félix, alargando la mano para coger un pepinillo, cuya punta mordisqueó poco a poco—. Es de color violáceo, por rezongón.

—Nunca te he oído rezongar —dijo el coronel y agregó, en tono más bajo—: ¿Tú crees que esos dos alfeñiques significan algo para mí? Están aquí para hacer su agosto, no para patear tu nido. Nuestro peligro está en las altas esferas.

—¿Que son...?

El coronel tamborileó los dedos suavemente sobre el hombro de Félix.

—Dijiste que eras actor. Bien, desempeña tu papel. ¿En qué actuaste?

—Participó en una pieza que montaron en el Circle Café —dijo María, que apareció a sus espaldas—. Se le enganchó el faldón del frac bajo la pata de una silla, en el escenario, y cuando oyó la acotación para que se levantara, no pudo moverse.

El coronel Mueller apretó la mano de María.

—Me gustaría que charlaras con el agregado del aire italiano, el que está junto al piano, debajo de la pluma de avestruz. Queremos aterrizar en uno de sus campos y hasta ahora nos ha estado negando toda cooperación. Debes poner en marcha el papeleo.

Félix oyó cómo ululaban otra vez las sirenas del ataque aéreo y el estruendo de los bombarderos. Los mayordomos bajaron discretamente las persianas de tela ligera para cubrir las ventanas y las claraboyas, pero la fiesta siguió su curso. María se encaminó hacia el *attaché* italiano a través de las luces ahora tenues que jugueteaban sobre las reliquias familiares, en las paredes y en su figura envuelta en sedas. El *attaché* se puso en posición de firmes al verla llegar. Mueller sonrió a Félix.

—Ejecuciones cada media hora.

—Si ese hombre tiene relaciones en el cine italiano, nunca volveremos a verla.

El coronel lo cogió del codo y lo hizo girar lentamente.

—Ese caballero que está allá, el de bigote blanco y gafas de montura metálica, te serviría en bandeja a los gusanos si con eso pudiera conseguir una comida extra y un billete de tranvía. Lo nombraremos superintendente del Ayuntamiento de Cracovia.



Tú serás responsable de su seguridad hasta que llegue allí y de paso te ocuparás de un pequeño negocio personal.

—Entiendo muy poco de política.

—Querido amigo, estoy seguro de que recuerdas la obra de Zuckmayer acerca del pequeño zapatero. Imposibilitado de que los burócratas le consiguieran un pasaporte, nuestro zapatero compra un uniforme de oficial en una tienda de excedentes del ejército y ordena a una unidad de tropa que tome por asalto el ayuntamiento, donde arresta al alcalde y se expide su propio pasaporte —Mueller se tironeó suavemente de la manga de la chaqueta—. Puro teatro, Félix. Desempeña el papel del pequeño zapatero con el uniforme acertado y nadie se atreverá a molestarte.

Mueller indicó que la conversación había terminado y Félix se acercó a sus cabos interinos, que estaban de pie en el otro extremo de la mesa del banquete, observando pensativos a María y a su *attaché*.

—Estoy seguro de haberla visto en el Café White Mouse. Actuaba en una revista, *Admirador de las danzarinas chinas*.

—Partimos hacia Polonia —dijo Félix a sus espaldas.

Los cabos se apartaron y Félix se acercó a una mesa junto a la piscina, para recuperar su pitillera. Ahora se había sentado junto a la mesa un oficial alto, con la tez pálida de una almeja. El hombre aceptó un cigarrillo que le ofreció Félix.

—Gracias, Falkenhayn, usted siempre se las arregla para tener cigarrillos excelentes, ¿verdad?

Pasaron al tema de los negocios: fundiciones de hierro, fábricas textiles, Klinker Zement. Félix dijo, medio en broma:

—He oído decir que incluso haremos jalea.

—Querido amigo, ya tenemos bastante jaleo —el sonido de las sirenas distantes puntuó el retruécano del oficial. Tenía en la mano una copa de Danzig Goldwasser e hizo girar el líquido con motas doradas con un movimiento de muñeca—. El coronel Mueller ha dicho que usted es un hombre que conoce la vida de los cafés.

—Me he arrastrado por algunos.

Volvieron los ojos hacia la piscina, donde una joven con bañador de arlequín se estaba metiendo en el agua.

—La amante del general de brigada —dijo el oficial—. Yo las prefiero más jóvenes. Muy jóvenes, si entiende lo que quiero decir. Conozco un lugar, un club privado... Estoy seguro de que le encantaría.

El oficial dejó caer la ceniza en la piscina. Félix la vio flotar en la brillante superficie del agua iluminada por la lámpara y se volvió hacia el oficial.

—¿Qué miras? —preguntó Cresswell—. ¿Qué tiene de malo mi camisa? Hecha a mano, en Hawái —bajó su brazo esquelético hacia la superficie de la piscina y dejó caer la ceniza de la punta de su cigarrillo.

Caspian se echó hacia atrás en la tumbona. El sol lo golpeó con todas sus fuerzas, la tarde era dorada, traicionera y tremolante: una copa de licor con motas doradas en

la que soñaba un individuo del Reich.

## Capítulo 8

—Las obsesiones de un psicópata nunca cambian —dijo el doctor Gaillard—. Son fijas, y ésa es la tragedia. Pero Félix es flexible y ya ha cambiado. Se ha alistado en el ejército alemán.

Caspian estaba frente a él e intentaba cerciorarse de que un profundo estadio psíquico se estaba poniendo de relieve y que era significativo a pesar de su estilo esquizofrénico.

—Que se haya unido al ejército alemán me proporciona escaso consuelo.

—Sólo estamos encarando su valor simbólico. Félix se ha legitimado.

—¿Significado?

—Le inquietaba ser un mero delincuente. Tenía que adaptarse, unirse al partido. Se ha elevado con el propósito de ser más útil —Gaillard cerró los ojos.

El silencio no era vacuo; la mente de Caspian presionaba en la oscuridad con la de Gaillard, hacia algún tipo de comprensión en cuanto al auténtico propósito de Félix en su cosmología interior.

—Sí —dijo Gaillard, abriendo los ojos—, tiene ansias de poder pero debe acercarse más al estado de conciencia para conquistarlo. Ya no se conforma con su existencia clandestina.

—¿Por qué?

—El desasosegado deseo de individualidad —Gaillard hizo una pausa para contemplar a Caspian. Su mirada se modificó de manera extraña cuando volvió a hablar—. Félix es una parte ascendente de usted que desea promover el ego. Y como sabe, el verdadero tirano es el ego. Da todas las órdenes y detesta el cambio. Los actores, debido a la inseguridad de la profesión y a la adulación que reciben, tienen egos sólidos como el acero.

—Pero Félix también es un ego.

—Un ego parcial. Sólo es asequible de vez en cuando.

—Cada vez más regularmente.

—Usted habita en él noche y día. Pero volvamos a las motivaciones de Félix. El posee un impulso de poder que proviene de usted, de eso estoy casi seguro.

—Permítame ser inmodesto y decirle que ya tengo más de mi cuota de poder y todo lo que eso conlleva.

—Pero es algo que nunca concluye. Ese juego sigue eternamente. Hércules libra una batalla inacabable contra los fantasmas del submundo. Usted fue un niño pobre, luchó para abrirse paso hasta la cumbre de una profesión elitista y tuvo que ser implacable para lograrlo. En ello hay cierta fealdad y su alma siente esa carga. Félix entra en escena.

—De acuerdo. Soy agresivo. Pero el mundo de Félix es tan prolijamente detallado como la realidad de Wilshire Boulevard. No es una figura de ensueño.

—El caso no se asienta, todavía, en qué constituye la realidad. Algunos sabios

han dicho que Psique creó el mundo.

Caspian se retiró de la lucha. La hora era valiosa y la estaba desperdiciando. Además, acababa de ocurrírsele algo.

—Mientras yo siga diciendo que Félix es su propia entidad en su propio mundo, y que yo soy una entidad en mi propio mundo, seguiremos escindidos. Pero si logro ver a Félix como una parte de mí, empezaremos a unirnos.

—Bien. Pero tenga en cuenta... que quizá nunca sepamos quién es realmente Félix. Porque en el fondo puede ser algo más universal de lo que un individuo está en condiciones de asimilar. Lo que podemos hacer es dismantelar los componentes de su imagen y descubrir, al menos, por qué el dios se ha revestido con estos ropajes a fin de aparecérselo.

Caspian asintió y se frotó el antebrazo que, en algún momento de esa hora, había comenzado a escocerle. Ahora hormigueaba como una quemadura y se levantó la manga. Se le desorbitaron los ojos y estiró el brazo en dirección a Gaillard.

Por debajo de la epidermis aparecía débilmente el tatuaje de un halcón.

Anduvo más allá de los platos de sonido, con sus cúpulas de acero brillantes bajo el cielo sin nubes. Había camiones, caravanas y camionetas que contenían alguna parte de la fábrica de sueños; muy poca gente caminaba por la brea ardiente del complejo de los estudios, y estaba solo cuando salió a la parte trasera que daba a las calles de cartón pintado.

Le gustaba la ciudad sin gente, donde sólo residía el viento que soplaba por el barrio desierto... una serpenteante calle suburbana con casas coloniales y de ladrillos, edificios con todos los detalles exteriores y vacíos por dentro, con vigas y tablonos desparramados al descuido en el fondo, donde el ojo de la cámara no llegaba. Los jardines eran de decorado, las aceras se curvaban graciosamente pero nadie bajaba por ellas, ni un perro, ni un gato, ni un alma viviente. Pensó que era el distrito más seguro de L. A.

Siguió a través del barrio fantasmal; esa ilusión atraía la mirada y ofrecía la promesa de que todo era normal, de que pronto aparecería un coche, los niños corretearían... pero el viento soplaba hojas sobre los umbrales polvorientos y a través de los vestíbulos inacabados, donde las luces eran semejantes a grandes hojas de cristal fijos en el vacío interior.

Dobló en la esquina hasta las afueras y se encontró en una ciudad fronteriza en la que se levantaba una polvareda junto al puesto, el salón y la tienda. Un caza de la segunda guerra mundial estaba estrellado contra la cárcel, como si hubiera intentado aterrizar allí, fuera de su propia dimensión.

Lo rodeó y entró en la ciudad de Nueva York. Los pórticos estaban desiertos, no había compradores ni habitantes de apartamentos a la vista. Pasó por la fachada de una agencia de empleo, perfectamente acabada en todos sus detalles, incluida una

ventana rota y emparchada, con inscripciones desportilladas. Al lado había una lavandería china, con paquetes de papel amontonados en el escaparate. Se protegió bajo la sombra del portal y pensó que se estaba volviendo loco.

Junto a la lavandería había una escalera de buen agüero para él, en la que había actuado con una pandilla de gamberros en un fiasco titulado *Sabios ángeles callejeros*. Le había proporcionado una piscina en el patio trasero y un Porsche 928, y eso, reflexionó, tenía que ser sabiduría callejera.

—¡Eh, amigo!

Un poli del estudio lo miraba desde la esquina de la East 157.

—¿Viene con la excursión? En tal caso, se ha perdido. Se supone que ahora están en el submarino —el poli señaló cortésmente, no como lo haría un policía verdadero de una ciudad verdadera, y se acercó lentamente. Cuando Caspian salió del pórtico y quedó bajo la luz del sol, el poli dio muestras de reconocerlo—. Disculpe, soy nuevo en el trabajo. Usted es Tom Van Horn, ¿no? Lamento haberlo molestado. Me esfumaré —se tocó el ala del sombrero y se alejó.

Caspian permaneció donde estaba, mientras la oleada de inseguridad circulaba por sus venas. Ser confundido con Tom Van Horn, un actor como mínimo cinco años mayor que él, que ahora sólo interpretaba hombres mayores —tíos cariñosos, hombres de negocios maduros, científicos prematuramente envejecidos—, y los interpretaba mal... ser confundido con él era deprimente.

Volvió a internarse en la sombra del portal y se debatió contra los sentimientos malévolos hacia Tom Van Horn, que en realidad era un tipo muy simpático. Caspian se vio en su imaginación, pero la semblanza era distorsionada, el rostro de Van Horn ligeramente grotesco, y una pequeña joroba se formaba en su espalda. Y... sí, otro detalle, se le estaba desprendiendo la nariz. Y nadie quería contratarlo.

—Bien, ¿qué quieres que te diga? —murmuró Caspian mientras volvía a la intemperie—. Todo actor, en algún desagradable hueco de su alma, odia a los demás actores, especialmente a los que se parecen a él, aunque sea un parecido lejano.

Fue más allá del Carlucci's Cafe, las oficinas del *World Telegram* y los grandes almacenes Klein. Pocos metros después de la esquina de Manhattan entró en una aldea medieval. Sobre las almenas de aquel castillo, los especialistas habían representado algunas de sus hazañas más audaces.

Ahora estaba vacío y el viento movía de un lado a otro una puerta en arco sobre sus bisagras chirriantes. La observó, preguntándose si no estaría a punto de manifestarse algún jefe militar nazi. Era el pie convenido.

La puerta se abrió violentamente de par en par y Myron Fish la traspuso.

—Me dijeron que andabas por aquí. ¿Qué quieres hacer, provocarte una apoplejía? Estamos a cuarenta y nueve grados.

Caspian se tapó los ojos para protegerse del sol y parpadeó.

—Myron, ¿alguna vez has pensado que podrías ser un nazi?

—A menudo he pensado que estaba trabajando para los nazis —se volvió y también se protegió los ojos para pasear la mirada por el vasto complejo del estudio—. ¿Por qué? ¿Te han ofrecido un papel en una de esas películas alemanas que sólo proyectan en Harvard? Te arruinarás. Si dejas cinco minutos esta ciudad, volverán a decorarla sin ti.

Caspian le apoyó un brazo en los hombros, gozando de la sensación firmemente arraigada del diminuto agente. Un hombre como éste no puede ser arrastrado a la cuarta dimensión.

Victor Quatrelle miraba por el balcón de su apartamento de la playa y escuchaba a Caspian describir los acontecimientos del último mes.

—Tengo la impresión, David, de que te has pasado de drogas. Puede haber otros factores, por supuesto. Un columnista que conozco creía estar ante una iluminación en su despacho, todos los días, cuando ponía la silla de cara a la ventana. Se sentía atravesado por una fuerte corriente de energía. De hecho, era un cordón eléctrico que se había pelado debajo de la alfombra. Se estaba electrocutando lentamente.

Caspian se sentó en la barandilla, con una copa en la mano.

—Mi psicoanalista dice que es una especie de arquetipo que se está plasmando. Pero yo voy allá, todo tiene sentido, y regreso.

—A mí mismo no me molestaría marcharme —suspiró Quatrelle y cruzó las manos sobre la tripa—. Cinco años de comités permanentes es suficiente para que cualquiera quiera reunirse con los nazis.

Caspian miró a su amigo.

—Tú también estás allá. Del otro lado.

—¿Sí? —Quatrelle rió entre dientes y miró el mar—. ¿Y quién soy?

—Un coronel de la Wehrmacht.

—No es el papel que me va.

—Félix tampoco es el que me va a mí.

—¿Quién es Félix?

—El individuo en que me convierto.

—¿Y qué hace él allá?

—También está en el ejército. Trabaja... para ti.

—David... —Quatrelle tamborileó los dedos sobre su vientre, con ritmo lento y paciente.

—Conozco la diferencia entre las drogas y la cuarta dimensión. El pasado y el presente son una sola realidad. Tú y yo vivimos aquí, en Los Angeles, pero también vivimos en Alemania, en el Tercer Reich.

—¿Me estás diciendo que soy un asqueroso nazi?

—Oberst Mueller.

—Bien, sospecho que me han dicho cosas peores. —Quatrelle se incorporó y fue hasta el pequeño bar que estaba justo al otro lado de la puerta de la terraza. Caspian observó atentamente sus movimientos; el coronel Mueller estaba oculto, no había rastros evidentes del autoritario esteta en los movimientos joviales de Quatrelle—. Toma —su amigo le dio una bebida—. Necesitas relajarte. Empiezas a parecerte a Bertrand Russell.

—Esta es la bebida de cuarenta dólares que sólo empleas para la seducción.

—Tu organismo necesita algo puro. Con toda probabilidad has tomado demasiado zumo de zanahorias últimamente.

—Por primera vez en mi vida, he estado practicando la moderación en todas las cosas.

—Grave error. Eso deja fuera de servicio a la totalidad del organismo —Quatrelle se sentó con su copa de coñac en la mano y sorbió lentamente—. De pronto te encontrarás volando en aviones a chorro y usando pendientes de esmeraldas.

Caspian inclinó su copa hacia la veta de sol que caía en el suelo de la terraza.

—La sombra y el sol son portales. No des nada por sentado. Así veo yo las cosas ahora.

—Claro —dijo Quatrelle—, en cuanto tienes dinero suficiente para soltarte, te centras en cuestiones espirituales. Yo también he atravesado por algunos cambios. Fui a una tienda de animalitos domésticos y casi compro un papagayo. Tuve la sensación de que me estaba transmitiendo certezas sobre el matrimonio cristiano.

—La gente ha estado distanciándose desde el principio de los tiempos —dijo Caspian— y formulando sus experiencias en dogmas. Pero esta cuestión no reemplazaría a la religión. ¿Quién quiere conocer a su otra mitad, el nazi?

Quatrelle apuró su coñac.

—¿Vamos a dar un paseo? Sigo pensando que tengo que airearte.

Caspian se incorporó y dejó la copa.

—No he podido decirle nada de esto a Carol.

—No, ella no está preparada para este tipo de información.

Salieron del apartamento bajando la escalera trasera que llevaba a la playa destellante. Echaron a andar junto a las beldades, los practicantes de surf, la torre de los bañeros. El reflejo del sol surgía desde las aguas.

—Ahora está con nosotros —Caspian inclinó la cabeza hacia la brillante superficie, donde unas astillas de luz adquirirían la forma de una cruz retorcida.

*Al fin y al cabo, la esvástica, dijo la voz del doctor Gaillard, es un artilugio de giro a la izquierda, abajo, hacia el inconsciente.*

—No estoy seguro de querer oír más —dijo Quatrelle—. No creo que sea sensato estimularte.

—Y yo sospecho que tienes miedo de ese mundo.

—¿Miedo a *tu* fantasía?

—La cuarta dimensión existe —afirmó Caspian en voz baja.

—Entonces la encontraré cuando me llegue la hora.

Caspian clavó la mirada en Quatrelle y vio a Mueller en los ojos de su amigo, aunque discreto, escondido tras un velo de presunciones de la tercera dimensión.

Pasaron por las casas del puerto deportivo, más allá de Washington Boulevard, y se internaron en el parque paralelo a la playa. Llegaron a un recinto alambrado, donde unos levantadores de pesas alzaban cargas brutales. Quatrelle imitó la expresión contorsionada de un levantador cuando el deportista se agachó lentamente sustentando un enorme peso con los hombros. Al volver a levantarse las venas de su frente se veían peligrosamente abultadas. Quatrelle exhaló vigorosamente.

—Siempre me siento mejor después que otro ha hecho un ejercicio como ése.

En la acera, más abajo, entre arenas y palmeras, un cámara de televisión se había arrodillado para filmar a una chiquilla que hacía patinaje sobre ruedas. Una mujer le daba instrucciones sobre la forma en que debía patinar al pasar por delante de la cámara. Hicieron la señal convenida y comenzó la secuencia con la chiquilla patinando acera arriba.

—¡No mires a la cámara! —chilló la mujer, corrió, cogió a la niña de los brazos y la sacudió violentamente—. ¿Qué te pasa? ¡Se supone que eres una!

—El nuestro es un arte maravilloso —murmuró Caspian.

Siguieron andando bajo la hilera de palmeras.

—Hace años tuve un sueño —dijo Quatrelle—. Recorría unas encantadoras tierras agrícolas. Al despertar sentí que sabía dónde estaba aquella granja, pero no logré localizarla. Mucho después hice un film en Dinamarca y cuando terminamos atravesamos Europa en coche. En la Alemania central, cerca de Joahnnesberg Castle, encontré esa granja. Idéntica hasta en los más mínimos detalles.

Estaba sentado en su estudio, con la vista fija en la pistola alemana.

Miró hacia la calzada de acceso, donde estaban aparcados su Porsche, su Mercedes y el BMW de su mujer.

Los venderé. Me compraré una máquina húngara de media tonelada.

Se levantó, con la Walther en la mano.

Iré al cañón y enterraré *esta* cosa maldita en la arena.

Metió la pistola en su cinturón, la cubrió con la camisa y bajó por el pasillo. Las baldosas chasqueaban bajo su paso ligero, pero el familiar abrazo del vestíbulo ya no tenía encanto para él. La casa era una delgada burbuja en la que Félix se movía con viento en contra.

Se quedó junto a la puerta de madera maciza. El jardín despedía un brillo idéntico, las espinas de los cactus destellaban como bayonetas. Carol y Alicia estaban arrodilladas entre ellos, trabajando con las suculentas, más pequeñas y delicadas. Sintió aprensión al verlas encerradas entre puntas brillantes, como si estuvieran cautivas. Se acomodó la camisa y tapó bien la pistola.



—¡Un sapo! —gritó Carol y se agachó para buscarlo—. Se escapó.

—Los sapos también tienen adonde ir —dijo discretamente Alicia.

—¿Dónde?

—A ver a su gente —Alicia avanzó, arrastrando un pequeño cubo de jardín detrás de ella.

Caspian cogió la senda inferior y desapareció de la vista. Salió por la puerta trasera y cruzó hacia las montañas. En cuanto llegó al chaparro sintió que sus obligaciones se desvinculaban de él y eran reemplazadas por un manto de verdor, la trama de los instintos. En la sierra las voces humanas se perdían y hablaban los dioses de la vegetación cuyas lenguas murmuraban tiernamente en las hojas que el viento caliente agitaba. Tuvo conciencia de que sus pies tocaban las piedras, de que su cuerpo se encoraba a través de la maleza y se integraba en ella, como otra criatura que se mueve en la tierra desértica, hostil pero hermosa.

Trepó, dejando caer tras él detritos volcánicos. Ascendió sin parar, con la camisa empapada en sudor. Era veloz, tenía piernas fuertes, y en lo alto la propia perspectiva cambiaba, o tal vez los propios pensamientos se esclarecían con la inmersión bajo el sol desnudo, con su gruesa caricia, su índole sugestiva... olores a barro seco, piedras ardientes y flores que perfumaban deliberadamente el aire, atrayendo a sus visitantes, ven con nosotras, ven. Y siempre había emblemas de muerte: un ojo de halcón, el cascabeleo de una serpiente. Coronó la primera cumbre y más allá había otra, y luego otra, vuelta tras vuelta, en una línea que se extendía costa arriba en California, unas vastas cordilleras de incógnitas. Ni mías, ni de Félix.

El coyote apareció pocos metros a la izquierda. Lo contemplaba con la lengua afuera, los ojos relucientes.

Caspian alargó lentamente la mano hacia la Walther. El animal se detuvo y lo observó, la cabeza inclinada, los oídos aguzados.

—¿Ves esto? —dijo en voz baja Caspian mientras sacaba la automática.

El coyote entornó los ojos y cerró el hocico, pero no cedió. Caspian sintió su inteligencia en una ondulación palpable, una corriente de fuerza que emitía la mirada de la bestia y entraba en la suya. El coyote gimió bajo y desapareció entre los arbustos.

Hubo un arrastrar de patas sobre terreno suelto y luego comenzó el gañido de la manada. Salieron de la maleza a la carga. Los ojos del jefe resplandecían. La Walther estaba firme en su mano cuando apretó el gatillo.

En el espacio entre la acción y su progreso, él se metió en el silbido de la bala, canturreando con ella hacia el coyote. Los ojos de la bestia resplandecieron, cada vez más grandes, hasta ser enormes globos que se congelaron ante él, inánimes, una luz fría y no un resplandor viviente.

*... under der Augen einer Polizeistreife...*

*Er kommt direkt aus der Stadt.*

Destellaron los faros. Estaba soñando otra vez con ese mundo, pensó Félix, y con

un lobo que me miraba. ¿Dónde están esas tierras cálidas?

—El comprador vendrá de la ciudad y se reunirá con nosotros en el hotel. ¿Le parece satisfactorio, teniente?

—Sí —dijo Félix—, está bien.

Movió la cabeza afirmativamente ante el superintendente del territorio ocupado y juntos se encaminaron a los faros del Mercedes. Su cabo interino estaba al volante y otro cabo ocupaba el asiento del acompañante.

—Al hotel —dijo Félix mientras subía al coche, seguido por el superintendente de bigote blanco. Éste se acomodó la raya del pantalón, el abrigo. Félix lo miró de reojo: conozco muy bien tu operación, amigo mío, Félix es capaz de oler el mercado negro a diez kilómetros de distancia y con viento en contra. Tú provees de alimentos enlatados al ejército y la sexta parte del total va a parar a tu alacena.

—El hombre con el que nos reuniremos... —dijo el superintendente—, tal vez le parezca demasiado suspicaz. Estos suizos creen que pueden darse el lujo de ofendernos.

Es cuestión de prudencia tratarte con suspicacia, *Herr* Superintendente, pensó Félix. Estoy lejos de Berlín y de las ratoneras que tan bien conozco, en las que uno puede estar a buen resguardo.

—... Coleccionista de arte, dicen, pero puede ser un agente de los servicios de información suizos —el superintendente se atusó el bigote blanco y miró a Félix a los ojos—. He hecho mis averiguaciones y vuestra propia sección de informaciones ha sido muy servicial —pasó dos dedos por la cadena de oro de su reloj, pensativo—. Cuídese.

—Agradezco su interés.

—Forma parte de mi deber, naturalmente.

Félix miró pasar la ciudad en tanto sus pensamientos pasaban con las oscuras fachadas. Aquí la resistencia flotaba en el aire, sentía moverse su sombra de un lado a otro de la ciudad. Acomodó la pistola que llevaba en la cintura; en el asiento, a su lado, había una metralleta y un fusil automático ligero. El cabo que iba al volante lo miró por el retrovisor.

—Puesto de control a la vista.

Félix miró hacia la esquina, donde la policía de Cracovia —que en ocasiones había practicado orificios de bala a través de las cabezas de oficiales alemanes— levantaba sus fusiles. El otro cabo estaba abriendo la guantera y sacando los documentos de viaje.

*Todo está en orden*, se dijo Félix, repitiendo la frase más preciada de Europa en ese momento.

La ventanilla del Mercedes bajó y Félix apoyó la metralleta sobre sus rodillas. El coche frenó y el cabo entregó rápidamente los papeles al policía a cargo del puesto. El superintendente se inclinó ante Félix y habló en voz baja.

—Soy conocido en los puestos de control. Un par de botellas de vez en cuando

anima a estos hombres tan fatigados —asomó la cara por la ventanilla y el sargento de policía asintió.

—Todo está en orden —señaló la barrera y la barricada se abrió.

—Desde luego —dijo a Félix el superintendente mientras pasaban—, ninguna posición es del todo segura en estos tiempos. En mi ciudad, mucha gente no termina de entender los objetivos de nuestra administración. Están impacientes.

—Quieren usarlo a uno como tablón de anuncios —dijo Félix—, con chinchetas de plomo —sonrió y observó al político, para ver si empalidecía. Tenía la certeza de que el superintendente había llegado a donde estaba dando brandy a algunos y líquido para embalsamar a otros.

El superintendente no se inmutó.

—Me he ocupado de que lo esperen con un tentempié y algún vino aceptable. Además, encargué que unas amigas... actrices, en realidad, se reúnan con usted para una pequeña celebración después del negocio —frotó la cadena de oro de su reloj.

—Deja usted una impresión imborrable, *Herr* Superintendente.

—Su general de brigada es un anfitrión maravilloso. Mi hospitalidad nunca igualará a la suya pero lo he intentado, teniente Falkenhayn.

—Si su ciudad es reducida a cenizas por los aliados. *Herr* Superintendente... —Félix sacó un cigarrillo de su pitillera y lo encendió—. Si las secuelas de la guerra, que nunca son sencillas, lo encuentran en circunstancias difíciles, recordaré lo amable que ha sido —salía humo de las fosas nasales de Félix cuando volvió a mirar al superintendente, de quien separarse sería un placer, debido a la concomitante certidumbre de que nunca volverían a verse en esta vida. Tal vez en el infierno, en ese territorio nuevamente ocupado, pero en esta tierra, *Herr* Superintendente, tú eres el tipo de hombre que me desviviría por evitar. Siento el filo de tu duplicidad contra mis costillas cada vez que abres la boca.

—Este es el hotel, teniente.

El Mercedes frenó junto al bordillo; Félix miró calle arriba y calle abajo para ver si había señales de las fuerzas clandestinas que tanto amaban a los alemanes. Todo parecía despejado y se apearon del coche. Se dirigió a sus cabos.

—Esperad en el vestíbulo. Os haré llamar en cuanto haya puesto fin a lo que debo hacer.

Las puertas del vestíbulo fueron abiertas de par en par por el propietario del hotel, que hizo una profunda inclinación ante su honorable huésped militar, suplicándole con la mirada que se limitara a birlar únicamente algún mueble pequeño.

—Encantado, señor, encantadísimo —dejó a Félix y al superintendente en manos de un anciano botones que había superado la edad de preocuparse por quién saqueaba a quién.

El viejo abrió las puertas de rejas metálicas del ascensor y entraron. El superintendente sujetaba el sombrero con ambas manos, tamborileándolo sobre su vientre. El botones iba con la vista baja, perdido en sus reflexiones de viejo que de

alguna manera Félix percibía, y que lo perturbaban, pues hasta ahora casi había disfrutado de su uniforme del ejército y del respeto que engendraba; pero los ojos acuosos del viejo reflejaron por un instante la verdad de haber visto ir y venir demasiados uniformes que no significaban más que los pantalones a rayas de un botones, y un botones era mucho más útil.

El ascensor se detuvo, el viejo volvió a abrir las puertas y los acompañó pasillo abajo hasta la suite nupcial.

—Su invitado le espera.

La suite, recargada de encajes, estaba ocupada por un suizo que exudaba el aura de una cámara acorazada de Zúrich, con la apariencia de estar rodeado por una llamada de silencio. Félix hizo señas al superintendente sugiriéndole que había llegado la hora de que se retirara. Con un gesto, el superintendente indicó que se dedicaría a papar moscas en el vestíbulo. En cuanto cerró la puerta a sus espaldas, Félix abrió la maleta con dos rápidos chasquidos y la puso sobre la cama. Una diosa de Botticelli los contempló desde el interior. El coleccionista suizo se inclinó sobre la pintura con una lupa y su mirada pareció deslizarse por todos sus huecos. Levantó la cabeza.

—Hay que hacer pruebas.

—No hay tiempo para eso.

—Y supongo que tampoco hay un propietario anterior, ¿no?

—Aquí está el lienzo. Es todo lo que usted necesita saber —Félix hizo amago de cerrar la maleta, como cuando los compradores reticentes miraban ropa interior francesa. ¿Era algo tan diferente una obra maestra italiana? El suizo alargó la mano para que no la cerrara.

Félix lo dejó inclinarse otra vez sobre la joya de la escuela florentina, por la que había volado desde Suiza hasta un territorio ocupado. No se marcharía sin ella y ambos lo sabían.

Ahora el coleccionista soltó indiferentemente el marco.

—Cien mil, suizos.

—No tengo tiempo de regatear —Félix cerró la maleta con un chasquido decisivo.

—¿Había pensado otro precio? —la lupa del coleccionista colgaba de su cinta cuando observó a Félix con burlona sorpresa.

—El otro precio es medio millón, como usted bien sabe.

El coleccionista entrecerró los ojos y levantó ligeramente una ceja.

—En otras circunstancias podríamos ingresar en esa elevada región, pero yo tampoco tengo tiempo de regatear, ni lo tiene el mundo. Le daré un cuarto de millón por algo frágil e incomible a la hora de la hambruna. Tómelo o déjelo.

Félix le entregó la maleta en la que reposaba la virgen, una virgen de leyenda tan reverenciada que los ejércitos enviaban a sus paniaguados para entregársela al siguiente amante.

—Enhorabuena.

El coleccionista le entregó a cambio su propia maleta, donde estaba el cuarto de millón, ya contado.

—Me pregunto... ¿esta noche y su rostro atormentarán mis sueños? —cogió la maleta del ejército y se encaminó a la puerta, mientras Félix levantaba el teléfono.

Se comunicó con el cabo que esperaba en el vestíbulo, quien le dijo vivamente:

—*Su grupo está aquí, señor. Actrices.*

—Súbalas, cabo.

Félix apoyó el teléfono en su soporte y guardó en el armario la maleta con dinero. Se sintió tentado a seguir a su visitante suizo al otro lado de la frontera, con el dinero en la mano; en la otra dirección, a través de Polonia y en Alemania, había una red de informantes del partido, policías de seguridad, agentes de la Gestapo y muchachas del Bund, todos ansiosos por pescar a un oficial trasladando una fortuna privada.

Fue al aparador y se sirvió un trago. Una delicada llamada a la puerta, acompañada por voces de mujeres. Levantó la copa. «Por mi honor». Bebió y abrió la puerta a sus cabos y a las tres jóvenes.

—Somos simples soldados —dijo, inclinándose ante ellas—, y deseamos que se sientan cómodas. Me llamo Falkenhayn.

Volvió a abrirse la puerta y entró el viejo botones con una mesita de ruedas en la que centelleaban fuentes de plata. El viejo levantó las tapas, llenó los platos y todos se sentaron ante una mesa larga iluminada con velas, junto a la ventana. Las actrices hablaban nerviosas y la que estaba al lado de Félix preguntó cautamente a qué rama del servicio representaba.

—A la Oficina de Traslado de Antigüedades —miró los ojos opalescentes de la mujer, que brillaban bajo la llama de la vela. Más allá de ella estaba la ventana y la farola de la plaza, que parpadeaba débilmente. Un camión militar ocupado por formas borrosas pasó por la plaza.

—¿Y cuánto tiempo estará en nuestra ciudad? —preguntó la muchacha. Félix notó que tanto ella como las otras comían con más avidez de la que correspondía a una dama.

—Nos quedaremos hasta la mañana —dijo y sirvió más vino, pero la conversación fue interrumpida por la campanilla del teléfono.

«Mil perdones... ¿Podría el teniente bajar al vestíbulo para intercambiar una última palabra con el superintendente?». Félix colgó, se excusó y salió al pasillo, donde ya lo esperaba el ascensor. Entró con cierta impaciencia, pero entendía que el superintendente necesitaba hablar de negocios y prefería el amplio espacio del vestíbulo, donde las paredes no oyen. Félix se encontró en medio de la gran estancia.

—Me disculpará, teniente, pero me han retransmitido una llamada del Cuerpo de Inspectores de Armamentos. Se adjudicará un nuevo contrato para la fabricación de uniformes. La familia de su general tiene una empresa textil cerca de nuestra frontera —el superintendente sonrió. Su coche con chófer frenó junto al bordillo. Siguió

hablando mientras hacía salir a Félix con él, a la región más segura aún de la calle, donde ninguna farola los escucharía a hurtadillas—. Puedo hacer presentaciones para la familia de su general. El contrato estará prácticamente garantizado y no será insignificante. Le ruego que le informe de mi deseo de colaborar en esta cuestión.

—Uniformes. *Herr* Superintendente. Transmitiré su mensaje al general de brigada.

El superintendente se calzó el sombrero y se dirigió a su cochazo.

—De vez en cuando —concluyó con tono confiado—, uno es el hombre acertado en el lugar correcto —el superintendente se llevó los dedos al ala del sombrero.

Otro automóvil giró en la esquina y de improviso aceleró. El superintendente levantó un brazo, como si quisiera impartir una señal de tráfico. El cañón largo y delgado de una arma destelló en la ventanilla y emitió la explosión de un fusil automático.

Félix se pegó al suelo de la acera, con la pistola en la mano. Las luces del coche cayeron sobre él y les disparó directamente. Las luces se alteraron, su fría luminiscencia adquirió calidez. Las luces eran ojos en la cabeza de un lobo.

La bestia le clavó la mirada desde una ladera oscura y sus ojos centelleantes mostraban una inteligencia humana. A su alrededor aguardaba la manada que encabezaba.

*¿Quién es usted?, preguntó Félix.*

*Jefe de las SS, dijo el lobo.*

El animal gimió nervioso y se volvió; la manada giró con él, desapareciendo en la ladera. David Caspian estaba con el brazo extendido y la Walther aferrada. Se incorporó lentamente, con el arma colgando de sus dedos, y se encaminó a la pendiente por la que había trepado.

Allí había un soldado con la vista fija en él; empuñaba un fusil y apuntó. Caspian levantó el brazo en cuyo extremo seguía la Walther, con el corazón del soldado en la mira.

—¡Espere, por Cristo, no dispare! —el hombre levantó las manos.

Caspian bajó la Walther y se acercó a él. Lo que parecía el gorro de un soldado era una gorra gris de tenis; su uniforme era un chándal rayado. Su fusil era un palo, ahora caído en el suelo.

—Lo siento —dijo Caspian mientras metía la pistola en el cinturón—. Últimamente abundan los merodeadores por aquí.

El hombre estaba pálido, sus labios blancos, sus ojos desorbitados de miedo. Era rechoncho, sudaba y miró a Caspian como quien mira a un lunático peligroso.

—Estoy de visita en casa de un amigo en Gold Canyon Road. Se llama Sabitus, produce discos, ¿lo conoce?

—Sí —replicó Caspian—, lo conozco.

Su expresión seguía siendo de temor y suspicacia. Dio media vuelta, retrocediendo cuesta abajo.

«Ya he subido bastante. Sí, por hoy es suficiente...».

Las piedras se soltaban bajo sus pies, rodando por la pendiente, y él las siguió a la mayor velocidad que le permitieron las piernas. Caspian notó que el hombre aprovechaba la primera oportunidad para internarse en la espesura, donde con un audible susurro de las hojas logró esconderse, y desaparecer.

Caspian observaba a su psicoanalista desde el otro lado de la mesa baja.

—Casi mato al invitado de mi vecino. ¿Puede entenderlo? Estuve en un tris de apretar el gatillo. Tenía el instinto asesino de Félix, su calma, su resolución. Seguía morando en mí, lo mismo que la sensación de estar rodeado de enemigos —Caspian se apoyó en el respaldo del asiento—. Doy gracias a Dios de que el tipo levantara las manos, pues de lo contrario ahora estaría ocultando su cadáver en la montaña —hizo una pausa y volvió a inclinarse hacia Gaillard—. Tiene que ayudarme antes de que *mate* a alguien. Quizá deberían encerrarme.

—No dramatice.

—Esto está destruyendo mi vida.

Gaillard apoyó los pies en el vapuleado cojín.

—¿Conoce el *dicho*<sup>[3]</sup> reversible de Hemingway?: «El hombre puede ser derrotado pero no destruido». La inversa es: «El hombre puede ser destruido...».

—«... pero no derrotado». ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Inevitablemente sufrimos derrotas en la vida. Es importante aceptar este hecho, aceptar nuestra debilidad, aceptar que nuestra conciencia es incierta y que lo realmente fundamental en nosotros es el mucho más poderoso inconsciente, que hace su voluntad. Nos derrota una y otra vez; si nos doblegamos ante su fuerza superior, sólo se detiene poco antes de destruirnos y en última instancia manifiesta la totalidad de sí mismo, que incluye una sensación de algo a lo que sólo podemos llamar alma eterna. Así, al final, el hombre es derrotado pero no destruido.

Gaillard cogió su pipa, frotó su pulida cazoleta con los dedos.

—Hemingway prefería la inversa del dicho. Estaba convencido de que el hombre podía ser destruido pero no derrotado. Luchó contra la derrota, se resistió a ella con todas sus fuerzas, reprimió todo asomo de debilidad y, finalmente, eligió la destrucción a la derrota —Gaillard abrió su petaca y llenó de tabaco la cazoleta—. ¿En qué ha andado nuestro amigo Félix desde la última sesión?

Caspian narró lo que recordaba de su más reciente interludio como Félix: fue a Polonia y tuvo un Botticelli en sus manos. Describió al coleccionista de arte suizo, el hotel, el asesinato del superintendente en la acera.

—Hábleme otra vez del botones, del viejo del hotel, el que sabe ver a través de la mierda de lo más selecto del ejército.

—Le gusta ese viejo, ¿no?

—Es la persona más cuerda que hemos conocido hasta ahora.

—Él no se juega nada. Sólo es un accesorio de un buen hotel.

—Pero lo importante es esa calidad que lo rodea. No le interesan las obras maestras, los oficiales alemanes, los superintendentes de alcaldía. Se limita a arrastrar maletas y servir bebidas.

—¿Es una persona normal?

—¿Quién ha dicho que yo quiera que usted sea normal? Lo normal es una ilusión, una diosa más —Gaillard se inclinó hacia adelante—. Las flaquezas conforman nuestras almas. No estoy tratando de sacarlo de su patología. Sólo intento que se sienta cómodo con ella.

—¿Con la pérdida de la realidad?

—El viejo botones me habla claramente. Yo le pediría consejo.

—Sólo es un viejo cínico con un empleo privilegiado.

—Acarrear equipajes no es ningún privilegio.

—Lo es cuando otros acarrear lanzagranadas.

Gaillard hizo una pausa y observó cómo sobresalía de las oscuras sandalias el dedo gordo de su propio pie.

—¿Quién es ese coleccionista de arte suizo?

—Lo ignoro. Tal vez sea C. G. Jung. ¿No tuvo contactos con los nazis?

—Eso dicen.

—Hábleme de eso —dijo Caspian.

—Se acercó a psiquiatras nazis durante la guerra. Intentó celebrar congresos neutrales en la profesión. También cometió el error de publicar artículos sobre la estructura de la psiquis judía en muy mal momento. Después dijo que había sido «un desliz». En suizo alemán se dice *usg'schlipft*. Una palabra interesante. Literalmente significa deslizarse, como en un salón de baile —Gaillard guardó silencio un momento, mirando por la ventana—. Durante el baile, mientras sonaba la música y la multitud valseaba —volvió a mirar a Caspian—. No sé. Nadie lo sabe. La sombra del gran hombre. Pero estábamos hablando de usted.

—Hablemos de Félix. Como usted sabe, ideológicamente no es nazi. Por lo que sé, no se dedica a joder a la gente.

—El mercado negro no es famoso por su equidad con los pobres.

—En tal caso es un hombre turbio. Pero al menos no es... —Caspian se interrumpió cuando una idea enfermiza atravesó su mente. Miró atentamente a Gaillard—. Si la tarea consiste en integrar un fragmento de la sombra del mundo, las cosas podrían ser mucho peores, ¿verdad? Yo podría convertirme no en un Félix sino en un Eichmann. En lugar de ser un individuo meramente turbio, podría despertarme siendo la Bestia de Buchenwald. ¿Y cómo integraría eso?

Gaillard asintió lentamente. Detrás de él, los sabios chinos —en sus paneles al pincel— deambulaban a través de una quietud eterna. Se inclinó hacia adelante y habló con voz serena, premeditada.

—Jung ha dicho que... mirar el rostro del mal desnudo es destructivo.



—A partir de lo cual podemos llegar a la conclusión de que él lo vio.

—Probablemente.

—¿Cree que a mí podría ocurrirme lo mismo?

—Para integrar una sombra tan monstruosa, un hombre tendría que haber cosechado una gran cantidad de luz. Incrementamos un poco sus conocimientos cada semana, para que pueda asimilar a Félix. Creo que por ahora sólo debemos ocuparnos de eso. ¿Ha dicho que usted y Félix se parecen?

—Pero sin embargo él no es yo, porque en los momentos en que estoy saliendo de mí y veo su cara, sé... que es el otro.

—¿Y cómo es eso?

—Es un golpe psicológico muy rápido.

—Y entonces comienza a absorberlo.

—Siento que es así, que no tiene sentido debatirse, que así son las cosas —miró a Gaillard—. Deme una medicina que me aplaste e impida que ocurra.

—Tratar el cuerpo y acallar el alma.

—¿Sabe con qué presteza me pincharía si supiera que eso podría ayudarme?

—Drogamos a la gente en los manicomios y entonces tenemos zombis. ¿El título de la próxima película de David Caspian es *El anochecer del zombi*?

—La película es precisamente lo que me tiene preocupado. ¿Qué impresión daría si me flipara en medio de un centenar de personas, con las cámaras funcionando y el dinero cayendo por el retrete a un ritmo de mil dólares al minuto?

—Me gustaría saber más acerca de la forma en que se abre paso en usted.

—Siento que mi centro se desliza. Dejo de atenerme a las coordenadas de mi personalidad. Las cosas que eran yo parecen un sueño que alguien estaba soñando; del lado de Félix está el verdadero yo.

—¿Y si se resistiera?

—Estaría en el limbo. No sería nadie. Sería una farola. Puro color local.

—Hábleme de los souvenirs nazis que su padre llevaba a casa.

—Me asustaban. Lo único que me gustaba era el casco. Tenía una abolladura del tamaño de una bala. Yo me lo ponía y pensaba en el boche que lo usaba el día que detuvo una bala y seguramente dijo para sus adentros: *Gött im himmel, dot was close*. Y él seguía luchando mientras yo estaba tumbado en la hierba, contemplando el cielo estival.

Una suave brisa jugueteaba en el porche cerrado, donde la tenue luz amarillenta brillaba en las sillas y la mesa de bambú. Carol Caspian estudiaba una carpeta frente al café de última hora de la noche.

—Esto es lo que se llama un tweed del visón, diez mil dólares, fíjate en el movimiento; es uno de nuestros mejores anuncios, de una elegancia suprema —pasó la página hasta llegar a una pareja envuelta en pieles—. Él es el director de marketing

y ella la vicepresidenta; los hice posar y salió un anuncio estupendo —pasó otra página—. Aquí hay otro fabuloso, la nueva Puta del Mes, en chinchilla.

—Tendré que darte martillazos para que duermas.

—Me arreglaré con Valium. Mira esta marta, habla por sí sola; no es como vender hielo en invierno pero... ¿no crees que la dotamos de algo singular?

—Singular no le hace justicia.

—El cliente no lo podía creer. Tomé el mando de todo y se interesaron —se echó hacia atrás en el columpio de bambú, y empujó con su pie descalzo. Se balanceó hacia él, le tocó la rodilla con los dedos del pie—. Tenía preparadas mis declaraciones más impactantes.

—No me cabe la menor duda.

—El anuncio destilaba credibilidad. Vuelve la página y mira el siguiente... sofisticada pareja a la orilla del mar, la mujer lleva un abrigo de cinco mil dólares. Sabemos muy bien lo que tuvo que hacer para conseguirlo, pero la cuestión es: ¿se lo tragó?

Caspian observó el anuncio pero su mente iba a la deriva. Había estado pensando en el dicho reversible. En la forma en que las palabras del dicho se invertían... cada vez que lo decía, cada vez que lo ponía del revés, sentía moverse algo en su interior, como una figura esculpida con dos cabezas, una hacia adelante y la otra hacia atrás. Las cabezas giraban como el dicho, dando vueltas y vueltas. Y él había dado con otro dicho: «Un hombre puede desaparecer y seguir siendo visible».

Y... un hombre puede seguir siendo visible y sin embargo desaparecer.

Carol cruzó sus piernas sobre los muslos de él, y las dejó apoyadas mientras seguía balanceándose suavemente.

—¿Me has escuchado? ¿O me estoy poniendo verborreica y superficial? ¿Qué hora es? En general no empiezo a ponerme así hasta medianoche.

—Apenas son las once y media, pero estás cogiendo carrerilla.

—Iré a echar un vistazo a Alicia —se levantó, con su falda pantalón color melocotón y blusa a juego, que lució ante él por un momento, girando y con las manos en los bolsillos—. No has hecho ningún comentario sobre mi nuevo conjunto.

—No puede costar menos de mil dólares y tiene que ser de Givenchy.

—Veinticinco céntimos en el mercadillo de segunda mano, camino de casa. Thelma, Ropa Limpia y Barata.

—Notable.

—Oye... —Carol lo cogió del codo y lo hizo levantar del asiento—. La maestra dice que Alicia ha estado llorando otra vez.

—¿Te explicó por qué?

—Castigaron a otra chica y Alicia se pasó el día llorando por ella.

Bajaron por el pasillo hasta el dormitorio de Alicia. En el techo habían pintado estrellas y nubes plateadas; la cama estaba rodeada por sus animales de peluche predilectos y la lamparilla despedía un suave destello. Pero por la forma en que

estaba acurrucada, Caspian supo que se había quedado dormida preocupada, como sólo un niño puede estarlo. Carol le acomodó la sábana alrededor de sus hombros y le dio un beso en la mejilla.

Salieron del dormitorio de Alicia y volvieron a la cocina. Carol se sentó delante del mostrador, frente a un frutero; cogió una naranja y la peló, mientras los coyotes comenzaban a aullar. Se volvió hacia la ventana del salón a oscuras.

—Me ponen los nervios de punta.

Caspian miró por la ventana, hacia las montañas iluminadas por la luna. En el primer plano, la luz de la cocina proyectaba sobre el cristal su cálido reflejo.

—Si prestas atención entenderás lo que dicen.

—Hablan como vendedores de enciclopedias.

Caspian siguió contemplando su propio reflejo y Carol dijo, en voz baja:

—Alicia hace trampas.

—¿En los exámenes?

—En los juegos, con los chicos del colegio. Las maestras notan estas cosas — toqueteó la manga de su blusa, la acomodó, alisó la costura de su falda pantalón; Caspian sintió la pregunta muda en sus movimientos.

—¿Y piensa que eso tiene algo que ver con nosotros?

—A su manera rastrera sí, insinuó que el problema de Alicia podría tener que ver con nosotros, que quizás uno de nosotros le hacía trampas al otro. Chorreaba comprensión y simpatía femenina, la muy zorra. A propósito, ¿me estás haciendo trampas? —le dedicó una mirada escrutadora y él respondió con su máscara de actor, serena e impenetrable.

—Sabes que no.

Carol lo estudió atentamente, a la caza de una pequeña grieta en la máscara.

—¿Roma French?

—Cielos, no.

—Sospecho que esta noche me atiborraré de pasteles.

—Te diré lo que creo que está fastidiando a Alicia, aunque sé que no le encontrarás sentido.

—Prueba.

—La casa está encantada.

—David, ya tengo suficientes problemas para dormir.

—No es exactamente la casa. Soy yo. Algo me acecha.

—¿Quién? ¿Qué?

—Un nazi muerto.

—Estás interpretando un papel, ¿no? ¿La tarea que te encargó ese maestro de interpretación que te da clases por trescientos dólares la hora?

—¿Conoces las historias de hechiceros que se apropian de los cuerpos de otros?

—Diles que se apropien de un hámster. David, esto no es digno de ti —le tendió la mano—. Es medianoche, soy una verborreica superficial y los nazis muertos no

compran anuncios. Ahora vayamos al colchón de agua, como decimos en Los Angeles.

Fueron juntos a su dormitorio. Estaba encendida la lámpara de noche, Pierrot y Pierrette en bronce. La cama era de roble macizo, blanqueado. Ella caminó descalza por la espesa alfombra. Todo estaba en su lugar, todo era de buen gusto en su vida perfecta. Se quitó la blusa y la falda pantalón, y permaneció un instante desnuda bajo la luz interior del armario; un par de puertas con espejos reflejaban su perfil, creando infinitud de formas provocativas. Cogió un camisón, se lo puso por la cabeza y dejó caer los pliegues sobre su cuerpo.

—¿Entonces por qué hace trampas Alicia?

—Hay presión en la atmósfera. Está tratando de superarla.

—Me niego a vivir en la Dimensión Desconocida.

—Bien, entonces llámalo distorsión de mi personalidad. Sea como sea, eso es lo que ella está asimilando.

—Hace trampas porque es desdichada. Y es desdichada porque sus padres son unos egomaniacos. Supongo que se trata de eso.

—Yo no creo que tú tengas ninguna responsabilidad en este asunto.

—¿Piensas acostarte vestido?

—Saldré a dar un paseo.

—Saluda a tu fantasma de mi parte, dile que yo estoy aquí tratando de dormir.

Él se arrodilló junto a la cama y le acarició el pelo, apartándoselo de la frente.

—Ponte el cassette de la hipnosis.

—Jamás permitiría que me hipnotizara un hombre con acento de Texas.

—Entonces el subliminal, con las olas rompiendo en la playa.

—En un segundo plano se oyen murmullos de gente en la que no confío —rodó de costado y cogió las píldoras—. Tú también tendrías que coger una. O dos. Dale una al fantasma —tomó el agua—. Dentro de cinco minutos estaré en estado comatoso.

—Buenas noches —dijo él en voz baja, pero Carol ya se había puesto el antifaz y se estaba enterrando entre las sábanas.

Salió por la puerta del dormitorio. El perro apareció en silencio desde las sombras para reunirse con él y Caspian recordó las palabras del amaestrador: ... *si está ocurriendo algo raro, un doberman lo descubrirá.*

El perro lo siguió a través del jardín y salieron juntos por el portal. Los coyotes ya habían desaparecido en las montañas. Enfiló por el sendero, donde se detuvo para bajar la vista hacia la única luz encendida en su casa: el tenue destello de la lamparilla en el dormitorio de Alicia.

Siguió por el camino desierto a través del cañón. La Osa Mayor colgaba sobre su casa, vaciando su oscuro contenido en el mundo de Tierra.

Al andar, Caspian pensaba en sí mismo y en el universo. Pero no se aclaraba. Los hornos nucleares ardían en lo alto. El camino serpenteaba en la oscuridad.

El doberman iba a su lado, con el largo morro negro apuntado al suelo y los ollares excitados por el olor de los coyotes, los ojos centelleando como rubíes. El camino se curvaba, profundizándose en el cañón; sus zapatillas de lona eran silenciosas en el firme, pero las uñas del doberman sonaban peligrosamente. Giró hacia el matorral, seguido por el perro con el hocico pegado al suelo seco y arenoso.

Estaban al pie del cañón, rodeados por las formas oscuras y corvadas de los cerros.

—He venido a buscarte.

Su voz hizo eco en el redondel tenebroso y desierto.

—Venga. Pongamos las cosas en claro.

La sierra recibió su voz, se tragó el eco y recuperó el silencio.

Siguió adelante por el fondo del desfiladero.

*Sachlichkeit*, dijo una voz a través del velo del cañón.

El doberman echó los belfos para atrás en un gruñido.

Un par de misteriosos ojos humanos reflejaban la luz de la luna, más allá. Vio la figura sombreada de la cabeza y el cuerpo, y el miedo estrujó su corazón... pero al minuto la figura quedó totalmente al descubierto bajo la lámpara de la estación, y sólo era el cabo Sagen.

—Sagen, me sobresaltó —dijo Félix—. Sus ojos eran dos espejos de la luna.

—No he estado bebiendo, señor.

—No se moleste en darme explicaciones, Sagen. Andando.

Marcharon junto al andén y descendieron un tramo de peldaños de piedra hasta el depósito de mercancías en una de cuyas vías muertas estaban descargando el contenido de un vagón y trasladándolo a un camión de campaña. Félix permaneció junto a las puertas abiertas del vagón, acelerando el traslado. Si la policía asomaba las narices, harían una serie de preguntas embarazosas a las que tendría que dar respuesta con la cabeza sumergida en un cubo lleno de agua.

—Deprisa, no podemos estar aquí toda la noche.

Los soldados incrementaron sus esfuerzos. El cabo Sagen dobló la factura del ferrocarril y la archivó con otras en el sujetapapeles. Si alguien de la jerarquía quería saber exactamente qué había llegado esa noche por tren, recibiría ese papel, en el que figuraban latas de salchichas y poco más —indudablemente no incluía caviar, caracoles, cigarrillos, cigarros holandeses y chocolate—. Sagen señaló el cargamento del camión.

—¿A la finca del coronel Mueller, señor?

—No, esto va directamente al Armeekorps, a nombre del general Siebecker —Félix hizo sus propias anotaciones en un pequeño cuaderno negro, indicando el contenido exacto del regalo. Señaló las cajas de caracoles—. Ponga una de éstas en mi coche.

Sagen permaneció en posición de firme mientras Félix observaba cómo descargaban los últimos artículos.

—¿Eso es todo, señor?

—Esta noche saldrá un vuelo con el cajón especial que salió anoche.

—Las pinturas, sí, señor.

—¿Cómo sabe que contiene pinturas, cabo?

—No lo sé, señor. Fue un comentario ocioso y no se repetirá.

—Se lleva la cuenta de todo, pero no debe llevarla usted, sólo pueden hacerlo Dios y el coronel Mueller. ¿Está claro?

—Perfectamente claro —el cabo Sagen adoptó una inmovilidad estatuaría, con la correspondiente mirada en blanco. Había estado en el frente y nunca, mientras le quedara un hálito de vida en el cuerpo, quería repetir la experiencia.

—Si alguien lo interroga, quien sea, usted no sabe nada, y la cuestión debe serme derivada directamente. ¿Está claro?

—Sí, *señor* —nada podía estar más claro para el cabo Sagen. Si alguien tenía que saltar por lo que hubiera en los misteriosos cajones que pasaban por sus manos, que saltara Falkenhayn. Sagen tenía una caja de caracoles oculta en su propio jeep, además de quinientos cigarrillos, y eso era suficiente por esta noche.

Félix cruzó el depósito de mercancías, y llegó hasta donde un soldado estaba cerrando la puerta trasera del Mercedes. Una delgada bruma flotaba alrededor de las lámparas de la estación, pero no entró ningún pasajero. Se deslizó detrás del volante. Encendió las luces sordas del salpicadero y el coche ronroneó; la tapicería de piel susurró contra sus hombros cuando giró; otro viraje lo llevó a través del solar de la estación y hacia la calle. Lo único para lo que no había mercado negro eran las armas. La gente estaba hasta el moño de ellas. Una camisa de seda valía más que un mortero de seis cañones. Había gran demanda de vehículos aptos para fugarse, incluso motocicletas, y la gasolina para propulsarlos cuando el país se derrumbara. Él había sacado jugosos beneficios vendiendo esos artículos a oficiales de alta graduación dispuestos a huir; en respuesta, la Gestapo había intensificado sus investigaciones y ceñido su red alrededor del mercado negro.

Condujo por la carretera sin alumbrado; el juego de sus faros barría ventanas destartadas y armazones de puertas en casas arrasadas por los Lancaster británicos. Sus ojos registraban automáticamente el firmamento mientras conducía, buscando esas sombras que se movían en lo alto y acarreaban el primer decanato de fuego en sus panzas, agresivas y novedosas. Cogió un camino de salida, pasando junto a blancos poco tentadores, a través de las abandonadas calles de los judíos. Miró por el retrovisor y sólo vio el camino desierto en los oscuros cortinados de una noche nublada.

El otro, ese espectro débilmente sentido de la lejana tierra tropical... sí, lo percibí fuertemente en el andén, el aroma a flores y a fruta colorada.

El espectro le crispaba los nervios con su brisa cálida y encantadora salida de la nada. ¿Había visto una ratonera en la estructura del mundo, un túnel perforado a través de la materia de la existencia? ¿O sea la tensión de la partida de ajedrez que

jugaba con la Gestapo? Él y Mueller estaban tan metidos en todos los rincones de los que se podía sacar dinero, que una escapatoria a través de las estrellas parecía el único movimiento posible y definitivo.

Se internó en el sector no bombardeado y bajó por el Ku'damm, donde ahora María ocupaba una casa urbana. Sus documentos la identificaban como una persona empleada en el servicio de informaciones, en el que unas cuantas «condesas» trabajaban para el Reich.

Aparcó y un sirviente le abrió la puerta. Pasó y subió la escalera hasta la sala de estar. Allí predominaba una atmósfera antigua, con decorados salidos de la colección personal del coronel Mueller... un caballo romano de mármol en el recibidor, una naturaleza muerta del siglo XVII en la pared, iluminada por centauros que portaban lámparas tenuemente sombreadas. María, con una bata de raso negro, yacía estirada en su largo diván.

—Querido Félix —lo miró sin interés, pero dejó de lado la revista. Él se sentó frente a ella y sacó un cigarrillo de la pitillera, en la que ella había hecho grabar las palabras QUERIDO FÉLIX con la misma indiferencia.

Descruzó las piernas y lo observó por encima de la superficie de su mesa de ónix. Ésta y la silla Luis XVI en que Félix estaba sentado habían formado parte de una fortuna danesa que quebró inesperadamente y cuya propiedad fue graciosamente aceptada por el ejército, a cambio de un puñado de billetes de tren.

—Tu nueva vida parece satisfactoria —dijo Félix mientras encendía el cigarrillo.

—Una vez, cuando era corista, cabalgué en una luna de papel —dijo María—. Sé cuánto duran las ilusiones —balanceó la pierna bajo la bata y una zapatilla dorada asomó por debajo.

—¿Cómo está tu agregado italiano?

—Hemos terminado con él. Ahora estoy con un barón polaco, ayudándolo a instalar su fábrica en la ladera de una montaña. Quiere que esté a salvo mientras dure la guerra.

—Un tipo prudente.

—Ha hecho de Mueller el principal accionista —llamó a la criada y le pidió champagne— ¿Y tú en qué has andado, querido?

—Distribuyendo caracoles y caviar —cogió la botella de champagne de manos de la criada, hizo saltar el corcho y sirvió dos copas—. Veo que tus posesiones son muchas y muy bellas.

—Confío en los bienes materiales.

—Lo mismo que el danés que era propietario de ese diván.

—¿Has venido para hablarme de moral?

—Nuestro viejo teatro ha sido bombardeado.

—Qué lástima —dijo María.

Félix arrimó la punta de la bota a la mesa de ónix, cuya superficie reflejaba las velas que colgaban de una araña de luces flamenca. Los objetos saqueados parecían

hallarse muy cómodos. Su naturaleza, pensó, es más fría que la de sus dueños. Pero el esplendor de una casa bien puesta no se ve comprometido por la procedencia de sus adornos.

—Te he traído dinero —dejó un sobre encima de la mesa.

—¿De Mueller?

—De un admirador secreto.

María examinó el sobre.

—Este es tu papel de cartas.

—Para tu vestuario. De tu vendedor de ropa interior.

María deslizó el sobre entre los cojines del sofá y se volvió hacia él, con la expresión ablandada.

—Siempre tiras el dinero.

Félix dejó el cigarrillo en el cenicero, desde donde comenzó a elevarse una delgada voluta de humo.

—¿Recuerdas... que una vez pensé en comprar para nosotros un pequeño chalet? ¿En el norte? Estábamos en un lago, Steinhuder Meer.

—Apenas recuerdo a aquellas dos personas —balanceó las piernas y las dejó colgando del diván.

Félix recuperó el cigarrillo y observó cómo se rizaba el humo en torno a la yema de sus dedos.

—Navegamos por el lago, llevados por el encanto del viento. Pero tienes razón, María, no somos lo que éramos.

Ella se levantó y se cerró la bata a la altura de los tobillos.

—¿Conoces a un tal Emil Weiss?

—Es un pez gordo de la Gestapo.

—¿Qué has hecho para ofenderlo?

—¿Yo? Nada. Mueller y él no se llevan bien —Félix inhaló, nervioso—. ¿Por qué mencionas a Emil Weiss?

—Ha ascendido en el mundo de la policía estatal.

—¿Habló contigo?

—Muy delicadamente, aunque con un punzón rompehielo en cada una de sus palabras. Insinuó que la gente que recibe órdenes de Mueller está bajo sospecha. Con los modales más encantadores, me citó varios artículos del código penal.

Félix bajó la mirada hacia la brillante mesa de ónix. Ahora la fría superficie poseía la cualidad sepulcral de una lápida pulida, y la misma piedra fría parecía alojada en su corazón. María se acercó a la chimenea, encima de la que colgaba un espejo con marco dorado. Le habló al reflejo de Félix.

—¿Has preparado nuestra fuga?

Él se levantó y se alisó el cuello de la camisa.

—¿Nunca pensaste que podías pasar a través de un espejo? ¿Como la legendaria Alicia del cuento?



María fijó la vista en el espejo y habló en voz baja.

—Lo he atravesado durante años.

Félix se aproximó, la tocó suavemente pasando la palma de la mano por su delicada cabellera.

—Emil Weiss puede despertar cualquier mañana de éstas, para su gran sorpresa, con una bala en la nuca.

—La guerra está perdida —dijo María—. Deberíamos irnos ahora.

—Se puede hacer un dineral antes de que llegue el fin. Presta toda tu atención al barón polaco y su fábrica en la ladera —le besó ligeramente la mejilla—. No te pongas nerviosa. Te sacaré a tiempo.

—Tendré que confiar en ti —la mirada de María expresaba sus dudas.

—Un pequeño soborno en la frontera. Lo he hecho por gente a la que no conocía. ¿Cómo no lo iba a hacer por alguien a quien una vez amé?

—Félix nunca amó a nadie salvo a Félix.

—En eso te equivocas, querida reina. Te amé un domingo. Tú llevabas un sombrero de fieltro blanco. Yo me había puesto un traje viejo, bien planchado.

Apoyó los labios en los de ella y María cerró los ojos; su cuerpo se suavizó en contacto con el de él; el beso duró largo rato, mientras el reloj danés marcaba su tic-tac en la repisa de la chimenea. Félix se apartó de ella y apareció la criada para acompañarlo a la puerta. Bajó la escalera, deslizando la mano enguantada por la barandilla. Al pie había un globo dorado sustentado por un fauno. Llegó a la puerta, a la calle, a su Mercedes.

Puso en marcha el motor y condujo con gran cuidado a través de la calzada, donde las sombras llegaban a la altura del eje. Golpeteó el salpicadero. Buen cuero, guantes blancos, sobreviviré a esta noche.

Los edificios pasaban, las farolas inclinaban sus sombras sobre el capó. Desde arriba de los tejados comenzó a ulular una sirena. Aparcó en el Ku'damm, delante de una hilera de restaurantes con hospedaje. El cielo vibraba por los bombarderos, la advertencia llegaba demasiado tarde, como de costumbre. Estaba en el epicentro, las bombas ya explotaban con un destello que iluminaba las nubes.

Buenas botas, magnífico uniforme, sobreviviré a esta noche.

Se zambulló en un sótano. Al rugido de los Lancaster respondió la artillería antiaérea y los grandes reflectores danzaron contra las nubes. El suelo temblaba bajo sus pies, asaltó su mente una canción de soldados:

*«Llega silbando una bala.*

*¿Para ti o para mí?».*

Se acurrucó. El cielo era fragoroso y un estruendo recorría la calle. Un coche acorazado, de reconocimiento, giró en la esquina; sus ojos rasgados y oscuros registraban todo con cara de jefazo militar; el cañón de dos centímetros olisqueó poco

a poco hasta apuntarle directamente.

Salió flotando de sí mismo como un pájaro de papel en una cuerda.

Onduló en el aire, vio espirales de bruma que ascendían sobre la ciudad. Esos son los muertos, musitaba el coche de reconocimiento congelado, con su mecanismo todavía retumbando.

Pasaron a toda velocidad fantasmas con metralletas, en una pugna de ilusiones. Vio, entre las espirales de los muertos, un espíritu conocido que subía vertiginosamente hacia él. Se fusionaron y modificó su dirección.

Caspian oyó el chasquido en el cuello, tan agudo que creyó que se le había roto. Levantó lentamente la cabeza y se dio cuenta de que estaba arrodillado delante de la ventana de su hija.

## Capítulo 9

El director de la institución estaba sentado frente a él; el despacho era alegre, las paredes de color melocotón brillante, las ventanas daban a los vastos jardines.

—Lamento decirle que su tía ha empeorado —el médico hablaba en voz baja, con el tono de quien le habla a un animalito caprichoso para tranquilizarlo. Caspian había notado que hablaba de la misma manera a todos: pacientes, ordenanzas, enfermeras, enfermeros, como si para él todo el mundo estuviese algo chiflado—. Fue del todo inesperado. Pensé que con la medicina que le estamos dando permanecería estacionaria. Lo siento mucho, pero no verá a la misma persona que vio en su última visita —llamó a un enfermero, que acompañó a Caspian a la habitación de su tía.

La encontró sentada junto a la ventana, con la vista fija a través de los barrotes. Tenía el cuerpo repantigado, pero la cabeza alta.

—Tiene visita —dijo el enfermero.

La mujer giró la cabeza; su cuello frágil y viejo sobresalía entre sus pequeños hombros redondeados. Su rostro había sufrido más estragos de los que Caspian imaginaba... La piel de las mejillas era de color amarillo oscuro, como si padeciera ictericia.

—Hola, tía Ruth —cogió la mano envejecida y arrugada en la suya—. Soy David, tía Ruth.

—Sé quién eres.

—¿Puedo hacer algo por ti?

Ella empezó a toser, en un esfuerzo seco por sacar algo de sus pulmones. David le puso la mano en la espalda, palpó sus vértebras. Cesó la tos, la mujer volvió a levantar la cabeza, con expresión fatigada.

—Me persiguen...

—¿Quién te persigue, tía Ruth?

—Les pedí dinero prestado y ahora me persiguen.

—Ya he pagado todas las cuentas. No le debes nada a nadie.

La pequeña mano huesuda se cerró sobre la de él.

—Deudas y mentiras, me han descubierto. Vendrán a buscarme. Torturan a todo el que cogen.

—Nadie te hará daño —le acarició el dorso de la mano—. Estás aquí, en tu habitación soleada, y nadie puede entrar para hacerte daño.

—Ya están dentro. No puedes mantenerlos fuera. Sus agentes son muy listos. He hecho cosas terribles. Deudas y mentiras. Conectaron mi cerebro mientras dormía.

—¿Quién, tía Ruth, quién hizo eso?

—Tú lo sabes muy bien.

—¿Quién?

—Los nazis.

David miró al enfermero, que le habló al oído.

—Ayer era el KGB. Antes, el FBI. Mañana será otra organización.

Caspian se sentó junto a su tía y permaneció allí toda la tarde, mirando a través de los barrotes de su celda, mientras ella le hablaba de Hitler, de los cables conectados a su cerebro, de deudas y mentiras, de la Bestia de Buchenwald.

Los rayos del sol caían sobre los paneles del monasterio, donde los sabios orientales permanecían en su congelado mundo montaraz. Gaillard y Caspian estaban frente a frente, en una atmósfera casi tan inmóvil como la de los paneles pintados. El psiquiatra escuchaba con los ojos cerrados, Caspian hablaba de los pormenores de la enfermedad mental de su tía.

Gaillard abrió los ojos.

—Cada familia tiene su propia patología y su propia estupidez. Usted no debe pensar que arrastra algún tipo de tara hereditaria —apoyó los pies en un viejo cojín deformado—. La última vez que estuvo allá... ¿Félix sentía que la Gestapo se cerraba sobre él?

—Sí.

—Nosotros somos la Gestapo de Félix. El siente que vamos cerrando el cerco.

—¿Y cuando lo cojamos?

—Es muy pronto para saberlo —Gaillard se pasó la mano por el pelo lentamente. Detrás, en el antepecho de la ventana, un pájaro púrpura picoteaba en su comedero, anulando la quietud con el ferviente tableteo de su pico afilado. Gaillard lo miró pero no dio la impresión de abarcarlo con la mirada. Estaba pensando y luego se volvió hacia Caspian.

—Usted se pone a Félix como quien se pone un vestido de teatro.

—¿Con total exclusión de mi propia personalidad?

—Admito que eso es algo extremado.

—Gracias.

—Pero no insólito. La gente sana pierde el juicio todos los días. Una mujer que corta patatas, imprevistamente arroja el cuchillo contra la pared, donde la hoja se estremece amenazadora. La mujer contiene el aliento, dando gracias a Dios por no habérselo clavado a su marido, que está sentado delante del televisor aplaudiendo a los Rams. En su caso, el extraño interludio dura más, pero usted está acostumbrado a eso, ha actuado en las tablas, ha interpretado papeles que duraban toda la noche, y todo el año. Está entrenado, por así decirlo, en cierta forma de pérdida de la personalidad.

—Yo no soy de la escuela de Stanislavsky. Permanezco fuera del personaje que interpreto. Nunca me pierdo a mí mismo en un papel, nunca. Siempre estoy presente, viéndome actuar. Brecht lo llamaba *Verfremdung*, enajenación. El personaje que represento es un extraño, alguien a quien no conozco plenamente, por mucho que me meta en él, y él también se convierte en eso para el público... una criatura inesperada,

llena de dudas, sombras, cosas no explicadas —Caspian se interrumpió bruscamente—. Ése es uno de mis puntos sensibles. La mayoría de mis colegas están tan adentrados en el naturalismo que la mitad del tiempo no se entiende lo que dicen.

—Hábleme de sus estudios en Alemania.

—Son la base de todo lo que he hecho desde entonces.

Cuando los Beatles volvieron de Hamburgo, sabían escribir canciones. Ese mismo año yo volví de Berlín y sabía actuar.

Gaillard se pasó varias veces la mano por la frente, rastreando las arrugas.

—Podemos suponer que ha absorbido algo del espíritu alemán.

—Solía arreglármelas muy bien en Berlín.

—¿Algunas amistades nazis?

—Un dramaturgo cuyo padre había sido jefe de las Juventudes Hitlerianas en una pequeña aldea del norte. El viejo todavía era nazi y el hijo le montaba unas broncas terribles por eso. Pero nunca vi el retorno del Tercer Reich, si a eso se refiere.

—Un movimiento mundial no desaparece tan fácilmente.

—La gente que conocí en el teatro era muy decente.

—Un movimiento mundial está —continuó Gaillard—, de hecho, en todos nosotros. Todo lo que asoma a la superficie de la psiquis humana es de propiedad común.

—¿Usted quiere decir que en mí hay un fascista?

—Yo estoy diciendo que usted tuvo que asumir el poder, escapar de Pittsburgh, abandonar el asiento de las fábricas satánicas. Sus sueños y fantasías revelan que todavía está furioso por todo eso. Y Félix forma parte de esa rabia.

—Pero he ganado todas esas batallas. Si sirve de algo, soy un astro.

—No, es un ogro perturbado. Necesita afirmarse constantemente, algo que nadie logra porque la otra gente también tiene que vivir su vida. No pueden pasarse *todo* el tiempo adorándolo. Por ende, el deseo de poder está insatisfecho y sigue manifestándose.

—Todas las estrellas necesitan de la adoración. Como dice mi mujer, estamos en una profesión en la que somos el producto.

—Lo que produce una distorsión grave. Veo mucho de eso por aquí, de modo que no me parece tan extraña la entrada en funciones de Félix.

—¿Recuerda a los hermanos Collyer? —preguntó Caspian—. ¿Los dos viejos millonarios a los que encontraron en una habitación llena de periódicos? Sé exactamente cómo se sentían. Me da miedo salir de casa.

—Sí, pero usted ya está metido en el pantano. Tiene que seguir adelante. Cuando lo domina el pánico e intenta volver, debilita su posición y se fortalece la de Félix — Gaillard fijó otra vez su mirada ciega a través de la ventana, donde ahora picoteaban dos pájaros, aleteando. Clavó la vista más allá de ellos, hacia el valle—. El ego puede escindir-se en la primera infancia, cuando se está conformando. Es posible que se forme una sombra gigantesca. Y eso es lo que lo acosa, esa escisión en su interior. No

digo que usted la provocara, pero sólo usted puede repararla.

—¿Qué es, en primer lugar, lo que produjo esta división?

—Yo diría que él es el gemelo de su ego. Pero no tan fuerte. El débil es él y por eso se muestra implacable. Usted se mezcló con el mundo exterior y él se puso del lado de la oscuridad.

—¿Pero cómo hizo para adquirir tanta identidad? ¿Un mundo tan total? Allí hay de todo... coches, mujeres, ejército, ciudades, una realidad completa.

—No tan completa.

—¿Qué falta?

—Usted. Félix lo necesita para vivir realmente. De lo contrario, es el eterno exiliado. Usted domina en el complejo del ego. Lo que él quiere es seducirlo y ponerlo de su lado, integrar su ego en aquella realidad de ensueño. Proporcionarse alguna autenticidad. Félix puede parecerle un ser poderoso, pero sólo es una *Würstchen*, una salchichita. Usted es más fuerte.

—¿Cómo puede decir eso cuando me lo paso dando vueltas con mi mente a la intemperie?

—Veo cosas peores. Usted no imagina lo que es tener a un verdadero esquizofrénico entre las manos, una persona de una vitalidad tan baja que no hay forma de hacerla funcionar. Nada los integrará en el mundo, porque no tienen reservas de fortaleza en el ego. Son casos desesperados, pero los atiendo porque es todo lo que puedo hacer por ellos. Tengo una mujer, un auténtico genio, cuyas visiones son increíbles. Pero no puede hacer nada con ellas, ni por sí misma ni por nadie.

Usted, por su parte, es vital, activo, trabaja. No se preocupe tanto por ser vulnerable. Precisamente cuando lo es, su alma gana en profundidad.

—¿Llama profundidad a esto? ¿Cuando sufro la pérdida de la realidad?

—Bien, usted padece una pérdida a gran escala y eso es horrible. Pero todo progreso, hasta el más insignificante, sólo se logra si el ego sufre una pérdida — Gaillard hizo una pausa y por un momento se enfrascó en sus pensamientos—. Estoy haciendo todo lo que puedo por usted, que consiste en analizar los detalles de su fantasía con el propósito de arrojar alguna luz. Ha tropezado con el núcleo de un problema descomunal, no lo niego. Los arquetipos dominan el mundo.

—Asombroso.

—¿Qué?

—Usted sigue considerando mi situación como un problema psicológico.

—No puedo verlo de otro modo. Me paso el día escuchando las visiones de la gente. Si las interpretara como algo concreto, yo mismo terminaría internado. Y a usted no le serviría de nada que yo dijera que sí, que está siendo encarnado por un nazi. Lo mío es reforzar lo real, no conferir ectoplasma a lo que no lo es — Gaillard juntó una vez más las yemas de los dedos—. Noto que empieza a ver el panorama.

—¿Sí?

—La psicología es como la sintonía de una radio. Estamos en condiciones de sintonizar todo el universo. Usted es uno de los que lo han descubierto. Es un conocimiento maltrecho, pero puede integrarse.

Se sentó bajo el árbol, en los jardines de la MGM, a leer *Variety*. Había pasado la mañana haciendo pruebas de vestuario para *Vagabundo del espacio* y aún le faltaban varias horas.

En el césped, a su lado, estaban los restos de un sandwich del estudio. Por costumbre de toda la vida pasó hasta la última página con el pulgar y luego dejó a un lado la publicación en beneficio de otro viejo hábito: ver pasar a la gente. Los que atravesaban las puertas de una empresa cinematográfica siempre constituían una interesante materia de estudio; podía llegar un hombre conduciendo un automóvil larguísimo y equipado con teléfono, pero cuando se apeaba su andar revelaba lo poco seguro que estaba de sí mismo.

En ese momento pasó por allí un carpintero del estudio, con el martillo colgado flojamente de una presilla metálica de su cinturón, y con cada paso que daba indicaba que era incapaz de matar a una mosca. Era el protagonista de su propia película mental, *Martillos resplandecientes*.

Cuando llegó por primera vez a L. A., el propio Caspian había construido casas. Conocía el *esprit* de los carpinteros y los raros ensueños en que caían a medida que pasaban las horas. Bastaba con seguir la línea de tiza y el nivel para que un rato después ningún problema de la construcción pareciera difícil.

Había entrado un Ferrari rojo y vio que Roma French lo aparcaba y se bajaba. Su andar cuando no estaba delante de las cámaras era cauteloso, observó Caspian; el paso era medido, mantenía los brazos cerca del cuerpo, sin moverlos mucho en ningún sentido. Tejanos holgados, una camisa suelta de la misma tela, calzado deportivo. El cabello perfecto en todos sus detalles, aunque había algo descorazonador en el peinado.

—Roma...

Ella giró la cabeza; Caspian se incorporó y le hizo señas de que se acercara. Roma avanzó algo tímidamente, pensó él. ¿Dificultades contractuales? ¿Problemas con el novio?

—Tengo la sensación de que necesitas sentarte a escuchar los trinos de los pájaros.

Colocó el ejemplar de *Variety* en la hierba para que se sentara. Ella lo hizo con las rodillas levantadas envueltas entre los brazos. Con la vista al frente, Roma dijo:

—Vengo de mi clase de interpretación —inclinó la cabeza hacia él y el largo pelo castaño cayó bajo su hombro—. Estuve fatal. Y todos los demás lo hicieron de maravilla.

—¿Conozco a alguno?

Ella giró la cabeza y volvió a fijar la vista adelante.

—En clase son brillantes, pero cuando los ves en la pantalla te preguntas qué rayos están haciendo.

Caspian asintió.

—Los genios de las clases de interpretación.

—Es desmoralizador.

Guardaron silencio y, tal como Caspian había prometido, los pájaros gorjeaban en la copa del árbol y en el tejado inclinado del estudio. Roma se estiró sobre la hierba.

—Tardo un rato en quitármelo de encima. Cuando critican mis escenas, me despellejan. Pero en última instancia, no saben realmente lo que significa actuar.

Caspian se echó hacia atrás, apoyado en un codo.

—Conozco a un actor inglés. Sólo sabe interpretar a reyes. Como es tan... —arqueó la cabeza hasta una posición de regio desdén.

—Yo no daría un paso para ver a ninguno de ellos, pero como estamos en la misma clase... —abrió el bolso y sacó un pequeño espejo de mano—. Tal vez debería abandonar esa estupidez.

—Yo no lo haría. Sólo es mi opinión, pero creo que uno siempre aprende algo.

—Me sentiré inferior el resto del día, hasta que vuelva a casa con mis gatos.

Caspian la observó mientras se miraba el maquillaje en el espejo, una pequeña antigüedad de plata con las huellas esmaltadas y descascarilladas de una escena pastoril pintada en la parte de atrás. Después de unos pocos toques de rímel devolvió el espejo al bolso y le sonrió.

—Todavía sigo allí.

—Sin duda.

—Siempre he sido desmañada. Debo de tener una pierna más corta que la otra. Soy capaz de caerme en el salón de mi propia casa.

—¿Te caíste en clase?

—Usamos como accesorios grandes bloques de madera. Me caí de uno. Y a todos les encantó —Roma señaló con la cabeza el otro extremo del jardín, donde otra joven acababa de aparcar su coche—. Ahí tienes a alguien que coordina perfectamente. ¿La conoces? Es una especialista, April O'Keefe. —Roma la saludó con la mano y April agitó el brazo a modo de respuesta—. Siempre siento que yo misma debería hacer las escenas especiales, pero en el último momento me acobardo y dejo que las haga April.

—¿Y eso qué tiene de malo?

Roma siguió con la mirada a April, que ahora marchaba hacia las sombras de la entrada.

—No me preocupa ganar una fortuna en comparación con ella. Quiero decir que para el estudio yo valgo mucho más en dólares. Pero cuando April cae treinta metros desde una ventana con mi ropa, sé que mi *vida* no vale más que la de ella —Roma se incorporó y le pasó *Variety*—. Debo darme prisa.



La vio caminar hacia el estudio y después también él se encaminó al edificio donde hacían las pruebas de vestuario. Las calles del estudio ardían, el asfalto era blando bajo sus pies.

Pasó una camioneta de mudanzas, disminuyó la velocidad y giró en la esquina delante de él; un rollo de cable eléctrico asomó por la parte trasera. La camioneta viró bruscamente y una rueda subió al bordillo; los cables se movieron y un rollo cayó.

—Eh... —gritó Caspian al conductor.

El hombre miró por el retrovisor y frenó.

—Hoy me sale todo mal —dijo mientras se apeaba.

Caspian se agachó para ayudarlo con los cables y un crujido sonó en la base de su cráneo; el día brillante se volvió sombrío. Cuando se enderezó era de noche.

Félix levantó la caja de tintas y rodillos y se la pasó al Comadreja, que estaba en la parte trasera de la camioneta de mudanzas robada.

—Oí un ruido —dijo Félix—, algo como un disparo de fusil.

—No es improbable —dijo el Comadreja.

—Pero en el interior de mi cráneo —Félix se palpó la nuca, se encogió de hombros, volvió a entrar en el edificio y bajó los peldaños que llevaban al sótano. Gondolph los estaba subiendo, con una pequeña multicopista entre los brazos.

—En nombre de Dios —dijo—, date prisa.

—Sospecho que me disloqué el cuello —dijo Félix.

Gondolph miró por encima de las gafas que colgaban de la punta de su nariz y siguió adelante, impaciente. Félix entró en las habitaciones del falsificador, en el sótano del edificio, donde esperaban montones de cajas con papeles y tintas... papeles cuyas marcas de agua se habían logrado después de grandes trabajos, papeles de mucho valor para Gondolph, y mucho más aún para la Gestapo. Pero un amigo del Comadreja en Prinz Albrechtstrasse les había pasado el dato de que se produciría un arresto.

El menudo falsificador apareció otra vez en el vano de la puerta, sin aliento, con el Comadreja a su lado. Éste miró las cajas.

—¿Cuál?

—Aquélla. Esos pigmentos jamás podrán reproducirse.

—A tus órdenes... —El Comadreja levantó la caja; Félix cogió otra y subió la escalera con él; Gondolph iba a la retaguardia acarreando productos químicos, piedra triturada de un tipo determinado, antiguos molinillos de una mezcla determinada...

—Y pensar en lo mucho que le pagué a ese jefe de bloque —dijo Gondolph, jadeante.

—Alguien le pagó más —replicó el Comadreja.

—Y le falsifiqué los sellos de racionamiento más hermosos que vio en su vida. Conseguí sacar al burro de su sobrino del ejército —salieron a la calle oscura y se encaminaron a la camioneta robada—. ¡Cuidado con esa caja! Si se rompen esos frascos, no habrá más sellos de racionamiento para nadie.

—Fijaos en nuestro anuncio —dijo el Comadreja—. «Embalaje y Manejo Seguro en Camionetas Higiénicas».

—Con la Gestapo en camino, santo cielo, me tiemblan las manos. Mirad... —Gondolph levantó la mano derecha—. No podría falsificar ni mi propia firma.

—¿Por qué no nos largamos y abandonamos lo que queda? —preguntó Félix.

—Porque mi negocio se iría a la ruina —Gondolph volvió hacia el edificio y Félix lo siguió, no exactamente rezagado. Iba de uniforme y estaba ayudando a un enemigo del Estado.

—¿No tienes un piano? —preguntó el Comadreja, que bajaba la escalera detrás—. Estamos especializados en mudanzas de instrumentos musicales.

Gondolph irrumpió en su sótano, comenzó a llenar sus bolsillos de pinceles y plumas, recogió una serie de sellos falsos, gubernamentales y militares.

—Hijos de puta, perseguir a un artesano... coge esos formularios médicos y los certificados de hospital —pasó como una tromba al lado de Félix, resollando, exasperado—. Algún pobre diablo puede necesitar pruebas de que sufre de almorranas.

—Tu nuevo hogar será más seguro —afirmó el Comadreja, cargando otra caja al hombro.

—¿Dónde estaré?

—En el centro. Bülowbogen.

—Donde terminan todas las putas —refunfuñó Gondolph—. Allí una trotacalles sólo saca diez marcos.

—Piensa en lo mucho que ahorrarás —dijo el Comadreja, subiendo tras él.

—Me crié en esta calle —se lamentó Gondolph.

—Lo mismo que el jefe de bloque Karpus —terció Félix que iba detrás.

—El muy cabrón —protestó Gondolph mientras salían por la puerta de arriba—. Ha mandado a medio barrio a campos de concentración.

—¿Eso ha hecho? —preguntó el Comadreja en voz baja, al tiempo que apoyaba su caja en la parte de atrás de la camioneta.

—De los cuatrocientos ochenta mil jefes de bloque de Berlín... —Gondolph dejó su caja detrás de la del Comadreja—. Karpus es el baboso más rastrero...

—Me estoy poniendo nervioso —dijo Félix—. Tengo la sensación de que algo se nos echa encima.

El Comadreja sonrió a Gondolph.

—Félix se ha vuelto clarividente. Oye voces.

—No puedo dejar mis fundiciones de tipos —dijo Gondolph—. Me he roto el lomo durante años para reproducir imperfecciones idénticas a las de los impresores del gobierno —volvieron al pasillo. Una anciana había abierto la puerta de su apartamento y estaba asomada.

—Día de mudanza —dijo el Comadreja, quitándose su pequeño sombrero de hongo negro. La mujer los miró con suspicacia, pero al ver el uniforme de Félix se

escabulló rápidamente en el interior.

—La abuela Karpus —explicó Gondolph—. Espía para él. Los únicos que quedan en este edificio son miembros del partido.

—¿Y que creían que eras tú? —preguntó Félix mientras entraban otra vez en las habitaciones del sótano.

—Explorador —Gondolph se acercó de prisa a sus cajas con fundiciones y se las entregó a Félix—. Yo me ocuparé del resto. Comadreja, coge los grabados. Allí están. Billetes de cinco libras esterlinas —Gondolph paseó la mirada a su alrededor—. ¿Qué más, qué más?

—Supongo que dejarás el empapelado de la pared —dijo Félix, hecho un manojito de nervios—. ¿O quieres que lo despeguemos?

—Te sorprendería ver lo que hay oculto detrás —dijo Gondolph—. Pero ahora se lo dejaremos a las termitas —fue de un lado a otro arrastrando los pies, asomándose a otras cajas, hasta que por último meneó la cabeza—. Digamos *adieu*. Me está subiendo la tensión.

—Un momento —dijo el Comadreja—. ¿Qué es esto?

—Un estupendo aguardiente.

—Ya me parecía —el Comadreja abrió la botella y cogió tres vasos de un estante—. Debemos brindar por una Mudanza Segura y Fiable —llenó los tres vasos—. A tu salud, Gondolph. Nadie debe despedirse de un viejo hogar sin hacer un brindis.

—¿Un brindis? Alguien brindará por nosotros el día que nos corten el pescuezo —Gondolph aceptó el vaso, lo levantó y bebió de un trago. El Comadreja entrechocó su vaso con el de Félix—. La prisa es mala consejera.

Félix bebió y dejó su vaso.

—Tal vez deberíamos esperar a los muchachos de Prinz Albrechtstrasse y ofrecerles un trago.

—Por el amor de Dios —gimoteó Gondolph—, vamos.

—¿Tienes todo lo que aprecias? —preguntó el Comadreja—. No habrá retorno.

—Tengo lo esencial de mi oficio. Las sábanas puedo reemplazarlas.

El Comadreja levantó la punta de una sábana gris y arrugada, y la sostuvo a distancia con su mano enguantada.

—Una sábana como ésta es imposible de reemplazar.

—Yo me largo con o sin vosotros —afirmó Gondolph y encabezó la marcha hasta la puerta, pero se volvió para echar una última mirada—. La encontraré a faltar, sin embargo.

—Y este sitio te echará de menos a ti —dijo el Comadreja.

Gondolph puso un pie en la escalera, levantó la cabeza y se quedó paralizado. Retrocedió lentamente el pie, se quitó las gafas de la punta de la nariz y miró al Comadreja.

—Policía militar —dijo con la voz estrangulada.

Dos formas borrosas descendieron desde lo alto, hasta la luz que brillaba en

medio de la escalera. Brillaban sus metralletas, las cananas crujían sobre sus caderas a medida que bajaban los peldaños.

—*Los conozco —susurró Gondolph—. Quemaron a un hombre en esta manzana. Prendieron fuego a su taled.*

Los dos policías eran robustos, de miembros pesados, y los escalones crujían bajo su peso. Salieron del último peldaño sin prisa, como el gato que ha atraído al ratón fuera de su escondrijo. El primero apoyó el cañón de la metralleta bajo el mentón de Gondolph.

—¿Vas a algún lado?

—Sí, señor. Estoy ayudando a mi hermana a mudarse.

—¿Dónde está ella?

—Adentro, señor.

—¿Qué hace aquí un oficial del Wehrmacht? —empujó a Gondolph a un costado y se acercó a Félix.

—Amigo de la familia —Félix bajó la mano lentamente hacia su pistola.

El policía se dirigió a su compañero.

—Sospecho que hemos interrumpido algo muy interesante.

—Una bonita reunión —el segundo metió un dedo bajo la solapa de Félix y la levantó ligeramente—. El tipo de reunión que convierte a un oficial del ejército en picapedrero. ¿Te gustaría ayudar a construir la nueva Autobahn?

—Si tienes suerte —aclaró el otro—. Si no... —pasó el canto de la mano cerca del cuello de Félix.

—Caballeros, por favor —dijo el Comadreja, interponiéndose entre ellos—, puedo explicarlo todo.

—Tú calla, pequeñajo —el policía empujó al Comadreja contra la pared—. Veamos tu carnet de identidad.

—Por supuesto —respondió el Comadreja tranquilamente. Se llevó una mano enguantada al abrigo y lo abrió lentamente. Levantó la otra mano para demostrar que no pensaba hacer nada raro. Luego la metió otra vez y la sacó con una arremetida relámpago, subiéndola por el vientre del policía. Se hizo a un lado y giró a la derecha, clavó la punta de la navaja en el cogote del otro. Los dos gigantes cayeron muertos a sus pies, sin tiempo para soltar los seguros de sus armas—. Aficionados —dijo con sereno desprecio, mientras se apartaba del charco de sangre que se estaba formando en el suelo del pasillo.

—Jesucristo Todopoderoso —dijo Gondolph.

El Comadreja limpió la hoja de la navaja en los pantalones de uno de los difuntos y se la metió en la chaqueta.

—¿Dónde está el apartamento del jefe de bloque Karpus?

—Planta baja, delante.

Arrastraron a los policías escaleras arriba, hasta la puerta del piso de Karpus. El Comadreja se quitó el sombrero, extrajo un trozo de alambre del interior del forro y

lo metió en la cerradura. Abrió la puerta y encendió la luz.

—¿Los ponemos cómodos?

Arrastraron los cadáveres por el salón y los arrojaron sobre el sofá. Gondolph recorrió con la mirada la casa del jefe de bloque, admirando el sólido mobiliario burgués, las finas porcelanas, la alfombra espesa. Félix y el Comadreja sentaron derechos a los corpulentos policías, con las manos cruzadas sobre el regazo.

—Un cuadro artístico —dijo el Comadreja—, pero le falta algo.

Félix cogió una rosa amarilla de un florero y la entrelazó en los dedos de uno de los policías.

—Aquí está —Gondolph sacó del estante un ejemplar de *Mein Kampf*. Acomodó el libro en las manos del otro, abierto, y colocó su cabeza en posición de lectura—. Sólo los muertos entienden la prosa del *Führer*.

Retrocedieron hasta la puerta, la cruzaron y la cerraron con cuidado. Al llegar al pasillo, encontraron a la abuela del jefe de bloque espionando la escalera. El Comadreja se quitó el sombrero de hongo.

—Su nieto ha ganado dos cerdos en una rifa —la vieja lo miró con el entrecejo fruncido. El Comadreja volvió a cubrirse—. A usted le aconsejo que se asocie a un grupo cultural nudista —concluyó con una ligera inclinación de la cabeza.

Salió por la puerta principal, con Félix y Gondolph pisándole los talones. La calle oscura estaba desierta. Fueron deprisa a la camioneta y Félix cerró las puertas traseras.

—Un disparo de fusil —dijo.

—Yo no oigo nada —contestó Gondolph.

En la base del cráneo de Félix volvió a sonar el crujido sibilante y la noche se hizo día. David Caspian tenía la vista fija en la camioneta del estudio, con los rollos de cable ahora bien cargados en su interior.

—Así está mejor —dijo el conductor.

—Sí —dijo Caspian, retrocediendo lentamente—, mucho mejor.

## Capítulo 10

—Era lo que se dice un verdadero productor. Necesitábamos un alce muerto y en dos horas él encontraba uno que acababa de ser atropellado por un tren.

Herman Armas tomaba su gazpacho.

—... muy bonito... pantalones de seda a la altura de los tobillos con un vestido tubular de gasa... —la modelo de Saks de Beverly Hills se detuvo ante su mesa, dio una vuelta delante de Roma, luego giró delante de Caspian y después de Myron Fish, mientras éste se inclinaba hacia el director.

—Y con anterioridad había sido el mejor agente del mundo. Una vez vendió un actor muerto a un estudio.

—Y ahora él mismo ha pasado a mejor vida.

—Son cosas que ocurren.

—... véase la sencillez de esta túnica rayada...

—Si te decía que el cheque estaba en el correo, significaba que nunca lo recibirías, pero en líneas generales...

—Una persona maravillosa —dijo Fish—. ¿No te parece, David?

—El mejor —dijo Caspian, que en dos oportunidades se había visto obligado a demandar al productor que acababa de fallecer.

El camarero sirvió champagne y entrechocaron las copas.

—Creo que te alegrará saber —dijo Armas— que Howard Hibbs se ocupará, definitivamente, de la adaptación musical.

Caspian cerró los ojos y comenzó a oír una banda sonora de sentimentalismo devastador.

—A David le encanta el trabajo de Howard —afirmó Fish.

—... y aquí tenemos una pequeña chaqueta color turquesa abotonada al costado... —la modelo se apartó de ellos y se dirigió como una autómata a la mesa de al lado.

—Es un film *especial* —prosiguió Fish—. Creo que estamos hablando de un importante mito.

—Estamos hablando de una importante insolación —intervino Roma—. Quiero decir que seis semanas en Death Valley...

—Death Valley es muy soportable —dijo Fish.

—Me gusta su luz —apostilló Armas.

Roma volvió a dedicar su atención al desfile de modas. Llevaba puesta una falda de ante que colgaba en largos pliegues hasta sus pantorrillas y la modelo había piropeado la chaqueta a juego, con flecos y abalorios, que reflejaba la luz en puntitos brillantes a la altura de los brazos; la blusa de seda era suelta, de color crema, y caía negligentemente apartada de su pecho.

Volvió el camarero con el almuerzo, sirvió y luego gesticuló con la pimienta que salía de un enorme molinillo de madera.

—Todos contaréis con una obra maestra excepcionalmente brillante —retomó Fish—. Triunfal, imponente y magnífica, en este orden.

—Yo siempre quise tener mi propio planeta —dijo Roma.

—... un vestido muy envolvente, nótese la espalda abierta, con tajos rosas...

—Será, sencillamente, *la* película de aventuras espaciales del... —Fish hizo una pausa dramática—... del verano —golpeteó sus labios con la servilleta y se volvió hacia Roma—. Fue una verdadera indecencia la que te han hecho en contabilidad. Me siento como si hubieran violado a mi propia hija.

Armas asintió.

—Yo siempre tengo a Salomón calentándose en el toril.

—Claro que ninguno de nosotros quiere verse atrapado en una lucha mortal por unos pocos dólares —dijo Fish y se llevó la mano a la cadena de su cuello, de la que colgaba una moneda de oro. La luz que se colaba por la ventana tocó el disco y la mirada de Caspian quedó atrapada en la suave brillantez de bordes líquidos y fundentes...

*... como si pudiera soñar con los ojos abiertos, pensó Félix, al tiempo que introducía un cigarrillo en una boquilla de ébano. El restaurante del Hotel Edén de Berlín era amplio y estaba abarrotado, pero él había estado en un lugar mucho más íntimo y pequeño, un comedor en la semipenumbra, y todos los detalles eran perfectos, vividos, y reales. Estaba con unos amigos, pero era un hombre diferente... un hombre de otro sol.*

Encendió el cigarrillo. Había un desfile de modas en el hotel y en ese momento una modelo bajaba una plataforma elevada, con falda acampanada. Fijó los ojos en ella, aunque su principal interés reposaba en el hombre que estaba sentado a su lado, *Herr Wurm*, fabricante de hornos.

*Herr Wurm* se pasó una mano recargada de anillos por la calva. Era un hombre bajo y Félix creía conocerlo de otro sitio, pero su mente no lo ayudó a memorizar, aunque lo localizaba en uno de los extraños sueños que había tenido últimamente.

—Sí, teniente, sólo hay que concretar unos pocos pormenores. Y, si me permite decirlo, ésta es la atmósfera más agradable para hacerlo —*Herr Wurm* juntó sus manos regordetas y aplaudió cuando la modelo se retiró detrás del cortinado y fue reemplazada por otra. Abrió la cartera y sacó un plano—. La instalación del horno que su sección nos ha encargado incluye un quitacenizas optativo, sumamente eficaz cuando se producen tantas cantidades de ceniza. Si hubiera que quitarla a mano, bien... el proceso sería muy lento —*Wurm* señaló modestamente los bonitos detalles del mecanismo.

—Se los daré al coronel Mueller —Félix volvió a fijar la vista en la plataforma, por donde bajaba la modelo con equipo de tenis.

—Naturalmente, naturalmente —*Wurm* miró a María— ¿Le gusta el desfile de modas, condesa?

María sonrió a *Wurm*, pero Félix observó que su interés se dirigía a otro caballero

que compartía la mesa y dirigía películas para el Ministerio de Propaganda. Wurm le habló otra vez a Félix.

—Este es el tercer horno que instalo para el Reich —dijo confidencialmente.

Félix no apartó la mirada de la plataforma. No sacaría nada de ese horno, una instalación voluminosa en una de las plantas de armamentos de Göttingen, aunque sin duda Mueller había sacado su buena tajada de la venta. María se inclinó hacia él y le dijo en voz baja:

—Fíjate quién acaba de entrar. Está mirando hacia aquí.

Emil Weiss, el teniente coronel de la Gestapo, iba vestido de paisano, pero su traje de etiqueta era tan impecable como un uniforme. Al notar la atención que le prestaba María, inclinó la cabeza; sus ojos se clavaron en Félix, como un halcón que divisa a una presa demasiado protegida para atacarla. Pero he tomado nota, parecía decir su estilo de cazador. Siempre revoloteo por aquí.

Félix sostuvo la mirada de Weiss. Yo también soy un halcón, *Herr Weiss*. Me llamo Falcon. También tengo garras y tampoco soy muy cortés.

El oficial de la Gestapo pasó cerca de la mesa y Félix pensó cuánto más agradable sería el mundo con la desaparición de Weiss.

—Sí, *Herr Wurm*, estoy seguro de que la planta de armamentos estará muy interesada en su quitacenizas. Como usted dice, sin él la unidad sería incompleta.

—Nuestro deseo es proporcionar todos los servicios posibles.

—Inspeccionaré personalmente la instalación.

—¿Usted, teniente? Antes de que me olvide, le he traído un pequeño presente. Espero que no ofenda...

—En absoluto.

En la cartera de Félix se deslizó uno de los relojes de pulsera más exquisitos de Europa.

—Los negocios no tienen por qué excluir los buenos sentimientos, teniente. Siempre recordaré esta noche y abrigo la esperanza de que usted me guarde en algún rincón de su memoria.

—No lo olvidaré, *Herr Wurm* —contestó Félix mientras cerraba la cartera.

Wurm sonrió una vez más y se pasó el pulgar por la solapa, donde llevaba una diminuta esvástica de oro. Un foco próximo siguió a una modelo que giraba en el extremo de la plataforma y bañó la cruz gamada con su brillante luz.

Félix vio al jefe de la Gestapo Weiss fundido en oro y centelleante; los ojos de Weiss lo penetraron, lo sujetaron, lo retuvieron.

—... *mi red se cierra sobre ti...*

Félix sintió un delicado estallido en la base del cráneo y repentinamente supo quién era, en realidad, Weiss.

—... y vi que mi comisión se escapaba por la ventana. David, ¿me oyes?

Caspian levantó la cabeza y contempló la cara de Myron Fish. Éste estaba ante un escritorio, en su propio despacho, y Caspian se había sentado frente a él. Fish se



inclinó hacia adelante, angustiado.

—David, ¿estás indigestado?

Caspian paseó la mirada por el despacho.

—Myron, ¿cuánto hace que estamos en tu oficina?

El agente se levantó y dio la vuelta al escritorio.

—¿Con qué te has drogado durante el almuerzo?

—Tú eres un hombre que se llama Wurm. Vives en Alemania. Acabas de estar conmigo en un desfile de modas nazi.

—David, un ídolo popular de los Estados Unidos no debe tomar ácido, excepto en la intimidad de su propia piscina.

El doctor Gaillard lo miró desde el otro lado de la mesa.

—¿De modo que ahora yo estoy del otro lado?

Caspian había ido desde el desierto en un jet alquilado, para no faltar a la cita.

—Usted es el jefe de la Gestapo Emil Weiss.

Gaillard guardó silencio un momento, tamborileando los dedos suavemente sobre el brazo de su sillón.

—Debemos de estar llegando a algún lado —se quitó las gafas y las limpió con el faldón de la camisa—. Cuénteme algún sueño.

—Un sueño estúpido. Yo era presidente de los Estados Unidos.

—Para un actor de Hollywood ése ha dejado de ser un sueño estúpido.

—Yo no soy un político.

—Todos dicen lo mismo. Ser presidente de los Estados Unidos significa tener todo el poder —bajó la vista hasta sus pies calzados con sandalias, dejando que el silencio hablara a Caspian. Luego lo miró con una ceja enarcada—. ¿Nuestra vieja fantasía de omnipotencia? Sospecho que todavía anda por aquí.

—Yo no quiero gobernar el mundo. Estoy constantemente fijado en una sola cuestión, el hecho de que me he convertido en un lunático.

Gaillard señaló el archivador del otro extremo del consultorio.

—Tengo un paciente que oye voces que salen del dedo gordo de su pie. Hay otro convencido de que sus pensamientos son transmitidos a todos los compradores del supermercado. Y una joven que jura que le roban los pensamientos y los usan en los seriales que ve todas las tardes por la tele —se volvió hacia Caspian—. Esos son mis locos. Usted no da la talla.

—Bien —dijo Caspian con tono de hastío—, ¿cuál es mi clasificación clínica?

—La respuesta es muy fácil. Y además, ¿tiene alguna importancia?

—Hoy tengo ganas de ser una estadística. Para conservar la fe.

Ahora Gaillard señaló las filas de casos clínicos que llenaban sus estanterías.

—Usted no figura en ninguno de éstos. Nunca conocí a nadie que se le pareciera ni siquiera remotamente.

—El propósito de tener dinero —dijo Julius DeBrusca— consiste en que uno pueda dormir de noche.

Caspian estaba sentado con DeBrusca bajo un gran toldo de lona, en el plato. Una brillante nave espacial descansaba en el desierto, más allá, con la gente de producción de *Vagabundo del espacio* pululando a su alrededor. Habían montado la estructura de la nave a primera hora de la mañana, con unidades modulares fabricadas en los estudios. Mientras DeBrusca parloteaba, Caspian contempló la nave, una hermosa creación que daba la impresión de poder despegar y penetrar en los lugares más remotos del espacio... mientras al otro lado conversaban los jóvenes técnicos artistas que la habían diseñado, todos con camisetas de publicidad de cerveza.

—El dinero es movimiento —continuó DeBrusca—. La semana pasada, en Las Vegas, vi cómo izaban una mesa de juego por el lado del casino hasta la habitación de un árabe al que no le gustan los empujones.

El secretario de DeBrusca escribía a su lado. El productor lo miró de reojo.

—¿Apuntaste eso, Robert? ¿O debería hablar más lentamente? —se volvió hacia Caspian—. Algún día Robert escribirá un libro en el que me dejará al desnudo. ¿No es cierto, Robert?

—Nada de eso, señor. Es una carta para mi mujer.

—Desnúdame, que es bueno para la taquilla. El dinero se engendra en libros como el que estás escribiendo.

—Vea el sobre, señor DeBrusca. Dirigido a mi mujer.

—Hasta te puedo dar el título. Llámalo *Los perros cobraban medio salario* —DeBrusca miró a Caspian—. Nunca pago salarios completos a los animales que trabajan en el cine.

Caspian siguió contemplando la nave espacial, el surtido de armas, robots y extraordinarios vehículos terrestres que la rodeaban: millones de dólares en genialidad tecnológica, desparramados en el desierto delante de DeBrusca, que se ocupaba de que no se usara una tuerca, un tornillo, una gota de pintura de más. Señaló con su cigarro la nave espacial y gruñó.

Myron Fish se sentó junto a ellos, bajo el toldo.

—Acabo de adjudicar un papel a una mujer —se pasó la mano por la calva bronceada por el sol—. Tuvo una laguna, olvidó todo lo que tenía que decir y la sacaron del escenario a rastras.

—Quería que anularan su contrato —afirmó DeBrusca.

—Hay que comprarlas cuando son jóvenes —dijo Fish—. Es la única forma de estar seguro —se secó la calva sudada con un pañuelo y miró a Caspian—. Si tuviera pelo, me consideraría un ser humano perfecto.

Caspian sabía lo que sentía la mujer en cuestión, él mismo se había visto involucrado en proyectos en los que el único camino sensato parecía ser la retirada.

Pero siempre se había quedado, creyendo que si trabajaba arduamente podría transformar por completo la película. En consecuencia, el choque era considerable cuando pisaba un plato que parecía diseñado por un viajante de comercio e iluminado con colores semejantes a un *comic* de Batman. Después, cuando las tomas de cada día tenían el aspecto de grandiosas películas caseras, los actores se ponían nerviosos y empezaban a sobreactuar, el director intentaba compensarlos con un torrente de felicitaciones, lo que te hacía saber, con absoluta certeza, que estabas metido en un folletín infame. Luego reflexionabas en la brevedad de la vida humana y jurabas que a partir de entonces sólo participarías en películas selectas o, de lo contrario, off-Broadway. Entonces Myron Fish te trabajaba y te hacía rebobinar empleando con gran frecuencia expresiones como «millones de dólares». Y Caspian solía prestar atención cuando Myron le decía estas tres palabras.

Se incorporó para apartarse de la conversación y sorteó el laberinto de equipos que cubrían la superficie del desierto. Subió a su Winnebago con aire acondicionado, cerró la puerta y se sentó en el fresco refugio. A través de la persiana vio el remolque de Roma, del que entraban y salían sus múltiples asistentes.

—Roma es María es Roma... —cerró la persiana. Le habían preparado la ropa: el uniforme de un lobo estepario del cosmos, negro brillante, con ribetes plateados en las mangas. Se desnudó y se lo puso, se miró en el espejo iluminado del tocador.

Llamaron a la puerta y entró Víctor Quatrelle, con la túnica de un mago intergaláctico.

—Vengo del asteroide Bagel Nosh.

Se levantó la túnica por encima de las rodillas, se dejó caer pesadamente en el sofá y recorrió con la mirada el prístino interior de la casa rodante.

—En los viejos tiempos habríamos aprovechado de un lugar tranquilo como éste para fumarnos un canuto antes de ponernos delante de la cámara. Cosas que hacían avergonzarse a un buen cristiano —metió la mano en la túnica y sacó un porro. Lo encendió y abrió un fragmento de la persiana con un dedo—. Mucha actividad ahorrativa por allí.

Los iluminadores habían rodeado de luces la nave espacial, dotando a su casco de un lustre artificial, como si proviniera de una fuerza interior.

—Cohete a Reno, ciudadanos de la tercera edad a mitad de precio —Quatrelle cerró la ventana.

Entretanto, sonaba una voz en el aire desértico:

*Preparados. A sus lugares, por favor. Que lo pasen bien. Me gusta esa sonrisa, es auténtica.*

—Le gusta, es auténtica —repitió Quatrelle, abanicándose las piernas pesadas y musculosas con la túnica.

Llamaron a la puerta y se oyó la voz de la encargada de vestuario.

—¿Todo el mundo está presentable? —entró, miró a Caspian de la cabeza a los pies y aprobó su atuendo. Rondaba los sesenta años, era seca y dura como una piedra

del desierto, y aparentemente igual de impenetrable, pero Caspian se preguntó cuáles serían sus temores secretos, dónde caería su sombra, pregunta que se hacía acerca de todos los que conocía últimamente, intentando decidir cuál era su fórmula para seguir siendo reales.

La mujer hizo girar a Quatrelle para observar la caída de la túnica. Él la miró por encima del hombro.

—Se supone que llevo en la mano un pincho para ganado.

—Los attrezzistas tienen su varita mágica.

Quatrelle adoptó la postura de un anciano achacoso, ocultando en la mano el porro, mientras hablaba con el gimoteo tembloroso de un anciano.

—*Esta noche tengo que ir a la discoteca y los attrezzistas tienen mi varita.*

La mujer hizo caso omiso de él y enderezó las costuras de su túnica.

—Recuerde que debe mantener esto hacia adelante.

Quatrelle conservó su delirante postura y la siguió hasta la puerta.

—¡Quiero un poco de sexo adolescente!

La encargada de vestuario le cerró la puerta en las narices. Caspian abrió la nevera y sacó una botella de zumo de naranja. Se sentó con ella en la mano y abrió el guión; cerrando los ojos, recitó al techo su parlamento.

Quatrelle lo miró.

—¿Estás hablando con tus nazis?

—De momento no.

—La próxima vez que lo hagas, diles que el Volkswagen de mi hija tiene la dirección suelta.

## Capítulo 11

—¿Nunca te dije que yo fui quien le hizo el primer corte de pelo a Cooper? —el peluquero de maquillaje había arrinconado a Caspian en una esquina del plato y lo hizo maniobrar hasta una silla de lona; llevaba un vapuleado macuto del que asomaban un peine y un espejo, ambos estropeados por el uso—. Y te diré que tú te pareces un poco a él —acomodó el pelo de Caspian onda por onda, peinando, golpeteando, rociando—. No se te ocurra cambiarlo, no te toques un solo cabello —echó una última mirada inquisitiva al delicado peinado y se fue; llegó la encargada de vestuario y le puso encima un casco espacial.

Más allá estaba la astronave.

—Encended todos los interruptores.

—Listo.

—Más alto... a raudales... bien.

Caspian se encaminó a la nave y allí se le reunió Myron Fish.

—Tu trabajo es la comidilla de esta producción —delante de ellos, en el plato, estaba Herman Armas conversando con su asistente. Fish bajó la voz—. Estás contento con la dirección de Armas, ¿no?

—Aparte de no dirigirme...

—Confía en tu instinto.

—Nunca aprieta a sus actores.

—¿Qué eres tú, un sostén viviente? Métete en esa nave espacial y límitate a ser tú mismo.

Caspian echó una última mirada al guión y se lo dio a Fish, mientras el director se acercaba a él.

—Has aterrizado en un mundo perdido... —Armas hizo un gesto en dirección a las caravanas, las máquinas expendedoras de café, camiones y torres de iluminación a través de los cuales se movía una muchedumbre. Hizo una seña al asistente de dirección, que levantó un megáfono.

—Trabajaremos en silencio, por favor, en silencio.

Los carpinteros abandonaron los martillos. Caspian caminó por las arenas que rodeaban la nave.

—Muy bien, David, estás solo, más solo que nunca, en una atmósfera ignota. Vuelve a darle esa cualidad de alguien que se ha salido del límite del mundo —Armas se volvió hacia el equipo de cámara—. Rodaje.

»Escena dos, toma uno.

»Motor.

»Acción.

La arena estaba caliente y se hundía a su paso. El primer cámara pasó en el travelling, manipulando sus controles de ajuste, con los que según se decía era capaz de escribir su nombre polaco y de cuatro sílabas. Caspian dijo su parlamento,

avanzando hacia la trayectoria del travelling.

—Bien, David, intentémoslo otra vez, por favor.

Repitieron la toma cinco veces e hicieron una pausa para recargar la cámara. Caspian se puso bajo una sombrilla, cerca del cámara, que tenía los brazos metidos en una manga cosida, bajo la cual cargaba la película en su instrumento, con la mirada perdida. Se acercó DeBrusca, con las manos cruzadas a la espalda, protestándole a su secretario.

—... podemos dar gracias a la polla de Al Jolson por la Actor's Equity.

Fish, de pie detrás de Caspian, dijo en voz baja:

—Amo a ese hombre. Hablo en términos de afecto.

El cámara sacó las manos del saco, con la máquina cargada, e hizo una seña al asistente de dirección, que levantó su megáfono.

—A sus lugares, por favor.

—David, déjame hacerla por última vez. Eres un paria, estás solo, es *El año pasado en Marienbad*, caminando por los lúgubres pasillos —Armas dirigió la mirada a los cámaras—. Rodaje.

»Escena dos, toma seis.

»Motor.

»Acción.

Caspian cruzó las arenas hacia la huella del travelling, que destellaba bajo el sol del desierto. Contempló los raíles, que sus ojos recorrieron hasta el punto de fuga, *ganz grau und aufgelöst*, todo gris y fundido.

Las vías férreas iban detrás en vetas plateadas y su acero se mezclaba con la niebla matinal. Félix las observó y también miró la hipnótica ondulación de las traviesas ferroviarias. Apoyó el brazo en la ventanilla trasera del tren, a través de la cual veía alejarse el mundo al ritmo del chasquido de las ruedas.

Ya he soñado con ese lugar una docena de veces y...

Sonó un silbato y se volvió hacia el andén cercano, donde divisó a su anfitrión. Cuando el tren paró, descendió; fue recibido por el gerente de planta, Kessler, que lo guió hasta el coche de la fábrica.

—Por ahora nos hemos salvado —dijo Kessler mientras salían de la estación—. Pero los Lancaster llevan nuevos motores Rolls Royce. En breve los oiremos.

Félix vio pasar los edificios grises, cubiertos de hollín. Los ruidos de la fábrica flotaban en la atmósfera opresiva y el olor a productos químicos era penetrante, un aroma dulzón que obligó a Félix a subir su ventanilla.

—Aquí el barómetro baja —dijo.

Kessler le echó un vistazo y desvió la mirada.

—La moral no ha sido alta y por mi parte lo considero un sabotaje. En esta fábrica, todo el que holgazanea es candidato al campo de concentración.

—¿No es un poco severo?

—El ministro de Armamentos ha impartido personalmente la directriz. Unos

pocos ejemplos entre estos gandules harían correr el rumor como reguero de pólvora —Kessler encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla por la ventanilla—. Nadie está excluido. Ya hay más de un gerente de planta detrás de las alambradas. Los muy puercos desviaban materiales para su propio uso. Bien... —fijó la vista en el uniforme de Félix—. No necesita que yo le diga cómo son estas cuestiones.

—Sí, conozco esas cosas, pero lamentablemente son corrientes. Hay muchas personas importantes que nunca serán detenidas —miró a Kessler—. Buenas relaciones, usted me entiende. Familias intocables.

—Son todos unos canallas —espetó Kessler, pero no dijo nada más mientras cruzaban la verja de un amplio complejo, una ciudad dentro de la ciudad industrial.

Félix vio varias calles que conducían a casas residenciales, tiendas, instalaciones recreativas. Levantó la vista y vio un caparazón con torreta, elevado por encima de los árboles de una ladera cercana.

—¿Qué es eso?

—Las oficinas de Von Göttingen. Bajaré a saludarlo.

Kessler llevó el coche al otro lado de un recinto alambrado, en el que se alzaban hileras de barracas custodiadas por policía de la fábrica.

—Mano de obra reclutada —dijo Kessler, señalando con la cabeza a los prisioneros visibles en la calle del recinto—. No son muy eficaces, pero sabemos darles uso —se internó en el complejo fabril y por último frenó ante un brillante edificio de oficinas—. Hemos llegado, teniente. Permítame invitarlo a desayunar.

Kessler lo llevó a su despacho, donde ya los esperaba el café con pasteles.

—La política de la empresa siempre ha sido generosa, tenemos beneficios médicos y educativos, y una buena jubilación. No hay ninguna excusa para tan descarado absentismo, que es nuestro mayor problema. Los obreros están perdiendo el entusiasmo. Sin embargo, Von Göttingen los ha ayudado. No hubo ninguna reducción ni corte de salarios. Lo que hay que cortar son algunas cabezas, digo yo. Al fin y al cabo, estamos en guerra.

—Nadie puede haber dejado de notarlo —dijo Félix—. Pero una ejecución por el absentismo...

Kessler lo miró fríamente.

—¿Usted simpatiza con el sabotaje deliberado? Permítame recordarle que el ministro de Armamentos, Speer, considera que el absentismo es ruinoso para el esfuerzo bélico. Francamente, teniente, no esperaba esto de... —miró la insignia del regimiento de Félix—... de un hombre en su posición.

—No he sido informado de que ahora los gerentes de planta tienen facultad de decisión sobre la vida y la muerte de sus empleados —un nazi con la esvástica en el suspensorio, reflexionó Félix. No obstante, hostigarlo más podía poner en riesgo el negocio. *Baja y echa una mirada a mis intereses, muchacho, muéstrales que Mueller está dispuesto a ayudar en todo lo que pueda*—. Disculpe, Herr Kessler, me estoy excediendo de lo que corresponde a mi cometido. Sólo he venido a ver si están

contentos con las instalaciones que supervisó el coronel Mueller. Me refiero a los hornos para quemar el material de desecho de la cadena de montaje.

Kessler levantó una ceja.

—Acepto sus excusas y le presento las mías. Todos sufrimos una gran tensión. Pero qué raro es usted, teniente —Kessler se interrumpió y señaló la ventana; al otro lado Félix vio que se aproximaba un auto desde el castillo. Félix volvió a mirar a Kessler.

—Hermosa máquina.

—Un Minerva belga. Von Göttingen es coleccionista.

Félix miró la ventanilla del coche que se acercaba y detectó al anciano aristócrata en la penumbra. Kessler se encaminó a la puerta.

—Llevo veinticinco años con Von Göttingen. La crisis actual ha sacado a relucir lo mejor que hay en él.

Entró el gran industrial, sin la menor ceremonia. Félix se cuadró e inclinó la cabeza hacia el viejo león.

—Es un honor conocerlo, señor.

—Sus técnicos han sido muy complacientes. Informe al coronel Mueller que estoy satisfecho y preveo una relación duradera entre nosotros.

—Le encantará saberlo, señor.

—Logra que las cosas se hagan. Nada de papeleo ni de burocracia. Algunos militares son incapaces de suministrar un sujetapapeles sin hacer todo por triplicado.

—El coronel Mueller sabe que se está librando una guerra.

—Sin su influencia sobre mis proveedores, esta planta estaría atascada. ¿Ha terminado el café? Le enseñaré todo.

Guió a Félix en un recorrido que los llevó a un estruendoso edificio tras otro. Conversar era difícil y Von Göttingen se expresaba por medio de gestos, indicando dónde se hacían las armas, dónde los productos de tiempo de paz. Un guardián que empuñaba una porra de goma se movía entre las filas de obreros de la cadena de montaje, en su mayoría mujeres de aspecto enfermizo vestidas de arpillera. Von Göttingen desvió la mirada de los trabajadores a los elementos mecánicos de su fábrica, de los que estaba muy orgulloso. La visita terminó junto a una tina de acero brillante. Von Göttingen sonrió; su rostro se veía amarillo en el destello, como una cabeza que asomaba flotando en una moneda de oro.

Anduvieron por una rampa de hierro y bajaron un tramo de resonantes peldaños que llevaban a una puerta exterior.

—¿Y el horno de Wurm?

Von Göttingen señaló hacia el recinto alambrado.

—Se usa allí, pero esa zona es peligrosa. Enfermedades, ya sabe. Estas gentes son como ratas. Nos dio miedo la peste y por eso tuve que encargar el horno, para deshacernos de los cadáveres.

Félix se quedó inmóvil en el camino exterior del edificio, imposibilitado de dar



un paso. Una nube, en perfecta armonía con los conductores de humo del complejo, flotaba a baja altura. Von Göttingen lo cogió del brazo.

—Teniente, tengo otro contrato para usted, un contrato que exige su toque expeditivo. Está todo dispuesto, en la forma sencilla que preferimos el coronel Mueller y yo. ¿Comprende?

—Es para cuestiones como ésta para lo que me ha capacitado el coronel Mueller —dijo Félix, embotado.

—Bien. El contrato le está esperando. No debe verlo nadie, salvo Mueller. Es un asunto simple, sólo necesitamos algún equipo más, pero no quiero que otros dignatarios militares pongan en cuestión su necesidad aquí. Como usted sabe, Mueller es hábil para evitar molestias —Von Göttingen volvió a guiarlo hasta el edificio principal—. Bien, teniente, esto pone fin a mi trato con usted. Su tren pasará esta tarde. En nuestro establecimiento hay lugares más agradables, en los que podrá disfrutar. Permítame sugerirle el salón para ejecutivos. Allí encontrará un oporto excelente.

Félix serpenteó a través de un laberinto de edificios hasta el salón: una estancia sombría con vigas descubiertas y oscuros paneles de roble. Estaba amueblado con sillones de cuero rojo alrededor del fuego crepitante de la chimenea. Le sirvieron el vino en cristalería tallada a mano y habían preparado a un encargado de relaciones públicas para que le diera conversación. El brazo derecho del hombre era una manga vacía.

—En otra de nuestras plantas. Un impacto certero. Me agaché cuando tenía que haber saltado —levantó su copa—. Por la victoria —su voz era monocorde y distante.

Félix bebió el excelente oporto, comió los quesos delicados. Se acercó a la ventana y descubrió que se veía parcialmente el recinto de prisioneros.

—La empresa tiene mano de obra barata.

—No son ninguna ganga.

—Es una lástima tenerlos a la vista.

—En algún lado hay que poner las barracas —el encargado de relaciones públicas sacó un cigarro y encendió una cerilla con su única mano—. Es extraño, pero uno puede acostumbrarse a muchas cosas. Los seres humanos somos demonios adaptables. ¿Un cigarro?

—¿Qué dirá de esto la historia? —preguntó Félix en voz baja.

—La historia es una ciénaga, teniente. Las cosas se deslizan en su interior, el fango se cierra sobre ellas y nunca más se las oye nombrar —el lisiado encendió el cigarro de Félix. El humo del tabaco se enroscaba alrededor de sus cabezas.

Félix retornó a la ventana. Se habían hecho intentos para ocultar el campamento con arbustos, pero éstos aún no habían crecido lo suficiente. Es una cuestión de tiempo, pensó. Entonces, imprevistamente, sin decir una sola palabra, salió del salón para ejecutivos y volvió a la calle.

En la verja alambrada del recinto había un cartel en el que se leía

PELIGRO - CONTAMINACIÓN. Al otro lado de la alambrada había hileras de barracones. Unas pocas mujeres solitarias hacían faenas entre los edificios. En el extremo de la fila vio a una jovencita que iba de edificio en edificio; estaba persiguiendo algo, sus movimientos eran ágiles y graciosos como los de un gato. Fascinado, la vio acercarse y luego divisó la ardilla tras la que iba: la ardilla esperaba comer bellotas, la chica esperaba comer ardilla. Iba descalza, tensaba y destensaba los músculos de las pantorrillas mientras se movía en silencio, próxima al roedor, que había encontrado algo y lo hacía girar entre las patas.

—Ven aquí —dijo Félix. La chica levantó la vista, sobresaltada por su presencia. La ardilla quedó olvidada, ella se encaminó rápidamente hacia el vallado.

Era poco más que una cría, su vestido flojo de arpillera apenas hacía apuntar el diminuto comienzo de sus pechos, pero sus brazos parecían fuertes como flejes, las venas sobresalían en los antebrazos y los bíceps. Tenía la cara sucia y decorada con llagas. Pero estaba más sana que las mujeres mayores, que eran pura piel y hueso; ella todavía tenía grasa cubriéndole los músculos, probablemente gracias a su habilidad de cazadora. Lo miró con cautela pero Félix notó, en su mirada, que era capaz de darle ciento y raya a cualquiera.

Con sus nociones idiomáticas de estraperlista, consiguió hablarle en un polaco macarrónico.

—¿En qué trabajas?

Estaba preparada para una trampa, pero él no hizo ningún gesto amenazador y sus ojos no contenían ninguna malicia calculada.

—Coladura de acero —respondió. Sus brazos mostraban las huellas de la porra y sus ojos oscuros, ojos de cría, ojos encarnizados, se fijaron en los de él.

Félix pensó en el horno y se acercó a la alambrada, enlazando sus dedos en la malla metálica.

—Me ocuparé de que salgas de aquí. ¿Entiendes?

La chica lo miró fijamente, pero él no supo si lo había entendido. Bien, daba igual.

—¿Cómo te llamas?

—Valentina —contestó, lentamente—. Valentina Povanda.

Félix escribió el nombre y apuntó el número de su tatuaje. La chica retrocedió, sin apartar la mirada, hasta desaparecer en el vano de una puerta, sin saber si la había elegido para su lecho o para su horno.

Siguió andando junto a la alambrada, hasta el recinto de hombres: unos pocos barracones y una hilera de perreras. Dentro de éstas, vio asomar ojos de seres humanos. Sonó un silbato en lo alto y los hombres salieron a rastras de sus perreras.

Félix se volvió y levantó la vista hacia el castillo de Von Göttingen en la ladera; después rodeó el recinto, mientras los trabajadores salían marchando. Un centinela del ejército permanecía en el portal, con un doberman a su lado. El soldado se cuadró cuando Félix se acercó a él.

—¿Dónde duerme? —Félix señaló al perro.

—Conmigo, señor.

—¿No duerme en las perreras?

—No, señor, es un animal amaestrado.

Félix le ofreció un cigarrillo y entraron en la garita de la guardia. Dentro ardía un brasero en el que había una cafetera. Félix inclinó la cabeza hacia la ventana, en dirección al recinto de mujeres.

—Allí hay una prisionera, tiene el número 2336787. Ocúpese de que reciba comida extra —le entregó dinero, que ambos sabían iría a parar al bolsillo del centinela. Pero Valentina recibiría unos mendrugos más.

—Es de la segunda remesa —dijo el centinela—. No están bien cuando llegan, pero aquí empeoran.

—Ella se irá de aquí. ¿Hay un médico para esta gente?

El centinela señaló un bloque de cemento en el extremo opuesto del complejo. Félix salió de la caseta y se dirigió allí, pero en el camino descubrió el horno de *Herr Wurm*. Los trabajadores estaban cargando cadáveres en una carretilla elevadora. El guardián de la fábrica, al ver a Félix, se cuadró con la energía de un miembro del ejército, aunque era viejo y para él había quedado atrás toda gloria militar.

—Buenos días, señor. —Al notar que Félix arrugaba la frente, agregó—: Evacuación, señor, de los voluntarios fallecidos.

Los cadáveres desnudos y maltrechos eran bajados de un furgón y echados a paladas a través de la puerta del horno.

De la chimenea se elevaba un penacho de humo, que se mezclaba con el de los edificios fabriles.

—¿Y de qué mueren?

—De mala suerte.

Félix siguió hasta el dispensario. El lugar era pequeño, el consultorio estaba mal iluminado y carecía del equipo apropiado.

—Yo no puedo controlar las cosas aquí —dijo el médico en respuesta a la pregunta de Félix acerca de la salud de los trabajadores—. Me faltan los elementos básicos. Tengo miles de personas entre manos, la mitad agonizantes y... ¿quiere saber de qué me proveen? Cien tabletas de aspirinas —miró a Félix desde el otro lado de su escritorio—. ¿Usted tiene influencia? En tal caso, utilícela. De lo contrario la chica de la que me habló y todos los que están aquí, se harán humo por la chimenea —se volvió y miró por la ventana de su despacho al recinto, por el que ahora caminaban los demacrados trabajadores, lentamente, torpemente—. Cien aspirinas —repitió el doctor cuando Félix salió del despacho.

Siguió la calle del recinto, detrás de una fila de mujeres. Sus zuecos de madera chocaban contra el pavimento pero no había ninguna cabeza erguida, no se oía una sola voz. Las siguió hasta el refectorio, donde hicieron cola a la espera de una sopa aguada. Valentina Povanda posó en él sus ojos cautos.

—Ah, está aquí, teniente —el gerente de planta se acercó a él—. Pensé que se nos había perdido. Hay muchísimas calles aquí. ¿Qué opina de nuestro ánimo? Yo diría que nuestra moral es alta, después de todo —su gesto excluyó la fila de animalillos que pasaban a su lado arrastrando los pies.

—Esas mujeres no parecen bien alimentadas.

El gerente paseó la mirada a su alrededor, como preguntándose a qué mujeres se referiría Félix. Por último sus ojos se dieron por enterados de su presencia.

—El problema de ellas es la disentería. Están bien alimentadas, pero no retienen nada.

—Esa sopa es aguachirle.

—La verdura no cae del cielo. Hay escasez.

—Usted no ha adelgazado.

—Yo he perdido dos hijos. Ha llegado la hora de que lo llevemos a la estación.

Félix miró a la chica, encorvada sobre su cuenco en la larga mesa. Ella también lo miró y Félix conoció su propia desnudez por debajo del uniforme perfectamente confeccionado. Esa niña, esas mujeres que rodeaban la mesa, eran reales, reales a causa de su sufrimiento. Él y el gerente de planta y todos los buenos ciudadanos que trabajaban allí, eran los fantasmas.

—Debemos irnos, teniente, si no quiere perder el tren.

—¿Qué importancia tiene? Nosotros no existimos.

—Muy probablemente —el gerente de planta, con garbo inesperado, lo cogió del brazo y lo acompañó al coche de la empresa. Fueron en dirección a la entrada principal; Félix miraba al frente cuando se abrió la verja. Llegaron al andén ferroviario exactamente cuando estaban a punto de cerrarse las puertas de los vagones. Se apresuró a subir y por el interior llegó a su compartimiento. El tren salió de la estación y él se arrellanó en el asiento al ritmo de las ruedas. Haría lo que pudiera para sacar a esa chica de allí, pero el mundo estaba en llamas y él sólo era un jugador ante una mesa en combustión.

La sucesión de granjas lo serenó con su fino diseño y lamentó no tener algo para leer, algo ligero, una revista, para distraerse. Percibió la esquina doblada de un papel asomada entre los cojines del asiento. Tiró del papel y encontró una circular, ya desteñida, de la resistencia alemana.

En la circular había una esvástica tachada. Al pie leyó las instrucciones: *Por favor, reproducir y distribuir.*

Llevar algo así encima significaba una condena de muerte. Partió el papel por la mitad y siguió rompiéndolo, en muchos fragmentos; después abrió la ventanilla y los dispersó a los cuatro vientos.

—... *bien, David, esto es perfecto, lo grabaremos...*

Los cámaras pasaron rodando en su travelling. Caspian fijó la mirada. Su director se acercaba a él, deshaciéndose en sonrisas.

—Una toma estupenda. No veo la hora de pasar las pruebas.

—Sí —dijo Caspian con voz ronca—, yo tampoco.´

## Capítulo 12

—El sol en Géminis, la luna en Piscis. Posee los elementos básicos de la personalidad dual —el astrólogo era un anciano y ocupaba un destartalado sillón de cuero en un estudio de cuyas paredes colgaban un calendario maya, grabados chinos e hindúes de las constelaciones y un antiguo horóscopo persa en pergamino; por encima de su sillón colgaba un móvil de los planetas, que rotaba suavemente alrededor de una bola central, dorada. Tenía en la mano el horóscopo de Caspian, minuciosamente trazado, con caligrafía fina y precisa. Lo estaba observando y se atusaba los débiles mechones plateados de su perilla de chivo.

»Una dualidad profundamente arraigada, sobre todo a través de su pasado lunar. El signo mismo es un glifo de los talones de dos pies que se mueven en sentido contrario. Géminis es, por supuesto, el signo de los gemelos. Uno es real y el otro... falso.

El astrólogo había puesto en marcha un magnetófono para que Caspian se llevara un cassette de la lectura, incluido en el precio, un precio elevadísimo. El artefacto chirriaba en el brazo del sillón y el anciano siguió hablando.

—Usted tiene una intensa serie de oposiciones. Aquí está el Hatillo del Guerrero, indicativo de una personalidad extraña consigo misma. En general se piensa que son dos personas en una —el anciano asintió para sus adentros y siguió toqueteándose la perilla—. Tiene un ascendente de tres grados en Capricornio. Esa es su capacidad profesional, su poder. Posee una gran presencia, es un intérprete seguro de sí mismo. Pero aquí lo más interesante... —el dedo del astrólogo abandonó la barba y se apoyó en el borde exterior de la carta astral de Caspian—. Una configuración muy poco común, que posiblemente no se repetirá en siglos. Plutón está en medio del cielo y Neptuno en el ascendente. Yo diría que ésta es la quintaesencia de una extraña situación difícil —miró a Caspian con sus ojos húmedos por la edad. Durante un momento parecieron centrarse en la periferia de la forma de Caspian, como si percibieran campos energéticos lindantes con el cuerpo humano. Luego volvió la mirada a su cara y lo estudió atentamente, sin pronunciar palabra, a la manera de los viejos. Caspian sintió que para él no era más que un trozo de naturaleza: una piedra, un riachuelo, un pájaro visto por un ojo que ya ha visto demasiado, y para el que todas las cosas han caído en su porción del Tao universal. Lo que no está mal para un viejo, reflexionó Caspian, pero yo sigo aquí.

—¿Estaba diciendo...?

La mirada del astrólogo volvió de la lejanía. El anciano se agachó hacia delante, sobre la carta de Caspian.

—Una configuración que conlleva una autotransformación extrema, especialmente si está involucrado en algo en lo que no debería. ¿Lo está?

—Siempre.

—Entonces Plutón lleva todo eso a su entorno, intensificando la transformación,

con toda probabilidad de manera violenta, y eso es lo que sospecho, porque ahora Marte sube hacia Plutón en su medio cielo y duplica el impacto.

El astrólogo miró una vez más la rueda de figuras que había dibujado y pasó su viejo dedo correoso alrededor, hasta su punto más alto.

—Aquí está Plutón, dedicado a producir la mayor hondura de transformación imaginable, empujándolo a los más distantes alcances de lo desconocido, donde mora este planeta. Puede muy bien implicar influencias que emanan del pasado ancestral, o de un amigo... o un enemigo difunto, pues la luna de Plutón lleva el nombre de Caronte, el Barquero de los Difuntos. —Pasó el dedo alrededor de la rueda, hasta el horizonte—. Aquí está Neptuno, el artífice de las ilusiones. En tanto actor de cine, usted es un agente de Neptuno. Pero con este planeta ahora en su ascendente, le resulta difícil ver las cosas con claridad. Confunde a todos los que conoce. Más importante aún, se confunde a sí mismo. Ya no sabe quién es. De hecho, su identidad se ha transformado en algo parecido a un sueño.

El móvil daba vueltas lentamente por encima del sillón del astrólogo, los planetas giraban alrededor del sol, definiendo el tiempo y sus modificaciones, proporcionando los puntos de referencia para las estaciones y los nacidos en ellas, hijos del invierno, hijos del verano, señalados en consecuencia con frío o con calor, girando hacia dentro o hacia fuera.

—Tener a Plutón y a Neptuno en sus ángulos más importantes es una rareza. Como ya le he dicho, sólo sucede a grandes intervalos, nunca más de una vez en toda una vida y, en general, ni siquiera una vez —sus dedos retornaron a la barba sedosa, que atusó en actitud reflexiva, sin dejar de estudiar la carta astral de Caspian—. Neptuno distorsiona la realidad. Y el tipo plutoniano más acabado es, naturalmente, Hitler.

Caspian estaba sentado en el rincón apartado de una taberna de La Ciénaga, donde nadie esperaba la presencia de estrellas del cine y no era probable que lo reconocieran. Era una de sus guaridas privadas favoritas y su único error consistió en haberle hablado una vez a Myron Fish de su emplazamiento. Y precisamente en ese momento el agente franqueó la puerta y escudriñó ansioso entre las sombras. Caspian se hundió más en su rincón, pero Fish lo detectó y avanzó deprisa.

—David, no sé qué decirte de lo que nos estás haciendo, deberías presentarte en el plato dentro de dos horas.

—Allí estaré, Myron.

—Me has jodido, David, teníamos preparada una gran entrevista y ahora el reportero se ha ido a otro sitio.

—Volverá.

—Cuando hay en danza veinte millones de lectores, nos gusta jugar la primera mano —Fish se sentó frente a él y suspiró—. El problema de vivir en una central

eléctrica es que uno se harta de tener los pelos de punta.

—Tú no tienes un solo pelo, Myron.

—Soy demasiado sensible.

—Toma un trago.

—David, espero que no te estés poniendo trompa.

—Estoy perfectamente.

—No deberías eludir a la prensa, David. Estás negando al público una experiencia completa de tu persona.

—No me gustan las entrevistas.

—¿Por qué? No es lo mismo que si te ataran a un poste con todo el mundo alrededor riendo mientras te degüellan —Fish llamó a la camarera y pidió un gintonic—. Tengo un avión esperándonos. Con dos pilotos de uniforme blanco.

—Yo también tengo uno.

—O sea que ya tenemos nuestra propia fuerza aérea. ¿Tienes idea del dineral que nos estás costando?

—Tuve que ver a un astrólogo.

—¿Le diste el esquinazo a Ti para ver a un astrólogo?

—Es un astrólogo viejísimo.

—Y nuestro importante artículo aparecerá en el *Horoscope Daily Bugle*. —La camarera llevó la bebida para Fish y éste bajó la mitad de un solo trago—. Muy bien, ya has visto a tu astrólogo, has terminado con él, yo te encuentro y volveremos a recoger las sobras.

—Ahora tengo que ver a mi psicoanalista.

Unas gotas de bebida chorrearon por el mentón de Fish mientras miraba pasmado a Caspian, que le tocó la frente.

—Myron, ha llegado la hora de la salud mental.

—¿Qué te ha ocurrido, David? Astrólogos, psicoanalistas —bisqueó hacia él con suspicacia—. ¿Te estás sometiendo a algún tipo de experiencia espiritual?

—Neptuno está en mi ascendente.

—Y DeBrusca está pateándome el culo. David, *Time* iba a hacer una crónica de su película. Tú no puedes creer esas patrañas.

—Lo siento, Myron. Cargo con mucho peso en estos tiempos.

Fish tragó el resto de su bebida.

—¿Dónde está ese psicoanalista?

—En Gloaming Way.

—Te acompaño.

Caspian vació su copa y atravesaron juntos el frescor de la semipenumbra hacia la puerta.

—¿Y después del analista qué? ¿Te harás leer la mano? ¿Verás a alguien que interpreta los Kleenex usados?

Salieron a la destellante luz del *boulevard*. Fish se puso las gafas ahumadas y



señaló un cochazo aparcado en doble fila.

—¿Sabe Carol que has venido al centro?

—No y no quiero que lo sepa.

—Confucio dijo —Fish abrió la puerta trasera de la limusina— que un hombre demandado cinco veces por alimentos sabe mantener la boca cerrada.

## Capítulo 13

Quatrelle se había sentado enfrente de él en su Winnebago.

—¿No recuerdas nada?

—No estaba allí, no estaba actuando, estaba en Alemania, en una fábrica de municiones.

Quatrelle se había subido la túnica de mago por encima de las rodillas; sus pantorrillas musculosas parecían un raro injerto en su cuerpo bastante fofo. Tenía una bolsa de hielo en la cabeza y un vaso con té helado en la mano. Bebía a sorbitos, observando con curiosidad a Caspian.

—Había algo en lo que hiciste ayer, cuando finalmente el personaje habla... tu voz sonaba diferente. Poseía una extraña cualidad que no podría describir.

Caspian bebió café y miró por la ventanilla de la casa rodante.

—Cuando vi las pruebas y oí esa voz, sentí que me habían sustituido los huesos.

Llamaron a la puerta y se oyó el aviso del asistente de dirección. Quatrelle se bajó la túnica y se quitó la bolsa de hielo de la cabeza.

—Otra vez a los ardientes residuos del Hongo Exterior —salió de la furgoneta seguido por Caspian y pasaron a la penetrante luz del desierto. Bajaron juntos un corredor formado por caravanas de remolques y al girar en la esquina una secretaria de producción que se protegía del resplandor tapándose los ojos con una mano, chocó con Caspian; un puñado de sus cuentas de gastos se desparramaron en un aleteo de papeles blancos.

—Lo siento —dijo nerviosa y se arrodilló para recoger las tarjetas mientras Quatrelle se llevaba a Caspian.

—Das la impresión de mantenerte unido con cinta adhesiva.

—Yo... vi algo.

—¿Su trasero?

—Algo del otro lado. Un panfleto que Félix hizo trizas. Un panfleto de la resistencia.

—¿Tú sabes lo que es la resistencia? La gente no quiere gastar más de nueve noventa y cinco dólares en un disco. Eso se llama resistencia.

Siguieron por el pasillo de caravanas y llegaron al emplazamiento de la toma del día: un afloramiento de roca desértica, sobre la que colgaban micros de jirafa semejantes a pájaros de cuello largo. Armas se reunió con ellos bajo la sombra de la roca.

—Bienvenidos. Estaremos listos en un minuto...

El director de cámaras estaba más allá, controlando por última vez las luces con su medidor de contraste, que sostenía en alto como si fuera un monóculo ahumado.

—Podemos hacer nuestra toma maestra desde aquí y luego pasar al extremo de la roca para el primer plano de David.

Armas asintió y colocó en posición a los dos actores.

—Os habéis conocido en el polvo, vagabundo y mago, y entre vosotros hay un vínculo, la afinidad de los parias. El mago ha surgido de la piedra, los chicos de computación tienen una técnica que proyectará la imagen de Víctor en la vertiente rocosa y la sacará de allí, no me preguntéis cómo. David, tú viste cómo ocurría y sabes que ese hombre es poderoso. Eres cauto pero respetuoso y poco a poco se va formando el vínculo.

—Las marcas están aquí... —el asistente de dirección llevó a Caspian a su posición. La roca desnuda asomaba por encima de él y el equipo de cámaras estaba pocos metros más allá, desde donde retrocederían lentamente.

—Mira al frente, David, al horizonte.

Fijó la vista en el ondulante calor tropical. *Gebrochene Blumen*, dijo la sombra.

—¿Se ha ido? ¿Qué quiere decir eso de que ya no está? —Félix se pasó una mano por la frente; telarañas de pensamientos ajenos cubrían su cerebro; movió la cabeza para orientarse. Estaba en un frío bloque de piedra, de pie ante el médico residente de la fábrica de armamentos de Von Göttingen. El doctor levantó la vista de sus papeles.

—Yo la saqué de aquí —se volvió hacia la ventana, a través de la cual se veía a los obreros arrastrando los pies en su marcha esquelética—. Usted me dijo que me cerciorara de que recibiera un buen tratamiento. Aquí no hay ningún buen tratamiento.

—¿Dónde está ahora?

—No se dedica a echar paladas de carbón ni a martillar calderas.

Félix reprimió su indignación. ¿Y por qué, se preguntó, es tan importante para mí esa chiquilla, esa desconocida?

—¿Adónde la envió, doctor?

—Un colega mío del Danzig Institute está llevando a cabo unos experimentos inocuos. Se la mandé a él. Estará bien alimentada y ha salido de esta atmósfera perniciosa —el médico hizo una pausa—. Mi colega es un mujeriego, debo reconocerlo, pero dadas las circunstancias...

Félix asintió. Dadas las circunstancias, ser violada en el Danzig Institute era un destino benevolente.

—¿Y sus experimentos?

—Dieta, terapia eléctrica, una pizca de psicología... —el doctor volvió a mirar por la ventana, hacia el recinto de prisioneros—. Vivirá. Yo hice lo que pude.

Félix abrió la puerta del consultorio e hizo una seña al cabo Sagen, que fue hasta el coche y volvió con una caja grande. La dejó delante del médico, que lo miró inquisitivamente. Félix abrió la caja, dejando al descubierto montones de medicamentos, ampollas, jeringas. La voz del médico bajó hasta transformarse en un susurro.

—¿Cómo logró...?

—Use todo discretamente.

El médico pasó tiernamente los dedos por los frascos y volvió a mirar a Félix.

—¿Todo esto por esa chica? ¿Es de su familia?

Félix fijó su mirada vacía en las medicinas que había llevado, pues la pregunta era tan excesiva para él como para el médico.

Dio medio vuelta y salió del edificio del hospital. El cabo Sagen lo esperaba sentado rígidamente al volante, pálido. Félix comprendió que había visto a los voluntarios judíos que acababan de salir a rastras de sus perreras.

—Vamos.

Avanzaron durante horas en medio de la noche; el nombre del coronel Mueller les abría todas las barreras de los puestos de control. Félix fijó la vista en el camino oscuro y la monotonía lo inundó, jugando con su mente... y vio figuras de ensueño cuya contemplación cubrió su ser con una felicidad imposible, porque esas figuras estaban lejos de la torturada Alemania, lejos en el tiempo y en el espacio. Provenían de su idilio tropical, donde estaba toda su dicha acumulada.

Si el secreto de los sueños pudiera aprenderse, reflexionó, con la cabeza todavía asintiendo en dirección a la puerta mientras el coche rodaba, si el secreto de estas islas benditas pudiera desentrañarse, se desvanecerían las calamidades del hombre.

Sintió el consuelo del sueño con las lenguas de plata de la luna lamiéndole el cerebro. Y el sonido de las ruedas del coche sobre el pavimento se transformó en las alas zumbantes de su libélula, portera del ensueño.

Conozco una parte de mi secreto. Esta tierra no es como los hombres creen.

—Pensamientos delirantes, cabo —dijo, girando otra vez la cabeza hacia delante.

—¿Cómo dice, señor?

—Puertas en la oscuridad que se alzan cuando uno está semidormido. ¿Nunca lo experimenta?

—Si conduzco mucho tiempo, unas cosas me saltan encima.

—¿Qué?

—Monstruos —dijo Sagen.

Félix se enderezó y miró por el parabrisas el paisaje desolado y a oscuras.

—En estos tiempos andan muchos sueltos.

Sonaron cañonazos al oeste y el cielo se cubrió con su luz relampagueante.

—Por todo esto damos gracias a nuestro Jefe —dijo Sagen y aceleró.

—Nos estamos acercando a Mecklenburg —comentó Félix cuando los faros iluminaron ricas tierras agrícolas. Dentro de dos horas estarían en Berlín. Escudriñó la oscuridad en busca de hitos familiares, una posada a la que una vez había ido, en las cercanías. Había una bella calzada de grava blanca, la casa era de abeto y cedro, con paneles de roble. Pasar allí una tarde con la comida y el vino humilde de los tiempos de paz... parecía una fiesta de dioses ahora, cuando los mejores vinos eran amargos.

Los monstruos de la oscuridad desfilaron por su mente, entre ellos el teniente coronel Emil Weiss. Sentía la red del jefe de la Gestapo extendida en el campo, entrelazada en la vida de la gente, en el ejército, en la industria; todavía no tiene

bastante para colgarme. Espera. Tejiendo su red.

Félix se frotó los ojos para librarse del sueño.

—A través de una de las puertas de nuestros sueños, cabo, está el camino de la seguridad.

—A mi deme un bunker de hormigón —dijo el cabo Sagen—. Con paredes de cinco metros de espesor y totalmente enterrado. Ese es el camino a la seguridad.

—¿Es el único camino?

—Yo dormiría tranquilo con varias toneladas de tierra sobre mi cabeza, señor, y usted también.

Hicieron el resto del viaje en silencio y finalmente entraron en Berlín cerca de medianoche; fueron directamente a Bettinastrasse, en Grunewald, donde el coronel Mueller había adquirido una mansión al diez por ciento de su valor: sus propietarios se habían evaporado, *In Nebel aufgelöst*, transformados en neblina.

El edificio estaba oscuro cuando entraron en su rampa circular y un guardián se adelantó a identificarlos. Félix autorizó a Sagen a retirarse y entró solo hasta el estudio de Mueller, donde éste estaba sentado delante del fuego.

—Siéntate, muchacho, y comparte conmigo la última botella de brandy decente que queda en Berlín.

Llenó otra copa y Félix entrechocó la suya con la del anfitrión. El coronel estaba de uniforme pero se había quitado las botas negras y apoyado los pies en un escabel bajo con bordes dorados. Pasó a Félix una bandeja de galletas untadas con caviar; Félix cogió una que, debido a su agotamiento, se le cayó al suelo.

—Déjala —dijo Mueller—. Ahora pertenece al infierno, pues ha caído allí por derecho propio. Una práctica en las antiguas casas romanas y una idea que me encanta. ¿A ti no?

Félix observó la galleta volcada y las minúsculas cuentas negras sobre el lustroso suelo de madera dura.

—Necesitamos toda la ayuda que podamos obtener, supongo.

—Sí, ahora la propia Alemania pertenece al infierno. Nos hemos hundido a través de una grieta en la corteza de la tierra y seremos tragados.

—Creía que eran los rusos quienes nos tragarían.

—Sólo nuestra porción exterior. Es el destino el que nos engulle realmente. Hasta la última vena.

—Te encuentro muy animado delante del fuego.

—Dime... ¿encontraste a tu amiguita en la planta de Von Göttingen?

—La enviaron a Danzig. Con un médico.

—En estos tiempos hay muchos traslados de gente joven. Existe un negocio regular de trata de blancas entre los oficiales alemanes que vuelven del Este. Se regalan mujeres. Cada vez nos parecemos más a Indostán.

Félix fijó la vista en la chimenea. Las danzarinas puntas de las llamas exhibían ante él su aspecto demoníaco.

—Weiss, el jefe de la Gestapo, sigue tu carrera con interés.

Mueller bebió, observó la copa con admiración a contraluz y volvió a dejarla en la mesa.

—Tienes que visitar a María. Está asustada.

—Tal vez lo mejor sería retirarla.

—Un embarque de bienes confiscados en los territorios del Este está en camino. Una pequeña fortuna en oro y joyas —Mueller volvió a llenar su copa y se la llevó a los labios—. Una parte irá al Reichsbank de Frankfurt, y la otra, con ayuda de María...

—¿Quién está implicado?

—El presidente del Reichsbank. Un hombre de... cómo te diré... gustos refinados. Tengo un archivo bastante interesante sobre sus actividades fuera de las horas de trabajo. De hecho, yo mismo organicé algunas de esas actividades —Mueller sonrió y se frotó ligeramente la mejilla con el meñique, en el que centelleaba un anillo de diamantes—. El pobre hombre se reunirá con María, cuya delicadeza y tacto le dará confianza en que nunca lo traicionaremos. A cambio sólo le pedimos un pedazo de papel en el que diga que su banco recibió la totalidad del embarque —Mueller sirvió más brandy en la copa de Félix—. La mitad, por supuesto, estará en tus manos camino de una posada que, convenientemente, ahora es de mi propiedad. Y allí descansará el tesoro.

—¿Y el jefe de la Gestapo Weiss?

—Él también descansará.

Félix se incorporó y terminó su brandy. Los monstruos de la chimenea bailaban, los dedos de las llamas gesticulaban.

Mueller se levantó de su sillón y permaneció delante del fuego, junto a Félix.

—Mi familia lo parará en el último escalón. Su caso nunca llegará a los oídos adecuados —le apoyó una mano en el hombro—. Ocurre todos los días. Baja una cortina impenetrable, desde lo alto, y los jefes de la Gestapo ambiciosos conocen los límites de su poder —el coronel se inclinó hacia delante y hurgó el fuego con un atizador de hierro—. Nosotros gobernamos, mi querido muchacho, y hemos tenido éxito. El conde Wolf von Helldorf obtuvo un millón de marcos de los judíos a cambio de pasaportes y visados. Göring consiguió el carbón, las fábricas siderúrgicas y el palacio de Louis Rothschild. Yo me he ganado algunas posesiones. Hasta los chóferes de los Gauleiters han hecho millones. Y tú mismo has prosperado —el fuego reaccionó ante el atizador, las llamas se elevaron hacia la oscuridad del tubo de la chimenea—. Habla con María. Tranquilízala. La guerra significa prosperidad para la gente juiciosa.

—¿Sabes que Von Göttingen tiene hombres viviendo en perreras?

—Si viven en tubos de dentífrico y los exprimen todos los días, no es asunto mío ni tuyo —el coronel Mueller lo acompañó a la puerta—. Visita a María y vuelve a verme.

—¿Cómo puedo transmitirle confianza a María si yo mismo...?

Mueller sacó un fajo de papeles de su bolsillo.

—Esta es la firma del *Führer*. El jefe de la Gestapo Weiss no puede hacerte daño.

Félix salió al pasillo, bañado en la luz de lámparas empuñadas por querubines seculares. Mueller se paró bajo su destello y las medallas de su pecho brillaron delicadamente. No había estado cerca de un disparo en dos guerras mundiales y sin embargo tenía la Cruz de Hierro. Miró a Félix a los ojos y habló serenamente.

—Unas cuantas pistas comerciales y la santidad de las buenas relaciones... nuestro ejército alemán conduce vehículos alimentados con combustible de la Standard Oil de Nueva Jersey —Mueller sonrió, dio media vuelta y se retiró a su estudio.

—Vino de manzanas, ¿recuerdas? Lo bebimos en aquella posada cercana a Sachsenhausen —María le dio el vaso desde la cama. El encaje de dosel colgante proyectaba una red de sombras en su brazo; en la mesa había una garrafa casi vacía y dos vasos.

—He bebido demasiado —Félix cogió los pantalones del respaldo de una silla del tocador y se los puso torpemente.

María alargó la mano en busca de un cigarrillo; el camión se le abrió en el cuello y sus senos se balancearon hacia adelante con gracia indolente.

—Das la impresión de haber perdido interés en mí, querido. ¿Hay una nueva? ¿Una breva de la Liga de Colegialas Nazis? Sé que has viajado por provincias —encendió el cigarrillo y su figura apareció en el espejo alargado contiguo a la cama. Pareció ver a una desconocida, se pasó la mano por el pelo—. Detesto esta luna de papel en la que cabalga. Se acabó.

—No es tan fácil —Félix arrojó un sobre lleno de dinero sobre la cama—. Con los recuerdos de Mueller. Tiene una nueva misión para ti.

María se volvió hacia el tocador, abrió el joyero. Destellaban las gemas en brazaletes, anillos, broches. Pasó suavemente una uña por sus facetas.

—¿Quién es el caballero?

Félix se abotonó la camisa, se anudó la corbata.

—Podría ser de mucho valor para ti. No hay nada como un presidente de banco.

—Tú eres la única esperanza que tengo —María cerró el joyero y se volvió hacia él—. Sólo Félix el estraperlista puede ayudar a desaparecer a alguien sin dejar rastro. Has arreglado documentos para otros. Prepara alguno para mí, porque me estoy asustando.

—Mientras seas valiosa para Mueller, no corres ningún peligro.

—Emil Weiss me ha puesto blanca de miedo. Y Mueller nunca me protegerá.

Félix cogió su billetera y sacó una llave.

—De mi caja fuerte. Si algo me ocurre, allí encontrarás la solución.

—Un montón de millonarios han sido colgados por la Gestapo.

—No tantos, créeme. Y nunca los inteligentes.

María levantó la llave, la examinó atentamente, la hizo girar en una cerradura invisible.

—La llave del corazón de Félix. De allí salen sus sentimientos a trompicones. Tintinean con el sonido de monedas.

—Para hacer juego con los tuyos —se puso la chaqueta, la abotonó lenta y cuidadosamente, dirigiéndose al espejo de María—. Por fin he llegado a ser un buen actor, María.

—Oh, siempre tuviste algo. Una especie de presencia inverosímil. Una te miraba y siempre se preguntaba cómo se atrevía ese hombre a ser actor —se puso detrás de él y le echó los brazos al cuello—. Me siento atraída por ti, ahora que has encontrado a una colegiala nazi.

Félix dio un toque final a la corbata y miró el reflejo de María en el espejo, a su lado.

—Dos libélulas que vuelan como si fueran una. ¿Nunca lo has visto? Un equilibrio perfecto, los cuerpos unidos, las alas agitadas al unísono —apartó los brazos de María de su cuerpo—. Debo irme. Y tú tienes que recibir a un banquero.

—Todos seremos atrapados por Weiss.

Félix se acomodó la gorra en la cabeza y pasó delicadamente una mano por el ala.

—Te conseguiré papeles demostrativos de que nunca fuiste otra cosa que una agente de seguros.

Se volvió para irse, sintió que algo atravesaba su mente durante una décima de segundo, un minúsculo tiro fallido que ya conocía. *Petit mal*, dijo para sus adentros.

—David, Roma, estupendo, grabaremos eso.

Caspian miró a Roma. Ella sonrió y le tendió la mano. Más allá de ella estaba el equipo de cámaras, el personal de vestuario, la gente de maquillaje, los técnicos. Él sintió que todo se solidificaba lentamente, su mundo, su película, su coprotagonista, con quien acababa de interpretar otra escena de la que no tenía memoria. Roma lo cogió del brazo.

—Una toma realmente de categoría —dijo—. A Armas le encantó. Tú estuviste maravilloso, por supuesto, ¿pero cómo lo habré hecho yo?

*Estuviste perfecta, María, dijo Félix.*



## Capítulo 14

La casa de Fay Ropert en Beverly Hills estaba protegida de los intrusos con altos setos de cedros.

—Un precioso bien raíz —dijo Myron Fish—, que en otros tiempos fue mío. — Estaba de pie junto al piano, charlando con Caspian—. Fay la consiguió, Dios la bendiga, con una de las actuaciones más conmovedoras que he visto ante un tribunal de divorcios —Fish bebió—. El juez tenía la mirada empañada. Yo estaba paralizado.

Fish paseó la mirada por su antigua casa y sus antiguos jardines, y levantó la copa para brindar por todo.

—Algún día será presidenta de un estudio —se volvió hacia Caspian—. ¿Cómo te sientes? ¿Te estás relajando?

—Completamente.

—Julius quiere que te relajes durante tres días seguidos. Por eso estamos aquí.

—Me estoy relajando.

—¿Entonces por qué razón tus ojos parecen un caldo de pollo? —Fish dejó su copa en una mesa del patio. Desde el interior de la casa de su ex mujer llegaba el bullicio de una fiesta—. Al menos no son mis bebidas las que tira por la ventana.

—¿No le pagas alimentos?

—Naturalmente.

—Entonces es tu bebida la que está tirando por la ventana.

—¿Cómo pudo hacerme esto aquel juez tan apuesto? Se parecía a Cary Grant.

—Tendrías que haberte hecho agente suyo.

Caminaron juntos por el jardín. Fish apoyó una mano en el hombro de Caspian.

—Te diré algo sobre la ex señora Fish. Un día nuestra criada nos informa que se casa. Como regalo de bodas, Fay le da el día libre —Fish miró a Caspian a los ojos—. Una mujer en la que jamás se esbozó un espíritu generoso —tomó la delantera para subir unos peldaños de piedra. A través de los árboles habían tendido faroles de colores. La piscina estaba radiante con la luz de los focos bajo el agua. Los invitados conversaban a la luz cálida y suave de los faroles, mientras desde el salón llegaba la música de un reducido conjunto de jazz cuyo bajo y vibráfono sonaban discretamente.

Carol Caspian, con pantalones y chaqueta de lamé plateado avanzaba hacia ellos con una copa en la mano. Su chaqueta estaba cosida con pequeños parches negros de lunas crecientes y llevaba puesto un turbante alto, también negro, del que asomaban sus rizos a la altura de la frente. Fish le tomó la mano.

—Eres lo más brillante que hay en esta fiesta.

—Gracias, Myron, creí que podía parecer un paquete de caramelos Twinkie.

—Arrebatadora, querida mía.

—De hecho, la vida de un Twinkie en el estante es de veintisiete años —Carol se metió un rizo en el turbante—. Pero el envase se estropea antes.

—¿Has visto a Fay?

—Estaba hablando con un dentista que da la impresión de haber estado a la sombra.

—Lo conozco —dijo Fish—. Hace anuncios en color y a toda página. Su consulta parece una discoteca turca.

—¿Pero te gustaría que te introdujera los dedos en la boca? —Carol se volvió hacia Caspian—. ¿Te diviertes, querido?

—Se está relajando —terció Fish.

—Me estoy relajando —dijo Caspian.

—Yo estuve hablando con Flametta Bonfili —dijo Carol—. Ha tenido todo tipo imaginable de maridos.

—Está haciendo un film para Fay —dijo Fish—. Se llevan de maravilla.

Carol se asomó al gran ventanal redondo que comunicaba el salón con el jardín.

—Bien, me vuelvo con Flametta —dio un beso a Caspian en la mejilla—. Sólo vine a ver si unas exóticas mujeres acechaban a David —se alejó, con los pantalones de lamé ceñidísimos a sus esbeltas caderas.

—Ni un gramo de grasa —dijo Fish—. ¿Dónde hace ejercicios?

—Se desmayó tratando de seguir el vídeo de Jane Fonda.

—Ha sido bendecida con genes de delgadez. Los míos tienen la forma de un queso —Fish intentó meter la cintura pero enseguida renunció—. Tengo que hablar con alguna gente. ¿Puedo confiar en que te mantendrás apartado de los astrólogos?

—Estoy muy bien, Myron. Estabilizado por tu compañía.

—No quiero que desaparezcas tres días.

—Me quedaré aquí, respirando el aire que antes era de tu propiedad.

Caspian se sentó en los escalones de piedra que daban al jardín. Vio llegar a Fay a través de la reluciente cortina de abalorios del salón; los abalorios tintinearono suavemente al caer. Fay llevaba un largo vestido negro, con una cola que arrastraba silenciosamente sobre el suelo de madera; la pechera tenía un escote en V que le llegaba al ombligo, desde donde colgaban hasta sus muslos las largas puntas de un ancho fajín rojo. Su andar era el mismo merodeo sensual que utilizaba en las películas veinte años atrás, pero esa noche David detectó un leve bamboleo.

—David, querido... —se sentó a su lado—. ¿Por qué estás tan solo? ¿Dónde está Carol?

—Hablando de maridos con Flametta Bonfili.

Fay miró hacia atrás por encima del hombro.

—El fuego de la chimenea está encendido y espero que nadie se caiga dentro —agitó su melena clara y veteada, subió lentamente la mano apilándola en lo alto de su cabeza durante un segundo y volvió a dejarla caer—. ¿Te parezco ligeramente achispada?

—Sólo levemente.

—Lo sospechaba. *Me siento* ligeramente achispada —se apoyó en su brazo—.

Todos son vendedores de coches usados, David, con monos y elefantes.

Caspian bajó la vista por el jardín, hasta un palmeral de árboles en miniatura, mientras Fay se acomodaba los bordes del vestido.

—Monos y elefantes —repitió como para sí misma.

—¿Quiénes, Fay?

—Todo el mundo.

—Comprendo.

—En el productor no se puede confiar, de modo que contratamos a un productor ejecutivo para vigilar al productor. Pero el productor ejecutivo tampoco sabe lo que está haciendo.

—¿Una película difícil?

—Un importantísimo fiasco, y está todo en mi cabeza. ¿Pero sabes lo que digo?

—¿Qué dices?

Fay volvió la cabeza hacia él y le rozó la mejilla con el pelo. Lo miró a los ojos y él vio a una mujer de otra época, a la estrella berlinesa de *music hall* Gerta Schaffers.

—Me encanta la forma en que me miras —Fay avanzó indecisa la mano hasta apoyarla suavemente en la de él—. Aquel día que almorzamos... ¿recuerdas?

—Sí.

—David, mi vida no se compone únicamente de dólares y cuotas de distribución. ¿Comprendes?

David miró hacia los árboles. Fay levantó lentamente la mano de él y la apoyó en su escote.

—En otros tiempos estas tetas eran famosas —con la otra mano Te cogió el cuello y atrajo sus labios hacia los de ella. Fue un beso suave, deliberado. Apartó la boca lentamente—. Hay un pequeño bungalow en el fondo del patio.

—Esta noche no.

—¿Cuándo?

—Fay...

—No deberías emitir señales de cópula si no tienes intención de hacerlo. Es embarazoso para una mujer, especialmente a mi edad —echó la cabeza hacia atrás y ajustó el fajín con un brusco tirón.

—Fay, eres una mujer muy atractiva. Te miré y ahora lo lamento. Por un momento...

—Sí, fue un instante encantador. Dejémoslo así, por favor —Fay se levantó, hizo girar la cola a su alrededor y se alejó deslizándose. De pronto parecía muy sobria y Caspian supo con absoluta certeza que nunca haría otra película en el estudio de ella.

—Tanto mejor —dijo mientras se incorporaba.

Bajó los escalones del jardín y salió a la calle, donde había aparcado el Porsche. Subió y arrancó, dejando que el ronroneo del motor meciera sus emociones.

—Ve a una fiesta para mejorar tus contactos comerciales.

Encendió la radio y se dirigió a Sunset. El *boulevard* serpenteaba entre las

palmeras y otras cortinas del follaje de Beverly Hills, un camino bien pavimentado por el que los actores habían conducido durante décadas, pensando en sus carreras. Reflexionó en la propia. En otra época había sido tan frío que nada podía pararlo, pero ahora era cálido. Ahora podía darse el gusto de filtrar el amianto de su agua potable.

Se dirigió al distrito de Hollywood, donde el suave progreso se convirtió en traqueteantes paradas y arrancadas ante los semáforos. Se acercó al bordillo, aparcó, se apeó. Estaba en la barraca de tiro al blanco del alma; las chillonas luces del Strip destellaban en estampas de colores discordantes. La banda sonora no tenía adorno, la música de tiendas de discos y vídeos atronaba en la calle. Fulanas tan bellas como Flametta Bonfili caminaban por la calzada. ¿Quién distribuye los papeles?, se preguntó. Se abren paso a codazos en el Polo Lounge y se abren paso a codazos en Sunset Boulevard, y uno es legal.

—Conocí a un actor —dijo en voz alta mientras seguía andando— que tenía un perro de tres patas al que llamaba Trípode —rió y siguió andando. Los portales estaban llenos de gente que trabajaba la noche, vendiendo todo lo que quisieras comprar. Por todos lados se oía la risa tintineante de los extras y la estrella era el Sunset propiamente dicho.

—Y yo soy sinceramente tuyo, Johnny Dollar —volvió a reír envuelto en las luces, los sonidos y la bruma tropical. Franqueó la puerta de un bar tenuemente iluminado y miró la hora.

La hora era correcta pero el reloj no.

Bajó la vista hacia el reloj de aspecto extraño... con caja plateada y las alas de un águila en la esfera.

Félix levantó la vista del reloj y observó la vasta extensión de Friedrichstrasse, con el pavimento brillante por la ligera lluvia que caía en la oscuridad.

A su izquierda estaba Behrenstrasse; las dos calles se cruzaban en un laberinto de fachadas de edificios, cervecerías, tiendas de máquinas fotográficas, estancos. Algunas estaban iluminadas, otras ya no tenían ninguna luz. Mantuvo los ojos fijos en el cruce. En el momento preciso, asomó el morro el Mercedes negro de Emil Weiss. El coche del jefe de la Gestapo cruzó Behrenstrasse, seguido por su escolta armada en otro coche negro cuyos limpiaparabrisas estaban en movimiento.

Esperó a que pasaran y se encaminó a la esquina. Una furgoneta de reparto se apartó del tráfico y frenó junto al bordillo. El cartel de la portezuela la identificaba como un servicio de limpieza de tapicerías. Abrió y subió de un salto al asiento delantero, junto al Comadreja.

—¿Lo ves? —Félix señaló a través del parabrisas húmedo, mientras el Comadreja volvía a mezclarse en el tráfico.

—Está a la vista —el Comadreja hizo avanzar rápidamente la camioneta por Friedrichstrasse, hasta situarse unos coches detrás del de los guardaespaldas de la Gestapo.

—Es puntual.

Los guantes negros del Comadreja mantenían en equilibrio el volante en el lento fluir del tráfico nocturno.

—Será mejor que te prepares.

Félix trepó a la parte trasera de la furgoneta.

—Apesta a líquido limpiador.

El Comadreja habló por encima del hombro.

—Garantizamos que no recibirá su tapicería con pliegues torcidos, ni encogimientos, ni costuras desiguales.

Félix se arrodilló y apartó una lona que cubría una MG42; la enorme ametralladora estaba cargada y brillaba, cuidadosamente equilibrada sobre sus dos patas extendidas. Al lado había una bolsa con granadas de mano y un fusil ametrallador, que Félix pasó al asiento delantero. El Comadreja la acarició tiernamente.

—Es un Kalashnikov. Ruso. Un arma mucho mejor que las que usa nuestro glorioso ejército alemán.

—Aquí también hay un elegante cubrecama —dijo Félix mientras enfocaba la linterna hacia una tela de ricos brocados.

—No tuve tiempo de descargar.

El Comadreja se desvió y adelantó otro coche, acercándose a los dos de la Gestapo. Félix pasó la luz de la linterna por el panel de la puerta corrediza. Tocó el pestillo y la puerta se abrió suavemente sobre la avenida mojada por la lluvia.

—Está entrando corriente —dijo el Comadreja.

—Quería probar.

—Siempre he sido sensible a las corrientes de aire —dijo el Comadreja.

Félix cerró la puerta y se acercó a la salida trasera de la furgoneta: puertas dobles que se abrían hacia afuera, con una ventanilla en cada una.

—Olvídalas —dijo el Comadreja—. Lo cogeremos de costado. Pero no abras hasta el último momento.

—A causa de la corriente, sí, comprendo —Félix observó la calle brillante por las ventanillas traseras.

—Tendremos que ir delante de él, para que si su depósito de gasolina estalla no nos coja a nosotros.

Félix se arrodilló junto a la MG42.

—Ochenta descargas en treinta segundos. Pero he disparado pocas veces una de éstas.

—A esa distancia, hasta un pomerania ciego le acertaría.

Félix volvió arrastrándose hacia el asiento delantero y se arrodilló detrás del Comadreja. La furgoneta avanzaba lentamente y el reloj de Félix más lentamente aún; tenía la vista fija en el diminuto segundero. Miró por la ventanilla y vio un viejo cartel conocido, pegado a una valla pública.

—Si ahorras cinco marcos semanales —leyó en voz baja—, podrás disfrutar de tu propio coche de recreo.

—Nadie consiguió siquiera el tornillo de una rueda.

La furgoneta volvió a adelantar y Félix vio que el Comadreja se ponía directamente detrás de la Gestapo.

—No falta mucho —dijo el Comadreja—. Tiene reservas en el Artistes Club de la Skagerratplatz. —El Comadreja movió suavemente la palanca de cambios, la furgoneta aceleró y Félix fue a rastras hasta el panel lateral corredizo y aferró los picaportes.

—Si fallo —dijo tranquilamente—, la semana que viene haré saltar por los aires el Artistes Club.

—La escolta aparca siempre directamente detrás de él. Cuando lo liquides, estarán demasiado petrificados para moverse. Las ráfagas de ametralladora no son la especialidad de esos chicos.

—Abriré la puerta.

—Todavía no —chilló el Comadreja.

—Tendrías que haberte puesto los calzoncillos largos.

El Comadreja viró violentamente la furgoneta en segunda.

—Abre.

Félix abrió. Los dos coches de la Gestapo se habían arrimado al bordillo. Se apuntaló en las penumbras de la furgoneta, ocultó el cuerpo y apuntó la ametralladora. Vio el rostro de Emil Weiss que se volvía hacia él y abría los ojos desmesuradamente, horrorizado al ver la boca del arma; a pocos pasos del jefe de la Gestapo, Félix vio a su amiguita de esa noche, con la cara de una de sus noches de amor, de tiempos lejanos.

—¡Es Gerta!

—¡Dispara! —gritó el Comadreja.

Los proyectiles perforaron el costado de la furgoneta cuando la escolta de la Gestapo cubrió el coche de Weiss mientras disparaba desde sus ventanillas. El Comadreja adelantó la furgoneta y Félix se tambaleó hasta las puertas traseras. Las abrió de una patada, se colocó en posición y arrojó una granada.

La granada botó una vez y rodó debajo del coche de la escolta. Un segundo después el vehículo estallaba en un penacho dorado, sus portezuelas y ventanillas volaban por encima de los postes de la electricidad. Félix cerró las puertas de un tirón y volvió a arrastrarse a través de la furgoneta ladeada.

Las calles volaban junto a la ventanilla mientras el Comadreja seguía la ruta de la huida.

—¿Por qué no reventaste a Weiss?

—No podía estando Gerta cerca.

—¿Tanto significa para ti?

—Eso parece.

El Comadreja giró sobre dos ruedas, atravesó una barricada de madera y llevó la furgoneta por una calle bombardeada. El vehículo se sacudía y botaba, el chasis golpeaba violentamente el pavimento lleno de baches. Al final de la manzana frenó, junto a la entrada de un túnel subterráneo clausurado.

El Comadreja bajó de un salto, con la Kalashnikov, y Félix lo siguió. El primero señaló la entrada y Félix trepó por los ladrillos desparramados, y bajó por la escalera. El Comadreja sacó una granada del bolsillo, tiró del seguro y la lanzó a la parte trasera de la furgoneta.

—Devolvemos la tapicería sin las costuras desiguales.

Se zambulló escaleras abajo junto a Félix cuando se produjo el estallido que enterró la entrada en cascotes y un revoltijo de metales. Guiados por la linterna de Félix llegaron al pie de la escalera y cruzaron el andén.

—Abajo —el Comadreja se deslizó por el borde hacia las vías; Félix lo siguió y avanzaron rápidamente en la resonante oscuridad del túnel húmedo y desierto. La linterna jugueteaba en los raíles brillantes, la sucesión de traviesas, la cantería de las paredes.

—Tendría que haber disparado —dijo Félix.

—Vendimos a Gerta ropa interior francesa y ahora vacilamos en dispararle una descarga de ametralladora —el Comadreja empujó hacia atrás su pequeño sombrero de hongo—. La dama está en deuda con nosotros, tal como yo interpreto las cosas.

Sus pisadas sonaron bajo la cúpula hueca; la lluvia nocturna se había filtrado por las grietas y goteaba en el túnel. Félix enfocó la luz sobre el cuerpo gris de una rata que se escabullía; el animal desapareció en otra vía. Félix se volvió hacia el Comadreja.

—No pudo verme. Yo estaba en la sombra.

—Le enviaremos una rosa y un par de braguitas color limón. Sabrá quién las envía.

—¿Pero qué hacemos con Weiss?

—Cuando la muerte le perdona la vida a un hombre en una noche de lluvia, sus adversarios también deben hacer una pausa —el Comadreja se colgó del hombro la Kalashnikov.

Félix paseó el haz de la linterna por las paredes y luego otra vez por los raíles. La luz parpadeó y se apagó.

—Dame una cerilla, debe de estar floja la bombilla.

Chasqueó la cabeza de una cerilla en la oscuridad y una minúscula llama cobró vida frente a la cara del Comadreja. Pero no estaban en un túnel de metro y el Comadreja usaba gafas oscuras.

—No es frecuente que un *pistola*<sup>[4]</sup> como yo reciba a un hombre como usted, señor Caspian —Niño Carillo acercó la cerilla al cigarrillo de Caspian. A su espalda estaban las paredes de arcilla roja de una cervecería mejicana. Niño se acomodó las gafas ahumadas, apoyándolas suavemente sobre su larga nariz puntiaguda—. De

modo que invito yo.

El camarero dejó dos vasos sobre la mesa. Caspian inclinó un vaso tembloroso.

—Niño, ¿dónde estamos?

—Ya se lo he dicho, en el Club Serpentino. Soy propietario de la mitad. La mitad que va hacia el techo —Niño rió y golpeó ligeramente las dos palmas de la mano sobre la mesa—. ¿Qué tal es su equipo de alta fidelidad? ¿Tiene un último modelo? Acaba de caer en mis manos un sistema que es una verdadera ganga —Niño soltó otra carcajada y se llevó el vaso a los labios—. El único problema es que no podemos darle garantía.



## Capítulo 15

—Cada vez que estoy deprimido me compro un juguete —Ed Cresswell y Caspian se encaminaron a la puerta de Nostalgia y entraron, acompañados por un campanileo, en una tierra de fantasía—. Uno de mis principales proveedores —prosiguió Cresswell mientras bajaban por un pasillo bordeado de velocípedos, vagones, cochecitos de muñecas, patinetes y botes de arena, todos con la pintura y los rótulos de hace tiempo. Cresswell se detuvo ante una vieja bolsa de red llena de canicas de cristal—. Jugadores —dijo, levantando una de las bolitas de color rubí—. Tendría que haber más jugadores —le dio la bolsa a Caspian y siguió pasillo abajo.

—¿Por qué estás deprimido?

—Por ser un viejo verde en una juguetería —Cresswell no dejó de avanzar por el pasillo—. Mira esto —cogió un submarino de lata gris, a cuerda, del que colgaban el rótulo con el precio original, de cincuenta centavos, y una etiqueta que detallaba sus posibilidades—. Se sumergía cuando recibía un impacto —se lo dio a Caspian—. Esto volverá más emocionante la hora del baño.

—¿Se están poniendo aburridos tus baños?

—Desde que perdí mi patito de goma —Cresswell interrumpió sus pasos ante una exposición de pequeños molinos de viento, carros y elevadores hechos con astillas de madera entrelazadas. Hizo girar lentamente, con un dedo, las aspas de cartón del molino—. La vida debería estar hecha de juguetes Tinker.

—Y tal vez lo esté.

—No, ha cambiado algo fundamental —Cresswell volvió a andar por el pasillo—. ¿Nunca tuviste un conejo saltarín? —apretó una perilla de goma y un viejo conejo comido por las polillas, unido a la perilla por un tubo, comenzó a saltar en su estante—. ¿O una autopista de juguete? —minúsculos coches y autobuses metálicos empezaron a recorrer una vía de metal y pasaron por un túnel, dando vueltas y vueltas. Cresswell se inclinó, con la nariz directamente encima de los cochecitos que pasaban a la velocidad de un rayo—. En otros tiempos fui el príncipe del país de las hadas.

—Todavía lo eres.

—Ahora me conformo con espiar por la cerradura —a la autopista se le terminó la cuerda y se interrumpió la circulación—. Pero espero la senilidad, momento en que todo quedará al descubierto.

Siguieron hasta el extremo del pasillo, donde un pequeño calesín colgaba del techo. El asiento era suficiente para un niño, estaba montado sobre dos ruedas esbeltas y tenía dos varas largas extendidas hacia afuera, para ser tirado por un perro.

—A mi perro le encantaría —dijo Cresswell—. Me pasaría el día entero tirando del calesín para pasearlo.

En el pasillo siguiente colgaba el títere de un Pinocho de madera con gorro de fieltro, del que asomaba una pluma diminuta que sombreaba su larga nariz de madera.

Al lado había una marioneta, un decrepito mono viejo cubierto por una andrajosa capa marrón. Cresswell levantó el mono y se lo puso en la mano. Le hizo mover la cabeza, abriendo y cerrando la boca rápidamente.

—*Saca tu cronómetro de mi camerino si no quieres que te lo meta por el culo.*

—Me gusta este mono —dijo Cresswell—. Tiene clase.

—*Permanece donde estás, Ed. Eres el mejor guionista de todos.*

—Me comprende —Cresswell entregó el mono a Caspian—. Ponlo con mis cosas.

—¿Y Pinocho?

—No necesito detectives narigudos. Con mi conciencia tengo bastante.

Pasaron a la sección de muñecas, donde había una hilera de cabezas dispuestas a reemplazar otras que se hubieran perdido. Las había de pelo rizado, pelo lacio, ojos movibles, ojos fijos.

—Te están mirando, Ed.

—Sí, las miradas de las muñecas penetran hasta el alma —Cresswell alargó la mano y cerró todos los párpados movibles—. Si no te molesta...

Caspian siguió pasillo abajo, hasta una enorme casa de muñecas victoriana; en todas las habitaciones había pequeñísimos muebles de la época, con sus arañas de luces, puertas y ventanas perfectas en todos sus detalles. En todas las habitaciones había muñecas vestidas, desde la bodega hasta la cocina y en el comedor, donde toda la familia rodeaba una mesa larga, con minúsculos platos.

Cresswell se asomó a las habitaciones con Caspian.

—La criada está en el gabinete con el señorito de la familia, marcándolo para toda la vida.

Caspian toqueteó los diminutos platos.

—A Alicia le encantaría.

—Y sólo cuesta lo mismo que un coche coreano.

—Creo que necesita un pequeño mundo que pueda organizar a su antojo.

—Aquí está el cuarto de huéspedes. Donde se queda su padrino el guionista cuando está sin trabajo.

—Cojámosla antes de que recupere la cordura —dijo Caspian y entre los dos acarrearón la casa de muñecas hasta la parte delantera de la juguetería.

El dueño de la tienda los saludó desde el otro lado del mostrador.

—Esa pieza es de museo. Tengo un gran teatro que perteneció a la misma finca. Un telón de terciopelo que se abre y se cierra, decorados que bajan y sobresalen, una luna creciente...

—¿En la que cabalga una niña?

—Con el teatro viene todo un reparto de actores con sus trajes.

—Ya he visto esa obra —Caspian arrancó el talón y se lo dio al juguetero.

—¿Usted se lleva algo, señor Cresswell?

Cresswell levantó la marioneta y le hizo mover la boca.

—*Jefe, no me venda a este chulo de putas chino.*

—... y las canicas y el submarino. ¿Eso es todo, caballeros?

—... *dirige un salón de masajes para monos...*

El dueño de la juguetería los ayudó a salir con la casa de muñecas y los acompañó hasta el coche de Cresswell, un viejo Pontiac desvencijado con un amplio asiento trasero en el que metieron la casa. Caspian y Cresswell montaron en el asiento de adelante y bajaron por Santa Mónica.

—Te divertirás con esa casa de muñecas, Caspian —Cresswell aceleró en el *boulevard*, zigzagueando como un loco en medio del tráfico—. Y descubrirás que las muñecas cambian de sitio cuando no las miras —viró delirantemente, aceleró y adelantó al coche que iba delante pasando a pocos centímetros de distancia—. Porque se ponen cachondas como cualquiera en este mundo.

—¿Nunca se te rompió esa palanca de cambios en la mano?

—A decir verdad, sí.

Se metieron en un bache y la vieja cafetera se sacudió hasta el chasis, mientras Cresswell maldecía y enderezaba el volante; el semáforo pasó al rojo y clavó los frenos. Caspian miró por la ventanilla y vio a dos hombres discutiendo en la esquina, uno de ellos bajo y moreno, de traje blanco y sombrero panamá.

—Parece que están haciendo un trato.

Caspian observó la figura menuda e impecable del moreno; sus gestos eran delicados y medidos. Volvió la cabeza hacia Caspian y sus gafas reflectantes le devolvieron la luz del sol.

—La parte trasera del edificio —dijo el Comadreja mientras subía al coche.

Félix hizo retroceder el coche hacia la calle iluminada por la luna.

—A veces me encuentro en otra tierra, hablando con gente a la que nunca antes había visto.

—No confíes en nadie —le aconsejó el Comadreja.

Félix rodeó el gran edificio de piedra del Danzig Anatomic Institute. Las verjas eran altas y terminaban en finas agujas de hierro; los muros eran de piedra gruesa, cubiertas de hiedra. Un vehículo anfíbio del ejército se acercaba desde el otro lado de la calle, conducido por un policía militar. El Comadreja llevó la mano a la pistola automática sujeta bajo el salpicadero.

El conductor del anfíbio los miró cuando se cruzaron; otros tres perros guardianes iban con él. El Comadreja sacó la pistola con un suave chasquido y se la apoyó en las piernas.

—Pasan de largo —dijo Félix con los ojos fijos en el retrovisor.

El Comadreja restituyó la pistola a su lugar y Félix condujo hasta la parte de atrás del instituto y aparcó, cerca de la entrada de servicio.

Se apearon y el Comadreja ocupó la delantera para cruzar la verja de hierro. Los jardines estaban tranquilos y las ventanas ennegrecidas. Félix lo siguió por un sendero hasta el edificio principal. El Comadreja se aplastó contra la pared y le habló

en voz baja.

—¿Cuánto nos paga la familia de la chica para hacer esto?

—No tiene familia.

—¿Quieres decir que sólo estamos aquí por caridad? —una mirada de incredulidad atravesó momentáneamente la expresión del Comadreja, seguida por otra de resignación. Acomodó el ala de su sombrero negro y se arrastró hacia la puerta. En el pasillo interior estaba de guardia un hombre de las SS, en un cubículo débilmente iluminado, donde daba cuenta de un tazón de sopa. El Comadreja abrió la puerta y entró. El hombre levantó la vista.

—Orden de los derviches de Bektashi —dijo el Comadreja, inclinándose ligeramente la cabeza.

El hombre de las SS, desconcertado, se volvió en su silla. El Comadreja, en un ágil movimiento, sacó la pistola y le apoyó el cañón en la sien.

—Buscamos a alguien.

—Puede llevárselo —la cuchara del guardia temblaba en la taza cuando miró oblicuamente los labios sonrientes del Comadreja y el cañón reluciente de la pistola.

Félix dio un paso al frente.

—Internada 2336787, Valentina Povanda. ¿Dónde está?

—Yo sólo vigilo los pasillos.

—Tendrás que vigilarlos con un agujero en la cabeza —el Comadreja soltó el seguro de la pistola.

—La encontraré —murmuró el guardia de las SS. Cogió el teléfono del cubículo y marcó un número. Lenta y claramente, cerciorándose de que el Comadreja oyera hasta la última palabra, inquirió por el paradero de la Internada 2336787. Moviéndose la cabeza afirmativamente y con mucho cuidado colgó el teléfono. Acompañeme.

Los guió a través del pasillo desierto y cruzaron la puerta del otro extremo. Un fuerte olor a sosa cáustica y sebo penetró en la nariz de Félix. Había toneles en el vestíbulo y cajas apiladas. Un hombre con uniforme blanco de laboratorio estaba entre las cajas, con un talonario de control en la mano. El Comadreja hundió la pistola en las costillas del guardia y dijo en un susurro:

—Habla desde los fondillos de tus pantalones.

El guardia saludó con el brazo rígido al químico y le dio las buenas noches.

—Montones de jabón —tartamudeó como un idiota, mientras la pistola del Comadreja le apretaba los riñones.

—Ochenta kilos —dijo el químico—. No demasiado, teniendo en cuenta nuestros esfuerzos.

Félix miró más allá de él, a través de la puerta abierta del laboratorio, donde burbujeaba una tina con una capa de grasa lisa y brillante en la superficie. El guardia charloteó un momento más y luego siguieron camino pasillo abajo.

—Lo hiciste bien —comentó el Comadreja—. Quizá te encuentre empleo en mi pabellón de caza en Balderschwang.

—No me dispare cuando esto haya acabado. Me importa un cuerno toda esta gente. Tengo una placa de acero en la cabeza —el guardia señaló la larga cicatriz que seguía la línea del nacimiento del pelo—. A veces olvido cosas. A veces olvido días enteros.

—Y noches.

—Sí, eso es. Días enteros con sus noches. Tengo fragmentos de metralla en lugar de sesos.

Los llevó hasta el otro ala del edificio. En el pasillo, en el lado exterior de la puerta de un aula, había un esqueleto humano unido por alambres. Las cuencas de sus ojos proyectaban sobre los tres la mirada vacía de los muertos; el guardia siguió adelante, hasta una amplia escalinata de mármol. Subieron con él y llegaron a un vestíbulo donde se veían placas con los nombres de diversos profesores. El guardia de las SS se detuvo ante la puerta del profesor Wolfram Hessel. Una débil luz atravesaba el cristal.

—Es aquí.

El Comadreja llamó delicadamente.

Se oyó un arrastrar de pies y una sombra se aproximó por el otro lado del cristal ahumado.

—¿Qué pasa? —la voz era brusca, irritada.

—Le han concedido la Cruz de Caballero, *Herr Professor* —dijo el Comadreja.

Se abrió la puerta y el profesor se encontró mirando la boca de la automática del Comadreja. Era un hombre maduro, con pantalones de tweed, la cadena de oro de un reloj a través del chaleco y gafas con montura de metal. Valentina Povanda estaba sentada en el sofá de cuero, junto a la ventana sombreada, con un camisón del instituto de gruesa tela blanca. En la mesa, a su lado, había dos copas y una botella de vino.

El Comadreja sacó el medallón gris de la Gestapo y un trozo de papel doblado, que desplegó ante la cara del profesor.

—Mandato de Registro V, expedido contra usted por esta cuestión.

—¿Cuestión? ¿Qué cuestión? —el semblante rubicundo del profesor se había quedado sin color.

El Comadreja se acercó a la niña y le tendió la mano.

—Tú debes venir con nosotros —se la entregó a Félix y volvió a hablar con el profesor—. Ponga sus asuntos en orden. Le doy de tiempo hasta mañana. Y tenga en cuenta que le concedemos este período de gracia debido a su reputación —el Comadreja hizo una pausa para observar de hito en hito al alelado y aterrorizado sabio—. Es una pena que no haya sido más discreto.

El profesor se dejó caer lentamente en un sillón.

—Yo... no he hecho nada.

—Sospecho que no es así, *Herr Professor* —el Comadreja se acercó a la mesa, levantó la botella de vino y acercó la etiqueta a la luz—. Cosecha Louis Roederer —

se sirvió una copa y lo olfateó apreciativamente—. Un vino que en estos tiempos sólo se consigue en el mercado negro. Pero supongo que usted lo ha reservado a lo largo de los años a la espera de este momento.

—Una fruslería —dijo el profesor mientras sacaba el pañuelo de su bolsillo, nervioso.

—¿Y también es una fruslería sacar clandestinamente prisioneros estatales del Reich?

—¿Sacar clandestinamente? —el profesor enarcó las cejas, atónito.

—¿Niega haber colaborado con dos estraperlistas en el traslado de niñas como ésta —el Comadreja señaló a la jovencita— a Suiza?

—¡Lo niego terminantemente! —el profesor saltó del asiento y el Comadreja volvió a sentarlo de un empujón.

—¿A diez mil marcos por cabeza? Bonito negocio. Usted ha sido visto en Langenstein Castle, en compañía de un comerciante sueco famoso por ayudar a escapar a polacos judíos a suelo enemigo.

—¡Nunca ayudé a escapar a un judío! ¡En mi vida he ayudado en nada a un judío!

El Comadreja sorbió el vino lentamente, haciéndolo girar con la lengua contra el paladar y luego tragando. Incluyó la cabeza hacia el profesor y sacó chispas por sus ojos de hurón.

—¿Acaso no le oyeron decir *robaremos todo lo que haya que robar*? ¿Niega tener una cuenta bancaria ilegal? ¿Y cenar pródiga y escandalosamente en restaurantes de lujo muy superiores a su posición? —se inclinó sobre el sillón del profesor Hessel y agregó tranquilamente—: Tendría que haber gastado parte de sus beneficios más sensatamente.

El profesor se hundió con la vista fija en el suelo y la expresión de quien ha despertado en una habitación que no reconoce. Tenía la frente perlada de sudor y un tic en los párpados. El Comadreja le alcanzó una copa del Louis Roederer.

—El condenado pidió lo mejor.

El profesor levantó la copa y con mano temblorosa volcó la mitad del contenido encima del chaleco antes de mojarse los labios. Luego, muy lentamente, algo pareció iluminarse en su cerebro. Se levantó rápidamente y se llevó la mano al bolsillo. Sacó la billetera y la vació en la mano del Comadreja.

—El salario de un mes. Es todo lo que tengo.

—¿El salario de un mes? ¿Un cerdo que ha vivido como los dioses se atreve a ofrecerme el salario de un mes?

El profesor se secó el sudor de la frente con el pañuelo.

—No he hecho nada ilegal. Soy un científico. Lejos de ayudar al enemigo en ningún sentido, me he dedicado a montar sus huesos. Sí, puede preguntárselo al director del instituto. Usamos los huesos de los judíos para demostraciones anatómicas. Los conseguimos a carretadas.

El Comadreja se guardó el dinero en el bolsillo y arrojó la billetera vacía sobre el

escritorio.

—Usted es un timador, profesor. Trabaja con un retorcido jefe del partido en Weimar. Su familia ha disfrutado de fantásticos privilegios... —hizo girar la cadena de su medallón de la Gestapo ante la cara del profesor—, mientras mi pobre padre trabaja como un esclavo, de artesano, en un sótano bombardeado de Swavenkamp.

—Lamento sus circunstancias —dijo el profesor—. Lo lamento profunda y sinceramente —se volvió confundido y su mirada cayó sobre un pequeño grabado enmarcado. Se acercó a la pared, lo descolgó y se lo dio al Comadreja—. Es lo más valioso que poseo. El autor es Durero, un esbozo de su propia madre.

El Comadreja estudió atentamente el aguafuerte y luego se lo puso bajo el brazo.

—Si yo estuviera en su lugar me pasaría la noche rezando, *Herr Professor*. Rece para que este humilde servidor del Reich al que tiene delante pierda interés en usted. Rece para que extravíe el mandamiento de arresto.

—Rezaré por eso, y por usted, y por su querido padre —el profesor tenía los ojos húmedos. Se apresuró a abrir la puerta cuando el Comadreja giró sobre sus talones y se inclinó ante él. Félix y el guardia lo siguieron, con la niña entre ambos; el profesor no levantó la vista para mirarla y permaneció inclinado, en actitud de súplica. Lo oyeron cerrar la puerta con la mayor suavidad del mundo mientras bajaban por el pasillo; el Comadreja no había dejado de hacer oscilar su medallón de la Gestapo.

—¿Es su hija? —preguntó el guardia.

—Sí —contestó el Comadreja.

Sus pasos resonaron en la caja de la escalera vacía. El guardia de las SS señaló una puerta al pie.

—No necesitan atravesar todo el edificio. Esa puerta da al patio.

Se adelantó y la abrió. El Comadreja hizo una pausa antes de pasar y le tocó ligeramente el codo con la pistola.

—La próxima vez que vea al profesor, mírelo como si estuviera atónito al ver que sigue en el mundo de los vivos. Le prometo que nunca hablará de esta noche con usted ni con nadie.

El guardia sostuvo la puerta para que pasaran. Félix siguió al Comadreja por los tenebrosos jardines, llevando a la niña de la mano. Valentina Povanda lo miró y desvió la cara hacia los edificios de piedra y volvió a mirarlo, pero siguió apretándole firmemente la mano.

Atravesaron la verja y salieron a la calle oscura. Valentina se volvió para mirar el instituto. Él siguió la dirección de su mirada, hacia la ventana del profesor, en lo alto de la estructura de piedra. La figura de aquél era débilmente visible a través de los cristales.

—Te hemos encontrado una familia —dijo Félix tiernamente—. En la montaña.

La niña lo miró, sin comprender. La rodeó con un brazo y la llevó deprisa al coche. Nadie se movía en la calle. El Comadreja encendió el motor. Félix acomodó a la niña en el asiento trasero.

—Nos espera un largo viaje, Valentina. El Comadreja y yo te cantaremos.

La mirada de ella seguía fija en el lóbrego edificio del instituto. Él tocó la casa de muñecas que estaba en el asiento.

—Tenemos algo para ti. ¿Ves, Valentina? Irás a una casa como ésta, con habitaciones bonitas y grandes. Aquí puedes mover de un lado a otro los muebles.

Valentina bajó la vista para mirar la casa de muñecas, de la que Félix sacó una cama en miniatura.

—Todo esto será tuyo. Lo pondremos en tu habitación.

*Déjà vu*, dijo para sus adentros. Todo esto ha ocurrido con anterioridad.

La cabeza de Caspian saltó hacia atrás, como si hubieran tironeado de una cuerda. Arriba había estrellas y lunas pintadas, en el techo del cuarto de su hija.

—Dejémosla en ese rincón —dijo Ed Cresswell, que sostenía el otro extremo de la casa de muñecas victoriana entre los brazos.



## Capítulo 16

Gaillard lo miró desde el otro lado de la mesa baja, en cuya superficie brillaba la suave luz matinal.

—¿Por qué salva Félix a la niña? ¿Qué representa ella en usted?

—La inocencia, supongo. Algo que merece la oportunidad de vivir.

—Sí, ella es la parte fresca y nueva de su personalidad. Tenemos que trabajar duro para volverla consciente, porque esta frágil criatura puede ser su salvación. Podría rescatarlo de la brutal fuerza patriarcal de su personalidad, del azote de la bota nazi.

Caspian hundió nervioso los dedos en el mullido brazo de la butaca.

—Félix me sigue robando la vida. Todavía amenaza mi existencia.

Gaillard unió los dedos en su habitual postura de oración, levantados hasta la nariz.

—Su ego está amenazado, pero no su existencia. Existe una diferencia entre ambas cosas.

—Ya hemos dado vueltas a este mismo tema.

—Sí, y seguimos dando vueltas. Tocaremos muchas veces los mismos puntos, hasta que se presente la comprensión.

—¿Y qué se supone que es la comprensión?

—No puedo saberlo —a Gaillard se le borró la sonrisa de los labios y volvió a sumirse en sus pensamientos. Cuando habló lo hizo serenamente, sin huellas de combatividad en la boca—. No estoy seguro de si alguno de los dos comprenderá alguna vez lo que ha ocurrido. El alma es un misterio y llegamos a la tumba sin desentrañarlo.

Caspian asintió pero se le escapó un suspiro de contenida desesperación.

—Estoy interpretando escenas en una película de la que no tengo memoria. Es la gran actuación de mi vida, según me informa mi agente, pero yo no estoy allí para valorarla.

Gaillard volvió la cabeza hacia la ventana, donde las alas zumbantes de un insecto golpeaban entusiasmadas el emparrado.

—Usted está abrumado por los arquetipos. Es el problema más difícil que se le puede plantear a alguien. Pero si logra soportarlo, modifica su punto de vista y finalmente el mundo le mostrará su rostro benévolo —Gaillard se acercó a la ventana y miró las hojas, donde seguían golpeando las alas zumbantes—. Ahora mismo está mirando los rostros iracundos y sufriendo la fantasía masculina colectiva de tomar medidas contra ellos.

Caspian tenía los ojos fijos en la figura de Gaillard junto a la ventana y también oía el aletear del insecto, una especie de código de la elusiva dimensión que permanecía fuera del alcance del hombre. Y entonces se dio cuenta de que Gaillard seguía hablando, pero no lo oía, sólo veía que sus labios se movían, porque el

zumbido de las alas del insecto lo habían amodorrado. El volumen del sonido se incrementó y él intentó moverse pero no pudo, su cerebro estaba paralizado por el sonido.

¡Ahora, quiso gritar, *me está ocurriendo en este momento!* Pero sus labios estaban cosidos como los de una cabeza seca y reducida. Y a la manera de esos trofeos del horror, se sintió separado de la vida, de toda posibilidad de acción, de todas las cosas excepto de una mirada congelada.

El tiempo, para la cabeza separada, pierde la forma, cae hacia dentro; también la sala perdió cohesión, las paredes brillantemente iluminadas por el sol cambiaron de textura y de tono, oscureciéndose, volviéndose de piedra, mientras la ventana perdía su fulgor tropical. Y Gaillard, de pie ante la ventana, también había cambiado, sus rasgos de halcón se afilaron, la inteligencia de su mirada se convirtió en un poder amenazador y su vestimenta en el uniforme de un jefe de la Gestapo, Emil Weiss. El lugar tenía los muebles pesados y oscuros de la policía estatal. Sobre su escritorio una lámpara que proyectaba la única luz de la sala. Se abrió una puerta y entró otro hombre, también uniformado.

Caspian flotaba, menos sustancial que la tenue luz de la lámpara... un delgado vestigio de pensamiento, un vapor, una sombra invisible en habitaciones como ésta, donde predomina una atmósfera sombría y tal vez acechan los fantasmas. Sobre el escritorio había una carpeta amarilla con una etiqueta en la que se leía *Falkenhayn*. Caspian logró leerla fugazmente, con el sobresalto y la sacudida de los sueños, al tiempo que la escritura se convertía en un líquido trémulo.

Derivó hacia la luz de la lámpara del escritorio y la atravesó con su fantasmal figura desequilibrada, aunque empeñada en quedarse. Se mezcló con el humo del cigarrillo de Weiss y luego lo atravesó; giró lentamente y volvió a enfrentar a los dos hombres. Weiss había levantado su cigarrillo y con él en la mano gesticulaba sobre la carpeta de Falkenhayn. Se oyó un chirrido, como si alguien hubiera frotado un globo y de improviso sus voces sonaron claras.

—... suficiente para colgarlo. Pero vivo nos resulta más valioso. —Cayó ceniza gris sobre los papeles de la carpeta de Falkenhayn—. A través de él llegaremos a Mueller. Y Mueller es el trofeo que quiero. Veré rodar su cabeza en un cubo de la basura, el lugar que le corresponde —Weiss apagó el cigarrillo.

El otro cogió la carpeta y pasó rápidamente las hojas.

—Esto parece bastante nutrido. ¿Qué hay de la mujer?

Weiss sonrió y desvió la mirada a la ventana.

—Anteriormente trabajó en la Scala. Ahora bailará en privado. Se le caerán los velos.

Weiss cerró la carpeta, la puso en un costado y sacó otra.

—Que venga nuestro prisionero.

El asistente de la Gestapo salió y regresó con un oficial del ejército. El hombre estaba contusionado, débil, las rodillas amenazaban con doblársele en cualquier

momento. Lo sentaron de un empujón en una silla y la lámpara del escritorio brilló en su cara.

Caspian flotaba en la luz ahumada, su cuerpo derivaba de un lado a otro en una oscilación exaltada. El prisionero era alguien que conocía, de ambos lados de la realidad; en uno era el oficial de la fiesta del general de brigada, que lo había invitado a recorrer cafés. Del otro lado era Ed Cresswell.

—Se le ha declarado culpable y mañana morirá con la soga al cuello. Puede quedar colgado más de media hora antes de que la muerte se lo lleve. Estoy en condiciones de hacer que le entreguen una cápsula de cianuro en lugar de colgarlo. Bastará con que me proporcione una pequeña información concerniente a su coronel Mueller...

Caspian intentó sacar la pistola de Weiss de su funda, pero sus manos pasaron a través del arma. Flotó hacia la luz con la intención de apagarla para dejar la sala a oscuras y ayudar a escapar a su amigo, pero cuando se acercó a la lámpara el brillo aumentó hasta parecerse a un sol tropical. Lo traspasó, imposibilitado de detener su vuelo, a través de las dimensiones.

El sol se colaba por una ventana conocida. El doctor Gillard estaba ante su escritorio, cerrando una carpeta.

—... Jung hablaba de un sombra hechicera en la psiquis del hombre. Una figura que nos hace sentir que somos víctimas de poderes colosales —deslizó la carpeta en el cajón del escritorio.

Caspian sintió que se le descosían los labios.

—La hora... ¿ha concluido?

—Lo siento, acaba de sonar el reloj. ¿No lo oyó?

Habló por el teléfono conectado en el brazo central del Jaguar alquilado.

—Myron, llegaré tarde al estudio. Quizá no vaya en todo el día. Deja de chillar, Myron, pueden rodar todas las escenas en las que no aparezco. Ed Cresswell está en dificultades y tengo que verlo —colgó el teléfono, giró en Coldwater Canyon Drive y disparó el Jaguar; cuando llegó a Moonridge, estaba volando. Los neumáticos rechinaban en el silencio del barrio tranquilo; si lo detenía un poli, le explicaría, sencillamente, que estaba persiguiendo una imagen clarividente.

Llegó a Mulholland Drive y torció a la izquierda, hacia Sherman Oaks. El Jaguar ronroneaba y el clima era benigno. Con un tiempo tan hermoso, ¿cómo podía alguien tener problemas? ¿Cómo podía nadie correr hacia un destino distinto al de las bebidas frías y un buen bronceador? ¿Cómo podía el hacha caer en L. A.?

Giró a la izquierda en Sepulveda y se internó en el camino sinuoso del cañón donde vivía Ed, muy por encima de la atmósfera cargada de humos, con sus increíbles vistas de dorada contaminación. El camino era angosto y peligroso a cualquier velocidad, y el peor conductor de toda la ladera era Ed Cresswell. Si se

encontraban ahora, no habría tiempo para explicaciones.

Redujo la velocidad cerca de la cima, la coronó y descendió el pequeño declive en el que estaba enclavada la casa de Cresswell. Vio el coche de su amigo aparcado en la calzada y frenó detrás. Bajó, fue hasta la puerta y tocó el timbre, pero nadie lo atendió y la puerta estaba cerrada con llave. Dio la vuelta hasta la parte trasera de la casa y abrió una ventana de un codazo. Trepó y entró en el pasillo trasero; todo estaba inmaculado, perfectamente arreglado, las paredes del recibidor con obras de arte originales de Walt Disney. En el extremo del recibidor, una réplica de el Hombre de Hojalata en tamaño natural.

Recorrió el pasillo siguiendo el sonido de los trenes eléctricos de Ed. Más adelante, sobre el vano de una puerta, había un cartel en el que ponía Union Pacific Railway. Pasó por debajo y entró en el salón ferroviario. Un largo tren de carga resoplaba a lo largo del gran óvalo formado por las vías. Las barreras de los pasos a nivel subían y bajaban; el guardavías salió de su casita con el farolillo eléctrico, agitando la luz mientras pasaba el tren.

Caspian pasó rápidamente del ferrocarril al salón, donde encontró a Cresswell inconsciente en su sillón, con el smoking, los zapatos de claqué y un frasco de píldoras vacío en la mano.

Caspian llamó a Urgencias, pidió una ambulancia y luego arrancó a Cresswell del asiento. Su cabeza rodaba de un lado a otro y Caspian lo abofeteó. A Cresswell se le cayó la mandíbula y le salía espuma por la comisura de los labios. Caspian lo sacudió con todas sus fuerzas, pero la cabeza seguía colgando como la de una muñeca de trapo.

—Venga, Ed... —le echó la cabeza hacia atrás, y le miró la boca para ver si se estaba ahogando—. Te he adelantado cinco mil por el guión que estás escribiendo —lo hizo girar y le aporreó las paletillas. Ahora de la boca de Cresswell manaba una masa de mucosidad blanca. Caspian volvió a golpearlo y el cuerpo de Ed quedó flácido entre sus brazos.

Lo arrastró por el pasillo y lo metió en la cocina; los clavos de metal de los zapatos de claqué raspaban ruidosamente el suelo. Caspian lo apoyó contra el fregadero y le acomodó la cabeza debajo del grifo.

—Despierte, señor Astaire, es la hora de su número.

Cresswell abrió un ojo, mientras el agua caía en cascadas sobre su cara, y movió el brazo, tratando de salir de debajo del torrente.

—Déjame morir... maldición... no puedes dejarme en...

Caspian lo apartó del grifo y lo hizo girar.

—Venga, Ed, haremos un viaje en tren.

Cresswell abrió el otro ojo, inyectado en sangre, pequeño, redondo y brillante. Miró a Caspian a través de una bruma.

—Puñeteros héroes... siempre aparecéis en el momento oportuno...

—Es nuestro trabajo, Ed.

—Uno no puede suicidarse... en la intimidad de su propio hogar —Cresswell empezó a deslizarse por el frente del fregadero, con las rodillas dobladas. Caspian lo sujetó y volvió a acomodarlo.

—No te me puedes morir ahora, amigo. No hasta que hayas terminado nuestro guión.

—Tenía puestos los zapatos de claqué. Estaba bailando con Judy Garland... sobre el arco iris, por fin.

Caspian lo cogió de las axilas y lo hizo andar a través de la cocina hasta el salón; los zapatos de claqué raspaban los suelos de madera dura mientras arrastraba los pies.

—Tendría que haberme cortado el gaznate. Pero lo más afilado que tenía era... una galleta de centeno.

—La ambulancia viene hacia aquí. Te dejarán tocar la sirena camino del hospital.

Cresswell cerró los ojos y volvió a perder el conocimiento. Caspian lo sacudió y su cuerpo espigado aleteaba como un espantapájaros. Abrió lentamente los ojos y miró a Caspian.

—Soy un ser humano repugnante... Te lo demostraré. Ahora o nunca —se tambaleó en brazos de Caspian hacia un enorme panda relleno que ocupaba una esquina de la habitación—. Abre la cremallera... en el lomo.

Caspian levantó al panda y abrió la cremallera. Una revista cayó al suelo.

—Lee y déjame morir en paz.

Caspian abrió la revista y llegó a las páginas de pornografía infantil.

—De modo que eres un poco retorcido.

—Me relaciono... con ellos —se le doblaron las rodillas y Caspian volvió a enderezarlas.

—Tranquilo, Ed. Te pondrás bien. Te conseguiremos lo que necesites para sentirte bien.

—A los tipos como yo nos llaman... halcones —Cresswell tenía náuseas y el estómago revuelto—. Se puede conseguir lo que uno quiere... en Los Angeles.

—De acuerdo, Ed. Te conseguiremos una gallina. Mantendrás una relación saludable con una Rhode Island encarnada.

—Déjame morir, por favor...

Caspian paseó la mirada por la casa llena de juguetes. Los niños debían pasarlo bien allí, jugando con los trenes de Ed, con sus animalitos de cuerda.

—¿Por qué has venido? Se supone que estás... filmando una película.

—Tuve una visión.

—Tuvo... una visión.

—La Gestapo te pescó. Te dieron una píldora de cianuro.

—... extraño. Caspian... eres un tío extraño... pero estás aquí... y me alegro de que hayas venido.

—Cuando llegue la ambulancia, no es necesario que les cuentes todo.

—Les diré que a partir de ahora sólo la meteré... en cucuruchos de helado bien

pastosos.

—O en tu panda.

—No sirve, le saqué... todo el relleno.

## Capítulo 17

Carol Caspian estaba en el columpio de bambú, balanceándose suavemente de un lado a otro en el patio y hablando de una nueva clienta.

—Es la dueña de Tours International, y tan gorda como un globo, pero es sincera —Carol tenía abierta la carpeta sobre la mesa y Caspian hojeaba lentamente los últimos anuncios—. Algunos los hicimos en su propia casa. Había tanto mármol que me castañeteaban los dientes. Las columnas del porche delantero tenían forma de copas de champagne.

—Diseñado con un toque de buen gusto.

—Donde voy, aprovecho lo que hay. Tours International... te ofrece Palma de Mallorca y todos los sombreros de papel que quieras. ¿Ves esa fila de gente bailando la rumba? —señaló un anuncio a todo color—. Nadie tiene menos de sesenta años. Son de un atractivo subido.

Caspian estaba sentado bajo un enorme farol de papel suspendido sobre la mesa, y dejó que la familiar catarata de la voz de Carol flotara, mientras el aroma almizcleño de los pesados árboles colgantes iba y venía con la suave brisa nocturna.

—Día Número Dos —dijo Carol columpiándose hacia él—, el Palacio Real de Rabat y una increíble dosis de acidez estomacal para el almuerzo. Después viajamos en autocar privado... es decir un autobús municipal de segunda mano comprado a Yugoslavia en 1953, pero los llamamos autocares para que se piense en algo grande con un bar bien equipado. El poder de un folleto de colores es sorprendente, ¿verdad? Es un objeto en sí mismo, no sé si me entiendes. David, ¿con quién te has estado acostando? —el dedo gordo de su pie se deslizó hasta la rodilla de él, la tocó y volvió a deslizarse.

David miró a través de la tela metálica el jardín iluminado por la luna. Carol volvió a columpiarse hasta él, pero esta vez no lo tocó.

—Marrano —su voz era tranquila; Carol albergaba un manantial de observaciones mordaces y él no quería hacer nada para dispararlas—. Dime quién es. ¿Roma?

—No me estoy acostando con nadie, estoy perdiendo la cabeza.

—Me encantaría emparedar a esa zorra con papel autoadhesivo —Carol empujó enfurecida el columpio y metió un pie por la tela metálica, que se rompió fácilmente y cayó floja hacia delante al tiempo que ella se alejaba—. O sea que te dejaste seducir. Espero que al menos hayas gozado.

—No he gozado con nada.

—Conozco las señales, ratón.

—Llama a Gaillard. Él te contará mi situación, que no tiene nada que ver con otra mujer.

—¡Qué artista! Tendrías que trabajar en el cine —volvió a balancearse hacia adelante y de una patada abrió otro agujero en la tela metálica.

Caspian observó los dos agujeros.

—Entrarán mosquitos.

—Mejor —llevó el columpio hacia delante y golpeó los dos pies contra la delgada malla, abriendo un gran orificio que abarcaba a los anteriores—. Tendrías que ser guía turística de Vacaciones en Guadalajara. Podrías acostarte con todas las señoras de pelo azulado que usan traje pantalón. ¿Por qué no te dejas crecer un bigotito?

—He estado atravesando una difícil...

—... situación. Sí, pobrecillo. Sufriendo como un cerdo en las caderas de Roma.

—Carol, ¿qué intentas hacerme? Ya sabes las tensiones que padezco cuando estamos rodando.

—Roma te alivia de todas las tensiones de *tu* rodaje, estoy segura —Carol metió limpiamente los pies a través del desmesurado agujero.

Caspian se levantó y aferró las cuerdas del columpio. Carol se retorció en su dirección, apuntándole una patada a la rodilla.

—¿Cómo te atreves a entrometerte en mi vaivén?

—Quiero salvar alguna parte del porche —David frenó por completo el columpio pero sabía que más le valía no tratar de tocarla. Ella tenía la vista fija en las botas de serpiente de cascabel que él acababa de comprar en Nevada.

—Peleles de burdel.

—¿Qué dices?

—Peleles de burdel, y eso es lo que eres, un pelele de burdel.

—Carol, en mi vida hay cosas que tú no puedes conocer. Cosas de las que intento protegerte.

—De toda la mierda que me has dado como excusa para follar con otras, ésta es la guinda que corona el pastel —se bajó del columpio y giró hacia él violentamente; el borde de encaje de su falda blanca se enganchó en la tela mellada y se rompió. Carol miró el encaje, colérica—. Oscar de la Renta. Cuatrocientos sesenta y nueve dólares con noventa céntimos, en rebajas.

—Si dejaras de rumiar tus delirios...

Carol pateó la mesa de bambú, y salieron volando las bebidas y los platos.

—Me encantan los modales estrafalarios —recogió su carpeta y la arrojó al jardín a través del agujero de la tela metálica—. Me hace sentir tan sexy...

David volvió a sentarse, exhausto; tendría que haber estado en el desierto, pero quiso pasar una noche tranquila con su querida mujer. Ahora ella se cernía sobre él, pisoteándole con el pie descalzo la punta de la bota nueva.

—¿Las usas para lucirte delante de ella? ¿Le obsequiaste con tu sonrisa irresistible? ¿Le mostraste tus bellos injertos?

—Estás proyectando...

—No me psicoanalices, miserable. Hace semanas que lo sé y quería ahorrarnos una escena, pero vuelves a casa apestando a coño...

—Carol...



—¡No me llames Carol!

—¿Y cómo quieres que te llame? ¿Acaso tu nombre no es Carol?

Se deshizo en un mar de lágrimas.

—¿Por qué tienes que herirme así? —se puso lánguida y se desplomó en el columpio, con las manos entre las rodillas; el dobladillo de la falda se había dado vuelta, le temblaba el labio inferior y se le empezó a correr el rímel—. ¡Y con la reina del porno, Roma French!

David se arrodilló a su lado.

—Te estoy diciendo la verdad. No tengo ninguna aventura con Roma, ni con nadie.

—¡Piérdete!

Caspian se incorporó lentamente, también él con las manos flácidas al costado del cuerpo. Carol estaba cobrando aliento y en breve iría en pos de él con invectivas más profundas y venenosas.

—Carol, he estado distante, he estado taciturno, probablemente he estado frío contigo sin darme cuenta, pero estoy a un paso de un derrumbe nervioso. Cargo con la responsabilidad de una película de veinte millones de dólares y no tengo la más mínima idea de mi trabajo en ella. Pierdo el conocimiento en el plato y ni siquiera recuerdo haber hecho mi papel.

Carol levantó la vista para mirarlo y con el rímel corrido sus ojos parecían los de un payaso de circo.

—El engaño puede darse a tantos niveles...

—No te estoy engañando. Estoy en un espacio sombrío, más sombrío de lo que puedes imaginar. En este momento lo que me preocupa no es acostarme o no con alguien. Me estoy cayendo de este condenado mundo.

—Es una forma de vida.

—Carol, ¿te parezco feliz? Estoy a punto para un manicomio.

Ella se levantó del columpio, pasó junto a él y atravesó el patio. David la siguió hasta la fronda plateada de las plantas iluminadas por la luna. Con los brazos cruzados sobre el pecho, Carol contemplaba el sendero de grava y David comprendió que su mujer había madurado, que había perdido su chispa combativa: quería hacer las paces. Delicada y discretamente, le puso un brazo sobre los hombros. Ella no se apartó.

—No estás perdonado, pero no sé cómo afrontar la situación.

—Yo tampoco.

Permanecieron juntos y en silencio largo rato. Por último, con un suspiro de hastío, ella dio media vuelta para volver a la casa.

—Bien, tomemos un Valium.

## Capítulo 18

La noche en el desierto era fresca, y cuando cayó el humor de todos cambió. El círculo de remolques y tiendas iluminadas se transformó en una fabulosa caravana acampada en las arenas. Caspian estaba ante una mesa larga, bajo un toldo abierto, donde se habían reunido varios miembros del equipo a beber café y charlar a la luz de una sarta de bombillas sin pantalla. A su lado estaba Myron Fish, comiendo pastel en un plato de papel. El agente lo miró con suspicacia.

—¿Viste otra vez a tu psicoanalista?

—Sí, ¿por qué?

—¿Cuánto te clava?

—Es razonable.

—¿Qué quiere decir razonable?

—Cuando necesitas ayuda cualquier cosa es razonable.

—Tengo un cliente, David, un importante músico de rock al que dejaremos en el anonimato; su psicoanalista le cobra por minuto... cuatro dólares el minuto, para ser exactos. El hombre pasa por su casa sin aviso previo, mientras él está comiendo, recibiendo invitados, cagando o durmiendo, para enterarse de cómo interactúa.

—¿A cuatro dólares el minuto?

—De puerta a puerta. En cuanto el psicoanalista pone un pie en su cochazo para caer sobre él sin hacerse anunciar, comienza a correr el reloj. Además viaja con mi rockero, para ayudarlo con la tensión mental que significa la vida en los hoteles. También a cuatro dólares el minuto. ¿Sabes cómo le paga mi rockero? Le da porcentajes de sus álbumes. El psicoanalista tiene un contrato por un año. Es un negociador muy duro. ¿Quieres que te diga una cosa?

—¿Qué?

—Ojalá yo fuera *su* agente —Fish terminó el pastel y apartó el plato. Una bombilla colgaba directamente encima de él y la calva reflejaba su violenta luz—. De modo que... te peleaste con Carol.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando las mujeres telefonean al agente de su marido, existe una sola razón. ¿Cómo están ahora las cosas? ¿Os habéis reconciliado? ¿O necesitas el nombre del mejor abogado de divorcios de los Estados Unidos? Se trata de un hombre al que me gustaría tener bajo contrato permanente. Le pagaría cuatro dólares por minuto para que me visitara a la hora de cenar, momento en que se van al traste la mayoría de los matrimonios. Hay estadísticas.

—¿Quién las ha hecho?

—Yo. De hecho, mi segunda mujer me apasteló durante la cena. Merengue al limón, nunca lo olvidaré. El juez tendría que haber visto aquello. Un testigo profesional no tendría precio.

—Carol y yo nos arreglamos muy bien, Myron. Sólo fue un pequeño

malentendido.

—Tienes que estar preparado, David, eso es lo único que te digo. Cuando llevo a alguien a almorzar, siempre llamo antes al restaurante para averiguar qué tarjetas de crédito no aceptan y éstas son las que llevo. Un simple juego de piernas. A las mujeres bajitas les va muy bien en los tribunales de divorcio.

El asistente de dirección se agachó debajo del toldo, con el radioteléfono portátil en la mano.

—Listo en cinco minutos.

Caspian asintió y se incorporó. Fish se levantó con él y salieron del toldo hacia la oscuridad.

—No dejes que los problemas personales se interpongan en el magnífico trabajo que estás haciendo en este film.

—Myron, la mitad del tiempo que estoy ante la cámara, ni siquiera estoy.

—Tú siempre te has montado en la nueva ola de la interpretación, David. Todos sabemos que estás abriendo un nuevo camino.

—Estaba en un campo de trabajos forzados en la Alemania nazi.

—Tú sigue apelando a lo que mejor funciona para ti.

Pasaron entre las filas de remolques hasta el emplazamiento de filmación: un fragmento de terreno desértico a medianoche, tan inhóspito como muchas cosas que había visto Caspian, con una montaña recortada en la lejanía, perfilada por la luna. El efecto era el de un mundo nocturno extraño, en el extremo opuesto del universo. El equipo estaba en medio del círculo de luces, accesorios, micros, como en un oasis. Herman Armas ocupaba su sillón de director, con una taza de café en una mano y el visor en la otra, bizqueando. Roma French estaba sentada a su lado, asistida por su séquito. Caspian se sentó del otro lado.

Roma, la mujer con quien se suponía vivía una tórrida aventura amorosa, lo recibió con un movimiento indiferente de la cabeza porque era fría, estaba cansada y sufría los efectos de largas semanas de tensión constante.

Pasó una amazona del planeta de Roma, ataviada con un vestido más que breve, que dejaba a la vista el ondulante poder de su extraordinaria musculatura. Fish, de pie detrás del asiento de Caspian, murmuró:

—Podría aplastarme la cabeza como si fuera una uva.

La amazona ocupó su lugar en el plato y los técnicos observaron fascinados las líneas cinceladas de su cuerpo. Fish siguió hablando desde detrás de Caspian.

—Y sin embargo presiento que debería representarla.

El asistente de dirección hizo señas a Caspian, a Roma y a otros actores. Caspian ocupó su sitio y Roma salió al espacio interplanetario con su maquillador, para inclinarse sobre un espejo en el que su reflejo no era lo esencial. Un instante después estaba junto a Caspian bajo las luces, con una mirada de suprema confianza y dispuesta a dar lo mejor de sí misma.

Intentaron varias tomas largas, hasta que el maquillador de Roma consideró

imprescindible empolvarle la frente para quitar brillos, y empolvarle también el interior de la nariz. Entretanto Armas había hecho un aparte con Caspian.

—Ese leve respingo peculiar que das al personaje, David, aún no ha aparecido en esta toma. Ese algo ligeramente siniestro en el que tu voz se empaña un poco... ¿sabes a qué me refiero?

—Sí, Herman, sé a qué te refieres.

La tablilla de la pizarra sonó varias veces más. Entre toma y toma Caspian bebía sopa tibia, alcanzada por cualquier mano que se alargaba desde la oscuridad. Era más de medianoche y los equipos trabajaban en un aturdimiento surrealista, el rodaje mejoraba a medida que aumentaba la fatiga.

—Falta poco —dijo Armas—. Una más y daremos por terminada la jornada.

La cordillera montañosa era de Roma y correspondía a la entrada a su corte; la amazona guardiana estaba cerca. Caspian era un soldado aventurero de las galaxias. Habían acampado en la luz de la luna azul del planeta de Roma. Con ellos estaba el primer ministro de su planeta, interpretado por Ashley Summers, un astro sin el beneficio del talento: era un comicastro de la vieja escuela y el intérprete más inconsciente que Caspian había conocido en su vida, aunque poseía una voz de terciopelo.

Las Amazonas volvieron a sus puestos. Caspian, Roma y Ashley Summers ocuparon sus lugares en el primer plano y el equipo de cámaras hizo señas a Armas para indicarle que todo estaba listo. Junto a Caspian, Ashley Summers dijo, con su voz meliflua de bajo:

—Allí está Marte. Las estrellas se ven muy bien en el desierto. Aunque yo preferiría estar en la cama.

Reanudaron la acción y Caspian dio un paso hacia Roma... un paso inconcluso porque intervino Marte, que se precipitó súbitamente hacia ellos cada vez más claro y brillante, e inmediatamente el planeta mayor, Plutón —amenazador, descomunal—, mientras Roma y Ashley seguían interpretando sus papeles.

*Berlín, mi querida señora, está construida sobre suaves arenas aluvionales, pero aquí en Frankfurt, estamos más arraigados. Tenemos algo sólido bajo los pies. El tipo de terreno ideal para levantar un banco, ¿no le parece, teniente?*

Los planetas menguaron de repente, transformándose en dos inofensivos globos de una lámpara rococó empotrada en una alta pared en arco.

—Disculpe —dijo Félix—. Por un momento me perdí en mis pensamientos. ¿Qué ha dicho?

—Dije que el suelo de Frankfurt está encantado bajo los pies de la condesa Von Blaustein.

Estaban en el salón principal del banco más importante de Frankfurt. Había caído la noche, los empleados se habían retirado; sólo estaban encendidas unas pocas lámparas en la inmensa bóveda. Félix observó que el director Flick estaba de un humor nupcial; su voz profunda y sonora llenaba la bóveda vacía del banco con un

eco hechizado, el eco de un hombre a quien sonreía la Belleza. La necesidad de tratar con el ejército podría haberlo puesto incómodo, pero María pertenecía a su círculo íntimo de príncipes y barones. ¿Cómo podía dudar de la nobleza de éstos, de la sinceridad de ella?

—O sea, teniente, que nuestro banco ha de recibir un envío de bienes confiscados en el Este —*Herr Flick* permanecía ante un gran escritorio de caoba iluminado por una lámpara de pie en forma de urna. El suelo estaba cubierto por una suntuosa alfombra y de las paredes colgaban cuadros del Renacimiento— ¿Y una vez que hayamos recibido el envío en nuestra cámara acorazada?

—Debe entregarse a las tiendas de empeño municipales para obtener efectivo, que a su vez se destinará a la financiación de nuestros intereses bélicos.

—Perfectamente razonable —dijo *Herr Flick* y volvió la mirada hacia María.

—El papeleo será complicado —dijo Félix—, pero haremos todo lo posible para simplificárselo.

—Por cierto, no quiero en mi escritorio más papeles de los que tengo. Hay cosas más importantes en la vida —otra vez miró a María, que desaparecería de su vida como el humo de un cigarrillo en cuanto los prestamistas municipales recibieran las mercancías.

Pero de momento, María le tocó la muñeca y, sonriéndole íntimamente dijo:

—¿El vino que quería que probara?

—Kitzinger Mainleite, el sol de Venus —dijo *Herr Flick*.

Félix sacó la gorra de debajo del brazo.

—Entonces esta cuestión queda perfectamente clara. Condesa Von Blaustein, ¿permite que mi chófer la lleve a su hotel?

Ella miró a Flick.

—¿Se reunirá conmigo a las nueve?

—Con profundo placer —el director del banco se inclinó sobre su mano, en la que apoyó ligeramente los labios y el bigote gris.

—Lo espero —María apartó suavemente los dedos—. Cenaremos en mi habitación.

*Herr Flick* los guió a través de la gran bóveda resonante hasta la puerta principal del banco; Félix y María bajaron la escalinata de granito hasta la calle, donde esperaba el chófer de Félix con su coche.

—Lo hiciste muy bien, condesa.

—No fue difícil. Su mujer usa bragas de la talla cincuenta.

Subieron al coche y Félix indicó al chófer que arrancara. María miraba la calle mientras el vehículo avanzaba. Casi para sus adentros, dijo:

—¿Cuál fue tu época más feliz?

Félix sacó un cigarrillo de la pitillera de plata que ella le había regalado.

—De crío, cuando era auténticamente feliz y ni siquiera lo sabía. Siempre hay algo ausente en la felicidad.

Ella seguía con la vista fija en la calle a oscuras. Llevaba en ángulo un sombrero de fieltro blanco con una pluma brillante en la cinta. Había cruzado las piernas bajo la falda larga y oscura.

—En Leopoldstrasse, en Munich, las lesbianas todavía se acarician en las aceras.

—¿Aquéllos fueron tus días más felices?

María pasó un dedo por el cristal empañado.

—Tal vez.

Félix fumaba en silencio, pensando en el envío y en los prestamistas que conocía del mercado negro y que pronto lo recibirían. También con ellos podría llegarse a un acuerdo; por una pequeña comisión él se ocuparía de que recibieran la mercancía preferida de los territorios del Este, y las pequeñas comisiones se acumularían. Coge lo que puedas, que finalmente los rusos cogerán todo.

María señaló con la cabeza la sombra de una vieja arpía en la arcada de un edificio en ruinas.

—Podría convertirme en un cascajo entre los escombros —se acomodó los pendientes, tocando los trocitos de diamante, mientras la vieja se perdía detrás de ellos, en la oscuridad—. Todo el país es una emoción en ruinas.

—¿Pero qué éramos antes? —preguntó Félix.

—Éramos... sólo por un momento... fuimos la felicidad.

—Es extraño, pero yo no lo recuerdo —bajó la ventanilla y tiró el cigarrillo.

—Eras feliz en el teatro.

—Trabajé cinco minutos en 1945. Un glorioso broche de oro para una carrera gloriosa —subió la ventanilla y apoyó el brazo en el respaldo del asiento, hacia ella—. Ahora tenemos que animarnos. Con Dios y los prusianos todo es posible.

Recorrieron en silencio el resto del camino hasta el hotel. Félix bajó con ella a la calle. Bruscamente, María habló:

—Me siguieron hasta aquí. Emil Weiss también vigila tu precioso envío.

—Es un importante asunto de Estado.

—¿Has preparado mi huida de este loquero?

—¿Te molestaría viajar una parte del camino en una caja de embalaje?

María miró calle arriba, donde había una figura retirada en el vano de una puerta, pero visible con su largo abrigo de cuero.

—¿Cuándo?

—Si quieres, el día que se reciba este envío y el director del banco Flick haya firmado.

—Estaré lista.

—Bien, entonces, reúne tus joyas y billetes —le dio un ligero beso en la mejilla—. Félix te embarcará a Suiza.

María lo miró a los ojos.

—Siempre has sido un tipo medio decente. Y yo he sido fría como el hielo. Pero no pude evitarlo, ya lo sabes.

—Como decimos en el ejército, de cualquier manera has trabajado por Alemania —Félix miró hacia la figura en las sombras. Cuánto se me han acercado...

Retrocedió, apoyó la mano en la portezuela del coche.

—Prepárate —dijo suavemente—. Te enviaré como cristalería tallada a mano, lo mejor de lo mejor.

Le guiñó un ojo desde debajo del ala del sombrero y subió al coche. Cuando pasaron junto a la sombra de la Gestapo, llevó la mano a la pistola. Pero la sombra permaneció donde estaba y sólo se movió cuando María entró en el hotel. Desde la ventanilla trasera de su coche, Félix vio alejarse a la figura.

El hotel quedó atrás y los faros del coche iluminaron una gárgola de piedra, que le sonrió desde su pequeño saliente a un costado del edificio. Vigilaban la ciudad, las figuras demoníacas cobraban vida con los faros y los fogonazos de las bombas. Y algunas estaban decapitadas, y pronto lo estaremos todos, reflexionó Félix, con los miembros dispersos como cascajos entre los escombros.

La oscilación del rostro pétreo era como un fragmento de película al paso de las baterías de cámaras. Pensó en sus películas, las pocas en que había actuado, una figura anónima en el último plano. Pero en esta otra película, la que llamamos vida, he llegado a ser un intérprete al que vale la pena seguir la pista.

El coche viró hacia un complejo militar. Dos guardias, semejantes a juguetes de ensueño, cobraron vida. Uno se adelantó cuando el vehículo frenó. Después del control de identidad, dejaron pasar el coche y los soldados de juguete volvieron a ocupar sus posiciones de ensueño. Se levantó la barrera y el coche entró, pasando junto a cobertizos con armas, montones de municiones, un campo deportivo desierto. Llegaron el edificio principal y aparcaron.

—Entre y dígales que hemos llegado.

El chófer entró en el edificio y cerró la puerta delicadamente a sus espaldas; después el único sonido era el de un centinela cuyo fusil tintineaba suavemente contra su casco mientras marchaba en la oscuridad. Se abrió la puerta del cuartel general del estado mayor y apareció la silueta del coronel Mueller, moviéndose hacia las escaleras con una especie de corpulencia remilgada. Al observarlo, Félix recordó de repente el cabaret de Motzstrasse, la música sonó otra vez en sus oídos, vio mentalmente el escenario envuelto en humo, por el que se pavoneaba una gorda.

El chófer abrió la puerta para Mueller, quien se deslizó en el asiento junto a Félix.

—Cierra la boca, querido muchacho, pareces un langostino crudo.

—Eras tú —dijo Félix en un susurro—, eras tú quien estaba en el escenario del cabaret.

Mueller dejó de acomodarse en el asiento. Sus ojos eran pequeñas cuentas centelleantes. Un esbozo de sonrisa jugueteó en sus labios:

—¿Y sabes quién compartía mi camerino y en el número siguiente aparecía en escena como Cleopatra? El hombre que actualmente dirige la oficina de la Gestapo para la represión de la homosexualidad. Como ves, querido muchacho... —Mueller

terminó de acomodarse—, nunca se sabe adónde puede conducirte el talento.

Mueller dio instrucciones al chófer y se volvió para seguir hablando con Félix.

—¿Has visto a nuestro director de banco?

—María le ha ablandado los sesos.

—Tengo que hacerle un regalo digno de ella. Piensa en algo, por favor.

—Estoy haciendo acuerdos para alguna cristalería tallada a mano.

Mueller sacó un cigarrillo largo, con filtro dorado.

—Entonces... te reunirás con el envío y te ocuparás de que todos los artículos queden registrados, dando al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

—Eso es.

—Eres un militar muy eficaz, Félix. Pronto te recomendaré para un ascenso. Usarás hilos trenzados del color de la piala en esa manga. Y cuando termine la guerra, y se legalice la poligamia para incrementar el índice de natalidad, en su condición de militar de alta graduación disfrutarás de una selección de excelentes esposas.

Una hilera de bayonetas centelleó cuando apareció una patrulla, con los aceros encendidos por los rayos de la luna que caían sobre la ciudad. Mueller los miró.

—¿Marcharían si supieran que existe un acuerdo de caballeros entre nuestra industria y la de Estados Unidos?

—¿Cuál es el acuerdo?

—Oh, hay varios blancos intocables, porque de lo contrario se perjudicarían ciertas empresas norteamericanas —la columna de hombres desapareció en la oscuridad. Mueller sacó un pañuelo perfumado y se palmeó la frente—. Me he pasado toda mi guerra reflexionando en sus ironías.

El salpicadero del coche del estado mayor brillaba con luz tenue. Una polilla aleteaba a su alrededor, atraída por las pequeñas lunas redondas del vidrio. El chófer le dio un manotazo y la polilla huyó volando hacia atrás; tocó con las alas la mejilla de Félix y de pronto hizo erupción un recuerdo, el recuerdo de un hombre dentro de sí mismo, una parte del espectro siempre a la espera. Una repentina pesadez cayó sobre él, mientras se fortalecía el hombre que lo habitaba. *Llega en el límite del sueño*, pensó Félix, moviendo afirmativamente la cabeza.

—No respondiste mi pregunta —dijo Quatrelle.

Caspian oyó el débil chasquido y se cerró la puerta del otro mundo. Viajaba en un cochazo rumbo al aeropuerto, con Victor Quatrelle. Lo que significaba que el rodaje en el desierto había concluido. Lo que significaba que había transcurrido toda una noche.

—Otra vez he estado ido.

A Quatrelle se le hincharon las mejillas con aire, que expulsó en un suspiro largo y lento.

—Sea lo que sea lo que estás fumando, me encantaría probarlo.

—Ya no fumo. No bebo. Ni siquiera tomo vitaminas. Pero hoy no estuve aquí.



—Estás aquí, listo para las entrevistas —Quatrelle abrió el bar de la limusina y se sirvió un trago—. Y si desapareces, el *Hollywood Reporter* te encontrará.

## Capítulo 19

Caspian estaba en la pantalla de proyección y los últimos metrajes pasaban ante sus ojos. La garra de su actuación correspondía a Félix, el estraperlista berlinés... el Vagabundo del Espacio que había caído en un mundo extraño y estaba resuelto a sobrevivir.

No obstante, hasta ahora la película se la robaba el Gnomo del Espacio, un viejo enano de voz ronca que hacía el papel de copiloto del Vagabundo del Espacio. Y ahora estaba fatalmente herido, en los brazos de Caspian, mientras una lluvia caprichosa caía sobre ellos en el desierto.

«*Muero... en un mundo remoto...*» el enano hizo un gesto débil y su cara arrugada se torció en una leve sonrisa desorientada, al tiempo que se encendían las luces en la sala de proyección.

Myron Fish se volvió hacia Julius DeBrusca, que estaba sentado a su lado con un cigarro apagado entre los dientes.

—Un disfrute fabuloso del público, Julius. Hablo en términos de lágrimas.

—Me duele terriblemente el estómago —dijo Carol Caspian—, pero mira este anuncio y dime si no es para chuparte los dedos. Una utilización fabulosa del espacio en blanco, un conflicto fabuloso, una charla sincera sobre el cuidado de la piel, en labios de un sincero dermatólogo. ¿No tiene un porte agradable? ¿Del tío lascivo que cuida a su sobrina?

Caspian estaba a su lado en el sofá, con los ojos hinchados por la falta de sueño; el reloj de arena de la película había sido dado vuelta varias veces y el rodaje en el estudio era una maratón. Pero podía estar varias horas al día con Carol, y aunque la atmósfera entre ambos seguía siendo inestable, habían retomado la comunicación. Aparte de darle las botas de serpiente de cascabel al perro guardián para que las mordisqueara, Carol no se había tomado represalias. Bebió Pepto Bismol y acarició el anuncio.

—Fui a la reunión con un miedo horrible de que mi piel no fuese lo bastante buena para el doctor Dupré.

—¿Y?

—Toda la mañana sentí que me aparecía un grano en el mentón. Pero lo cubrí todo el tiempo con ademanes elegantes.

Alicia, que jugaba en el suelo, levantó la vista de su juego electrónico.

—Acaban de saltar en pedazos veinte invasores —dejó el juego y fue a rastras hasta un puzzle cuyas piezas estaban desparramadas en el suelo—. ¿Podemos trabajar en esto?

—Hay mucho marrón allí, cariño —dijo Carol.

—Es un *campo*, mami, con un encantador granero.

—Es un montón de manchones marrones, querida. Mami se quedará ciega si intenta trabajar contigo en eso. David, mira este anuncio...

Caspian se deslizó hasta el suelo, junto a su hija.

—De niño solía pasarme las horas haciendo puzzles —dijo y empezó a poner las piezas boca arriba. Todas eran marrones y no había ninguna diferencia evidente entre ellas—. ¿De dónde sacaste este puzzle, cariño?

—Del drugstore. Lo compré yo misma. Es un campo, ¿no te das cuenta? —su hija levantó la tapa de la caja, donde se veía una foto oscura y borrosa, totalmente marrón.

Caspian miró a su mujer.

—Deberían prohibir la venta de puzzles como éste.

—Papi —dijo Alicia—, todas encajan a la perfección. Ya lo he hecho.

—¿Y a qué se parece?

—A un *campo* —Alicia comenzó a unir piezas y luego observó a su padre, que contemplaba la densa masa marrón—. A papá le han comido el coco otra vez.

—Ha estado trabajando mucho, querida —dijo Carol.

Caspian levantó la tapa de la caja y se la mostró a Carol.

—Esta foto está desenfocada. ¿Cómo pueden esperar que alguien...?

—Papi, ¿puedo hablar contigo en privado? —le preguntó Alicia.

Caspian se levantó y siguió a la niña por el pasillo, hasta su habitación. Entraron y Alicia cerró la puerta. Apoyó la oreja un momento y luego levantó la vista.

—No es necesario que trabajes en el puzzle.

—Eres muy amable, Alicia.

—¿Me comprarás un criadero de hormigas?

—Sí, pero tendremos que ocultárselo a mamá.

—Tengo montones de escondrijos.

—Si se rompe y las hormigas se escapan, nunca debes permitir que mamá se entere de que yo te lo compré. Fingiremos que entraron aquí por su cuenta, en busca de comida. ¿Vale?

—Vale —Alicia asintió y recorrió la habitación hasta su casa de muñecas victoriana. Se sentó delante y volvió a hablar con su padre—. Ahora jugaré sola. Si quieres puedes volver con mami.

—Gracias, encanto —se inclinó y la besó en la frente—. ¿Te gusta tu casa de muñecas?

—Sí. Todas las mujeres se llaman Alicia. ¿Ves? Ahora están tomando el té en el porche.

—Muy bonito.

—Aquí tienes a Ramona, la criada, que ahora está en una de las habitaciones de huéspedes, tomando prestadas unas alhajas. Pero las devolverá más adelante.

—Así es, cariño, y nadie se lo menciona a nadie porque es una criada excelente.

Alicia volcó su atención en el porche, donde las señoras estaban tomando el té.

—Hola, Alicia, ¿conoces a Alicia? *Encantada* de conocerte, Alicia...

Caspian retrocedió, salió al pasillo y se dirigió al salón, donde Carol se estaba sirviendo otro trago de Pepto Bismol. Caspian se arrodilló y guardó el puzzle marrón en la caja.

—Está jugando con su casa de muñecas —metió el puzzle debajo del sofá y se sentó al lado de su mujer—. ¿Cómo estuvo durante mi ausencia?

—Ha estado llorando días enteros.

—¿Cuál es el problema esta vez?

—Vio un programa ecologista por la tele, sobre la tala de árboles en la selva y los babuinos que pierden su hábitat.

—¿Eso la perturbó?

—Insiste en preguntarme dónde vivirán los babuinos.

—¿Qué le contestaste?

Carol cerró su carpeta.

—Le dije que ahora vivían en urbanizaciones.

—Vaya respuesta razonable para una niña en pleno desarrollo.

—De acuerdo, no soy la Madre del Año. ¿Cómo puedo saber dónde demonios viven los babuinos? Mientras no se muden a *este* barrio...

Caspian cogió su copa de coñac con hielo y sorbió lentamente.

—No llora por los babuinos. Es algo que tiene que ver conmigo.

—Probablemente con nosotros dos. Yo soy su figura modélica y no tengo el menor dominio de mí misma. Contratamos un *cocktail* para la gente del cuidado de la piel, y sólo porque sobraron quinientos rollitos sushi, me los tuve que comer —guardó la carpeta en la cartera y la apoyó junto al sofá—. Me siento como un tanque de aire comprimido.

—Si se nos desinfla un neumático...

—... puedes atornillarme a la válvula —se apretó el estómago con los puños y dobló la cintura—. En el colegio, cuando tenía la regla, sentía calambres como éstos. A veces me hacía bien golpearme con el libro de geografía.

—Te aconsejo una enérgica caminata —le dio la mano y la ayudó a incorporarse.

Ella caminó encorvada hasta la puerta del patio.

—Necesito un Bromo Seltzer.

—¿No me habías dicho que el bromuro te enloquece?

—En un momento de debilidad —bajó cojeando los peldaños que daban al jardín—. Es un atardecer encantador para dar un paseo con la cintura doblada.

—Te sentirás mejor después de hacer un poco de ejercicio.

—¿Por qué dices eso? —siguió encorvada hasta el huerto herbáceo—. Podría prepararme una infusión, si supiera qué es qué.

—O para qué sirve.

—Podría ser un golpe de audacia.

—O podrías envenenarte.

Carol se enderezó ligeramente, apoyada en el brazo de David.

—Tomamos una infusión en un pequeño local de París, cerca de la Opera. ¿Te acuerdas? Creo que era tomillo —señaló una de las hierbas—. Y me parece que eso es tomillo.

—Yo no correría el riesgo.

—Podría alucinar.

—O pasarte la noche en el lavabo.

Dejó caer el brazo, asintió y siguieron recorriendo el jardín.

—El patio trasero. Una no lo aprecia realmente hasta que se ha comido quinientos rollitos sushi. Pero es reconfortante, ¿verdad?

—Sí, muy reconfortante.

—Tú también estás muy bien —le pasó un brazo por la cintura.

Bajaron hasta el borde del riachuelo y se sentaron en la orilla.

—¿Te acuerdas cuando se desbordó? —dijo Carol—. Creíamos que todo lo que había en la casa se estropearía. Y lo primero que sacaste fue un recipiente con helado.

David arrojó una piedra en el agua.

—Yo sé lo que es importante.

Ella le puso una mano en el cuello y le dio un suave masaje.

—Yo también —dijo ella, con tono íntimo.

Pasó por la puerta abriendo la cortina. Las paredes acolchadas del estudio de grabación ahogaron sus pisadas mientras recorría el largo pasillo. Treinta metros por encima de su cabeza, los electricistas movían sus baterías de focos, disponiendo las luces. Myron Fish salió de las sombras con una taza de café en la mano.

—Acabo de incluir a James Johnson Reilly en un film cuyo tema es la asfixia en los bebés —Fish sorbió su café y echó a andar a la par de Caspian—. El año pasado J. J., inopinadamente, se creyó artista y miró a Hollywood con la nariz fruncida. Pero Hollywood ni se enteró. De modo que este año correrá enloquecido por la guardería de un hospital, con un frasco de cloroformo —Fish pisó ligeramente un cable grueso y miró a su cliente—. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? En esto hay un mensaje para ti.

—Guárdate la hipnosis para los otros clientes, Myron, me es totalmente indiferente que mi carrera se derrumbe. Tengo un problema mucho más grave.

—David, los problemas que tengas se multiplicarán si de pronto te encuentras trabajando en una película mejicana de mala muerte y bajo presupuesto.

—Tú nunca abandonas, ¿eh?

—No puedo darme ese lujo. Mantengo cinco esposas y a un surtido de niños —Fish tiró el vaso de café en una papelera—. Ahora dime cuál es el problema.

—Es demasiado complejo para explicarlo, pero la síntesis es que tendré que alejarme unos años de los platos.

—Nunca digas semejante cosa, David. No al agente que te ha criado como a un

hijo, aunque mejor.

Atravesaron la siguiente puerta con cortina y entraron en el plato. Roma estaba con el asistente de dirección en la entrada de un túnel de luz; su ilusoria profundidad había sido creada lanzando rayos láser en los espacios vacíos del escenario. Caspian entró en la luz. El asistente llevó a Roma hasta su marca, un par de técnicos estaban encendiendo una máquina de humo que enviaba nubes hacia los láser; la neblina incrementó la ilusión de profundidad del túnel, el humo onduló a través de las luces. Caspian encontró sus marcas cerca de Roma.

—Me encanta el trabajo de vosotros dos —dijo Armas—. Quiero más de lo mismo —se retiró a su silla en el borde del plato, dejando a sus estrellas en medio del humo ondeante. Roma se humedeció los labios ya lustrosos y la máquina lanzó tantas nubes que la cámara no logró encontrarla—. Bajen esa maldita máquina —vociferó Armas.

Caspian atravesó la cortina de humo.

En la fachada de un edificio apareció un enorme reloj, apenas visible a través de la bruma. Félix cruzó el patio neblinoso de la estación y entró en la terminal ferroviaria. Paseó la mirada a su alrededor, la conocida sala de espera de Pilsen exactamente en la frontera checa, a través de la cual en los viejos tiempos había pasado muchas mercancías del mercado negro.

—Están los hombres de Weiss —dijo el cabo Sagen, señalando con la cabeza a un par de agentes de la Gestapo apostados junto a la entrada del andén.

—Yo sólo veo hombres muertos —dijo Félix.

Sagen se enderezó mientras sonaba a la distancia el silbato de un tren.

—¿Cómo se arreglará?

—Un accidente en ruta —Félix hizo una seña al resto de su escolta armada para que entrara en la estación. Los agentes de la Gestapo se volvieron y Félix se acercó a zancadas a la entrada del andén—. Están muy cerca del frente, caballeros. No pueden sentirse cómodos.

—¿Teniente Falkenhayn? Debemos acompañarlo, junto su envío, a Frankfurt —dijo el de más edad, con aliento a *sauerkraut* y *bacon*, y los modales de quien disfruta arrestando a la gente mientras desayuna.

Félix se cuadró e hizo una pequeña inclinación ceremonial.

—Será un placer tenerlos a mi lado en el viaje.

El silbato sonó más cerca y el suelo de la estación vibró débilmente.

—Debe de ser éste —dijo el otro agente, un joven de nariz afilada con cara de roedor. Abrió la puerta que daba al andén y todos pasaron. Félix observó las vías en dirección a la humeante locomotora que se aproximaba y vio a un soldado con medio cuerpo fuera de la ventanilla, un veterano entrecano de la División de la Muerte, que regresaba para descansar y recuperarse. Félix se separó unos pasos del grupo. El joven con cara de rata se movió con él—. Teniente...

La expresión del agente se ensanchó revelando profunda sorpresa cuando unas

flores rojas brotaron en su pecho. Félix se cubrió del fuego de ametralladora agachándose detrás de una carretilla de equipajes. Los frenos de la locomotora chirriaron y el tren se detuvo pocos metros más allá, mientras los veteranos de la División de la Muerte saltaban al suelo lleno de barro, disparando mientras aterrizaban hacia las ráfagas del otro lado de las vías. Félix dio media vuelta y vio que el otro agente de la Gestapo se arrastraba hacia él, con los ojos cargados de terror, un hombre que evidentemente no estaba acostumbrado a los tiroteos, excepto cuando descargaba su propia pistola en la nuca de alguien. Se agachó junto a Félix mientras la estación saltaba en pedazos, y los fragmentos voladores de piedra y cemento eran tan letales como los proyectiles.

—Un cañón de veinte milímetros —dijo Félix—. El próximo cañonazo elevará esta carretilla hasta el otro mundo.

—Sáqueme de aquí —al agente le temblaban los labios y la sangre chorreaba por su cara; las descargas de mortero y de cañón sacudieron el patio de la estación—. Puedo ayudarle. Se todo lo referente a usted.

—¿Qué es lo que sabe? —preguntó Félix al tiempo que saltaba por los aires el techo de la estación.

—Conozco sus actividades... haré destruir su legajo —el agente balbuceaba y paseaba una mirada delirante por su entorno, mientras enormes fragmentos del edificio se hacían trizas en el aire a una velocidad pasmosa—. Conocí a Gondolph, el falsificador.

—Usted lo arrestó —Félix soltó el seguro de su arma.

—De haber sabido que era amigo suyo...

—No le habría roto hasta el último hueso del cuerpo.

—Yo nunca le hice daño. Y tampoco le harán daño a usted —una descarga de mortero levantó el andén, sacudiéndolo bajo sus pies. Los ojos del agente se salían de sus órbitas—. Nos cortarán...

—Huiremos de aquí —Félix señaló la puerta de la estación con la boca de su Schmeisser—. Lo cubriré. Ya le avisaré...

—Sí —contestó el agente, bien agachado.

Félix prestó atención al movimiento del fuego de ametralladora e hizo una señal con la cabeza. El agente salió corriendo como alma que lleva el diablo.

—Gracias, Ivan —dijo Félix mientras el agente de la Gestapo bailaba en el aire y luego caía, atrapado en el diseño circular del arma rusa.

Las tropas de la División de la Muerte se abrieron en abanico alrededor de la estación, arrojando bengalas para iluminar el patio. Félix disparó su Schmeisser, luego la apretó entre los brazos y bajó rodando el andén hasta el suelo, uniéndose a los veteranos detrás de una batea volcada. Los ojos que encontraron los suyos eran fríos como las nieves rusas: soldados que habían sobrevivido a Stalingrado, a Jarkov, a la División Blindada.

Félix disparó su pistola ametralladora desde atrás de las ruedas de la batea;

después de diez descargas, el arma se atascó.

—Tírala —dijo el soldado que estaba a su lado y señaló un fusil de asalto, un MP 44 equipado con granadas; el hombre que lo empuñaba tenía ahora la mirada fija en el cielo nocturno, y un orificio en la frente. Ascendió una bengala, Félix vio al equipo de ataque ruso entre los furgones y disparó la granada; la explosión reventó la parte de atrás del vagón e hizo volar sus sombras por los aires. Entonces oyó una canción.

—... *no todas las balas encuentran el corazón...*

El soldado que estaba a su lado cantaba, mientras montaba una ametralladora con ayuda de otro veterano.

—... *las chicas nos sonríen... los pájaros trinan en los árboles... el mundo es hermoso...*

Las palabras se perdieron en el tableteo de la ametralladora mientras los dos hombres disparaban al enemigo. Félix los miró un instante y vio que los labios del soldado seguían entonando la canción; movía las manos fácilmente sobre el arma, con la cabeza encogida como la de una tortuga, instintiva y mecánicamente, como si percibiera la trayectoria de los proyectiles que zumbaban a su alrededor.

Ahora los soldados de la División de la Muerte avanzaban por el patio, disparando, devolviendo el ataque, decididos a que nada estorbara su descanso y su recuperación. Un arma antitanques silenció al cañón, el fuego de mortero y las granadas borrarón las ametralladoras. Cesó el fuego del otro lado del patio y Félix salió a cuatro patas de atrás de la batea volcada.

—Guerrilleros, eso es todo —un capitán marchaba por los raíles con una Luger en la mano—. Sin duda nos atacan con nuestras propias armas —hizo señas a sus hombres para que volvieran al tren—. ¡Vamos, vamos!

Félix se acercó al capitán con el lanzagranadas en la mano. El otro lo miró.

—¿Quién demonios es usted?

Félix le mostró las órdenes que llevaba para proporcionar escolta al cargamento especial agregado al transporte de tropas.

—¿Ese furgón lleno de ropa vieja?

—Y zapatos en buen estado, señor.

—Ya hay media docena de hombres custodiando esa mierda.

—Debemos relevarlos, señor.

El capitán guardó la Luger en su funda con un agudo chasquido.

—Quiero que este tren esté en movimiento dentro de cinco minutos.

El cabo Sagen y el resto de la escolta se reunió con Félix. Sagen señaló a los dos agentes de la Gestapo, despatarrados en el andén picado de granadas.

—Yo sólo veo hombres muertos.

—Murieron por la patria —Félix encabezó la marcha hasta el último vagón, donde se estaba reagrupando la escolta original a las órdenes de un sargento canoso. Félix le transmitió la novedad de que él y sus hombres podían retirarse y unirse al resto de las tropas—. Los documentos de transporte, sargento, antes de retirarse.



—Muchas molestias para unos harapos judíos —el sargento se rascó los piojos, que se daban un banquete en su entrepierna, y le entregó los papeles.

—Puede irse, sargento.

—Ya me he ido —el sargento se volvió hacia sus hombres—. Arriba —estaba sonando el silbato del tren.

Félix trepó con su escuadrón al vagón de mercancías.

—Deprisa —hicieron una selección de las cajas apiladas. Félix leyó en voz alta los números de las que quería, cuatro en total. Pasaron las cajas por la puerta del vagón, hasta el suelo.

Félix entregó un nuevo juego de papeles de transporte a Sagen.

—Para el director de banco Flick, en Frankfurt.

El silbato sonó por última vez y el tren de mercancías se sacudió hacia delante. Félix bajó de un salto. El tren pasó a su lado, llevándose el sonido de las ruedas, que se perdió vías abajo. Se quedó de pie en la oscuridad, mirando a través del patio de la estación, hacia el lugar de donde había llegado el ataque guerrillero checo, pero ahora los combatientes habían retrocedido hasta el bosque.

El cuerpo oscuro del tren también desapareció cuando el último vagón serpenteó en la última curva. Se volvió hacia la estación hecha añicos. En las profundidades de su interior se balanceaba un farol a la altura de la ventana.

Félix esperó y enseguida se asomó el farol en manos de una sombra que descendió desde el andén y avanzó hacia él. A medida que se acercaba, fue iluminándose la cara barbuda de un anciano ferroviario.

—Schaufel, ¿está entero? —preguntó Félix.

—Tengo yeso en el bigote —protestó el viejo y apoyó el farol en una de las cajas—. ¿Esta es la mercancía?

—Sí, ayúdeme a ponerla en esa carretilla.

Levantaron las cajas y el viejo ferroviario se quejó por el peso.

—¿Qué pasó con la ropa interior? Aquellas cajas eran más ligeras.

—Ahora me ocupo de otras cosas.

—Parecen cojinetes de rodamientos.

—Sí, Schaufel, cojinetes de rodamientos.

Empujaron la carretilla por el andén, hasta el costado del edificio, y salieron al aparcamiento de la estación, donde Félix descubrió que en la capota de lona de su Kübelwagen reposaba un trozo de pared de la estación y el volante estaba aplastado debajo de un revoltijo de maderas y piedras.

—Mala suerte en el edificio —dijo Schaufel, contemplando el techo derribado de la estación—. Vivían pájaros en los aleros...

—Ahora tendrán que anidar en su barba —Félix cruzó el aparcamiento hasta el camión ligero en el que habían llegado sus hombres, un diésel de seis cilindros que sólo había recibido unos pocos impactos en el chasis. Schaufel empujó la carretilla junto al camión y fueron cargadas las cajas de los territorios del Este después de que

Félix arrancó los sellos originales y los reemplazó con los de color azul oscuro del cuerpo médico: medicinas vitales, urgentemente necesitadas por la segunda batería del coronel Mueller, que ahora asistía a los ciudadanos de Nuremberg—. Bien —bajó de la parte trasera del camión y le dio un sobre a Schaufel.

Schaufel se guardó el dinero en el mono de trabajo.

—Oiga —acercó sus ojos húmedos a los de Félix. Parecía imposibilitado de hablar y tenía la cara contorsionada por una emoción inexplicable—. Oiga —repitió, retorciendo la mejilla—. He visto pasar mucha mercancía por aquí. El campamento del mismísimo Satán —fijó los ojos en las vías distantes y se atusó la barba gris, tironeando nervioso de unos mechones—. A veces he tenido miedo de mirar. Pero oigo —se volvió hacia Félix y parpadeó lentamente—. He escuchado el aullido de los condenados —hizo oscilar el farol hacia las vías—. Esto no es un ferrocarril. Es la Laguna Estigia.

Félix observó las vías desiertas, sobre las que brillaba la luna nueva, la luna de los ladrones, su propia luna, la de quienes operaban de noche en los cruces.

—Usted no ha hecho nada malo, Schaufel.

El anciano siguió mirando las vías.

—He balanceado mi farol. ¿Entiende? He balanceado mi buen farol, porque ése era mi trabajo. He contribuido a que pasara ese cargamento.

Félix subió a la cabina del camión.

—Adiós, Schaufel. No volveré a pasar por aquí.

—Ellos tampoco —Schaufel miró hacia donde las vías desaparecían en el Este.

Félix arrancó. La frontera estaba cerca y debía cruzarla. Encontraría poco tráfico en el camino. En cuanto al tráfico del ferrocarril, guiado por el profético farol de Schaufel, en cuanto a ése, reflexionó Félix, ¿no debería protegerme bajo su trayectoria, por si algo cambiara?

Salvo la corta distancia que lo separaba de la frontera alemana; a cada kilómetro aumentaba su angustia, que se convirtió en un temor sordo cuando quedó a la vista el puesto de control: soldados, alambradas, una barrera baja y, bajo sus focos, la insignia de la policía de seguridad. Las bayonetas y los cascos reflejaron sus luces cuando redujo la velocidad. Apareció clara ante sus ojos la primera cara, la de un joven dios cruel que dio un paso al frente con el brazo levantado. Te conozco, reflexionó Félix, siempre te he conocido.

—¡ALTO!

Félix movió ligeramente el volante, apenas lo suficiente para que el joven dios se viera obligado a retroceder un paso.

—¿No sabe conducir, lunático? —gritó el joven mientras trataba de recuperar el equilibrio.

—Domínese —dijo Félix en voz baja mientras dejaba colgar el brazo fuera de la ventanilla, con los documentos de transporte aleteando flojamente en la mano.

El joven policía se los arrancó de los dedos.

—Será mejor que se explique —dijo, sin siquiera molestarse en mirar los papeles. Félix lo observó desde las alturas de la cabina.

—Este camión va cargado de medicamentos —dijo suavemente, en tanto la libélula zumbaba en sus palabras, despreocupada, desalmada, inhumana. Clavó la mirada en el joven—. Llevo conduciendo la mitad de la noche y todavía me falta la otra mitad. Si un solo hombre muere a causa de su arrogancia, lo haré colgar sin darle tiempo a que se explique.

El joven policía pasó la luz de su linterna por encima de los documentos.

—Deprisa —dijo Félix y extendió el brazo en un movimiento brusco.

—Pase —dijo el joven.

Félix puso la velocidad y el camión pasó embalado por el puesto de control, mientras un hilillo de sudor rodaba por sus axilas. En el retrovisor, las figuras de los policías se mezclaron en la oscuridad y fueron tragadas por ésta. Condujo con la luna de los ladrones a la espalda. La luna lo llevó a través de la noche, viajando lentamente, y seis horas después lo dejó ante las suaves colinas ondulantes de piedra cretácea de los Alpes Francos. Siguió las montañas hasta avistar la población de Weissenburg, en el llano occidental, en el que se hundía la raja de la luna.

Bajó la montaña hacia la aldea. Aparecieron bajo sus faros los muros medievales que rodeaban el antiguo centro urbano, y vio la oscura sombra de las torres bajas que rodeaban la montaña, y la torre alta de una antigua iglesia. Desconocedor del camino, avanzó a lo largo de los muros, alrededor de la ciudad, hasta encontrar finalmente el mercado, donde un vigilante nocturno lo orientó otra vez hacia las montañas en dirección a la posada que buscaba.

Desanduvo el camino montañoso, hasta el cartel de madera tallada que esperaba, en el que leyó ARAUNERS KELLER. El coche del estado mayor que usaba Mueller estaba aparcado cerca de la entrada del viejo edificio y Félix frenó el camión junto a él. Había luz en el vestíbulo y vio pasar a un hombre a través de la ventana. Al instante, dos hombres de Mueller salieron al porche de la posada, seguidos por el propio coronel, y los tres bajaron la escalera para reunirse con Félix en el patio mientras éste se apeaba de la cabina del camión. Los hombres se veían fatigados por seguir en pie a tan altas horas de la noche, pero Mueller, el búho trasnochador, no daba señales de tener sueño.

—¿Ninguna complicación?

—Los caminos se están hundiendo. Todo es un mar de fango.

—Pero con este excelente vehículo... —Mueller acarició afectuosamente el guardabarros— construido por el señor Henry Ford, no has tenido problemas.

—El resto del embarque va camino de Frankfurt. De esto —Félix señaló las cajas de la parte trasera del camión—, nunca se dará razón. Ha desaparecido de la faz de la tierra.

Mueller ordenó a uno de los hombres que cogiera el volante y el otro saltó al estribo. Llevaron al camión por una pequeña rampa.

—¿Te gusta mi posada? —preguntó Mueller siguiendo al camión por la grava crujiente de la rampa. Señaló las ventanas oscurecidas—. Tú y yo somos los únicos huéspedes.

La rampa terminaba en la ladera de la parte de atrás de la posada. Los hombres de Mueller habían bajado del camión y estaban abriendo un par de grandes puertas de madera encajadas en la ladera.

—Estas montañas de piedra cretácea están plagadas de cuevas —dijo Mueller—, por lo que tienen la temperatura ideal para una bodega de cerveza.

Félix observó el interior cavernoso de la bodega cuando quedó iluminado por el farol de uno de los hombres; Mueller lo condujo por la bodega, donde había una hilera de inmensos barriles de madera. La movediza luz del farol hacía que sus sombras bailaran de un lado a otro, como homúnculos de patas tiesas.

—Es una cerveza excelente —dijo Mueller—. Quizá nunca la hayas probado mejor. Ni tan fresca —abrió una espita y llenó dos picheles—. A la salud de nuestro *Führer*, que tiene sus problemas.

El penetrante sabor a malta alfombró la lengua de Félix: la cerveza era espesa y potente. El barril que la contenía era alto y profundo y su cuerpo estaba contenido por grandes cinchos metálicos. La artesanía parecía tan antigua como la aldea.

Los dos soldados entraron las cajas; Mueller les ordenó que quitaran los clavos de las tapas y cuando concluyeron les dio permiso para retirarse. Oyó sus pasos que retrocedían y luego cerró la puerta de la caverna.

—Bien —dijo mientras colgaba el farol por encima de una de las cajas—, veamos qué nos ha mandado el Este.

Levantó la tapa. Diamantes, rubíes y zafiros destellaron bajo la luz del farol; centelleaban las gemas engarzadas en collares, brazaletes, broches y anillos.

—Eres un hombre rico, Falkenhayn —Mueller hundió la mano en las joyas y las sacó con un montón de anillos ensartados en los dedos—. Los dos somos ricos.

Félix permaneció inmóvil, deslumbrado por el tesoro de los países del Este, por el legado de muchas generaciones de su pueblo. Levantó un puñado de brazaletes.

—Las piedras preciosas son los ojos de los muertos. ¿Nunca oíste decir esto?

Mueller levantó un alfiler de corbata de oro, coronado por un descomunal rubí.

—En éste habita el sol. El sol del amor y de la vida. Los muertos han olvidado esas cosas —avanzó hasta otra caja—. Échame una mano, querido muchacho.

Félix cogió el borde de la tapa y entre los dos la soltaron. La caja estaba llena de diminutas pepitas de oro. Mueller derramó un chorro entre sus dedos.

—No merecen la molestia que te has tomado. Sin embargo... —arrojó el puñado en el montón—, algo haremos con esto.

—Dientes y muelas —Félix contempló embotado el montículo de oro.

—Empastes —dijo Mueller—. El oro es mucho mejor que las amalgamas —abrió la boca y entrechocó sus propios dientes varias veces, con sonido agudo—. Todo coronado en oro. Tú también has alcanzado la edad... en que deberías poner coronas

de oro en todos tus dientes. Algo que resista mientras dure la guerra.

Félix se volvió hacia Mueller.

—Finalmente has logrado asquearme.

—¿Porque algunos judíos perdieron sus molares junto con sus vidas? Mi querido muchacho, conmigo no te hagas el santo.

—No soy un profanador de sepulcros.

—El mundo es un sepulcro. Y encontraremos el mismo camino bastante rápido, de modo que ahórrate tanto sentimentalismo. Debes pensar como Krishna: «No existía el tiempo cuando ni tú ni yo, ni estos reyes, existíamos».

Mueller cerró la tapa de la caja con empastes de oro y abrió otra.

—Noto que he ofendido tu sensibilidad —enterró el brazo hasta el fondo en brazaletes, sortijas y broches, y lo levantó con una lluvia destellante bajando por su manga—. Las ciudades están destinadas a ser saqueadas. Ha sido escrito por la mano divina —Mueller volvió a cerrar la caja—. Siento que estoy exactamente donde el destino quería que estuviera. Soy inocente. He crecido hasta donde el sol me lo ha permitido —sonrió a Félix—. Me ha atendido el mismo homeópata que al lugarteniente Hess.

—Quiero mi parte de esto —Félix señaló las cajas—. Ahora.

—¿Y dónde lo pondrás? ¿En una perrera? ¿En cuántos puestos de control tendrás la misma suerte que esta noche? Tienes que aguardar conmigo a que concluya la guerra. Durante un tiempo el pan valdrá más que los diamantes, pero volverá la estabilidad.

Mueller se acercó al barril del extremo de la fila. Cogió una palanca de hierro y la insertó entre los dos cinchos que rodeaban la parte media del barril. Los cinchos se separaron y el barril se abrió en dos mitades huecas, con la parte interior vacía y seca.

—Una modificación especial. El carpintero se llevó el secreto a la tumba. Una muerte prematura. Una verdadera lástima.

Cargaron las cajas, una a una, en el barril, encajándolas perfectamente acomodadas contra las paredes curvas.

—Bien, ahora dejemos que nuestra excelente cerveza negra se añeje —dijo Mueller.

Entre ambos cogieron las dos mitades del barril y las unieron; las duelas de hierro se juntaron con un resonante sonido metálico.

—A salvo de las bombas, de la Gestapo y de los ejércitos invasores —Mueller abrió la espita de ese barril—. La parte de delante contiene una pequeña reserva, lo suficiente para que parezca igual a los demás —la cerveza espumó en el pichel—. Y cuando se acabe, nadie tendrá el menor interés en un barril vacío —Mueller levantó el pichel—. Si llegan los rusos, beberán como cosacos y se largarán maldiciendo, tal vez, al único barril que produjo tan poco.

Salieron de la bodega; entre los dos cerraron las grandes puertas de la cueva y Mueller las aseguró con un par de candados. Se volvió hacia Félix con una sonrisa en

los labios.

—A propósito, ¿cómo están tus casas? ¿No tienes una en Mecklenburg?

—Y en el pueblo cercano a Köpenick. Ambas han sido destruidas.

—Y todo lo que tenías allí se ha perdido. Confía en mí, muchacho. Mi escondite es mejor.

—No me dejaré engañar.

—No tengo intención de engañarte —Mueller le tendió la llave de los candados.

—Las cerraduras se cambian fácilmente.

—Entonces abre con una granada de mano —Mueller encabezó la marcha por la rampa de grava, hasta el patio delantero de la posada abandonada. Los árboles rodeaban el jardín y la luna se había hundido detrás, quedando colgada entre las ramas peladas. Mueller interrumpió sus pasos cerca de una pequeña charca para pececillos de colores, cuya superficie estaba cubierta con tablas. Bajó la vista, como si la fijara en las aguas—. Me doy algunos placeres —encendió un cigarrillo en la oscuridad. Dio una calada, enroscando el humo alrededor de su lengua, para luego soltarlo lentamente—. Estar aquí, respirar el aire nocturno junto a otro ser humano... es todo lo que conozco de ese escurridizo espectro que se llama paz.

—Entonces has conocido tanto como cualquiera.

—¿Sí? Me gustaría creerlo, creer que no me he perdido algo... algo más exquisito.

Félix también encendió un cigarrillo y a través de los árboles miró la fría raja de la luna.

—Dos hombres de Weiss fueron liquidados en la estación de Pilsen.

—El mundo tendrá menos problemas esta noche.

—Tuvimos suerte. Pero Weiss está cerrando su trampa sobre mí.

—Nunca te cogerá —Mueller siguió andando a través del jardín, con una delgada estela de humo entre las yemas de los dedos—. Eres miembro de la Logia Luminosa original. Fuiste iniciado personalmente por el barón Von Sebattendorf. Tienes protección oculta.

—La única razón por la que estuve allí esa noche fue que creía que era un club de magos del teatro.

Mueller se llevó el cigarrillo a los labios y soltó por la nariz dos caracoles gemelos de humo.

—En una de las primeras reuniones de Munich, una médium produjo una forma ectoplásmica que todos vimos. *Este, dijo, es el nuevo Mesías*. Era la figura de Hitler. Su cara se convirtió en la del ser más grotesco imaginable... un auténtico demonio. El mismísimo Sebattendorf huyó aterrorizado.

—¿Y eso me salvará de Weiss?

—Yo te salvaré de Weiss —Mueller tiró el cigarrillo en la graba—. Aunque quizá te estés preguntando quién soy yo.

Mueller lo miró y sonrió; a continuación metió la mano en el bolsillo y sacó un

pequeño broche de esmeraldas en forma de dragón, y se lo puso a Félix en la mano.

—Existen muy pocos como éste. Rasputín tenía uno. Indudablemente Hitler lo tiene —cerró los dedos de Félix sobre el broche—. ¿Sabías que hay un centenar de tibetanos con uniformes de las SS? Himmler se ha rodeado de lamas.

Mueller fijó la vista en las ramas de los árboles que rodeaban el jardín.

—Esta conciencia planetaria nuestra tiene una mente peculiar. No es humana. De hecho, es... un dragón verde.

Cruzaron el jardín hacia la calzada. Caminaron juntos cuesta abajo, hacia la aldea de Weissenburg. Las luces estaban apagadas, los tejados sólo eran visibles como sombras indistintas sobre las que planeaban volutas de humo de chimeneas ocultas. El andar de Mueller era lento, estable; parecía paladear las horas de la noche, sus olores, su vaciedad. Las altas botas negras crujían suavemente mientras avanzaban.

—Hay señales de primavera —se detuvo junto a una pared rocosa cubierta por los bordados de una vieja enredadera nudosa. Alargó la mano para tocar las hojas—. Siento brotar la nueva vida.

Félix se había detenido junto a una farola en la que había un cartel desteñido, con los bordes rotos. Paseó lentamente la mirada por la escritura gótica.

## Muera Judea

—Hitler es un médium nato —dijo Mueller a su lado—. Los que nacen en Braunau am Inn suelen serlo. Tuvo la misma nodriza que los hermanos Rudi y Willy Schneider, grandes médiums. Tú ingresaste en la logia cuando estaba decayendo...

Las letras negras parecían bailar ante sus ojos; oyó un sonido peculiar, el clic semejante al sonsonete metálico de un insecto. Escuchó, transfigurado, y entonces comprendió: era el chasquido de los dientes de oro en las bocas de los judíos muertos. Se tapó las orejas con las manos, pero no logró dejar fuera el sonido.

—Mueller...

—¿Qué, querido muchacho?

Las letras chorreaban tinta negra, la tinta goteaba por una pared blanca. La luz del sol jugaba sobre la pared y un haz caía sobre sus hombros. Caspian se volvió lentamente y vio a Victor Quatrelle de pie a su lado, con camisa hawaiana, pantalones flojos, sandalias.

Caspian se estremeció, oyó un crujido igual al de un disparo de fusil y volvió plenamente. Victor meneaba la cabeza mientras pasaba la mano por las letras burdas que alguien había pintado en una pared de Venice Beach.

## MUERA JUDEA





## Capítulo 20

Paró el coche en la calzada circular, aparcó y salió al fresco aire nocturno del cañón. Cerca oyó el delicado aleteo de un murciélago, que se perdió en la oscuridad. Cruzó el sendero hacia la casa y subió los peldaños hasta la gran puerta de madera.

—¿Eres tú, David?

Atravesó la cocina y bajó al salón, donde encontró a Carol leyendo en su dieciochesco sofá italiano que, sospechaba David, era una falsificación. Se sentó junto a ella, que cerró el libro.

—¿Un día de mucho trabajo?

—Sí —David miró la tapa del libro, un manual sobre el stress. ¿Tienes stress?

—¿Y por qué crees que duermo con las gafas de sol puestas?

—¿Cómo está Alicia?

—En la mesita del café hay una nota de su maestra. Se pasó el día llorando. Porque *ella* tiene stress —Carol volvió a abrir el libro—. Y en este libro hasta las ratas tienen stress —lo miró por encima del borde de sus gafas de lectura—. Tal vez tendríamos que comprarnos una cama vibratoria.

—La probé una vez. Tuve que levantarme y esperar a que se interrumpiera la vibración.

—¿Dónde ocurrió *eso*? —preguntó, enarcando las cejas.

—En un motel, hace años, en otro país.

—¿Qué país?

—Creo que era Gambia.

Ella sonrió y se quitó las gafas.

—¿Por qué estás tan sexy esta noche? ¿Qué has hecho?

David le tocó el dobladillo del kimono blanco, a la altura de la rodilla.

—¿Recuerdas cuando lo compramos?

—¿En la convención de Cigarros Havana?

—En Macao. Habías perdido tres mil dólares en las mesas de juego.

—Tenía mi sistema —se subió el kimono por los muslos y los examinó críticamente—. Otra vez estoy comiendo demasiado —estiró sus piernas perfectamente torneadas—. ¿Opinas que parezco un burro?

David se deslizó hasta el suelo y lentamente le pasó una mano por la pantorrilla. Carol se apartó un poquito y lo observó con curiosidad.

—Bueno, bueno...

Él la atrajo al suelo, sobre los grandes cojines afelpados. El kimono se abrió y Carol le tendió los brazos.

—Ven aquí, cascajo de pacotilla.

Se levantó en el salón a oscuras; Carol dormía, cubierta con una colcha afgana. David

subió los peldaños hasta la cocina, donde comió tranquilamente, contemplando las flores del invernadero. Sobre sus pétalos había líneas oscuras, guías de miel creadas por la flor para atraer al insecto a lo más profundo de su cáliz de polen. Y otras flores, con las mismas líneas oscuras, ocultaban un cáliz de agua para capturar al insecto.

Y después se cierran los pétalos, pensó Caspian. Y nos ahogamos.

Bajó el pasillo hasta la habitación de Alicia. Su luz de noche estaba encendida... una lámpara en forma de zapato de abotonadura alta, con puertas y ventanas iluminadas por una pequeña bombilla interior. Cada vez que miraba las pequeñas y brillantes ventanas enrejadas, con su reverberación amarilla, David pensaba que era una de las casas más acogedoras de la ciudad.

Los párpados cerrados de Alicia seguía hinchados de tanto llorar, del pesar de su vida que él no podía comprender y era impotente de solucionar. Le acomodó la manta, enderezó los muñecos rellenos sobre la cama y la dejó al cuidado de la Vieja del Zapato que, tal vez, era quien mejor podía ayudarla en su enfermedad. Recorrió el último tramo del pasillo y salió por la puerta lateral. Los grandes robles nudosos formaban un toldo sobre su cabeza, que hacía de cortina de las estrellas. El búho ululaba cerca y su hueco sonido espectral era la quintaesencia de la noche.

Sintió la llamada de las montañas... en su mente se formó la imagen repentina de dónde debía estar, exactamente, para encontrar respuesta a uno de sus interrogantes.

Salió del patio y cruzó el jardín. La gata levantó la cabeza de las hierbas, donde acechaba, con sus orejas puntiagudas delineadas por la luz de la luna. David atravesó la verja y echó a andar por el camino; una brisa con aroma a primulas flotaba a su alrededor y su seductora dulzura atraía a las mariposas nocturnas como él.

Se internó en el cañón. Los grillos entonaban su serenata desde los matorrales y su mensaje se transmitía de un lado a otro, como anunciando su presencia. El sendero se curvó y quedó abierto el paisaje, con la luna asomando en la punta de una espiral volcánica distante. Entró en el monte bajo y miró el lecho seco del río que serpenteaba más adelante, con follaje colgante a ambos lados y la luna penetrando la superficie dura y agrietada.

Rastreó el fondo del río mientras los grillos seguían acompañándolo desde los bordes herbosos de la orilla. Un chotacabras que revoloteaba más arriba lanzó su grito farfullante y se esfumó. El lecho seco entraba en la altiplanicie árida. Caspian trepó por la orilla y salió al llano, mientras la luna se liberaba de las cumbres del cañón con las puntas dobladas hacia abajo. A su derecha se movió una sombra y delante destelló una bayoneta.

—Contraseña.

—Valkiria —la palabra salió de sus labios como si fuera de mercurio, líquida y lisa.

Una columna de camiones se aproximaba en la oscuridad. Estaba bajo una luna ajena.

Los camiones frenaron y se apearon unos cuantos hombres uniformados.

Vio una red de vías férreas corriendo hacia el horizonte iluminado por la luna, mientras el convoy de camiones paraba en seco. Se bajaron las puertas traseras y un tropel humano salió tambaleante: hombres, mujeres y niños agarrados entre sí, esforzándose para que no se les cayeran los paquetes de la mano. Unas voces militares los reunieron en manada hacia una fila de vagones de ganado que aguardaba en los raíles, en tanto la luna fría los miraba con indiferencia. Se acercó al rebaño arrastrando los pies, hasta que distinguió el rostro de cada uno, todos con la misma expresión de pesadilla.

Un sargento de las SS se acercó a él.

—¿En qué puedo ayudarle, señor?

—Estoy esperando mi tren.

—Muy bien, señor, pero como puede ver, éste es un transporte civil.

—Sí, ya lo he notado —el intercambio de palabras se produjo en tonos mercuriales, como si su lengua recitara una secuencia fija que él siguió letra por letra, en cada palabra inevitable.

El sargento volvió con la columna de civiles harapientos. Caspian fue tras él. Los ciudadanos avanzaban dando traspies, un mar de rostros desconocidos, confundidas víctimas del terror. El frío aire nocturno había penetrado su abrigo y enterró las manos en las profundidades de los bolsillos. Una mujer cayó, la pusieron violentamente en pie; la niña que llevaba de la mano se retorció con ella en un grito mudo. A la mujer se le abrió el abrigo, dejando al descubierto la única prenda que llevaba debajo, una combinación corta puesta deprisa sobre su cuerpo menudo en el momento de ser arrestada. Su pelo era una mata de rizos, su boca una mueca de desdicha. Alzó a la hija que sollozaba. Su mirada se encontró con la de Caspian... con unos ojos que él había contemplado año tras año; la incertidumbre de su propio cuerpo se transformó en furia mientras su mujer y su hija pasaban, tropezando.

Se abalanzó hacia la fila y las sacó de allí.

—No puede cambiar el curso de su destino —dijo una voz a sus espaldas.

Giró sobre sus talones, con la pistola desenfundada. Un rostro de huesos le devolvió la mirada. Sobre el abrigo negro de la Muerte, estaban cosidos los galones grises de un general de las SS. La Muerte sonreía con sus dientes de oro luminosos; codeó a Carol y a Alicia para volver a incluirlas en la manada que arrastraba los pies hacia los vagones de ganado.

Un grito se elevó desde la garganta de Caspian, un grito de silbato se elevó desde el tren. Su chirriante gemido aumentó en intensidad, alcanzó el punto máximo y disminuyó lentamente hasta transformarse en el canto de los grillos.

Estaba de pie en el lecho seco del río, mirando boquiabierto las puntas de lanza de un cactus. El apretón paralizante de la Muerte se aflojó y se hizo mortaja, más suave y flexible, mientras se deslizaba de sus hombros.

Volvió sobre sus pasos y atravesó el monte bajo hasta el camino. Pasó un coche; observó cómo se movían los haces de sus faros registrando el recodo hasta

desaparecer. Caminó lentamente entre las paredes del cañón. Quedando a la vista las luces de su casa.

Entró por la puerta trasera y bajó el pasillo hasta la habitación de su hija. La encontró dormida, entre sus animales peludos predilectos, con la luz de la Vieja del Zapato sobre el rostro.

## Capítulo 21

Gaillard dejó la pipa en la mesa, entre ambos, junto a una bolsa de tabaco aromático cuya fragancia inundaba el aire de vez en cuando, pues a menudo aquél la levantaba, la golpeteaba o la abría, distraído mientras hablaban.

—Ha pasado una semana interesante.

—Aterrizó del otro lado con plena conciencia. Estaba allá, en lo alto.

—¿No fue un cautivo de los pensamientos de Félix?

—No ya como un mero observador ni como alguien que espía por el agujero de una cerradura. Yo era la entidad. Y sin embargo, todo parecía ocurrir como una pulsación adelantada, a la que yo seguía.

—¿Estaba en condiciones de actuar a su libre albedrío?

—Sólo hasta cierto punto, después los acontecimientos se hicieron cargo de todo —Caspian se inclinó—. De modo que tengo la impresión de haber caído en un tiempo que ya está fijado, una película que ya se ha rodado. Puedo protagonizarla, pero no cambiar el resultado.

—Entonces Félix es algo que ha sido vivido, probablemente hasta su conclusión.

Caspian asintió.

—Pero mi vida aquí, hoy, ahora... todavía está abierta. Puede ocurrir cualquier cosa. Estoy yendo a algún lado, pero ese destino no puede ser visto ni predicho. La diferencia es... que yo estoy vivo y Félix está muerto. Pero la película de su vida sigue en algún lado.

—Félix no vería las cosas así, naturalmente.

—No, él las vería como yo veo mi vida... una película en proceso de producción.

—¿Y qué sentía con las restricciones que experimentaba allá?

—Era impotente para salvar a mi mujer y a mi hija. ¿Usted qué opina?

—Esa imagen indicaría que las está perdiendo. Sus sentimientos por ellas se deslizan y usted no puede hacer nada para intervenir. Es dañino permitir que los sentimientos mueran. Los hombres, sobre todo los hombres, se secan fácilmente.

—Entonces enseñeme dónde está la luz.

—Este proceso es tortuosamente lento. No hay grandes conversiones. Somos como hormigas cargadas con granos de arena.

—Repítame... que estoy completamente cuerdo.

—No afirma ser el heredero del trono de Francia, si a eso se refiere —Gaillard prendió una cerilla y la acercó a la pipa—. Escuche, yo sé a primera vista si alguien es un psicópata. Es algo que se nota hasta en la mirada exagerada de un crío de dieciocho meses. Usted no tiene esa mirada.

—¿No está tratando de animarme, de sustentar a alguien que usted sabe que se está fragmentando y que no puede aceptar la verdad?

—¿Qué quiere que haga... que lo interne? Nos estamos abriendo paso a través de un sistema de fantasías que usted ha construido. Creo que llegaremos al final del

camino.

Caspian estaba envuelto en la veladura de nubes del humo de la pipa.

—Los indios norteamericanos dicen que el humo confunde a la Muerte. Que Él lo aceptará como un sustituto del alma humana.

—Muy bonito —dijo Gaillard y exhaló una bocanada de aire por encima de sus cabezas—. Aquí tenemos un poco para los dos.

Caspian entró en el oscuro interior de la sala de grabación y caminó a través de plataformas con focos, montones de decorados móviles, carretes de cables, y pasó junto a una cantina sobre ruedas, donde algunos miembros del equipo tomaban su tentempié gratuito de sopa en polvo, galletas de queso y un vaso de cartón con café salobre de L. A. Su conversación, amortiguada por las paredes cubiertas de acolchados y pantallas acústicas, era de todos modos audible:

—... el cocinero ciego que preparaba pedidos al instante, lo hacía todo guiándose por el tacto.

—Sí, claro, pero a mí no me gustaría que metiera su pulgar en mis cacerolas.

Caspian salió cerca del plato de *Vagabundo del espacio*, donde estaba Julius DeBrusca con su comitiva, vigilando cómo se gastaba su dinero. Su voz de barítono profunda atronaba.

—... siempre habrá una rubia tonta.

Caspian siguió hasta donde estaba sentado Victor Quatrelle, con la vestimenta oscura del hechicero espacial, el guión en la mano. Caspian se sentó al lado.

—Necesito encontrar a alguien que haga magia. Un experto, un verdadero practicante.

—Dame un par de días —respondió Quatrelle—. En mi club de vida sana hay unos cuantos tipos raros.

—Sí, hubo una Logia Luminosa —dijo el caballero que estaba frente a Caspian en un despacho del campus de la universidad de California del Sur... un retiro para ratones de biblioteca abarrotado de libros sobre religión, antropología y magia—. El hombre completo de la logia era Thule Gesellschaft. El gran entendido y adepto era un tal Eckart. Se supone que fue él quien inició a Hitler en Viena.

Caspian estaba sentado al otro lado del escritorio, con una torre de libros viejos junto a su silla.

—¿Tenían algún poder real?

—Fueron el fundamento del partido Nazi. Si eso no es poder, ignoro qué es el poder. Piense en las espeluznantes reuniones que tenían... cien mil cascos brillantes, cien mil bayonetas destellantes. En Estados Unidos lo llamamos política, pero el propio Hitler dijo: «Cometéis un error si consideráis que lo que hacemos es meramente político». Era magia y funcionaba.

—Pero, ¿podían hacer cosas como... desmaterializarse?

El profesor Sobol giró en su vieja silla de roble y puso los pies en el escritorio.

—Hay un tal Haushofer. Discípulo de Gurdjieff en el Tíbet, en 1903. Se le suponía capaz de hacer brotar una semilla y lograr que madurara en unos segundos. Él le enseñó a Hitler los centros de poder del cuerpo y el *Führer* sabía mucho de eso, que figura en los volúmenes de sus conversaciones de sobremesa. Decía que tenía el «ojo del Cíclope». —Sobol se apoyó en el respaldo del asiento y cruzó los dedos sobre el regazo—. Bien, *algo* tenía, ¿verdad? El almirante Donitz no entraba en la misma habitación que él si podía evitarlo, porque perdía totalmente la fuerza de voluntad. Allí tiene un viejo y curtido lobo de mar, que ha enfrentado huracanes y Dios sabe qué más, pero que no quiere entrar en la cancillería para que Adolfo no lo haga víctima de un hechizo.

—Pero Hitler fue destruido.

—Y desapareció. No es el primer artífice de magia negra que se esfuma en una vaharada de humo.

Caspian también hizo girar su silla lentamente, hacia atrás y hacia adelante, entre dos columnas de libros desencuadernados y de páginas amarillentas.

—¿Sabe algo de un dragón verde?

—Una sociedad secreta japonesa. Con matices tibetanos. Las SS tenían en el Tíbet al doctor Scheffer, que frecuentaba los monasterios y trabajaba con los lamas. También se suponía que había un brujo tibetano en Berlín, conocido como «el hombre de los guantes verdes» —el profesor Sobol hizo rodar su silla hasta la ventana—. La idea popular es que los chamanes y los hechiceros pelean entre sí con huesos de perros voladores y disparates de la misma índole. Pero el misil MX también es un objeto del ocultismo.

—Yo estoy buscando a alguien que practique la verdadera magia.

La silla de Sobol crujió cuando volvió a girar y puso los pies sobre el cajón del escritorio.

—Eso no es lo mío. Lo siento.

Caspian se incorporó.

—¿Usted cree que la magia nazi podía sacar el alma de alguien de su cuerpo?

—Sacaron el alma de todo un pueblo de su cuerpo. Alemania fue la cuna de Goethe y de Bach. ¿Qué le ocurrió? Yo sólo soy un historiador de segunda mano, pero en mi opinión ese pueblo fue víctima de un conjuro. ¿Usted está siendo conjurado por alguien?

—... y en un impulso tanático, ABC lo aceptó —dijo Myron Fish—. En vez de eso tendrían que haberse comprado una granja lechera.

—Uno nunca sabe qué va a ser un fiasco —dijo Julius DeBrusca—, aunque a veces se sabe.

El secretario de DeBrusca estaba a su lado, escribiendo en el cuaderno; Caspian

se había sentado frente a ellos, ante una mesa improvisada que habían montado en un rincón vacío del plato.

—Estoy encantado con lo que me has dado en esta película, David —dijo DeBrusca, volviéndose hacia su estrella—. No será un chasco, eso te lo garantizo. Haremos una campaña publicitaria jamás vista. Temblarán las galaxias.

Myron Fish levantó su tazón de sopa en polvo.

—Me han citado para un juicio por paternidad.

—A mí me ocurrió —intervino DeBrusca—. Ella era lo más basto que puedas imaginar. Su padre era un cabecilla de los barrios bajos y ella tenía un puesto de salchichas. Dijo que abusé de ella entre el ketchup y los embutidos.

Un asistente de dirección se acercó a Caspian.

—Preparado.

DeBrusca levantó la punta de su cigarro, en una especie de bendición a su estrella, y siguió aconsejando a Fish sobre los vericuetos de los juicios por paternidad. Caspian siguió al asistente por la calle trasera del estudio, bajo las grandes lonas alquitranadas que la habían convertido en una caverna gigantesca.

En la calle, bajo un círculo de luces, lo esperaban los guardias de uniforme negro que lo aprehenderían... con armas interplanetarias de alquiler.

—David, ya sabes lo que tienes que hacer —Herman Armas hizo una seña confiada a Caspian—. Dejarás a estos actores hechos puré a tu alrededor —hizo un gesto hacia los extras de uniforme negro y pasó a ocupar su puesto cerca de la cámara—. Muy bien, ahora pongámonos serios.

Caspian ocupó su lugar, contra una lustrosa pared metálica, y las cámaras empezaron a funcionar. Las figuras negras forcejearon con él.

—Está arrestado por crímenes contra el Estado.

Se debatió, de acuerdo con el guión, y ellos lo redujeron, también de acuerdo con el guión, pero su apretón era un puñado de bruma.

Félix despertó, sobresaltado. Se sentó en la cama, con la voz todavía repicando en su cabeza... *arrestado por crímenes contra el Estado.*

Hoy no. Hoy dejo de ser miembro del Estado.

Se levantó y se movió adormilado por la habitación, pequeña y miserable. El uniforme estaba colgado de una silla. Lo dejó allí y se puso un raído traje de paisano. Se acercó a la ventana y miró la calle. Estaba desierta, salvo los montones de escombros: la manzana de enfrente había sido bombardeada hasta quedar en ruinas.

Se dirigió a un pequeño tocador en el que había una vapuleada caja de maquillaje teatral. La abrió y sacó un frasco de goma líquida. Se aplicó la goma en media cara, desde la frente hasta el mentón, pasando por la mejilla, y creó así una superficie arrugada y picada. También cubrió un ojo, con lo que el párpado adquirió el aspecto de un huevo demasiado frito. Cuando la delgada película de goma se secó, la cubrió con un tinte purpúreo. El efecto era el de un quemado, alguien que se había achicharrado por un lanzallamas.



En la chaqueta estaban los documentos de licenciamiento del ejército, una vieja libreta donde figuraban las pagas y una mención al valor en acto de servicio con un batallón de infantería ligera en Monte Casino. Mezclado con el resto de las cosas, sus otros papeles de identidad: registro de trabajo y de vivienda, sellos de racionamiento, carnet de identidad civil y permiso de viaje.

Se palpó las arrugas y cuando estuvieron secos el tinte y la goma se puso una capucha negra sobre la cabeza, por la que miraba a través de dos pequeñas ranuras ovales. Se encajó cuidadosamente el viejo sombrero de fieltro sobre la capucha e inclinó el ala sobre su frente.

Cogió un bastón y fue cojeando hasta el espejo. Llevaba la Walther disimulada bajo la chaqueta y el revólver automático enfundado en un calcetín.

Se volvió hacia el uniforme de la silla.

—Adiós, teniente Falkenhayn. Has servido a la patria.

Bajó lentamente la escalera y salió a la media luz crepuscular de la calle. Las bombas incendiarias norteamericanas habían dado al cielo un tinte rojizo. El viento soplaba sobre las ruinas, levantando remolinos de yeso y empujándolos calle abajo. Pero corría la primavera y los árboles, cubiertos de polvo, florecían.

Se abrió camino paso a paso por la calle. Los escombros le estropeaban los zapatos y la brisa primaveral levantaba polvo de ladrillos a su alrededor. Sentía el aroma de flores de melocotoneros y manzanos, mezclado con el olor azufrado de las bombas.

Giró en la esquina y vio un cadáver balanceándose en una farola, colgado por las SS la noche anterior. Ahora estaban desmadrados, totalmente enloquecidos, colgando a desiertos y, de paso, a todo el que podían.

Se detuvo bajo la farola y observó el cadáver: un chico de no más de dieciséis años, con la gorra todavía puesta, inclinada sobre la frente en postura desenvuelta, sobre un cuello roto. El cuerpo oscilaba con la brisa primaveral.

Félix siguió adelante, apoyado en el bastón, tanteando a cada paso. El sol poniente había incrementado el matiz refulgente del cielo. Una sección elevada de la U-Bahn colgaba en fragmentos retorcidos contra las nubes rojas. Pasó por debajo, mientras las sombras de los trozos mellados lo rodeaban como una jaula. Avanzó, manzana tras manzana, a medida que caía la oscuridad. Brillaba la luna roja de las bombas incendiarias. Pasaron unas nubes sulfurosas que la volvieron amarilla, y luego anaranjada, y después otra vez roja. Entre los cascajos de un pequeño jardín asomaban algunas violetas.

Oyó a sus espaldas el embrague en primera del Kübelwagen auxiliar, que traqueteó por la calle destrozada y frenó junto al bordillo. Se apearon cuatro agentes de las SS. Los hombros del comandante eran anchos y estaban unidos a su cabeza sin el beneficio de un cuello intermedio; la luna roja brillaba sobre su casco de color carbón mientras avanzaba a zancadas hacia Félix.

—¿Qué cuernos es eso que cubre tu cabeza?

—Es para ahorrarle el espectáculo a mi mujer —respondió Félix en voz baja.

—¿Para ahorrarle el espectáculo? Yo se lo ahorraré definitivamente —el oficial de las SS le arrancó el bastón de la mano y con él le golpeó la rodilla—. Tú no tienes nada, cagón. He tratado antes con otros de tu misma calaña, ocultos detrás de heridas que nunca recibieron, en batallas en las que nunca participaron —se volvió y chasqueó los dedos en dirección a otro agente—. Trae la cuerda; con éste haremos un trabajo rápido.

Apoyó ambos puños en las caderas y estudió la figura serena y estable de Félix.

—Esta es la avenida de los muertos, ¿no lo sabías? Esta noche tendrías que haberte quedado en la cama.

—Es lo que tendría que haber hecho, pero el aire me hace bien a los pulmones.

—Bien, respira hondo, que será la última vez —señaló la farola siguiente—. Esa es para ti.

—¿Cuántos hombres ha ahorcado, capitán? —preguntó Félix, casi en un susurro a través de la boca de la capucha.

El capitán de las SS sonrió.

—Bastantes para llenar un listín telefónico.

El otro había llevado la cuerda. El capitán alargó la mano hacia Félix.

—Las máscaras sólo se usan con los pelotones de ejecución. De modo que, señor héroe... —aferró la capucha y se la arrancó. Se le cayó de la mano cuando contempló boquiabierto la masa arrugada de carne quemada que cubría el rostro de Félix, con un ojo cerrado, todo de un monstruoso tono purpúreo—. Santa Madre de Dios, perdóname.

—Y ahora —dijo Félix—, ¿puedo saber quién le ha hecho este insulto a mi honor?

El capitán de las SS retrocedió.

—Nadie, nadie en absoluto —se agachó, recogió la capucha y se la arrojó a Félix. Montó con sus hombres en el Kübelwagen. El motor rugió y los neumáticos chirriaron cuando el vehículo salió disparado calle abajo.

Félix reanudó la lenta caminata. La luna primaveral seguía elevándose. El fragor del frente sonaba en las cercanías y la artillería antiaérea esperaba más bombardeos. Sin embargo, la ciudad continuaba su vida; en medio de la destrucción se acercaba un tranvía. Félix subió y se dejó llevar a través de las ruinas hasta el viejo distrito de los teatros. Hizo sonar la campanilla y bajó a la calle, delante del Burckhardt Auditorium.

Cruzó y se internó por el callejón lateral del teatro. La entrada de artistas, tal como le habían prometido, estaba abierta. Apilados en el interior aguardaban los bidones de gasolina que el Comadreja y él habían almacenado en las últimas semanas. Sus pisadas no se oían en el pasillo, pero tenía una mano en el interior de la chaqueta, sobre la Walther. Gerta Schaffers había dicho que era un lugar seguro, que nadie iba a molestar al teatro. Sin embargo...

Recorrió el pasillo trasero. Se detuvo en los bastidores, junto a los pliegues colgantes del telón. Todo era silencio y vacío. Hoy no había ensayo ni representación, pues los tanques aliados estaban cada vez más cerca.

Pasó al otro lado del telón y entró en el escenario. Sus espacios sombríos eran oscuros, desprovistos de decorado. Pero su paso resonó en el alto espacio abierto cuando se dirigió al centro.

—«*La vida sólo es una sombra ambulante, un mal actor que se pavonea y malgasta su tiempo sobre el escenario y luego no se oye hablar más...*».

Su voz era baja pero se transmitió por las paredes curvas del teatro y desde la oscuridad del fondo oyó un aplauso lento y solemne. El Comadreja se levantó de su butaca y bajó por el pasillo hasta el escenario.

—Muy bien, te has compenetrado con el personaje —estudió la quemadura de la cara de Félix—. Ese sí que es un buen trabajo. Tendrías que haberte encargado una nariz nueva.

Félix bajó los peldaños y se reunió con él bajo el proscenio.

—¿Estamos listos?

—Un caserío en el norte de Westfalia —dijo el Comadreja—. Allí no hay bombardeos. El posadero es amigo y el cargo de jefe de policía lo ocupa Freddy Sossong. Le vendimos el mejor champagne que bebió en su vida.

—¿En qué nos trasladaremos?

—Encontré un Austro-Daimler, una máquina increíble. Llevaremos a un chico que conozco, Willi Sievers... no tiene mucho seso pero le debo un favor y en sus manos el Daimler irá a todo gas —miró la hora—. Llegará en un minuto —el Comadreja metió la mano en el bolsillo y sacó una cartera de cuero—. El último trabajo de Gondolph —levantó el documento de Defensa de Berlín, que ordenaba la cooperación de todos con su portador: la Wehrmacht, las SS, la Gestapo y el partido Nazi.

—Será un paseo interesante —Félix sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Nunca se puede garantizar, pero hemos llegado hasta aquí y sería muy agradable llegar hasta el final —el Comadreja cogió un cigarrillo de la pitillera de Félix—. ¿Cómo está Gerta?

—Muy contenta. Ahora va al Luftwaffe Club. Dice que saldrá de Berlín en un Fokker-Wulf Condor.

—Con las piernas en el aire.

Félix levantó la vista hasta las palancas y sacos terreros que colgaban por encima del escenario.

—¿Y si nos encontramos con los rusos?

El Comadreja sacó del bolsillo otro juego de papeles y tres estrellas de paño.

—Somos judíos que huyen.

Félix asintió y estiró los brazos por el borde del proscenio.

—Me he cansado. Creo que me dedicaré a cultivar flores en el jardín.

—Una vez tuve un paquete de semillas —el Comadreja exhaló una bocanada de humo hacia el escenario—. Las cuidé con mimo pero no prosperaron.

—Te tenían miedo, Comadreja. Decidieron quedarse en su vaina tibia.

—A veces imagino cómo habrían sido si hubieran crecido en la jardinera de mi ventana.

—Hoy serías un hombre diferente.

—Sospecho que sí. Me sentí muy solo después.

Félix miró la hora.

—¿Dónde está nuestro chófer?

—Es un chico absolutamente fiable —el Comadreja miró a Félix con sus ojillos burlones y brillantes—. A no ser que se haya escondido con un bomboncito —le apoyó una mano en el hombro—. Con la vejez te has vuelto asustadizo, Falkenhayn.

Félix aplastó el cigarrillo en el suelo.

—Estábamos hablando de las flores.

El Comadreja se quitó el sombrero de hongo, pasó dos dedos por el ala y luego estudió el forro de felpa blanca.

—¿Tienes noticias de María?

—Está en una villa de Lugano. Dice que allí siempre es primavera.

—Como en mi corazón —el Comadreja volvió a ponerse el sombrero e inclinó el ala hacia sus fríos ojillos— ¿Te acuerdas del gordo Fritz? Lo detuvieron en el interior de una vaca muerta.

—El escondite ideal de un buen gourmet.

—Lo liquidaron y se comieron la vaca —el Comadreja estiró el blanco puño almidonado que asomaba por la manga de la chaqueta—. Han cogido a todos los de la vieja pandilla. El camino de los muertos está muy trillado —sonrió—. Cuando nos llegue el turno, será alisado.

Félix comenzó a pasearse por debajo del escenario. Se abrirían camino lentamente a través de Alemania. Habían ayudado a otros a hacer lo mismo. Pasó la mano por la superficie del proscenio.

—Polvo. Ya no hay espectáculos en estos tiempos.

—En Morhingerstrasse hay una bailarina que presenta la danza del vientre. Por un huevo te dará lecciones particulares —el Comadreja enderezó el otro puño de la camisa y ladeó la cabeza—. Ahí llega Willi.

Salieron al pasillo. La puerta delantera y la puerta lateral del teatro se abrieron simultáneamente. Destellaron unos abrigos de cuero negro y en medio de ellos se destacaba el sombrero con plumas de Gerta Schaffers.

Félix corrió a lo largo del pie del escenario, mientras las balas silbaban en el proscenio, por encima de su cabeza. El Comadreja estaba exactamente detrás de él, disparando su automática; dos agentes de la Gestapo giraron violentamente hacia atrás en el pasillo. Félix se zambulló en el escenario y fue arrastrándose hacia los bastidores. El Comadreja se deslizaba detrás, envuelto en los pliegues del telón, del

que luchaba por liberarse.

—La muy hija de puta nos vendió —miró a Félix y Félix vio toda la vida del amigo en sus ojos: un único sueño, un paquete de flores, y el camino de la muerte muy trillado.

El Comadreja avanzaba con cautela pegado al telón.

—Le haré volar las plumas de un disparo —saltó, disparando, y fue abatido por las pistolas ametralladoras. Cayó hacia delante, con un brazo asomado por el borde del escenario y la pistola colgada y balanceándose de un dedo.

Los dos bastidores estaban llenos de agentes de la Gestapo. Félix tiró la pistola y salió al centro del escenario con las manos en alto. Gerta bajaba el pasillo con Emil Weiss, las plumas de ave del paraíso meneándose ligeramente en su sombrero. Al llegar al pie del escenario levantó la vista y miró a Félix con sus ojos brillantes de humedad.

—Te mueves tan bien en el escenario. Ahora lo siento, querido.

La Gestapo lo rodeó.

—Está arrestado por crímenes contra el Estado.

Las palabras de un sueño, pensó Félix.

—Muy bien, David, la última toma ha sido fabulosa. No te necesitaremos hasta mañana.

Caminaba con Carol por Rodeo Drive. Los tacones bajos y afilados tableteaban rítmicamente sobre la acera; lo había cogido del brazo y llevaba la muñeca llena de brazaletes de oro que tintineaban contra la manga de David.

—He descubierto que si rompo en pedacitos mis sedantes y los mordisqueo, estoy mucho más tranquila.

—Un adelanto clínico largamente esperado.

—Cuando el cliente es un hombre que no sabe ni atarse el cordón de los zapatos, empiezo a hablar como una cotorra —le apretó el brazo—. David, lo que en realidad intento decirte es que ahora que prácticamente ha terminado el rodaje, tendrías que tomar alguna medicina. Porque tienes el aspecto de Howdy Doody la noche que clavó un pico de pájaro carpintero en el enchufe de la pared.

—Si la respuesta estuviera en los sedantes, Gaillard me los habría recetado.

—El hombre que pasa con el carrito del café habla maravillas del Elavil. ¿No te gustaría animarte un poco?

—¿Cómo ha afectado al hombre del café?

—No sé, tal vez su rosquilla flota ahora. ¿Cómo puedo calar tan hondo en los dos minutos que tardo en comprarle el café? Parece mucho más alegre.

Giraron por Carmelita Avenue. David apretó su brazo contra el de ella.

—¿Para qué hora es nuestra reserva?

—Una y cuarto. Empezaremos por los mejillones a la marinera y nos abriremos

paso hasta la escalopa Holstein.

David estaba a punto de responder pero sintió un dolor agudo en la ingle. Se dobló, tuvo que detenerse.

—Espera... un minuto...

—¿Qué ocurre, David?

—Como... si acabaran... de patearme los huevos.

—Dios mío, ¿no será el principio de una terrible enfermedad sexual?

—Dame... un segundo —se enderezó mientras el dolor amainaba. Se pasó una mano por la frente sudorosa. Carol le apoyó una mano en el pecho y lo acarició.

—¿Qué puede haberte producido tan de repente ese dolor de huevos? Además de yo misma, quiero decir.

—Tiene algo que ver con Félix.

—David, ¿somos personajes de una obra de Samuel Beckett?

—Creo que la Gestapo lo está torturando.

—David, vamos camino del restaurante Bistro, con iluminación tenue y atmósfera parisina. *No hay* ninguna Gestapo en Beverly Hills. Yo no soy presa del pánico. Tú tomarás Elavil en cuanto pueda hablar con el hombre del café.

—No pasa nada, Carol. Todo ocurre del otro lado.

—Dios mío, mi propio marido habla como un chalado —enderezó compulsivamente sus brazaletes, miró calle arriba y calle abajo—. ¿Llamo a Gaillard?

—Estoy perfectamente. Vayamos a Bristo.

Myron Fish estaba al otro lado de la mesa, con un plato de canelones delante y una doncella de la *Belle Epoque*, pintada en la columna, a sus espaldas. Conversaba con Carol, en su estilo imperturbable.

—Él mismo me lo ha contado, sí. Dice que le vendo hornos a Hitler. Al principio me inquieté, pero ahora no dejo que me altere. ¿Sabes por qué? Porque acaba de darnos la mejor interpretación de su vida. Ahora es más importante que nunca y puede pedir el precio que quiera donde se le ocurra. Y ésa es la cumbre de la salud mental.

—Eres un consuelo, Myron —dijo Carol frente a su intacta escalopa Holstein.

—Soy realista. Míralo... —Fish señaló a Caspian con el tenedor—. Allí lo tienes, comiendo y lúcido. ¿No es así?

—Así es.

—Una vez tuve un cliente que *estaba* loco. Venía a mi despacho vestido de cartero —Fish miró a Carol, sin dejar de apuntar a Caspian con el tenedor—. ¿Sale de casa vestido de cartero?

—No.

—Entonces es obvio que no está loco. Es un hombre difícil. Me atrevería a decir

que un poco retorcido. Pero no está loco.

—David, ¿me juras que no estás chiflado? ¿Me juras que no acabaré como la señora Nijinsky? Júralo sobre mi escalopa.

—Lo juro.

—Muy bien, ahora comeré porque mi nivel de azúcar en la sangre está bajando, pero sigo terriblemente preocupada. Cuando terminemos, irás directamente a casa y pasarás el día cavando en el jardín.

—De acuerdo —dijo Caspian.

—¿Has visto qué simpático? —Fish volvió a señalarlo con el tenedor—. Irá a casa y se dedicará a cavar en el jardín. Verá si crecen las alcachofas. Hasta es posible que les hable de Mussolini. Sólo son excentricidades artísticas. Nada que deba preocupar a una esposa ni a un agente.

## Capítulo 22

Fish estaba en el camerino de Caspian, con un vaso de café en una mano y un sandwich en la otra. Miró el sandwich al trasluz.

—Me pregunto de dónde los saca Julius, saben a emplasto de burbujas —dio un mordisco y miró a Caspian—. Tienes mejor aspecto. ¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor —Caspian estaba recostado en el sofá, con los pies levantados y el periódico en la mano.

—Pasaré tu nuevo contrato al servicio de investigadores contables Laventhol de Horwath. Lo revisarán con radar y con un detector de ajuste fino. Una sola palabra de ese contrato puede costarte millones.

—Lo que tú digas, Myron.

—Ahora estás en algo grande, hijo mío. Estamos hablando de una importante participación en los beneficios. Sólo a un perturbado mental se le ocurriría que Laventhol Holwath no deben controlar sus finanzas. Claro que sus honorarios no son bajos.

—Por supuesto.

—Pero los contrataremos. Sólo quería que lo supieras. Por si me ocurre algo.

Caspian dejó el periódico y lo miró a los ojos.

—¿Qué puede ocurrirte, Myron?

—Ya sabes que estoy librando una batalla en una denuncia por paternidad.

—¿Y actualmente condenan a la pena capital por eso?

—Me refiero a las tensiones, a las presiones. No puedo creerlo en una chica a la que acogí en mi seno, que entró en mi casa, alimentó a mi perro, compartió mis pensamientos más íntimos. Pensaba orientarla en su carrera, David. Iba a abrirle las puertas mágicas del cine.

—¿No habrás esperado demasiado?

—Estas cosas llevan tiempo. Me dedicaba a sembrar el campo.

—Aparentemente también sembraste a la chica.

Fish masticó lúgubrementemente el sandwich.

—Mi contable me ha aconsejado una vasectomía.

—Las hace en su propio despacho, ¿verdad?

—Un hombre de mi posición, cuyo trabajo profesional le pone en contacto permanente con una serie de jóvenes actrices trepadoras... —se le cayó el sandwich de la mano—. ¿Cómo puede hacerme esto? ¿Cómo puede haber caído tan bajo? Ya sabes lo que significa, ¿no? Significa que tendré que sobornar a esa zorrita. Porque litigar me matará. Mis palabras son duras, David, pero por dentro soy tierno.

—Lo sé, Myron.

—He estado cinco veces en un tribunal de divorcios. ¿Sabes cómo te deja algo así? Cuando miro por primera vez a una jovencita a los ojos, tengo la impresión de que quien me mira es su abogado.



Llamaron a la puerta del camerino.

—*Listo, señor Caspian.*

Caspian se levantó y dobló el periódico. Su casco espacial estaba en una silla, junto a la puerta. Se lo puso bajo el brazo y salió, dejando a Fish taciturno frente a su sandwich. Bajó el largo pasillo y salió al sol brillante; lo aguardaba un microbús para llevarlo al plato. Había poca distancia, a través del complejo, hasta donde colgaba la lona alquitranada sobre la calle trasera del estudio. Se apeó e ingresó en la zona oscura, donde se estaban preparando los equipos de cámaras, luces y sonido.

Entró en el plato. El asistente de dirección lo esperaba en su marca y por allí estaban Herman Armas y el operador de cámaras, hablando sobre una toma que ya habían hecho doce veces.

—La catarata de la repetición —dijo hastiado el asistente.

—Paciencia, muchacho —Caspian pisó la marca.

El asistente de dirección levantó el megáfono.

—*Hagamos silencio.*

Armas y el operador ocuparon sus posiciones ante la cámara y Caspian cerró los ojos, a la espera del pie.

—Allá vamos... silencio, por favor.

»Rodando.

»Motor.

»Acción.

Caspian dio un paso al frente, caminando por la calle húmeda para que la imagen brillara; las paredes metálicas de la extraña ciudad subterránea también destellaban. Tenía que encaminarse hasta el extremo opuesto de la calle, donde lo esperaba una imagen de láser: la nave del Vagabundo del Espacio, preparándose para franquear el marco témporoespacial con su piloto solitario a bordo.

Caminó lentamente hacia la imagen, que resplandecía con la intensidad del láser. La oleada de vértigo lo acometió precisamente cuando se acercó a la nave; se mantuvo erguido, aunque al precio de sentir que el estómago se le subía a la garganta. De hecho, todos los órganos parecieron invertirse. Un segundo después, no sabía si estaba de pie o de cabeza; hasta la calle giraba delirantemente.

Los ardientes láser convergían en un único sol ardiente, enceguedoramente centelleante. Le palpitaba el cráneo, la terrible luz le quemaba los ojos; luego, el contorno luminoso se definió más claramente: una órbita circular, un sol sin corona... una bombilla, nada más que una bombilla. Se cubrió los ojos para protegerse del destello e intentó orientarse.

A su derecha había un suelo de hormigón, a la izquierda una pared de piedra. El olor a orina flotaba en sus narices. En los labios tenía una costra de sangre coagulada. Experimentó estas sensaciones, y siguió hundiéndose, más allá del dolor, hacia el olvido, un escondite que ya conocía. David Caspian se estaba esfumando en el diminuto puesto de observación de la mente de Félix Falkenhayn, desde donde

Caspian presenciaría los acontecimientos como quien es testigo de un sueño, donde pueden tener lugar tormentos indescriptibles que sin embargo dejan intacto el ego. Es el dilema de Félix, pensó, mientras descendía más profundamente aún. Yo sólo soy un fragmento de otra dimensión, no tengo nada que temer, sólo necesito esperar a que pase, sólo es necesario aguardar...

Descendió, se hundió hasta el nivel que buscaba, apartado del camino del mal, y Félix se levantó de su catre, vagamente desconcertado por la extraña sensación de que una minúscula entidad deambulaba por él. Pero ahora se había desvanecido, llevándose consigo sus extraños pensamientos.

Se tambaleó hasta la pesada puerta de madera de su celda; su cabeza palpitante buscó el hierro frío del marco. Se frotó lentamente la frente, pero el dolor era más hondo que el límite hasta donde penetraba el frío; ocupaba toda su cabeza y penetraba sus encías, donde le castañeteaban los dientes flojos.

Pensó en María, que estaba en Lugano, donde siempre es primavera. La imaginó sentada en una mesa junto al lago, sorbiendo una bebida fresca bajo una palmera tropical. ¿Y pensando en el amigo que organizó su fuga? Está pensando en inversiones. Cenará con un banquero de Zúrich.

Tengo que conseguir mi dinero y comprar mi vida en 27 Lindenstrasse. A cualquiera de los funcionarios con sellos de goma le encantará la perspectiva de enriquecerse. Resolverán unos cuantos papeles, enterrarán a otro en mi lugar y me soltarán a la calle.

Retrocedió. Retumbaban unos pasos en el pasillo. Prestó atención, esperó, vio moverse el pomo y abrirse lentamente la puerta. Entró el sargento Ritt, sonriente, ocupando todo el vano con su corpulencia.

—¿Cómo está hoy el teniente? ¿Lo pasa bien?

Félix lo miró a través de los párpados hinchados; el sargento dio un paso.

—Vístase.

Félix se puso la camisa y los pantalones grises de la cárcel, tratando de mantenerse fuera del alcance de Ritt, pero el sargento todavía no se mostraba inclinado a patearlo. Lo condujo al pasillo y lo hizo avanzar dándole un empujón en la espalda. Félix iba dando tropezones delante y Ritt lo seguía, conversando tranquilamente.

—Me sorprende que un tipo inteligente como usted haya venido a parar aquí. Sabía que no le quitaban ojo de encima, ¿no? Pero decidió jugar otra partida, ¿no? La última mano. Puñetero cabrón... —la voz de Ritt resonó en el pasillo hueco—..., pero tiene una fortuna escondida en algún lado, ¿no? —la voz de Ritt continuaba junto a su oído—. Y vaya para qué le sirve. Yo no tengo ni una moneda que pueda considerar mía. Pero soy libre y usted no. ¿Cuál de los dos es rico, teniente? —Ritt volvió a empujarlo para seguir un tramo de escalera.

El vestíbulo superior estaba inundado con la luz del sol que se filtraba por una ventana.

Si pudiera mantenerme lo suficiente para hacer negocios con este Ritt... él mismo lo ha insinuado.

—Tenemos que hablar —dijo Félix en voz baja.

—Más tarde —dijo Ritt—. Si dura —condujo a Félix hasta una puerta de cristal ahumado, la abrió y Félix entró.

Oswald Poche, jefe de la Gestapo en Frankfurt, lo observaba desde su escritorio.

—Esperaba tener otra charla con usted, teniente.

Poche encendió un cigarrillo, se levantó y se acercó a una ventana. A través de ella saldría volando, pensó Félix, hasta... ¿dónde? A Ravensburg, a Mannheim, a Westfalia, donde una noria incendiada rueda cuesta abajo en el solsticio de verano. Y en el interior de la noria vio a un hombre en llamas.

Poche exhaló una bocanada de humo hacia la ventana y se volvió en dirección a Félix.

—Puedo hacerlo ejecutar o liberarlo. Nada ni nadie revocará mi orden.

Poche dio la vuelta a su escritorio y se apoyó en el borde, con los brazos cruzados, los apacibles ojos azules fijos en los de Félix.

—Usted ha trabajado con una serie de reclutas —Poche dio una pipada y sopló una columna de humo hacia el techo—. Conozco sus nombres, por supuesto. Pero no tenemos pruebas contra ellos, porque usted fue muy hábil en encubrir lo que hacían. No obstante, en mi jurisdicción cometieron delitos relacionados con un envío de los territorios del Este, que se recibió aquí, en Frankfurt. Proporcióname una declaración jura da relativa a sus crímenes contra el Estado y saldrá en libertad.

Félix miró a Poche a través de los párpados hinchados. Se preguntó, vagamente, cuánto dolor lo esperaba.

—No tengo conocimiento de ninguna actividad delictiva entre quienes prestaron servicios a mis órdenes.

—Comprendo —Poche sonrió— ¿Y Mueller?

—El coronel Mueller es un jefe irreprochable.

—Y supongo que espera que ahora lo ayude.

—Presumo que será testigo de mi defensa.

—Presume que comprará su libertad. ¿No se trata de eso? —Poche apagó el cigarrillo—. Pero lo dudo, teniente. ¿Por qué razón un oficial condecorado, de tan alta graduación y posición social, arriesgaría su reputación diciendo una palabra en su favor?

—Yo no puedo predecir qué hará el coronel Mueller.

Poche se alejó del escritorio y se acercó a la puerta. Hizo una seña a Ritt.

—Tráigalo.

Félix bajó con Ritt el pasillo del edificio que ningún ciudadano quería visitar, llamado por todos Casa de las Lágrimas, donde por unos pocos cigarrillos era posible poner en escena una ejecución. Allí habían muerto soldados condecorados por decir que tal vez el *Führer* había cometido algún error como comandante; perecieron

ancianas por mascullar en voz alta que su país las había olvidado.

El jefe de la Gestapo lo llevó al otro ala del edificio, hasta un pasillo sin ventanas, bordeado de puertas cerradas con candado. Pidió a Ritt que abriera una e hizo entrar a Félix.

Mueller colgaba desnudo en la pared, sujeto de los brazos retorcidos y levantados; su gordo vientre rosado era una masa de magulladuras oscuras. Sus pechos caían flojos como los de una mujer; las piernas, notó Félix, estaban afeitadas. Mueller levantó débilmente la cabeza; le temblaban las mejillas hinchadas, sus ojos eran pequeñas rajadas húmedas.

—Querido muchacho...

Félix se tambaleó y Ritt lo sujetó.

—Tiene los brazos dislocados —dijo amablemente Poche—. Una muerte muy incómoda.

Poche se volvió e hizo un gesto a Ritt, el sargento sacó a Félix y lo llevó a otra puerta. La abrió y lo hizo entrar de un empujón. En la pared había grilletes vacíos a la espera de colgar a un hombre; sobre una mesa se veía una variedad de aparatos fríos y brillantes bajo una luz chillona, como si sus crueles almas mecánicas ansiasen funcionar.

—En unos minutos llegará un experto —dijo Poche—. Da gusto verlo trabajar. Un verdadero artista.

Ritt le ordenó que se desnudara y lo esposó a una silla. Después Poche y el sargento salieron, cerrando la puerta con un chasquido suave que lo atravesó como la mordedura de una serpiente. Le temblaba el cuerpo tan violentamente que las esposas se sacudían en sus muñecas. Comprendió... que desde el principio de los tiempos no había habido otro destino que este recinto, esta silla. Ningún éxito, ningún plan, ningún proyecto lo habría modificado. Exactamente este sitio.

La puerta volvió a abrirse y entró un hombre menudo, de aspecto jovial. Llevaba un maletín de médico y lucía un clavel en el ojal. Sonrió a Félix.

—Hoy hace bastante calor —dijo mientras se secaba la frente con un pañuelo.

Abrió el maletín y sacó una serie de escalpelos e instrumentos puntiagudos de acero que acomodó prolijamente sobre la mesa, junto a los otros artilugios.

—Aquí tendríamos que tener un ventilador, el aire es sofocante. Sin embargo... —volvió a sonreír afablemente a Félix—, se está librando una guerra y todos debemos soportar la escasez. Ahora déjeme ver...

Estudió los instrumentos un momento y se decidió por un escalpelo muy delgado.

—¿Me permite probarlo? —lo apoyó apenas en la mejilla de Félix, quien sintió correr un hilillo de sangre por la cara—. Una hoja excelente. Cualquiera diría que se desfila con tanto uso, pero... —levantó el escalpelo a la luz, asintió satisfecho y volvió a mirar a Félix—. No sé qué haría sin mis instrumentos.

—Ya se las arreglaría —dijo Félix, probando la sangre con la lengua.

—¿Usted cree? Sí, supongo que me las arreglaría. Uno improvisa —hizo un

elegante floreo en el aire con el escalpelo—. Siempre me gusta empezar por los genitales. Para ahorrar tiempo. En realidad no cortamos ninguna arteria importante, de modo que no tema morir. Pasaremos toda la tarde juntos.

La mano del hombre era pequeña, pecosa, delicada. Bajó el escalpelo y Félix tironeó de las esposas hacia arriba. Las cadenas no se rompieron pero sintió que se elevaba, de modo que ahora miraba a su torturador bajando la vista, desde otro ángulo, ligeramente por encima de la silla. Un instante después se encontró flotando cerca del techo, junto a la luz chillona de la bombilla.

Y David Caspian también se elevaba de su retiro celular, hacia el conocimiento pleno del cuerpo en el que se encontraba. Lo rellenó, penetró todos los nervios y todas las fibras con su conciencia. Estaba esposado a una silla, con un loco inclinado sobre él.

Le crujió la cabeza y vio que en el recinto había otra presencia, una presencia fantasmal delineada contra el techo, una figura flotante.

—*Auf Wiedersehen* —dijo Félix.

—¡No! —gritó Caspian—. ¡Vuelve! ¡No puedes irte!

Hizo fuerza otra vez contra las esposas, mientras Félix se esfumaba por el techo.

Félix estaba en la calle artificial, bajo la gran lona alquitranada, y se orientaba con lentos movimientos robóticos de la cabeza. Movié un brazo, una pierna, y sintió el ritmo peculiar del cuerpo de David Caspian: una zancada segura de sí misma, gestos atentamente coreografiados... el instrumento cualificado de un actor. Torrentes de energía neuronal corrían desde el cerebro hasta las yemas de los dedos, y él lo observaba todo, y lentamente se fusionó con ello.

Avanzó cautelosamente por una zona oscura del plato, donde nadie lo veía. Se estaban formando en su mente las pautas del lenguaje y el calidoscopio de la memoria: fragmentos que se removían centelleantes en el inexplicable núcleo de su personalidad.

Estaba en un pasillo a oscuras, entre edificios falsos. Había madera apilada y plataformas de iluminación vacías. Rodeó todo cuidadosamente, recorrió el pasillo y salió a otra calle ancha y sin luz, formada por fachadas. Oyó el sonido de martillos, de máquinas, voces distantes, todo haciendo eco a través del laberinto cerrado del estudio. Las cosas ocuparon su lugar, nuevas sensaciones fueron asimiladas; más abajo acechaban los débiles residuos de la Casa de las Lágrimas, pero sintió esfumarse esa memoria en el zumbido de las alas de un insecto.

—Ah, David, estaba a punto de llamarte —un joven subía por el pasillo, con el radioteléfono en la mano—. ¿Todo bien?

—Sí —dijo Félix—, todo bien.

Siguió al joven por el pasillo y su paso se hizo más sólido, más controlado. Todavía operaba en él una fuerte presión atmosférica y debía debatirse contra un

estremecimiento interior, el temblor de un alma que se esfuerza por retornar a su fuente de origen. Las emanaciones que lo rodeaban eran extrañas y quizás siempre existirían las presiones de un tiempo ajeno al propio. Pero se acostumbraría a eso, como a todas las cosas en este territorio de verano eterno.

El asistente de dirección lo acompañó hasta la calle del interior, donde aguardaban las cámaras, con Herman Armas.

—Lo siento, David, tenemos que hacerla otra vez.

—Me parece bien.

Armas lo miró un momento en silencio.

—Sí, exactamente ésa es la calidad de voz, el matiz fino. Veo que lo has recuperado —Armas hizo una seña al asistente. Sonó un timbre y se hizo silencio en el plato.

»Listos.

»Rodando... allá vamos... silencio, por favor.

»Rodando.

»Motor.

»Preparados y... *acción*.

Caspian estaba desplomado en el patio interior de la cárcel, contemplando el gris amanecer por encima de los muros. Un par de soldados, todavía somnolientos, estaban en posición en el centro del patio, junto a una brecha. Otro soldado dio a Caspian un leve empujón con la culata de su fusil.

—Un golpe rápido —dijo tranquilamente el soldado—. Nadie siente nada. Ya he visto esto muchas veces. Morirás sin siquiera darte cuenta.

Caspian buscó la grieta en la textura matinal, la fluida inestabilidad de un sueño, algo de lo que pudiera aprovecharse. *Tendría que salir volando por encima del muro de la cárcel*. La atmósfera del patio, aunque trémula y algo metálica, no cedió. Lo contuvo, como lo contenía la prisión. Sus pisadas, mientras se tambaleaba hacia delante, eran corpóreas y sólidas, el dolor que acompañaba su cuerpo era real. Cuando fuera insoportable, confesaría que esa parte del tiempo no le pertenecía, que él era un hombre de otra época, que los crímenes de Félix no tenían nada que ver con él. El artista de la tortura dijo que nunca había oído gritar a nadie con tanta originalidad.

Caspian se restregó la cara, como si tratara de borrar la escena que aparecía ante sus ojos; sus dedos tocaron el labio partido e hinchado, mientras musitaba casi para sus adentros:

—Es un error. Yo no soy de aquí.

—Tranquilo, amigo.

El soldado lo cogió de un codo y Caspian se enderezó, mientras los ligamentos de las piernas y del torso tironeaban dolorosamente, pero caminar erguido le hacía sentir

bien. Veía un fragmento más amplio de cielo y sentía más intensamente el día; la tarde sería templada. Ahora se levantaba una leve bruma de los muros húmedos de la cárcel, pero el sol la dispersaría. Y los reclusos darían vueltas por el patio, haciendo ejercicios, e incontables momentos concederían sus dones de esperanzas y temores a los hombres. El sol se desplazaría por encima del muro.

Veía su propia sombra débil en el suelo, marchando con él. El aire extraño y metálico pesaba con una presión oscura, como si una capa de tiempo por venir hiciera contrapeso encima de un tiempo ya henchido de nacimientos y sucesos, de la enormidad del cambio.

—Estoy en un mundo que no corresponde.

—Seguro —dijo el soldado, taconeando con sus botas en la tierra, junto a Caspian.

Le temblaba el cuerpo y una fina película de lágrimas se formó en sus ojos. Al otro lado de los muros trinaba una bandada de mirlos y su canto sonaba como el agua borboteante de una fuente.

—Un buen sonido para el tránsito —dijo el soldado—. Escúchelos con todo su corazón. Después estará con ellos y yo seguiré aquí, con un fusil en el brazo. ¿Entiende?

Los pájaros revoloteaban en círculos y se posaron al otro lado el muro; su exultante cántico de primavera seguía sonando. Caspian sintió el aroma de los narcisos mezclado con el olor azufrado de la pólvora y las ruinas chamuscadas de la ciudad. En el muro de la cárcel una enredadera cobraba vida y sus hojas verdes comenzaban a cubrir los troncos grises del año anterior.

Dicho reversible: «El hombre puede dejar de ser y sin embargo existir. El hombre puede existir y sin embargo dejar de ser».

—Sí —dijo—, es una mañana encantadora. Nunca la hubo tan encantadora.

—Nunca —dijo el soldado.

Caspian bajó la mirada a la tierra, donde caminaba su sombra, un débil contorno de todos modos reconfortante, porque andaba con despego, era una especie de payaso invulnerable. Caspian se enderezó otra vez, adoptando por costumbre la conducta adecuada, la que exigía su papel. Había que recordar las cámaras; el mejor actor nunca las olvida, esté donde esté.

Escogió el paso atentamente y también escogió atentamente los pensamientos. Ahora sabía que otro vagabundo se había perdido en la grieta del tiempo; sentía en sus almas desconcertadas las resonancias de otras eras, eran los pocos desesperados que siguieron el mismo camino que él. ¿Habían elegido seguirlo, franquear esa puerta cubierta de telarañas e iluminada por lámparas espectrales? ¿Lo había elegido él? ¿O los goznes del tiempo se habían deslizado, sencillamente, en una tensión mecánica, un accidente ocurrido mientras él pasaba?

—Nada puede ocurrirnos que aún no haya ocurrido —dijo con una voz que parecía hacerse eco de la de otros vagabundos que habían pasado antes que él y cuyos

débiles murmullos eran sus consejeros. Miró al soldado—. Este día ya pertenece al pasado. Ya estamos todos muertos.

—Ese es el espíritu correcto —dijo el soldado y juntos pusieron fin a la caminata a través del patio, ante el tajo, donde se les unió el verdugo, con una centelleante hacha medieval en la mano.

—Quizá fue derrotado por la Logia Luminosa —dijo Félix, sentado frente al doctor Gaillard—. Había unos poderes peculiares concentrados en el Tercer Reich. Sea como fuere, él ha desaparecido y yo estoy aquí.

—Comprendo —dijo el doctor Gaillard; entrecerró los ojos para mirar al paciente que estaba sentado al otro lado de la mesa.

—Tal como hacía él, le contaré todo, mientras me conformo a la pauta de su vida hasta en los menores detalles. Naturalmente, espero que al igual que antes, todo lo que le diga permanezca en el mayor secreto —Félix alisó la raya immaculada de sus pantalones—. Ya tengo bastantes dificultades para mantener las apariencias. Y todavía no me he adaptado plenamente a las presiones de la dimensión.

Completamente loco, observó el doctor Gaillard.

—Y si no fue la Logia Luminosa, algo operó en su contra, algo que dudo lleguemos a comprender usted o yo —dijo Félix.

Absoluta y completamente loco, pensó Gaillard, mirando a Caspian a los ojos. Notó que el complejo que se había apoderado de él era diabólicamente inteligente; desarticularlo sería sumamente difícil, tal vez imposible. Pero debemos intentarlo. Sí, sin duda alguna, tenemos que intentarlo.



# Notas

[1] *Fish*, textualmente: «pez». (N. de la T.) <<

[2] *Fishface*, textualmente: «cara de pescado». (N. de la T.) <<

[3] En castellano en el original. (N. de la T.) <<

[4] En castellano en el original. (N. de la T.) <<